

CORONEL IGNOTUS
ANA BATTORI

SEGUNDA JORNADA
DE TIERRAS RESUCITADAS



BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA
SEGUNDA ÉPOCA

57.º MILLAR

AL ENTRAR ESTA BIBLIOTECA EN SU **SEGUNDA EPOCA**, TIRADAS DUPLICADAS POR
CRECIENTES VENTAS, MARGENES REDUCIDAS—Ignotus no vende papel blanco—CON MAS LEC-
TURA EN PAGINA, SIN PERDER CLARIDAD, Y LAMINAS ENTRE EL TEXTO—cuatro en vez de seis—,
REPORTAN GRAN ECONOMIA, QUE PERMITE CORRESPONDER AL FAVOR DEL PUBLICO, REBA-
JANDO A **TRES PESETAS** LOS VOLUMENES QUE A PARTIR DEL UNDECIMO SE EDITEN

O REIMPRIMAN EN ESTE NUEVO FORMATO

ANA BATTORI

Es propiedad. Prohibida la reproducción, incluso la "cinematográfica", sin permiso del autor. ✱

BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS»

PRIMERA ÉPOCA

Pesetas.

DE LOS ANDES AL CIELO.—Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición..	4
DEL OCÉANO A VENUS.—Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
EL MUNDO VENUSIANO.—Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA.—Primera parte.—EL MUNDO-LUZ.....	4
EL MUNDO-SOMBRA.—Segunda parte de la anterior.....	4
EL AMOR EN EL SIGLO CII.....	4
LA MAYOR CONQUISTA.—Primer episodio: LOS VENGADORES.....	4
POLICÍA TELEGRÁFICA.—Segundo episodio de la anterior.....	4
LOS MODERNOS PROMETEOS.—Tercer y último episodio de la anterior.....	4
LOS NAÚFRAGOS DEL GLACIAR.—Primera jornada de Tierras Resucitadas...	4

SEGUNDA ÉPOCA

ANA BATTORI.—Segunda jornada de la anterior.....	3
--	---

Seguirá EL GUARDIÁN DE LA PAZ

OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

	Pesetas.		Pesetas.
MODERNAS BRUJERÍAS DE LA CIENCIA.....	6	LA VERDAD DE LA GUERRA.—Versión del inglés. (Agotada.)	
MÁS BRUJERÍAS CIENTÍFICAS.— En preparación.	—	LAS CAUSAS DEL DESASTRE.—Con seudónimo Ignotus. (Agotada.)	
EUGENIA.—Novela	3	LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.—(Agotada.)	
LA PRIMA JUANA.—Novela, dos tomos. . .	3	EL PLEITO DEL REGIONALISMO.—Con seudónimo <i>Don Nuño</i> . (Agotada.)	
BOSQUEJOS.—Cuentos.....	3	LA ENFERMEDAD DE LA PESETA..	2
CORAZONES BRAVÍOS.—Cuentos	1	LO QUE PUEDE ESPAÑA	1
CUENTOS ESTRAPALARIOS DE AYER Y MAÑANA.—(Agotada.)			
REMEDIO CONTRA CEGUERA.—Came en dos actos. (Agotada.)			
LA NIETECILLA.—Ídem en íd., íd.		PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN.— Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes	50
IN ARTÍCULO MORTIS.— dem en un acto, íd.		LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS.—De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes.....	30
PRECOCIDAD.—Ídem en íd., íd.		AGENDA DEL TOPÓGRAFO.....	7
MACBETH.—Versión de la tragedia de este nombre, de Willian Shakespeare.....	2	ESPAÑA EN MARRUECOS.—Mapa de la zona de influencia española.....	3
OBRAS DRAMÁTICAS.— <i>El salvaje, Luz de belleza</i>	2		
EL FIN DE LA GUERRA.—Con el seudónimo Ignotus.	3,50		
		EN PRENSA	
EL CREDO Y LA RAZÓN.—Segunda edición.....	3	LAS HERRAMIENTAS DEL TOPÓGRAFO EN EL CAMPO.	

PEDIDOS POR MAYOR al autor, Princesa, 12.—MADRID

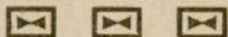
ANA BATTORI

(SEGUNDA JORNADA DE TIERRAS RESUCITADAS)

POR

EL CORONEL IGNOTUS

JOSÉ DE ELOLA.



1923

INDICE

	Páginas
I.—Iberoamericana. — Paréntesis futuhistórico.....	5
II.—Quién era Eduardo Arteijo....	7
III.—El guardián de la Paz libra su primera y última batalla ...	11
IV.—Las cobardías del héroe.....	15
V.—El fin de las escuela ras	19
VI.—Don Quijote planea una bué- na aventura.....	23
VII.—Humo por babor	27
VIII.—De cómo y para qué tomó eria- do mister Shifter.....	30
IX.—Una carta que sería inútil ar- chivar.....	32
X.—Un rasguño en la vanidad del señor Bopp.....	36
XI.—Un volcán que defrauda todas las esperanzas	41
XII.—La sutil lógica del señor Nussi- Zolo.....	45
XIII.—En donde Don Quijote se agi- ganta.....	47
XIV.—Rentas del Sol, deudas de hielo.	53

	Páginas
XV.—Qué hacía Balboa en el pabe- llón de Arteijo.....	56
XVI.—Los dos enfermos de la doctora Ana Battori.....	58
XVII.—La primera sospecha.....	62
XVIII.—El sigiloso duelo de Ana Bat- tori y Estanislao Bopp.....	66
XIX.—Donde Ana teme haber ella in- ventado el crimen en que piensa.....	67
XX.—De cómo Eduardo dejó ver lo que quería callar	71
XXI.—Sin pista.....	74
XXII.—Nussi-Zolo se pone a la faena..	78
XXIII.—El Z-13	82
XXIV.—La cruel noche que el japonés dió a Bopp.....	85
XXV.—Donde todo se explica.....	89
XXVI.—Entre broma y veras	93
XXVII.—El plan de Arteijo.....	98
XXVIII.—El día de la unión.....	101
XXIX.—Ella, él, el marido y Yago....	103

ANA BATTORI

I

IBERAMÉRICA.—PARÉNTESIS FUTUHISTÓRICO

La angustiosa petición de socorro de unos naufragos, extrañamente *naufragados en el centro de un continente*; las peripecias de su salvamento; las malandanzas anteriores a éste, acaecidas en el viaje insólito sobre el río de hielo del Glaciar Battori y en la azarosa navegación a la deriva en el *iceberg*, fueron sucesos de interés tan vivo, que, si tuvieron fuerza para demorar el comienzo de la empresa ártica, no es mucho se sobrepusieran en el ánimo del cronista de ella a la observancia del riguroso orden cronológico, que dejó atropellado.

Una vez los polacos en salvo, habría sido oportuna sazón de remediar aquel desorden; pero entre Ignotus y sus buenos propósitos se interpuso entonces la incubación de un drama interno en los corazones de los protagonistas, preocupándole más el cuándo y cómo se iba elaborando que los históricos antecedentes de la expedición del Iberia y del América. Por ello atendió al drama, aprovechando las ocasiones fugitivas en que podía sorprender el despertar de afectos e impulsos, odios y celos en las almas de los personajes: únicos libros donde estas cosas pueden leerse, y en cuyas páginas caen las impresiones de un día sobre las del siguiente, con riesgo, si se suspende la lectura, de hallar, al reanudarla, revueltos y borrosos el ayer y el hoy en términos que dejen el mañana incomprensible.

A la inversa, para lo segundo, quiero decir para dar noticia de lo que no fueron fugaces y aun contrapuestas sugerencias emotivas, ni evolutivos estados de ánimo, sino hechos tangibles, con existencia y realidad invariables de cosa ya acaecida, la demora en consignarlos no implica alteración, porque la historia—que de *Historia* se trata—sólo la tergiversa mala fe de cronistas embusteros. Tacha de que está libre Ignotus; pues llevando a estas fechas re-

latados no pocos capítulos de Historia Universal de los siglos XXI, XXII y hasta de la centésima centuria, ni el más atrabiliario censor ha podido pillarle en un solo renuncio; ni señalar la más menuda inexactitud en sus narraciones, ni menos demostrarla con testimonio de contemporáneos de sus héroes, ni con documentos de ningún archivo: usuales medios de que se valen los investigadores concienzudos para poner la ceniza en la frente a historiadores de manga ancha, tiznándolos con mácula que no caerá sobre la del autor de estas novelas, pues ya él tiene cuidado de tomar precauciones cronológicas para que, de ocurrir, le coja ese percance fuera ya de este mundo.

Mas basta de preámbulo, y comencemos este breve capítulo de futuhistoria a grandes trancos, abarcante desde el año 19... al 2003.

Dolores, agravios, rencores y ambiciones insensatas—todo secuela de la Guerra Mundial de 1914 a 1918—engendraron mentirosa paz, no tan intolerable, sino más insufrible que la misma guerra. Paz que, a su vez, fué madre de nueva conflagración bélica, todavía más violenta, más brutal, más inhumanamente horrible que la pasada. Tan extendida, que solamente se libraron de ella los países de raza hispano y luso-americana, entre los cuales comunicación de día en día más estrecha y corrientes de mutuo afecto habían robustecido aspiraciones que entre una y otra margen del Atlántico, volaban hacía tiempo del añejo solar a las tierras mozas, y de éstas retornaban a la tierra madre.

Los iniciales románticos anhelos de penetración espiritual entre los hijos, antaño dispersos en ambos lados del Océano, de los héroes de epopeya que en los siglos XV y XVI duplicaron el Mundo Viejo iban plasmando las fuerzas nacionales hermanas en una fuerza apta para influir en el mundo con todo el peso de la unión de una raza resuelta a reanudar su interrumpida marcha histórica, a realizar sus altos fines en el concierto de los pueblos.

El estallido de la nueva GUERRA DEL MUN-

do fué el acicate que convirtió en realidad política la Federación Iberoamericana, de hecho arraigada antes en los deseos de las naciones que presurosamente la constituyeron al advertir la imposibilidad de substraerse individual y aisladamente a las amenazantes sugestiones con que eran todas compelidas a combatir por uno u otro de los poderosos bandos en los que el mundo se escindía. Y comprendiendo que tan sólo la unión podía librarlas de imposiciones, atropellos y depredaciones, anudaron LA UNIÓN.

¿Cuándo ocurrió todo esto?... Entre 1950 y 1980.

No es mucho precisar; pero ya se comprende que las precauciones cronológicas a que antes se ha aludido impiden al autor ser más puntual si ha de eludir peligro de cogerse los dedos antes de pasar a mejor vida.

Los hechos cuya narración es objeto de este libro ocurrieron muchos años después de acabada la segunda de las insensatas guerras que ensangrentaron bestialmente el siglo XX, arruinando a Europa, arrebatándole la hegemonía mundial de pasados tiempos y dejando a los beligerantes no europeos en estado poco menos lamentable.

No hemos de relatar la bárbara hecatombe, que acaso refiramos en otra obra de esta Biblioteca, ahora mencionada solamente por su influencia en el estrechamiento de los lazos entre los pueblos *iberoamericanos*, base de la prosperidad de ellos; como antecedente del estado del mundo al emprender Arteijo la magna empresa a que hemos de asistir y explicación de cómo estaba trabada con la política internacional y porqué influyó ésta en su desenvolvimiento.

Se unieron los confederados manteniendo incólumes sus nacionales existencias, invariables sus diversificadas formas de gobierno e intactas sus internas independencias. Pactaron paz perpetua, sometiéndose de antemano a los fallos que sobre sus desavenencias pronunciaría en lo venidero el Consejo Federal, cuando ellos no pudieran zanjarlas entre sí amigablemente. Dentro de la Confederación había americanos y europeos, argentinos y españoles, chilenos, portugueses, mejicanos, etc., etc.; pero fuera de casa no conocían los extraños sino iberos. Y siempre y cuando el interés de uno de éstos o el de una de las naciones de LA UNIÓN pugnaba con otros intereses, acudía a defenderlo, no el poder de un pueblo, sino la fuerza de los 180 millones de habitantes a que el rápido crecimiento de la población había elevado la de Iberoamérica.

El intercambio de productos del suelo, la industria y la inteligencia se realizaba desde La

Plata a California y de los Andes a los Pirineos sin aduaneras trabas. Una moneda única había derrumbado el obstáculo que las diferencias de cambio opusieron en tiempos al estrechamiento de relaciones mercantiles. La enorme y variadísima producción de los países iberoamericanos pesaba entera en la balanza del comercio mundial al concertar tratados y al defender un artículo de cualquiera de aquéllos en los mercados internacionales.

Así como la guerra fratricida entre los pueblos de la raza ibera era imposible ya, solamente la defensiva se consideraba lícita contra el extranjero, no dañándole con otra arma ofensiva, mientras él no acudiera a las cruentas, que el cierre de fronteras y la interrupción del comercio con sus naturales. Pues la mutua cooperación de las naciones confederadas bastaba y aun sobraba, en último extremo, a satisfacer con sus variadísimos climas, producciones e industrias, las necesidades imprescindibles de éstas; y aquella interrupción contra países aislados resultaba, aunque incruenta, arma que tenían los más fuertes.

Mientras los insensatos combatientes se arruinaban en guerra parecida a suicidio de la mayor parte de la Humanidad, el apartamiento de la lucha en que LA UNIÓN se mantenía, aun siendo sincera y moralmente neutral—sin explotar ajenos males, ni atizar odios, ni dar armas para satisfacerlos—, enriquecía prodigiosamente a los países de aquélla y engendraba para lo porvenir riquezas y poder todavía mayores; pues la clarividencia del Consejo Federal supo mostrar a todas las naciones federadas cómo habían de abrir al pacto de la guerra cauces al correr por los cuales enriqueciese no sólo a pocos afortunados, sino que robusteciera un cúmulo de industrias alboreantes y todavía débiles, alzándolas a madurez ubérrima. A compás que las de los beligerantes decaían. Así, cuando acabaron las hostilidades cada pueblo hispanoamericano pesaba en el conjunto de todas las naciones diez veces más que cuando aquéllas fueron rotas, y todos juntos, no diez, sino cien veces más que antes de unirse.

La durísima experiencia de los malhadados tratados de 1918, que al poner fin a la primera guerra mundial engendraron la segunda, no fué al fin de ésta aprovechada para dar al mundo paz estable: porque en las guerras del siglo XX ya el vencedor no se satisfacía con obtener ventajas positivas, pero no insoportables para los vencidos; sino que su inhumana e irracional finalidad era someter, no naciones, sino razas enteras a permanente servidumbre, raer del mundo hasta las huellas del esfuerzo de ellas, asentar sobre desola-

ción y ruinas despótico Imperialismo Mundial, en beneficio de un grupo de privilegiados pueblos, fatalmente sentenciados en lo venidero a disputarse la preponderancia en él.

Y si la humanidad no soportó jamás imperialismos meramente políticos, no sobre el mundo entero, sino sobre porciones reducidas de él; si ellos fueron utopías en las que fracasaron grandes conquistadores, aun con mayor razón y con mayor pujanza sacudirá los modernos imperialismos económicos e industriales, dogal estrangulante, insoportable, que en su diaria vida y hasta en su mismo hogar ahoga a todos, absolutamente a todos, los habitantes de diversas naciones, convirtiendo en esclavos de hecho a centenares de millones de criaturas.

Por eso, a semejanza de lo ocurrido en 1918, el término de la Segunda Guerra del Mundo fué comienzo de la preparación de la tercera, que al empezar el año 2002 estaba ya resuelta en principio con ajustes de alianzas inverosímiles, monstruosas para quienes vemos las cosas desde 1923; pues muchos de los amigos de la última guerra, desamistados por la paz, se aprestaban a combatirse a sangre y fuego, aliándose a enemigos de ayer. Que los viejos rencores tenían ya menor fuerza que odios frescos de ambiciones frustradas a la hora del reparto entre amigos de disfrutes del triunfo.

Tal era el estado del mundo *civilizado*—así se llama él, ¡grandísimo farsante!—cuando Eduardo Arteijo resolvió intervenir, aunque de incógnito, en la política internacional: siendo éste el origen de su expedición a los mares polares.

La tirantez de las relaciones diplomáticas y los armamentos de las grandes potencias amenazaban para en breve con la ruptura violenta. Por de contado, sin declaración de guerra. Antigüalla considerada ya resabio de una moral ñoña y molesta, que los poderosos atropellaban, rompiendo las hostilidades con impensados golpes, que, a traición y a mansalva, les procuraran iniciales ventajas.

Hasta para la misma Unión Iberoamericana, no tocada de imperialísticos afanes, y aspirante tan sólo a mantenerse en respetada neutralidad, era la situación gravísima; porque sus esfuerzos no le daban certeza de substraerse a la lucha, como la pasada vez, so pena de resignarse de antemano a grandísimos quebrantos; pues los dos bandos, que a toda prisa se afilaban dientes y uñas, habían solicitado su concurso con apremiantísimas instancias; y, lo que era más grave, ella sabía, aun cuando aquéllos no cayeran en la cándida incorrección de prevenirla de ello, que, de negarlo, sería el comienzo de la guerra señal

para que en aduanas, almacenes, puertos y bancos de los países combatientes fueran decomisadas las mercancías, apresados los buques, confiscados los valores, secuestradas las propiedades de los iberoamericanos que en aquéllos residieran, y confinados ellos y sus familias en campamentos de concentración, cual prisioneros de guerra; pues los despóticos aspirantes a sojuzgar el mundo entero opinaban, y con arreglo a ello procedían, que en contra suya estaban cuantos les rehusaran ayuda; que no era su amigo quien de sus adversarios no fuera enemigo.

* * *

Compuesto de veintidós miembros, cada uno elegido por uno de los Estados de La Unión, extenso o reducido, populoso o de pequeña población, el Consejo Federal variaba de residencia por decenios, pasando el primero de cada tres consecutivos en la América del Sur, el segundo en Portugal o España, el tercero en la América Central, y escogiendo para ello ciudad que, aunque importante, no fuera capital de estado.

Normalmente, y salva urgencia como la que en el citado año llevó a Eduardo Arteijo a Vigo, *sede a la sazón* del Consejo, los representantes no se reunían sino diez días en cada trimestre, regresando a sus respectivas residencias a la terminación de estas sesiones, y delegando la ordinaria gestión de los asuntos federales en un Comité Ejecutivo, formado por el Presidente del Consejo, o Supremo Arbitro, y por los Ministros federales de Comercio y Relaciones Diplomáticas, de Telegrafía y Aviación Mundial, de Defensa de la Unión, y de Arbitrajes entre las naciones de ésta: únicos asuntos de la vida de ellas en que entendía su Consejo Federal.

Los Consejeros eran nombrados por los países que representaban, según formas y procedimientos diversos de uno a otro. Su mandato duraba once años, cesando dos en cada uno. Cada nueve años elegía el Consejo su Presidente, que, a su vez, nombraba los Consejeros que con él formaban el Comité Ejecutivo.

II

QUIÉN ERA EDUARDO ARTEIJO

Español y gallego de nacimiento, ingeniero de la Escuela de Caminos de Vigo, electricista de la de Lisboa y químico de la de Valparaíso, Eduardo Arteijo fué, desde 1995 a 1999, Director del Servicio de Aviación Federal, cesando en este cargo al dedicarse a perfeccionar las aplicaciones de su invento mediante

experimentación y fabricaciones sigilosamente recatadas en una aldhuela perdida en el corazón de los Andes Bolivianos, al nordeste del lago Titicaca, a gran distancia de toda población importante y fuera de camino que llevara a parte alguna.

Todos los gastos de los experimentos eran sufragados por el Consejo de la Unión, y al secreto con que querían llevarse obedecía el haber instalado laboratorio y talleres en aquel escondidísimo rincón del mundo, donde todo debía de marchar perfectamente, cuando el Consejo no regateaba medio económico, por costoso que fuera, y cuando siempre que inspeccionaba los trabajos un sapientísimo ingeniero, al efecto nombrado, felicitaba efusivamente al inventor.

No obstante disponer de magníficos aeroplanos y dirigibles, ni una vez en aquellos tres años se había Eduardo ausentado del vallizuelo en donde estaba recluso; pues durante dicha larga temporada, únicamente en sus experimentos, y en algunas breves excursiones de recreo, utilizó los voladores aparatos, hasta que el 3 de febrero de 2002 emprendió vuelo *algo más largo*, a consecuencia de un aviso radiotelefónico de su gran amigo Orellana, redactado en estos términos: "Consejo convocado por Comité Ejecutivo reúnese tarde día 5 resolver propuesta consabida. Presidente te llama, por si el Pleno pregunta cosas que sólo tú puedes contestar." Orellana era secretario del Presidente.

Aquella misma tarde, acompañado de su primer ayudante, el chileno Ercilla, y de un mecánico, se remontó en un potentísimo hidroavión; y guiado por las corrientes aguas de los ríos Madre de Dios, Madeira y del Amazonas, en donde aquéllos mueren, recorrió de sudoeste a nordeste la inmensa cuenca de este último, hasta su desembocadura en el Atlántico. Voló después sobre éste, dejó atrás la isla de Madera, llegó a la soberbia bahía de Vigo, amarizó en sus aguas y desembarcó en el Muelle de los Aviadores, en donde lo aguardaba su amigo, avisado con el radioteléfono del aeroplano dos horas antes de la llegada. La travesía, de 8.000 kilómetros muy corridos, había sido hecha en veinticinco horas escasas, con velocidad media muy cercana a 340 kilómetros por hora.

Vigo era en aquel decenio la residencia del Consejo.

La reunión que el Pleno iba a celebrar era para resolver sobre una moción presentada por Arteijo al terminar sus experimentos y tener ya contruidos, y satisfactoriamente ensayados, media docena de aparatos como el que en la primera parte de esta historia habíamos de

verle utilizar contra los osos blancos que ahoyaban sobre el techo de la enterrada casa de la comisión árticogeológica. La moción proponía emplear el invento en *hacer imposible la guerra a punto de estallar*.

Para saber cómo fué alcanzado tal propósito, oigamos la conversación por el mismo Arteijo sostenida con el profesor Lubecki al día siguiente de transbordar del Iberia al ballenero los polacos que regresaban a Europa.

—¡Cómo! ¿Cómo?—exclamaba fuera de sí el viejecillo—. ¡De modo que es usted el desconocido bienhechor a quien bendice la humanidad entera! ¡usted quien ha evitado el derramamiento de torrentes de sangre y lágrimas, el arrasamiento de centenares de ciudades, la ruina de millones y millones de familias!... Si por algo, por algo, sentí yo por usted desde el punto mismo de conocerlo esta potente e instintiva simpatía, más entusiasta aún que afectuosa, que...

—Muchas gracias.

—Era un presentimiento, un presentimiento... Pero dígame, dígame. Me muero de impaciencia de saber cómo...

—Sabrá usted todo cuanto yo no tenga formal compromiso de callar...

—Desde luego, desde luego. No atribuya mi afán a indiscreta curiosidad de penetrar científicos secretos, sino a interés más noble y más alto.

—Que con gusto satisfaré en cuanto...

—En cuanto le deje meter baza... ¡Este genio y estas vehemencias mías, que mis muchos años no han conseguido enfrenar!... Pero ya callo; porque soy yo, yo mismo, con este desbordado charlar, quien no deja a usted contarme lo que estoy deseando saber. Hable, hable; que ya callo, ya callo.

Sonriendo al oír al polaco repetir y repetir que callaba sin que por ello se callara, prosiguió el gallego la narración que los entusiasmos de aquél habían interrumpido.

—No obstante haber aprobado todos mis planes, dándome cuantos medios eran menester para ejecutarlos, deseaba el Consejo Federal que en tanto no fueren obtenidos éxitos rotundos que permitieran hablar cara a cara a los gobiernos que se preparaban a la guerra, no se trasluciera que lo que se iba a hacer era obra suya...

—¿Suya?... ¡Suya! De usted, sólo de usted... Pero perdóneme, y siga. Le prometo no interrumpirle más... Y si me olvido de este buen propósito, hágame el favor, no se lo pido en broma, de amordazarme con este pañuelo.

Al decir esto alargaba Lubecki el suyo a Eduardo, que lo rehusó, no sonriendo ya, como

antes, sino interrumpiendo en una carcajada, al sosegar de la cual continuó diciendo:

—No será preciso llegar a tal extremo. A la salida del consejo conferenció con Ercilla, mi primer ayudante, enterándolo de mi plan de campaña, que él en el Pacífico, el Japón, China y las costas occidentales de América del Norte, y yo en las orientales de ésta, el Atlántico y Europa, pondríamos en ejecución. Seguidamente convenimos el programa que cada uno desarrollaría, y acordamos mantenernos en frecuente comunicación con los teleradiófonos de 20.000 kilómetros de alcance (1) de nuestros aviones, y empleando clave para las transmisiones. Cada uno de nosotros iría en un avión, llevando otro de reserva. En cada uno de estos cuatro aeroplanos montaríamos dos de mis excitadores.

—¿Excitadores explosivos...

No acabó Lubecki su pregunta, pues antes de completar la palabra comenzada se tapó la boca con la mano.

—Explosivos, sí, señor: excitadores de explosiones de inmensurable potencia y carácter novísimo, sobre el que mis compromisos con el Consejo Arbitral me impedirían dar la menor explicación.

Con silencio heroico, y muda pero expresiva mímica, quiso el viejecito hacer inteligible su protesta (que, entre paréntesis, era grandísima mentira) de no sentir la menor curiosidad de conocer aquel secreto. Y sin dar a entender si había o no comprendido aquellos gestos y manoteos, prosiguió Eduardo hablando, sin hacer alto en ellos.

—Deseos de que al dar a conocer al mundo el poder, hasta hoy inconcebiblemente co-

losal, de que disponíamos, no fueran cruentas sino en extrema necesidad las primeras pruebas de él, comenzamos a usarlo: Ercilla, en la destrucción de las ruinas de un histórico castillo medioeval de los Daimios, situado, sobre un cerro, a pocas leguas de Tokio; y yo, contra el casco de un viejísimo *dreadnought*, varado, carcomido de broma y olvidado en uno de los canalizos, medio ciegos ya, de los antiguos y abandonados astilleros del Clyde.

A las altas horas de una misma noche volaron ambos, convertidos en instantes en polvo que bajo sí dejó las nubes. Sin que, dada la hora, *ex profeso* elegida para evitar desgracias, nadie lo viera. Pero al siguiente día los comarcanos se asombraron cuando advirtieron que, salvo un profundo hoyo en el monte japonés y una fresca dentellada en la orilla del río británico, en la cual penetraban las aguas en lugar antes seco, no quedaba en el monte ni en el río el más leve vestigio de haber estado nunca allí castillo ni barco, pues ni escombros ni restos de uno ni otro se veían siquiera.

Consumadas ambas voladuras, lancé al espacio un radiograma así concebido:

“A los gobiernos de todos los países del Globo. A una misma hora de la noche de ayer han desaparecido: el castillo de Koki, del cerro donde asentaba en el Imperio del Sol Naciente, y el casco del acorazado *Undaunted*, de las aguas de los antiguos arsenales del Clyde. Estas son las primeras muestras que, en lugares entre sí alejadísimos—24.000 kilómetros por el camino de América, 16.000 por el de Asia—, da EL GUARDIÁN DE LA PAZ de la inmensa fuerza con que va a impedir la guerra. Para ello conmina a los gobiernos que, con una nueva, se preparan a ensangrentar el mundo a desistir de ese criminal propósito, y les concede tres días de plazo para cesar en sus armamentos, reducir los ejércitos al pie de paz, desarmar las escuadras y cesar en la fabricación de pertrechos de guerra. De desacatar estos mandatos, les serán impuestos mediante destrucción, en la medida que preciso sea, de sus elementos ofensivos.”

—¡Qué hermoso, qué hermoso!—murmuraba Lubecki, enajenado; pero tan callandito, que aquel desahogo de su entusiasmo no podía calificarse de interrupción.

—Como del temerario orgullo de los gobiernos recelaba yo, fué baldío mi aviso, que ellos tuvieron buen cuidado de impedir alcanzara gran publicidad, para evitar que las manadas de criaturas por ellos destinadas al matadero se enterasen de que un poder incontrastable y enemigo de todo imperialismo alboreaba ya

(1) No hay nada de asombroso en el alcance de esta conversación telefónica sin alambre, mantenida en 1903, cuando ya en 1915 se había llegado al de 9.000 kilómetros hablando desde la estación de Arlington (Washington) con la de Honolulu (Islas Hawái), recibiendo perfectamente en ésta la comunicación de aquella. Y no contestándola, ni siquiera intentándola, porque habiendo allí receptor suficientemente sensible para oír a Washington, faltaba transmisor de la potencia del montado *ex profeso* en la última ciudad. Fué esta gran hazaña de la telefonía sin conductores realizada por los esfuerzos combinados de las dos compañías *The American Telephone & Telegraph Co.*, la *Western Electric Company* y el Ministerio de Marina. Los aparatos empleados fueron *odiones* Lee-De Forest. Es decir, hablando vulgarmente, *bombillas de luz eléctrica*, que en otras obras de esta biblioteca quedó ya explicado cómo hablan, cantan y oyen.

A este primer gran ensayo de radiotelefonía transoceánica siguieron otros en todo el mundo. De los cuales ha nacido, como por incidencia, la radiofonía (*broadcasting*, lanzar a lo ancho o en torno) que hoy apasiona al mundo llevando a domicilio por los aires conciertos, representaciones teatrales, discursos, sermones.

en el mundo, y sintieran veleidades de substraerse a tal destino.

Al expirar el tercer día me presenté con mi avión a la vista del polvorín de Moscou. Con el megáfono (1) de a bordo ordené a la guarnición que lo custodiaba el inmediato desalojamiento de él, previniéndola que de no evacuarlo volarían juntos; y al resistirse a obedecerme vencí su resistencia volando ante su vista unos peñascos en la cumbre de un otero cercano. En aquel mismo día, en el puerto de Batavia, donde un crucero yanqui fondeaba con intento de bombardear la ciudad indefensa en cuanto fueran rotas las hostilidades, obligó Ercilla a sus tripulantes a desguarnecerlo, empleando procedimiento igualmente convincente contra un trozo de rompeolas; y una vez logrado esto, lo destruyó instantáneamente, como yo destruí el polvorín, en cuanto fué desalojado por sus guardianes: tan estupefactos y espantados al verlo desvanecerse en una nube que ni siquiera polvo dejó caer al suelo al disiparse, como aterrados los marinos del crucero cuando, aclarada la niebla que los rayos de mi aparato habían levantado en torno de su buque, no vieron nada en el lugar donde había estado aquél: nada, ni aun humo de explosión.

Durante la siguiente semana, Ercilla en medio mundo y yo en el otro medio, fuimos lanzando sucesivamente los rayos de mis excitadores sobre diversas fábricas de cañones, de explosivos y de gases asfixiantes, en Cape-Town, Tours, Manchester, Franckfort y Sidney; sobre acorazados y aeroplanos en construcción en los astilleros de Liverpool, Delaware, Melbourne, Nagasaki, Brest, etc., haciendo desaparecer de la superficie de la tierra en unos cuantos días incalculables cantidades de ingenios y pertrechos de dar muerte y de talleres destinados a fabricarlos. Ya por doquier comenzaban las gentes a percatarse con asombro de la existencia de algo más fuerte que los ejércitos y las escuadras en donde los gobiernos habían volcado insensatamente la población entera de los pueblos que iban a disputarse el imperio del mundo; y ya no era

posible, como cuando las destrucciones iniciales de Koki y del Clyde, ocultar las ocurridas en las cercanías de ciudades populosas y en puertos importantes entre sí separados por grandísimas distancias.

—Sí, sí—interrumpió Lubecki sin poder contenerse—; nadie hablaba de otra cosa, en todas partes y a toda hora: con incredulidad primero y estupefacción más tarde, al conocer los cataclismos que hacían desaparecer naves enormes y edificios vastísimos sin dejar en pos de ellos restos, escombros, ni aun cenizas.

—Dice usted bien, ni cenizas, ni siquiera gases; porque mis silenciosos rayos no rompen, no incendian, no destruyen únicamente las formas de las cosas o de las criaturas que tocan, sino que deshacen la misma esencia de seres y objetos, aniquilándola: sin dejar de aquéllos ni siquiera rotos pedazos ni muertos cuerpos; aventándolos a los espacios insondables del universo en partículas infinitesimales, sin dejar subsistentes ni aun indicios de su pasada existencia.

—Eso, eso era lo que más sorprendía al vulgo, haciéndole pensar en poderes sobrenaturales, hasta en brujerías, y eso es lo que a los versados en ciencias físiconaturales nos hacía pensar que alguien había encontrado el magno y terrible secreto de la naturaleza ha tantos años perseguido en los laboratorios; que alguien había dado solución, en vano perseguida por muchísimos sabios/en el siglo xx, al problema de la instantánea desintegración de la materia. E ignorantes y cultos coincidían, instintiva o razonadamente, en que el poseedor de tal secreto era EL AMO DEL MUNDO...

De modo—prosiguió el geólogo, a quien su interés hacía olvidar sus discretos propósitos de no dejar ver científicas curiosidades—que concentrando sobre los objetos esos rayos fué como logró usted...

—A veces más de lo que deseaba; pues desgraciadamente no siempre fué posible evitar pérdidas de vidas, que no por haber sido en escaso número me fueron menos dolorosas. Consolándome únicamente de ellas el convencimiento de que inmolarse unas cuantas criaturas era el solo medio de salvar de la muerte a los millones de hombres sentenciados a perecer si estallara la guerra que yo iba a evitar.

Dando, con tal contestación, carácter sentimental a su respuesta, eludió Arteijo delicadamente expresa negativa a darla al contenido científico de la frase del polaco, que advirtiéndolo se apresuró a agregar:

—Eso, eso pensaba yo, y eso iba a decir: que no retrocediendo ante pequeños e inevita-

(1) El megáfono—de *mega*, grande, y *fonos* sonido—es una bocina que en su interior contiene un potentísimo amplificador del sonido, que hace oír a gran distancia lo que con ella se habla.

De este tipo son también las bocinas que en locales amplísimos, o al aire libre, se emplean para que muchos millares de oyentes oigan a un orador a quien ven de lejos o no ven por hallarse a muchas leguas de distancia. En las últimas elecciones de los Estados Unidos de Norte América han empleado este procedimiento varios candidatos para que un solo discurso sea oído a la par por los electores de muchas poblaciones.

bles daños *logró* usted evitar males incomparablemente mayores.

—El episodio más triste, para afrontar el cual hube menester de mi profundo y leal convencimiento de que no retroceder ante parciales sacrificios de vidas era el único medio de evitar mundiales hecatombes, fué el del Canal de la Mancha.

—¿Se refiere usted al obscuro suceso de las escuadras aliadas del que habló el mundo entero, sin conseguir saber sino las contradictorias e increíbles versiones dadas por los que enloquecidos por el terror escaparon de él, sin que gobiernos ni almirante consintieran se hiciera en ellas luz?

—Sí, señor. Y aun siéndome penoso recordarlo, pues, si no sobre mi conciencia, pesan sobre mi corazón aquellas vidas, veo en usted tal interés, y tan grande lo tengo en no ser juzgado de ligero por persona a quien tanto estimo, que quiero justificar mi proceder al dar aquel golpe decisivo que hizo imposible la guerra.

Los ojos de Lubecki brillaron, dejando ver su grandísima emoción: tan honda que lo tenía enmudecido en espera del relato del acontecimiento para él más transcendental de todos los acaecidos en la historia de la humanidad, en cuanto origen de la Novísima Era en que el mundo llegaba a paz estable.

Arteijo, a quien dolían los recuerdos que iba a refrescar, hizo un esfuerzo y dijo:

—A cada golpe dado en una fábrica, o en un arsenal, seguía, de una parte, la divulgación de él, que yo con mi radiotelefonía y los representantes de La Unión en todo el globo procurábamos fuera amplísima, y de otra, la reiteración de mis conminaciones a desarmar. A las que no solamente hacía oídos de mercader la temeraria soberbia de los presuntos beligerantes, sino que parecían aguijonear a sus gobiernos a precipitar los aprestos bélicos, a la par que lanzaban sus escuadras aéreas a la busca y exterminio del misterioso GUARDIÁN DE LA PAZ.

De esta amenaza habíamos sido Ercilla y yo avisados por radiogramas del Arbitro, a su vez informado por los embajadores de Iberoamérica en el extranjero. Además, y en vista de la pertinaz impavidez absurda con que ambos bandos enemigos, cegados por sus odios y ambiciones, proseguían los preparativos para satisfacerlos, sin dar a mis golpes la importancia que tenían, me invitó aquella autoridad a reforzarlos con otros que ya directamente hirieran a ejércitos y armadas, demostrando a unos y otros su impotencia. Aviso y orden que me hicieron dársela a mi segundo de que dejando El Pacífico se me incor-

porara; pues juntos nuestros cuatro aviones, con sus ocho *excitadores*, podríamos defenderlos mejor que aisladamente si sobrevinieran los ataques anunciados, y ponernos en aptitud de afrontar las contingencias, que bien podrían ser combates, del cambio de carácter de nuestra actuación.

El convencimiento de que para evitar la guerra había de empezar por hacerla fué para mí amargo desencanto: más todavía, acerbo conflicto de conciencia, del que la Providencia me sacó poniéndome en apremiante trance de sacudirme escrúpulos y vacilaciones como único medio de impedir un combate naval que, por los elementos colosales prestos a librarlo, habría sido incomparablemente más terrible y mortífero que los más espantosos registrados en la historia de la humana barbarie.

—¿Y cómo vió usted tal evidencia?

—Gracias a un radiofonema de Orellana informándome de que con pocas horas de intervalo telegrafiaban a Vigo nuestros embajadores en París y Londres que había indicios de inmediata y rápida movilización en las escuadras enemigas fondeadas en Spitehead (Potsmouth) y en las Bocas del Escalda.

Recibí el aviso estando aterrizado en la isla de Timor (Azores), punto de cita señalado a Ercilla, cuando me hallaba aguardando la llegada de éste desde la isla Hawái, en donde recibió mi orden de reunírseme. Viaje que hizo en un solo vuelo de más de 12.000 kilómetros.

Tan pronto se me reunió, juntos nos remontamos, y juntos pusimos rumbo a la isla de Wight, entre cuya costa y la de Inglaterra fondeaban en los canales y ensenadas de Solent, Spithead, Portsmouth y Southampton los acorazados, cruceros y barcos sutiles de la escuadra anglo-italo-germano-rusa, etc., de la *Séptuple Alianza*. Digo mal, no fondeaban, habían estado fondeados en anteriores días; pues al darles nosotros vista desde la grandísima altura a que nos manteníamos para recatar nuestra presencia, todos sus buques estaban en movimiento, rebasando ya los de vanguardia la boca de la ría entre las puntas de Bembridge y Selvey-Hill, en demanda de alta mar.

III

EL GUARDIÁN DE LA PAZ LIBRA SU PRIMERA Y ÚLTIMA BATALLA

Obligado Arteijo a callar pormenores ocasionados a dar luz sobre la naturaleza y funcionamiento del arma que había empleado en los memorables sucesos cuya narración escuchaba Lubecki, adoleció aquélla de inevitables obscuridades, para huir de las cuales prescin-

dimos de la incompleta versión dada por el protagonista de ellos, substituyéndola por el relato de los hechos tal como en realidad acaecieron: no con detalles demasiado prolifos, pero sí de modo que resulte comprensible.

Los buques que con gran interés contemplaba el Guardián de la Paz eran los de la Gran Escuadra de la Séptuple Alianza, integrada por las parciales de Inglaterra, Federación Austro-Africana, Alemania, Italia, *Entente* Batavo-Escandinava y Rusia, poco antes concentradas en los lugares de donde a la sazón zarpaban.

Sabiendo, cual sabía, que en las Bocas del Escalda estaban las flotas francesa y belga; informado por Ercilla de haber visto éste, a su venida del Pacífico, la armada del Japón navegando con rumbo a Panamá, y ya cercana a las costas sobre dicho océano de América Central, y enterado, por el Presidente, de que en igual forma avisaban de Cuba haber sido señalada desde el Cabo San Antonio la flota norteamericana en el Canal de Yucatán, a su paso del Golfo de Méjico al Mar de las Antillas, resultó claro para Arteijo que la finalidad del movimiento de las escuadras a su vista era aprovecharse de la triple ventaja de su posición central entre las de sus enemigos, de haber realizado la concentración antes que a éstos les fuera dable efectuar la de las suyas, y de su abrumante superioridad de cuatro contra uno sobre la franco-belga para aplastar a ésta si aceptaba combate, o embotellarla en el Escalda, sin dar tiempo a que en auxilio de ella llegaran sus aliadas yanqui y japonesa. Que antes de poner rumbo a Europa habían aún de reunirse en lugar que, a juzgar por las derrotas de ambas, debía de hallarse en paraje de antemano convenido del Mar de las Antillas.

Media hora después de la llegada de los cuatro aviones iberoamericanos sobre la isla de Wight ya se había definido, sin dar margen a dudas, la dirección común del movimiento de los barcos en franco rumbo al Paso de Calais, y precedidos en unas veinte millas por la flota aérea, que combinada con la marina exploraba a vanguardia mar y aire.

En vista de los visos de inmediata realidad que esto daba a sus presunciones, comprendió Arteijo que en breve sería urgente su personal intervención y resolvió que mientras él, con su aeroplano y los dos de reserva, observara los de los aliados, volando a compás de su avance, pero a muchísima más altura, y cubriéndose de la vista de ellos con las abundantes nubes de aquel día, se adelantara Ercilla, en reconocimiento de la otra flota, hacia las Bocas del Escalda, y regresara a reunir-

sele a la altura del Cabo Gris-Nez, en donde antes de transcurrida hora y media estaba ya aquél de retorno.

Con los radioteléfonos de los respectivos pájaros que cada uno montaba, conferenciaron el jefe y su teniente, enterando éste a aquél de que una mitad larga de la escuadra franco-belga navegaba al nornoroeste, ya fuera de la ría, al máximo de marcha, y de que por los dos canales principales continuaban desembocando barcos y más barcos. Mas con la diferencia de que los salidos a la mar por la boca septentrional entre las islas Shouwen y Walcheren seguían en pos de los ya navegantes en el rumbo indicado, mientras al desembocar otros por la boca de Flessinga viraban al suroeste, para ir formando en línea de batalla con frente al Paso de Calais, hacia el cual avanzaban en tal disposición y a escasa marcha.

Velocidad escasa comparada con la de los que por el norte se alejaban, pero cuanta en conjunto podían desarrollar ellos; porque al preparar la maniobra de la escuadra entera habían sido escogidos para constituir aquella retaguardia, división destacada, o lo que fuera, los buques más lentos, más viejos, los peores de toda la flota, cual destinados a carnaza echada al enemigo para que se cebara en ellos, dando así tiempo de salvarse de destrucción segura a los mejores que hacia el norte huían, emprendiendo la maniobra más gigantesca, atrevida y difícil de cuantas registra la historia de la estrategia naval. Pues el proyecto del almirante, que a ella se acogía como único si bien incierto efugio para conservar lo más florido de su armada, era ganar delantera a la que suponía a punto de salir de la isla de Wight y aumentar su ventaja en camino y tiempo con el que la última perdiera en el combate con la que en paso estrecho, como el de Calais, dejaba a retaguardia, con instrucciones de que el enemigo no pasara sino después de haberla exterminado. Y con ella a casi todos los aviones franco-belgas de bombardeo, que para compensar la debilidad de los barcos viejos enviados al sacrificio, y para prolongar el tiempo que el adversario hubiere de gastar en echarlos a pique, combatirían a su lado, pereciendo también en el terrible empeño.

Una vez más iba a repetirse el bárbaro pero sublime sacrificio, no raro en la guerra, de docenas, centenares o millares de hombres que marchando sin vacilar, en busca de muerte inevitable, salvan al resto de sus hermanos de armas. De él quería aprovecharse el Almirante para llevar su armada al Atlántico Septentrional, dejando al sur la Gran Bretaña; y una vez en sus aguas, hacer rumbo a Terranova, a

fin de unirse en las costas de la América del Norte con las escuadras yanki y japonesa, al encuentro de las cuales había la víspera enviado diez aviones por diferentes rutas: esperando que alguno consiguiera burlar la vigilancia aérea de los enemigos, y llevar a los almirantes aliados aviso de la maniobra que el de la franco-belga iba a emprender para efectuar allá la concentración...

Mientras sus compañeros se alejaban hacia el norte, la *Escuadra de la Muerte* forzaba cuanto podía la marcha para establecerse en batalla entre el cabo Gris-Nez y Dover, donde la anchura mínima de 35 kilómetros escasos del Paso de Calais no permitiría al adversario envolverla, ni combatirla con más barcos de los que en tal espacio y con frente igual al de ella pudieran maniobrar, ni utilizar de un modo simultáneo la superioridad de sus fuerzas. Y aun cuando esto no alterara el final resultado del combate, lo prolongaría, que era precisamente lo que se buscaba.

Además, el hundimiento de un gran número de buques de gran calado en aguas de la escasa profundidad de aquéllas, detendría y entorpecería, después de acabado el combate, el desembarazado avance de los anglo-germano, etc.

* * *

Cuando Arteijo y Ercilla terminaban su breve conferencia telefónica, dándose cabal cuenta de los propósitos de los adversarios, vieron aparecer hacia Dunkerke centenares de aviones belgas y franceses, que avanzaban en tan crecido número para hacer creer a la escuadra de Spithead que en el forzamiento del estrecho habría de combatir con toda la enemiga.

—Esta es la ocasión de intervenir, Ercilla—dijo Arteijo—. ¿Sabe usted cuál es la frecuencia de onda eléctrica empleada en sus transmisiones por la radiotelefonía franco-belga?

—Sí.

—Pues entonces nada más tengo ya que decirle, sino que primero a los de arriba y luego a los de abajo. Y como no podemos perder ya un solo instante, usted a lo suyo y a lo mío yo. ¡Ah! Oiga, oiga. Si se ve usted obligado a retirarse hágalo sobre mí; pues, pase lo que pase, yo de aquí no me muevo (el Cabo Dunge Ness) hasta que usted vuelva.

Aunque mucho más alto que la bandada franco-belga, hacia ella voló Ercilla con sus dos aviones, mientras Arteijo volvía proas a la flota opuesta. El primero puso el varióme-

tro de su radioteléfono a la frecuencia oscilatoria empleada en los aparatos de los franco-belgas; Arteijo hizo marcar al suyo la usada por los otros. Con lo cual ya tenía cada uno su teléfono en disposición de poder entenderse con los de las respectivas escuadras, a las que se intentaba detener.

A los pocos minutos oían, en francés, los aviadores que venían del Escalda:

“El Guardián de la Paz prohíbe que ningún aereoplano rebese la línea Folkestone-Calais. Los que desobedezcan serán instantáneamente destruidos.” Poco después los del bando contrario oían sucesivamente en inglés y en alemán orden análoga señalando la recta Boulogne-Hastings por límite a su avance.

Ha de advertirse que en la época de estos sucesos el piloto de todo avión pequeño y los telefonistas de los de alto bordo llevaban permanentemente encasquetados los capacetes auditivos del radioteléfono, que no faltaba en ningún aparato volador de guerra. Conviene asimismo saber que los cuatro aviones iberoamericanos eran biplanos, cada uno provisto de dos excitadores esencialmente iguales a los que ya hemos visto funcionar en El América: sin otra diferencia, puramente de forma, que la de que los reflectores usados para enfilar los rayos, violáceo uno, verde el otro, lanzados por el misterioso aparato iban montados en los extremos de las alas de cada juego de éstas, cuya gran envergadura permitía fácilmente concentrar dichos rayos en puntos situados a grandísimas distancias. Sin más dificultad ni otro trabajo, según se vió en el aniquilamiento de los osos, que el preciso para apuntar unos gemelos.

Todos los aviadores, y no solamente ellos, sino los telefonistas de servicio en los buques que detrás seguían, oyeron la orden y la amenaza que la reforzaba; y aun no ignorando ya nadie en el mundo el terrible poder, todavía más terrible por desconocido, del Guardián de la Paz, ni la orden fué obedecida, ni, cual se temía Arteijo de soldados en trance de jugarse las vidas sin cuidarse de ellas, hizo ninguna mella en ellos la amenaza.

No por previsto le apenó menos el convencimiento de la necesidad de recurrir a vías de hecho; mas con dolerle no bastó a hacerle vacilar, cual no vacila el cirujano al amputar un miembro para salvar a un hombre. Aquel mal era fatal y providencialmente preciso, y al realizarlo *haría una buena obra*, sin que el dolor de inmolar unas cuantas vidas para redimir a la humanidad del azote de la guerra enflaqueciera su resolución de afrontar personalmente el duro sacrificio, ni hiciera temblar su mano cuando, tan pronto vió que el aereoplano más

adelantado de la vanguardia iba a llegar a la altura de Hastings, concentró los rayos de su excitador sobre él, ni su voz al ordenar al ayudante de su mismo avión y a los que en el de reserva manejaban los otros tres excitadores que los pusieran en actividad.

Del dicho al hecho hay gran distancia. Entre la referencia de un suceso impresionante y la actuación en él como actor o víctima media un abismo; así, pues, aun teniendo los aviadores previas noticias, que casi todos creían exageradas, de la espantosa potencia e instantaneidad de los efectos de aquellos tenués rayos de suave luz, oscilantes por vez primera a su vista, experimentaron emoción tremebunda cuando los tres aviones, que en cabeza de todos hacían punta, no cayeron cual en combates aéreos es corriente caigan los alcanzados por proyectiles que les quiebran las alas, sino que se sumieron en blanquecinas nubecillas surgidas de improviso y disipadas con rapidez, que a poder ver de nuevo los aviones les habría hecho creerlas alucinación de los ojos. Pero no: ni en los lugares donde habían estado aereoplanos y nubes, ni debajo, ni arriba, ni en cuanto podía abarcar la vista se divisaba *nada, nada, absolutamente nada* cual vestigio de la extinta existencia de los tres aviones desaparecidos sin dejar en pos de su pasado ser, que ya era fué, ni humo siquiera.

La emoción de los aviadores que venían detrás de los que con sus aparatos habían sido aniquilados a su vista de tan extraordinario modo, con increíble rapidez y espantosa facilidad, se trocó en miedo: más todavía, en terror. Y no a la muerte ordinaria en los combates —esa estaban resueltos a arrostrarla—, sino terror de aquella nueva fuerza desconocida e incontrastable; espanto de luchar con aquel prodigioso poder en donde hasta los más fuertes de espíritu y más despreocupados veían apariciones de sobrenatural intervención.

De los ánimos pasó la impresión a los nervios; de éstos a las manos que regían los timones, y se hizo perceptible en la marcha de las naves, que pasajera, pero evidentemente, perdieron la fijeza del rumbo y la estabilidad en el vuelo, por unos instantes perturbado e incierto: con fluctuación parecida a estremecimiento que recorría la flota entera.

Arteijo, que desde lo hondo de la altura apreció aquel vaivén, interpretándolo como decaimiento de las voluntades, sintió esperanza de que lo hecho bastara para detener la escuadra aérea; pero pronto salió, con pena, de su error; pues a temores y nerviosidades se impusieron la conciencia del deber militar y el esforzado aliento, dando resolución a los valientes

impulsados por tales acicates para lanzarse a rebasar el límite a su avance señalado.

Uno, dos, siete, diez aereoplanos sufrieron la misma suerte de los anteriores, sin conseguir ninguno pasar de Hastings.

La callada destrucción misteriosa y el fulminante anonadamiento de cuantos se aproximaban a la zona prohibida iba pesando ya en los ánimos de los tripulantes de los demás, como convencimiento de ser demencia inútil, temeridad insensata la de querer combatir con una fuerza invisible, incoercible; y algunos de ellos comenzaban a virar en redondo, volviéndose a los barcos que detrás venían.

Pero de pronto oyó Arteijo en su teléfono la siguiente orden del jefe de la escuadra de guerreras aves:

"Todos arriba. El enemigo está ya descubierto. Mirad a lo alto y vedlo. Ved que ibais a huir ante dos míseros biplanos. A ellos, todos a ellos."

Animados los aviadores al ver, en cuanto arriba levantaron las miradas, un adversario con realidad material, contra quien podía pelearse, pues las nubes con que antes se cubrían los iberoamericanos se habían desvanecido, prorrumpieron en unánimes hurras y comenzaron a ascender, disponiéndose a ametrallar a éstos, que retirándose ascendían también por encima de aquéllos; pero batiéndose contra los aviones que más velozmente se elevaban; aniquilándolos con sus lucecitas antes de darles tiempo para ganar altura que les permitiera asestar sus ametralladoras.

Aquel crítico trance fué muy breve, pues de igual modo que antes no pudo pasar de Hastings ninguno de los aereoplanos atacantes, cuantos ahora llegaban a un kilómetro por bajo de las naves de Arteijo desaparecían, siendo pocos minutos suficientes a convertir en espantoso pánico los barruntos de terror supersticioso anteriormente dominado, apenas fué sentido por la primera vez. Y cual bandada de golondrinas que espanta el gavilán, huyó la flota entera. Para Arteijo a buen tiempo; pues en el punto mismo de darse cuenta de su triunfo, vió por oriente aparecer otro nutrido bando que hacia él avanzaba con rapidez grandísima, y a poco, no los dos, sino sólo uno de los aereoplanos de Ercilla que ante los francobelgas se retiraba, destruyendo de rato en rato a los más osados antes de que llegaran a él o ganaran altura suficiente para emplear eficazmente las ametralladoras que ya habían hecho zozobrar y caer al mar su biplano de reserva. Pues descubiertos éste y el de Ercilla por los venidos del Escalda, no al fin de la lucha, como los de Spithead habían visto a los de Arteijo, sino al principio de ella, su refriega

había sido más dura, y aun estaba en veremos, y en veremos seguiría hasta que, unidos a los dos excitadores del teniente, los cuatro de su jefe tendieron entre ellos y los asaltantes infranqueable zona de antigravitatoria excitación (bueno, ¡ya se me ha escapado!) (1), en donde desaparecieron cuantos a ella llegaron: más que muertos, sumidos en la nada, arrebatados por muerte tan completa, tan diferente de las muertes de los hombres conocidas que ni cadáveres dejaba como huella de su paso.

IV

LAS COBARDÍAS DEL HÉROE

—Las ahuyentadas flotas atmosféricas se acogieron a sus respectivas escuadras marinas—dijo Arteijo al terminar de referir muy abreviadamente sus dos combates aéreos—, haciendo así lo que más podía yo desear; pues el pánico ciego de que iban poseídos los soldados del aire se difundió entre los soldados de la mar, facilitando muchísimo mi tarea y ahorrándome la pena de continuar empleando medios cruentos.

—¿Cómo? ¿No tuvo usted que combatir con los acorazados?—preguntó Lubeski.

—No, señor.

—Sin embargo, al dar cuenta de los desastres navales de las dos armadas enemigas los gobiernos hablaron de combates.

—Ruborosas mentiras para no confesar el espanto cervical de las tripulaciones: estúpidas vergüenzas; pues el escarmiento de los aviadores justificaba bien el terror de los marineros.

—Entonces ¿qué ocurrió después de la retirada de los aeroplanos?

—Que acercándome a la escuadra salida de Spithead ordené telefónicamente a su almirante que evacuara los buques, y enviara las tripulaciones en botes a la cercana costa. Pues aquéllos iban a ser destruídos.

Recibí rotunda negativa, y reiteré el mandato, agregando que la suerte de los aniquilados aviones era ejemplo de cómo se expiaban las desobediencias al Guardián de la Paz.

“Me... (puede usted figurarse lo que callo)

(1) En interés de los lectores perspicaces se les recomienda no pretendan aprovechar el descuido que ha dejado escapar el nombre técnico del excitador, para adivinar el secreto de él, pues es muy fácil emprenderan camino equivocado, calentándose en balde la cabeza. ¿Por qué? Porque el tal nombre, aun estando bien puesto, se presta a hacer tomar el rábano por las hojas. Además, no vale la pena de torturarse la mollera en coleccionar a tientas lo que, a la postre, y a su debido tiempo, ha de ver claro quien continúe leyendo.

en el Guardián de la Paz”, fué la respuesta a mi amenaza. Creí al oírla que me ponía en el horrendo trance de apelar a la inmediata destrucción de un buque, tal vez más, si la de uno no bastara para imponerme; mas resistiéndome el hacer perecer tan gran número de hombres, gané tiempo, dando a mi poco cortés interlocutor media hora para pensarlo mejor. Previéndole que si a la expiración de ella no hubiere comenzado la evacuación, cumpliría mi amenaza, y declinando sobre él la responsabilidad del sacrificio de muchísimas vidas sin utilidad ninguna; pues el deber militar no obliga sino cuando no sea absurdo combatir, pero no a luchar con el *Guardián de la Paz*, pues aunque usted acabe de... en él...

—¡Ja, ja, ja! Parece mentira que al oír contar aquel terrible drama pueda reírse nadie; pero ésa es la vida: sainetes revueltos con tragedias.

La interrupción con que la risa de Walter cortó a Eduardo la palabra, amenguó la tensión de su interés en los recuerdos que venía evocando, dejándole reparar en la hora y acordarse de quehaceres pendientes; pues habiendo de recuperar, cuando menos en parte, el tiempo empleado en el salvamento de los polacos, perdido en realidad para su propia empresa, tenía no poco en que ocuparse, con la necesaria revisión de los aparatos que pronto habían de entrar en actividad al comenzar la campaña ártica.

La urgencia de estas atenciones y el tiempo de trabajo por ellas requerido era obstáculo a que llegara Arteijo de un tirón, con la premura que la impaciencia de Lubecki pedía, hasta el fin de la comenzada historia. Y no siendo ésta breve, y habiendo el narrador de atender a otras cosas, así lo dijo al ver a aquél acabar de reírse: manifestándole que al día siguiente, y a igual hora, reanudaría el relato en el mismo despacho en donde estaban, y poniendo con ello muy cariacontecido a Walter; pues las veinticuatro horas del aplazamiento se le iban a hacer siglos.

Disimulando cortésmente su contrariedad, se levantó el anciano despaciosa y trabajosamente, con las precauciones exigidas por su crónico reuma, desde la noche antes bastante exacerbado; y al ir a dar el primer paso, se agarró, tambaleante, a la mesa junto a la cual estaba, sin cuyo apoyo habría caído al suelo. Y se le escapó un ¡Ay!

—¿Qué le pasa a usted?—preguntó Eduardo, acudiendo a sostenerlo.

—Este pícaro reuma. Una punzada en el talón. En cuanto dé dos pasos y se caliente, pasará.

Pero se equivocaba; porque en vez de pa-

sársele, arreció el dolor, cuando de nuevo intentó andar, teniendo Eduardo que llevarlo a su camarote, sosteniéndolo por el brazo del lado del pie enfermo. No siendo breve ni leve la faena hasta verlo sentado ya en su alojamiento.

Claro es que a la hora de la cena no pudo ir al comedor; pues en vez de amainar el ataque se le iba acentuando por momentos la inflamación del pie. Siendo preciso les sirvieran aquella en el camarote a él y a su mujer.

En aquella cena, en la que al Capitán y al Comandante—así llamaban en El Iberia a Arteijo—les faltó su habitual compañía, ambos añoraron la copiosa y agradable charla del inteligente y jovial viejecito, sin que podamos responder de que ninguno de ellos no añorara la de Ana.

Al levantarse de la mesa dijo Arteijo que parecía obligado ir en seguida a visitar al enfermo, para enterarse personalmente de su estado... Pero apenas asintió a ello el Capitán, vaciló el otro al formularse interiormente la pregunta de si había propuesto la visita movido de interés por Lubecki o por deseos de ver a Ana. Y al acordarse de haber llegado, en anteriores reflexiones, a convencimiento de que en la imposibilidad de no volver a verla nunca—y esto habría sido lo mejor—convenía a su tranquilidad verla cuanto menos pudiera, resolvió proceder en consonancia con tal convicción, y al salir sobre cubierta sorprendió a Maucelo diciendo:

—No; yo no voy. No puedo. No me acordaba de que he dejado pendientes unos cálculos que quiero acabar en seguida.

—Pero, diez minutos o un cuarto de hora antes o después, poco importa.

—Vaya si importa. Estoy acascado en ellos; no me salen; y como sabe Dios lo que me costará encontrar el error que indudablemente he cometido, sin que entre tanto pueda proseguir mi trabajo, no tengo calma para demorar el buscarlo.

—Está bien... Pero tal vez sorprenda a esos señores verme entrar sin usted.

—Sí; es verdad. Parecerá desatención y falta de interés. Dígame que de mi parte va usted a informarse... No, no. Dígame... dígame... Mire, lo mejor es decir que por tener trabajos urgentísimos y no querer interrumpirlos con la cena, también yo me he hecho servir, como ellos, en mi camarote. Así, no habiendo ido al comedor, no me he enterado de la ausencia del Señor Lubecki... Es una mentirilla venial. Y sólo en parte; porque lo del trabajo abrumador es la pura verdad.

—Lo malo es que ese antipático de Bopp, véalo usted, entra ahora mismo en el camarote

de Lubecki a enterarse, sin duda, de porqué no ha ido al comedor; y como él lo ha visto a usted allí, mal podré yo decirle...

—Verdad, verdad... Entonces dígame que cuando juntos íbamos a verlo, me han venido a avisar de haber ocurrido en mi laboratorio una avería importante que exige mi inmediata presencia, y que si la remedio antes de la hora en que ya se hayan recogido iré en persona. Vaya, vaya. Y después hágame el favor de pasarse por mi camarote a decirme cómo está ese pobre viejo.

Separáronse los que más que jefe y subordinado, eran buenos amigos, metiéndose el primero en su habitación. Pero en vez de reanudar inmediatamente la pesquisa del error—que aquí, en secreto, puede confesarse era tan mentira como lo de la cena entre ecuaciones y logaritmos—, se sumió en las cavilaciones de otro problema: Si había hecho bien o mal en no ir a ver al enfermo; preocupándole más que si éste lo tomaría a mal cómo pudiera interpretarlo Ana.

Ana, Ana... ¿Y a santo de qué había de buscar Ana interpretaciones a que él fuera o no fuera? ¿Porqué no había de creer lo del accidente del laboratorio?

A poco llegó Maucelo, y sin sentarse, para no quitar tiempo a Eduardo, lo informó de haber dado su recado y de estar Lubecki imposibilitado, por varios días, de moverse de una butaca de extensión, sobre la cual tenía estirada la pierna. Dicho esto, se marchó, dejando al Comandante enfrascado en sus cálculos. Esta vez, de verdad: todo verdad; porque pasado un rato resultó ya cierta la pasada mentira del error en que antes no había caído, y a los pocos minutos cometió, costándole horas deshacer sus consecuencias; pues los enredos propios de tales tropiezos, bien conocidos de los calculadores, complicábasele a él, aquella noche, con revuelta madeja de dudas y encontrados propósitos, todo ello enmarañado con el perturbador recuerdo de Ana.

Así, cuando creía estar a punto de encontrar la pícara equivocación, ora lo distraía la idea de que teniendo Lubecki quietud para varios días, no era posible que en todos y cada uno sobreviniera otro accidente en el laboratorio; ora le quebraban el hilo de su razonamiento matemático exclamaciones como éstas:

No son sino ridiculeces mías. Ni que fuera esa mujer un ogro y yo un chicuelo... Como si no estuviera bien seguro del dominio que sobre mí mismo tengo; y de que no debiendo enamorarme, no me enamoraré...

Y si me enamoro, me aguantaré; pues yo

TIERRAS RESUCITADAS

ANA BATTORI



— ¡El Guardián de la Paz!.. ¿Qué más podría hacer a ser el Genio de la Guerra?

— Destruir las vidas que ha salvado en vez de deshacer máquinas de segarlas.— Cap. V.

no he de ofenderla, ni ofender al que llamo mi amigo, dejando ver, y haciendo pensar a Ana que soy uno de esos cuyo amor, ¡valiente amor!, se satisface con sobras de amor de otro; que abrazan a la mujer amada venida de otros brazos a los que volverá al salir de los suyos; que no se mueren de asco o de impotentes celos desesperados al pensar que caen sus besos sobre besos de otro hombre, y que bajo los de éste quedarán los suyos enterados.

Es indudable, no yendo esta noche, he hecho una sandez propia de un chico de quince años. Y con exclamaciones o razonamientos de esta traza, seguía y seguía hasta acordarse nuevamente de que le era preciso descubrir el error.

Como no hallara... Cualquiera encuentra errores con mente sojuzgada por morales conflictos.

Muy de mañana envió Eduardo a su sirviente a informarse de cómo había pasado la noche Lubecki, y con recado de que en hora más oportuna iría él personalmente a visitarlo.

La contestación, no verbal, sino dada en una esquela por el geólogo, fué que, aunque muy molesta por impedirle todo movimiento, era soportable su indisposición, pues mientras no intentaba hacer ninguno, no apretaban los dolores; y que no siendo cosa de cuidado, sino achaque ya conocido y padecido, más que el reuma lo mortificaba el temor de largo aplazamiento del interesantísimo relato pendiente. Pero que, pues Eduardo pensaba ir a verlo, le agradecería lo hiciera a la hora señalada la víspera para reanudarlo: dedicando a esto el tiempo que sus ocupaciones consintieran y tuviera pensado, en vez de hacer una mera visita de cortesía al enfermo.

¿Estará ella presente? Esta fué la primera idea que el billete sugirió a Eduardo. La segunda, que a menos de echarla a pasear sobre cubierta, forzosamente habría de estarlo; pues el camarote de Maucelo, donde el matrimonio estaba instalado, sólo tenía dos reducidas habitaciones sin puerta entre ellas. La última, que al continuar la narración, iba a actuar de héroe ante Ana: de héroe pintado por sí mismo, con todos los inconvenientes de los autorretratos; pues verdad y justicia impresionantes en labios de otro disuenan, cual vanidad ridícula, si son oídas al protagonista. Nueva aprensión que lo turbó, hasta que comprendiendo nada adelantaría con batallar contra lo inevitable, procuró sacudírsela.

Además, el geólogo, que no callaba nada a su mujer, ya le habría contado, de pe a pa,

cuanto la víspera despertó su admiración; y su vehemencia y su entusiasta simpatía por *el héroe*, no habría dejado de exaltarlo a mayor altura de la que alcanzaría en la historia, por él mismo contada, de los hechos aun por relatar.

Lo anterior dará idea de la disposición de ánimo en que Eduardo llegó al alojamiento del matrimonio. Tan temeroso de mirar a Ana cuanto pedía la atracción a ella que él sentía, como de caer en forzada frialdad que, sin externa justificación, fuera tan expresiva como el opuesto extremo para la penetrante intuición de una mujer ya de treinta años y muy inteligente, puesta además en guardia por las torpezas de él en el difícil diálogo noches antes sostenido entre ambos, antes de comenzar la reunión donde se resolvió la permanencia de ella y su marido en El Iberia.

Todo esto parecerá extrañísimo, hasta ridículo en hombre de la edad de Eduardo, a los tenorios granados o en capullo, que por él sentirán lástima desdeñosa; pero ya antes de ahora se ha dicho cómo y porqué es como es; y porqué en trances como el que ahora le trae a mal traer se apoca quien, como él, arrostra con despierto espíritu y esforzado ánimo otros que a los burlones les pondrían carne de gallina.

Por todo ello, apenas entró en el alojamiento del matrimonio y vió la butaca donde el marido estaba con la pierna tendida, fuése rápido hacia él aprovechando esta demostración de su vivo interés por el enfermo para eludir saludo cara a cara a la mujer, el cual pudo simultanear, sin tener que mirarla, con las preguntas hechas al primero sobre su dolencia, entreverándolas con las frases de fútil urbanidad dirigidas a ella.

El continente de Ana, más dueña de sí misma, no delataba el atortolado azoramiento de Eduardo, advertido por ella en la manera como se presentaba, en la nerviosa verbosidad derrochada con Lubecki mientras no cruzaba sino de refilón frases brevísimas con ella, hacia la cual volvía entonces, por cortesía, la cabeza, pero no la mirada temerosa de quedarse presa y de ser indiscreta.

Y sin embargo, pareciendo serena, no estaba Ana tranquila; pues cuando de mañana supo que a la tarde y varias tardes pasaría largo rato oyendo al mismo Arteijo referir lo que Walter llamaba conquistas de su genio y hazañas de su heroico valor, pensó no iba a ser esto buena ayuda en el combate consigo misma ya emprendido para recortar vuelos a una simpatía que en su opinión iba volando más de lo conveniente a la paz de su espíritu, y que con aprensión, muy cercana a certeza, recela-

ba era por demás correspondida; pues si aun no la había leído en los ojos de Arteijo, habíanle hablado de ella, en la breve conversación poco ha recordada, palabras, actitud y turbaciones de él, poco ducho en disimulos: haciéndola temer que tuviera aquel hombre celos de Bopp.

Esto, esto, los sentimientos de él, era lo que más la asustaba al pensar en la vida que por largo plazo en ineludible intimidad iban a hacer Walter, Arteijo y ella. Porque en sí confiaba que si no consiguiera evitar nuevos crecimientos de su *simpatía*, sabría ocultárselos tan escondidamente a Eduardo como a Walter. Pero ¿y él? ¿Podría? ¿Querría?

Si así no fuere; si Walter llegase a conocer lo que Eduardo sentía, y aun no manchándola a ella con desconfianza, aun creyéndola incapaz de afrentarlo, ¿no sabría su penetración, aguzada por lo visto en Arteijo, leerle a ella hasta el fondo del alma?

¡Dios no lo quiera! ¡Dios nos libre de ello!—se decía al llegar a este punto de sus cavilaciones—. Porque entonces la absoluta fidelidad de mi conducta no sería sino lenitivo que aminorara, pero no evitara a Walter la desdicha de descubrir que tal fidelidad no era paz de mi alma, sino imposición de mi conciencia... ¡Pobre Walter! ¡Pobre Walter!

Pero todo esto son exageraciones, desatinos, locuras... Yo no estoy enamorada todavía. Es más, no quiero estarlo. No lo estaré. Pero él, él... No, no. ¿Quién sabe si en todo esto mi suspicacia llega donde no llegan sus sentimientos?

Aun que sin convicción en la solidez de esta esperanza, a ella se aferró. Pero pensando que el más seguro medio de que *si aun no habían llegado no llegaran* era tuviera él por absurda, no ya correspondencia a sus sentires, sino la sola posibilidad de que ella los adivinara; y sabiendo que en conflictos de esta índole por los ojos escapa lo que los labios callan, resolvió Ana poner guardia a los propios para evitar encuentros de los de ambos y huir pronto de ellos si llegaran.

Véase cómo los mismos sentimientos que entre hombres y mujeres suelen ser imán de las miradas obraban de manera inversa en estas dos criaturas al sentirse mutuamente atraídas. Este era, al menos, el propósito de ambas. Véase cómo el que Eduardo llevaba, de no mirar a Ana sino en caso ineludible, iba a ser ayudado por el de ella, de no mirarlo sino cuando fuera inevitable... Véase cómo el atormentado temor de él era secundado por el recelo reflexivo de ella. Véase cómo quienes, igualmente hermosos, e inteligentes y leales, parecían nacidos uno para otro, se apartaban al

reconocerse, renunciando la dicha que en su unión veían.

¿Porqué? Porque tal dicha sólo podía alcanzarse hollando otra: la de aquel buen anciano, venerable, confiado, todo sinceridad y abnegación.

¿Porqué? Porque Dios lo quería. Y porque en un siempre cuya finalidad no siempre vemos, siempre lo que Dios quiere es lo mejor.

V

EL FIN DE LAS ESCUADRAS

Al reanudar Eduardo su historia, sentóse Ana junto a los pies de la butaca en donde descansaba el de su marido, teniéndolo al alcance de la mano, así como el calorífero eléctrico donde calentaba los fomentos que a menudo aplicaba al miembro enfermo, sin perturbar con ruido ni con movimientos la narración que iba a comenzar.

A causa de la forma y angostura del camarote quedaba Arteijo inmediato a la cabecera del butacón, dando frente a Ana. Y pensando que tal colocación podría dificultar el cumplimiento de su prudente propósito, torció el cuerpo en su asiento cuanto pudo, y no pudo ser mucho, y volvió la cabeza hacia Lubecki, preguntándole:

—¿En qué habíamos quedado?

—En que a la respuesta un poco..., un poco viva del Almirante, respondió usted dándole media hora de término para mandar desalojar los buques.

—Sí. En aquella media hora, que Dios me dió la buena idea de concederle, tuve otra, no menos feliz: la de que mi siguiente requerimiento no fuera dirigido al Almirante, sino a sus marineros.

—¡A sus marineros!... Y ¿cómo podía usted hacerlo llegar a todos?

—Por medio de los potentísimos *megáfonos* de mis aeroplanos.

—¡Ah!

—El riesgo de emplearlos estaba en que la distancia de kilómetro y medio a que, para hacernos oír de todos, habrían de acercarse mis aviones a los barcos, descendiendo sobre ellos, haría posible el empleo contra nosotros de sus cañones antiaéreos, a distancia de tiro sumamente eficaz. Pero sobre que bien valía la pena de exponerse algo por evitar la muerte de muchísimos hombres que no podía mirar como enemigos, mi suerte quiso me vinieran en auxilio los aterrizados aviadores, poco há puestos en fuga, y los radiotelefonistas de todos los buques, que en los auriculares de sus capacetes habían oído desde sus camarotes

estaciones mi conversación con el Almirante; y que no teniendo gana de "morir en tonto", ayudaron a los otros a desmoralizar la marinería en todos los buques: a tan visible extremo, que desde lo alto pude advertir lo que ocurría.

—¿En qué?

—En que a mis auditivos llegaban en monótonas frases por el estilo de éstas: "¿Habéis oído? Vamos a perecer estúpidamente. Sí, sí. No, no. Pregunta a los aviadores si es cosa de juego... Es una locura, y debemos avisar a todo el mundo a bordo... Sí. No. Sí."

—Bueno. Y eso, ¿qué era?

—Un *meeting* que, valiéndose de sus aparatos, celebraban los telefonistas de la escuadra, cada uno en su barco, del cual resultó al cabo, no sé si unánime, pero sí general resolución de dejar los teléfonos para ir a prevenir a las tripulaciones de la amenaza sobre ellas suspendida.

—Ya, ya.

—A poco, en las cubiertas de todos los buques hormigueaban enteras las dotaciones de ellos, abandonando los servicios y vociferando con clamores cuyo rumor de lejano trueno llegaba hasta la altura desde donde las contemplaba yo con mis gemelos. En varios barcos pude divisar a la marinería correr a los pescantes de suspensión de chalupas y botes para botarlos al agua, y en algunos vi a la oficialidad, pistola en mano, y dispuesta a impedirlo.

—¿Y hubo combates entre los amotinados y los oficiales?... ¿Hubo muertes?—preguntó Ana, no pudiendo contener su interés.

Reprimiendo un primer impulso de mirarla, respondió Eduardo:

—No lo sé, ni lo quise saber; pues comprendiendo que eran inminentes, y serían numerosas si yo no apresuraba el desenlace, descendí hasta muy cerca de los barcos, en donde, atentos todos a la sedición, nadie se percató de nuestra cercanía; y planeando con mi avión sobre el centro de la línea en que estaban desplegados y enviando los otros dos hacia las alas, hice que los megáfonos de los tres gritaran:

"Cuanto no estén a bordo de los botes dentro de diez minutos, y a los cinco siguientes bogando hacia la costa, morirán en los buques, que de aquí a un cuarto de hora serán instantáneamente destruidos. Es el último aviso."

—¿Qué impresionante, qué conmovedor, qué terriblemente grande es todo esto!...—exclamó Lubecki.

—Da frío oírlo—agregó su mujer.

—Y todavía más oírse al protagonista de ello. Pero siga, siga, amigo Arteijo.

—No fué necesario reiterar la intimación.

Como aludes que el terror desgajara cayeron las tripulaciones sobre sus oficiales, abrumados bajo la masa de la marinería entera, que no quería agredirlos, sino apoderarse de ellos y embarcarlos, como a viva fuerza los embarcó en los botes, salvándolos al tiempo que se salvaba ella.

—¡Gracias a Dios!

—Abrevio. No a los quince minutos, mas sí a la media hora de la última conminación, comenzaron su obra mis excitadores, acogida con clamorosos gritos por los de los botes, que, no apartados aún sino a escasa distancia de los lugares donde era realizada, se dieron cuenta de las primeras y rápidas destrucciones de acorazados.

Al dársele volvieron hacia atrás las miradas, y aun sintiéndose personalmente libres de riesgos personales, los sobrecogió el terror de ver cuán fulminantemente se convertía mi amenaza en hecho, tan real como incomprendible para sus inteligencias. Los brazos dejaron caer los remos, y los ojos, desmesuradamente abiertos, ya no pudieron apartarse de la contemplación del increíble aniquilamiento; pues en un escaso cuarto de hora dejó de existir la mayor armada que los mares han sostenido.

El imponente alarde del poderío de siete naciones, reputado por ellas invencible, desapareció como espuma del mar deshecha y espacida por las olas; los estupefactos fugitivos de los enormes acorazados veían, sin poder comprenderlo, cómo se deshacían las soberbias naves cual si fueran burbujas de aquellas espumas; y acaso entre los atónitos contemplantes del que para ellos era espantoso prodigio faltaran algunos espíritus clarividentes que en él adivinaran la voluntad del Omnipotente y la fuerza que éste prestaba para realizarlo a una de sus criaturas.

El interés de la narración, la grandeza del drama y la cálida expresión del que lo había vivido, habían dado al traste con las resoluciones de Ana, cuyos ojos no podían apartarse del narrador. Pero Eduardo, por completo distraído en el recuerdo de lo que contaba, no la veía.

—Sí, sí, hijo mío—exclamó Lubecki—. Bien dicho, bien sentido. En aquello era usted el brazo de la Omnipotencia. ¡Mentira parece que la clara evidencia con que a los espíritus reflexivos hablan los poderes inmensurablemente colosales que hoy manejan las ciencias, tan ignorantes hoy como ayer, y mañana como hoy, de la íntima esencia y de las causas de ellas, no haya abierto aún los ojos a todos los crédulos!

—Cada día van siendo en menor número—objetó Ana.

—Verdad—replicó Eduardo, volviendo, pero sólo un instante, los ojos hacia ella—. Y sobre todo entre los más grandes sabios, que no sienten rubor al hacer confesión—no abochornante para quien sabe mucho—de su ignorancia de todos los finales porqués y de todas las causas esenciales, y a quienes no avergüenza el reconocimiento de que en el Universo y en la vida hay arcanos que jamás penetrara su ciencia: ya sobrado gloriosa con las conquistas alcanzadas, y que en lo porvenir lo será más con sus conquistas venideras. Pero vuelvo a mi historia.

—Sí, continúe, continúe. De modo que en sólo un cuarto de hora destruyó usted todos los buques.

—Todos, no, amigo mío; pues respetando los que, susceptibles de transformación, pudieran ser útiles en lo venidero al comercio, suprimí únicamente las grandes unidades de combate, con la sola excepción de un acorazado: el mayor y mejor, el más potente.

—¿Y porqué esa excepción?

—Porque en el puente de él vi un grupo numeroso de oficiales y en su cubierta como medio centenar de marineros.

—¿Y eso?

—Era el acorazado enseña de la armada. El gran prestigio de la gloriosa vida de su almirante, reverenciado, no en su patria, sino en el mundo entero, como un héroe, se había impuesto en aquel buque a la marinería de él amotinada. Mas cuando aquel ilustre anciano vió los demás barcos ya desamparados de las suyas, y la inutilidad del sacrificio del millar de hombres que consigo tenía, les dió licencia para huir en los botes. Pero sin él, porque él no se avenía a sobrevivir a su escuadra.

—¿Qué hermoso!

—Y no menos hermosa la devoción al honor militar y el amor a su jefe de que la oficialidad en masa del acorazado y los marineros que en cubierta se hallaban dieron sublime prueba, cuando impávidos vieron embarcar en las chalupas a la tripulación entera, quedándose ellos para realzar con el heroísmo de cien héroes el heroísmo de aquel héroe.

A Lubecki, con los ojos brillantes, le temblaron los labios cual si quisiera decir algo; mas no pudo, por impedírselo la emoción que lo embargaba.

Ana, que pocos minutos antes había con gran esfuerzo conseguido substraerse a la fascinación que la tenía pendiente de los labios de Eduardo, sintió los ojos humedecidos con algo que todavía no era lágrima, porque aun no caía, pero sí nube que los empañaba.

El narrador proseguía:

—Al desaparecer cada uno de los primeros

buques destruídos oía yo resonar en los auditivos de mi casco los angustiados gritos a que me he referido, con que los de los botes lamentaban el anonadamiento de la flota; pero pronto se extinguió el clamoreo, pues la emoción de quienes lo levantaban, creciente a cada nueva destrucción, no les permitía ya sino mirar, mirar ávidamente: sin dejarlos, aun queriendo, apartar las miradas ni cerrar los ojos; sumiéndolos en espanto que les paralizaba juicio y voluntad, ahogaba la voz en sus gargantas, y acabó por dejarlos en empavorecido mutismo.

De improviso rompieron el silencio estas palabras, que aunque cien años viva no olvidaré:

—Al Guardián de la Paz pide misericordia, si es capaz de sentirla, un hombre sentenciado a morir.

—¿Quién?—pregunté.

—El Almirante que impotente asiste a la aniquilación de su escuadra.

—¿Y cuál es la misericordia que usted pide?

—Que destruya en seguida el buque en donde estoy, para librarme del tormento de seguir contemplando la horrible hazaña que a mansalva está usted perpetrando; que me mate cuanto antes, para despertar pronto en otra vida de esta espantosa pesadilla.

—Ese barco no será destruído—contesté—. El Guardián de la Paz no quiere mancharse con sangre de héroes.

Al oír esta hermosa frase se deshizo en lágrimas el velo que empañaba los ojos de Ana, que al quedar libres de él no vieron sino a Arteijo, quien, poco menos conmovido, prosiguió con voz entrecortada:

—Entonces, haré volar la Santa Bárbara.

—Un Almirante que vuela un barco cuando no está en riesgo de perderse, sentenciando a muerte a quienes en él están, falta a su deber—repliqué.

—Quiere decir que ni ese medio me queda de escapar a la tortura de ver aniquilados cuantos mando... ¡El Guardián de la Paz, el Guardián de la Paz!... ¡Hipócrita, cruel!

—Excuso esos insultos, respeto el dolor que los profiere, y deploro no poder evitárselos a quien admiro.

Al decir esto se enteró Arteijo de la insistente contemplación de que era objeto. Apartó Ana la mirada al verse descubierta, pensando al desviarla que aquella simpatía que se había propuesto combatir crecía, crecía, y que en lo sucesivo necesitaba sujetar sus ojos con cadenas más fuertes.

Hizo Eduardo una breve pausa, como si de improviso le faltara la memoria; mas repeniéndose en seguida continuó, dejando de mirar a Ana:

—¡El Guardián de la Paz!—contestó el Al-

mirante—. ¿Qué más podría hacer a ser el Genio de la Guerra?

—Destruir las vidas que ha salvado en vez de deshacer máquinas, de segarlas—fué mi respuesta—. Pero ¿qué le pasa a usted, amigo Walter?

—Ya lo ve, que estoy llorando... No, que estamos llorando. Vea usted a Ana... Y no, no crea que yo soy ningún vejete lloricón, ni ella una damisela lacrimosa, sino que, ¡Canario!, sería preciso ser de roca para oír eso sin conmovirse.

—No, no me extraña; pues tengo la experiencia de cuánto me dolió a mí el nobilísimo dolor del valiente anciano y cómo me amargó el triunfo su simpática amargura.

—¡Y tan simpática! Como que no sé si puesto yo en el trance por que usted pasaba habría tenido la entereza de proseguir la obra destructora.

—Eso me dice que la simpatía al Almirante hace bambolearse la que usted me dispensaba.

—No bromea, amigo Arteijo: lo que me hace es admirar aún más la fortaleza con que para acabar su buena obra supo la voluntad de usted contrastar impulsos del corazón, sobreponiéndose a sensibilidad hermosa, pero inoportuna...

Ana nada decía... Vuelta hacia su marido, se aferraba a la contemplación de él, buscando y encontrando en ésta la fortaleza necesaria para sobreponerse, ella también, a otros impulsos del corazón, y seguir hasta el fin otra obra buena, otra obra heroica: la suya, comenzada cuando sacrificó su juventud a hacer felices los últimos años del querido anciano, que a ella y los suyos había sacrificado todas las dichas de su juventud.

Ella, la mujer fuerte, la verdadera protectora del viejecito tan inocente como sabio, la que lo amaba casi como a niño, sentía haber llegado la hora de que la protegiera él. Amparo y fuerza buscaba con aquella mirada. Y halló la fuerza contemplando los blancos cabellos y la sonrisa de bondad que iluminaba el rostro de su querido viejo. De su marido, como ella decía, repitiendo mental pero insistentemente mi marido, mi marido, mi marido.

Entre tanto, Lubecki preguntaba a Eduardo:

—Y cuando hubo hundido los barcos de combate, ¿qué hizo usted?

Sonrióse el preguntado al oír que, por desconocer la índole de los efectos producidos por los excitadores, creía Lubecki que la escuadra había sido echada a pique; y sin sacarle de su error, contestó:

—Pinte usted un cuadro análogo al anterior, poniéndole por fondo el Paso de Calais, y más no necesita para saber, con leve diferencia en

los detalles, lo allí ocurrido, una hora después, a la flota franco-belga.

—¿Y las de los demás beligerantes?... La que escapaba Mar del Norte arriba, la del Mar de las Antillas, la japonesa en camino de Panamá...

—Como las tres eran aliadas y no había riesgo de combate entre ellas, daban tiempo a que no el Guardián de la Paz, sino el Supremo Consejo de la Federación Iberoamericana, fuera quien impusiera el desarme de las dos primeras, urgiendo solamente para ultimar mi personal cometido impedir el forzamiento de la neutralidad del Canal de Panamá, pactada en dos solemnísimos compromisos internacionales, y a punto de ser por segunda vez atropellados por sus firmantes. Mi llegada a Panamá cuando la flota japonesa daba ya vista a la entrada del canal, evitó el forzamiento de éste; pues a la negativa recibida al ordenarle se volviera atrás contesté haciéndola correr la misma suerte que a las de Spithead y el Escalda.

Entonces comenzó la pública actuación de Iberoamérica, ofreciéndose por mediadora entre las dos alianzas enemigas.

—Actuación que el mundo entero bendecía a la vez que a los pueblos que interponían tal mediación.

—Pero ignorando la parte secreta y más interesante de la magna empresa que mi raza, la de Isabel la Católica y Marchena y Colón, y los Pizarros, Corteses y Valdivias, iba a patrocinar; quedando en el misterio planes de interés extraordinario para la humanidad, que sólo los sabrá si satisfactorio éxito corona los proyectos que me traen a estas inhospitalarias regiones.

—¡Ah!... Pero, entonces, eso quiere decir que la empresa de usted está ligada con lo que acaba de contarnos. Entonces, esos excitadores...

—Esos excitadores que destruyeron las escuadras van a emplearse aquí en algo, si no más noble que imposibilitar las guerras, tan útil por lo pronto, y a la larga más.

—¿El qué, el qué? Me muero de curiosidad.

—Tenga paciencia hasta mañana; pues es muy tarde, y ya no puedo decir más sino que si el secreto de mis excitadores, que son el arma de la paz, fuere descubierto por cualquiera de los gobiernos que, tascando el freno de su impotencia para luchar con ellos, han dado treguas a sus imperialismos, inmediatamente se trocaría en sus manos en la más espantosa arma de guerra, resucitando ésta más mortífera, más cobardemente destructora, más bestialmente exterminadora que nunca.

—Sí, sí: es verdad.

—Me alegro lo vea claro; pues si en ello insisto es precisamente para que comprenda el porqué de la reserva extraordinaria que, aun con usted, con quien me duele mantenerla, he tenido en cuanto pudiera ser aprovechable ni aun como leve indicio de la naturaleza de la excitación que utilizo y de los medios empleados para provocarla.

—Sí, sí, para la humanidad sería una desgracia horrible que esa fuerza colosal cayera en manos que en el mal la emplearan. Cállelo todo, cálelo. No quiero saber nada; no quiero ni volver a pensar en algo que antes se me ocurrió: tendría miedo, un espantoso miedo, de que alguien pudiera adivinar mis pensamientos.

Con esto terminó la visita de Eduardo, que, así como en la primera parte de ella había sido intensamente contemplado por Ana, no había en la última podido resistir a su deseo de mirarla varias veces, sin que él creyera lo hubiese ella advertido, ni nosotros podamos afirmarlo ni negarlo.

En cuanto salió Arteijo se desbordaron los entusiasmos de Lubecki, que exclamaba: "Es un genio. Es un héroe. El mayor bienhechor de la humanidad que la humanidad ha engendrado." Y pareciéndole que su mujer no coreaba sus elogios con el calor que el caso requería, pensaba: "¡Qué sosa es esta Ana!"

Ella, entre tanto, que no había menester le ponderaran al héroe para saber a qué atenerse sobre él, pensaba: "No solamente es inteligente, hermoso, sabio y valiente como nadie, sino bueno... Sí, pero no más bueno que éste... ¿Y él?... Sí, él, estoy segura, tengo el convencimiento de que él también... ¡Qué lástima! Es tarde, es tarde. Nos hemos encontrado demasiado tarde. ¡Qué lástima, qué lástima!"

VI

DON QUIJOTE PLANEA UNA NUEVA AVENTURA

Como Eduardo había dicho, el mundo—el mundo ajeno a los secretos de cancillerías y consejos de ministros—no conocía de la intervención iberoamericana sino la oficial verdad externa, que en política y en diplomacia es casi siempre solemnisísima mentira, o, cuando más, parte minúscula de la verdad entera, que, en lo relativo a los hechos subsiguientes a la destrucción de las escuadras, supieron Walter y Ana de los mismos labios que les refirió la historia de aquélla y a la tarde siguiente.

La verdad cancelleresca era en este caso que el efecto producido en los gobernantes de la cuádruple y la séptuple por los terribles gol-

pes asestados a sus poderíos navales, y el estupor de los pueblos de ambas alianzas, que, aun no viendo victoriosa a la otra, no por eso dejaban de sentir depresión consiguiente a tan inconcebibles desastres, fueron aprovechados por Iberoamérica para establecer oficiales gestiones, en que, invocando los incalculables daños que unos y otros contendientes experimentarían de persistir en emprender la guerra, invitaba a los gobiernos adversarios a una conferencia de representantes de ellos, que, unidos a componedores amigables, enviados por Iberoamérica, buscaran equitativas transacciones de las diferencias que tenían esquinado a medio mundo con el otro medio.

En pro de su propuesta alegaba el diplomático despacho argumentación al caso; y al final, y como aditamento solamente insinuado, agregaba: "Pues, aunque no parezca verosímil, acaso sea lo acaecido a tres escuadras advertencia útil para tenida en cuenta por las que aun no han corrido igual suerte."

Lo que oficialmente y por escrito daba el Consejo por inverosímil era dejado entrever como probable por sus embajadores: con suficiente transparencia para ser entendidos y la precisa vaguedad para poder negar lo dicho. Y esta probabilidad subía a certeza en bocas de oficiosos confidentes, que, aparentando traicionar al Consejo Federal, lo servían informando a los gobiernos imperialistas de que el misterioso Guardián de la Paz era un fiel servidor de la política iberoamericana de paz universal, y de que si ésta tropezare con obstáculos, pronto recibirían el segundo y definitivo golpe en sus aprestos militares los belicosos que, al adquirir este convencimiento, sólo se preocuparon de hallar modos de proseguir los suyos subrepticamente y de fingir, con aparentes destrucciones del material de guerra que ocultaban, ostensible acatamiento al general desarme acordado en las conferencias de la paz. Decimos acordado, pues a los diplomáticos les sonaría mal oír que el desarme había sido impuesto por Iberoamérica, y porque ésta miraba sólo a la realidad del triunfo, sin curarse del oropel de sus exterioridades.

Pero las públicas sesiones de Bogotá—donde se celebraron las de la conferencia, por ser ciudad neutral y de suave clima en la veraniega época de aquéllas—tuvieron en Vigo segunda parte, más que reservada, secreta: sin ninguna solemnidad diplomática, y sin otra externa apariencia que la de palique de sobremesa, en una comida que el Presidente del Consejo de la Unión ofreció, no a los representantes de las pasadas conferencias, sino a los presidentes mismos de los gobiernos de los seis países más poderosos de la cuádruple y

la séptuple, que hacía nueve lustros venían zarrandeando a todos los demás de guerra en guerra por intereses ajenos a los últimos: obligados a servir con sangre de sus hijos y ruinas de sus patrias ambiciones de los mangoneantes que se peleaban el dominio de la Tierra y la explotación de la Humanidad. No a costa ya de los vencidos, sino de sus mismos auxiliares, a quienes el honor de pelear por los poderosos debía serles sobrada recompensa. No se había convidado sino a éstos, por saber que los otros *nada pintaban ni pitaban*, y que irían como el loro del cuento a donde *es le vanan*.

Era visible objeto del banquete celebrar el advenimiento de la Era de la Paz, y en tal idea acudieron a él los invitados, mirándose aún como gatos y perros, y suponiendo que el cándido presidente de pueblos siempre tocados de inocentes romanticismos pensaría que el comer de un mismo plato les aplacaría las ganas de morderse y arañar. No sospechando la verdadera finalidad, y la tenía importantísima, de la obsequiosa invitación, fué grande su sorpresa cuando, ya servido el café, no en el salón, sino en un retirado despacho, y adoptando grandes precauciones para no ser oído sino de ellos, tomó la palabra el anfitrión, yéndose derecho al asunto con la lealtad ibera, reputada tontería por la astucia diplomática de sus invitados que en tratos y contratos fiaba el éxito al disimulo y la doblez.

—Señores—dijo el Presidente entrando en materia—, el placer de disfrutar de la compañía de ustedes y el honor de sentarlos a mi mesa no es el solo objeto perseguido con mi invitación, nacida de deseo de decirles amigable y cordialmente, en lugar y ocasión donde mis palabras no tienen oficial empaque, que no son para nadie un secreto las reservas mentales con que sus gobiernos han subscripto el compromiso de desarme...

No, no protesten—agregó contestando a las calurosas negativas de sus comensales, alarmados con aquella impensada y, para ellos, extemporánea impertinencia—. La Unión *sabe* que esos desarmes no son más reales que otros simulados en pasadas épocas. Por ello estoy en el deber de prevenirles de la dificultad de que engañen al Guardián de la Paz, no solamente decidido a impedir hoy la guerra, sino a lograr la inmediata desaparición de los medios de hacerla mañana: barcos de combate, cañones, fusiles no necesarios para las tropas de orden público encargadas de asegurar la interior tranquilidad de las naciones, etc, etc.

—Utopías, utopías.

—Que en una veintena larga de pueblos ha convertido en realidades la Unión Iberoamericana,

siguiendo gloriosas huellas de sus antepasados, que cuando casi toda Europa vivía en la barbarie medioeval, daban el más alto ejemplo de ciudadanía evitando la guerra civil con el fallo de unos cuantos letrados y unos pocos frailes.

—¿A qué se refiere usted?

—Al inmortal Compromiso de Caspe, gloria de la Coronilla, gloria de los cultos pueblos aragoneses, catalanes y valencianos: cultos cuando Europa era bárbara.

—No teníamos noticia...

—No me extraña. Sobre las glorias españolas suelen guardar sistemático silencio los historiadores extranjeros. Y lo malo es que en ellos suelen estudiar nuestra historia muchos españoles, y en ellos aprender a escribirla no pocos de nuestros historiadores: que de tales fuentes enemigas toman los patrañosos juicios que denigran grandes figuras españolas.

—Pues volviendo a lo que nos decía usted, y aun suponiendo que no sean utopías, es indudable que revisten el carácter de exigencias, de imposiciones que...

—No, querido, no—le atajó el anfitrión con mucha cortesía—. ¿Cómo ha de haber imposición en el recuerdo de compromisos por ustedes subscriptos en Bogotá?

—No me he expresado bien. Quise decir que todo eso requiere tiempo, seguridades de que los demás...

—Ya lo suponía. En cuanto a garantía, creo la más sólida nuestra certeza de que quien demore su desarme será el primero desarmado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que quien ha destruido tres escuadras no es de creer vacile en destruir las de los perezosos en desarmar, y sus aviones de combate, parques y fábricas de material de guerra.

El Primer Ministro del Japón, único que conservaba la calma entre los concurfentes, indignados de me, a boca de jarro y con claridad absurda, se plantearan cuestiones internacionales, dijo:

—Muy enterado se halla usted de los propósitos y fuerzas de ese misterioso personaje.

—Mucho, no lo oculto. Y como ya es hora de echar a un lado hipocresías, que a todos nos estorban, diré que el Guardián de la Paz es la Federación Iberoamericana.

Esta declaración, que en otro momento habría sido extraordinariamente sensacional, apenas impresionó a quienes no la esperaban, pero sabían ya lo que se les confesaba.

—No me sorprende—contestó el ruso—. Pero de lo que usted nos dice resulta ya oficial la declaración de que la Unión Iberoamericana es enemiga de todas las naciones del mundo.

—La Unión no es enemiga de nadie, y cifra

su mayor anhelo, no solamente en ser amiga de todos los países, sino en que todos lo sean entre sí.

—Sí, ya sabemos, sí... Iberoamérica será muy amiga nuestra después del desarme, al que ella únicamente podrá substraerse.

—Contra esa insinuación de egoísmos imperialistas no he de oponer sino la historia de la Unión.

Arguyo, pues, con hechos, no con palabras. Y pronto probaré la realidad de esa amistad a todos de los iberoamericanos. Pero antes diré que mi mayor deseo en este instante es que en las primeras palabras que van a oírme desoigan ustedes cuanto les suene a imposición; pues si no omito lo que en ellas lo parezca es por constituir indispensable preámbulo para que vean *cuánto les conviene* no juzgar de ligero la propuesta que después haré, de asentar la paz, no ya en la fuerza inconcebiblemente grande de un Poder que no tolerará más guerras, sino en posibilidad de colmar las medidas a quienes aspiran a las expansiones de territorios y a las económicas prosperidades que, en un mundo pequeño ya para la humanidad, buscan los pueblos por medio de la guerra, y a costa de otros pueblos.

—¡Una posibilidad de común engrandecimiento! En cuanto sea común ya no puede haber engrandecimiento para nadie.

—¿Una propuesta que va usted a formular?

—Sí, de una empresa donde en vez de chocar fuerzas contra fuerzas, destruyéndose, trabajen todas de consuno en labrar una victoria sin vencidos, de la que todos los combatientes salgan con territorios ensanchados, mejorados los propios, y ganando además algo más grande y más hermoso: mutua lealtad y amistad duradera: acercamiento a aquel sublime y olvidado: "Amaos los unos a los otros", de cuyo olvido surge toda guerra.

—Pero eso es imposible.

—¿El qué? ¿Lo del amor al prójimo?...

—No, no digo eso... Me refiero al delicioso panorama con que nos pone usted los dientes largos.

Mientras se cruzaban estas frases entre la Gran Bretaña, Iberoamérica y el Japón—tolérese la metonimia—, las otras naciones se lanzaban ojeadas transparentando sus sospechas de que el Arbitro estuviera tocado, y dos de ellas, sentadas codo a codo, cuchicheaban diciéndose:

—¡Estos españoles, estos iberos! Aun siguen siendo los mismos incorregibles hiperbólicos de siempre.

—Sí: los eternos románticos de la historia, con la cabeza atiborrada de grandezas y el estómago hueco.

—Siempre soñando con los Roger y los Colón, con Hernán Cortés e Isabel la Católica.

—Y nada, ni escarmientan, ni aprenden que es muchísimo más útil ser John Bull, Tío Sam, y si me apuran, Sancho Panza.

Tenían razón los cuchicheantes, eso es lo que en el mundo trae más cuenta; pues tales personajes son los que a diario triunfan. Pero llegada la ocasión de dar al Mundo Viejo un Mundo Nuevo, o la primera vez la vuelta entera al mundo; de salvar a Europa, poniendo un dique al alud sarraceno; de evitar la guerra civil con la prudencia de un San Vicente Ferrer; de levantar frente un Lutero un Ignacio de Loyola, y un general No Importa contra un Napoleón, el triunfador se llamó siempre Don Quijote, y él seguirá triunfando en todas las grandes epopeyas de mañana. Si es que aun es posible que de los Panzas de hoy nazcan nobles Quijotes, si el frío utilitarismo en que actualmente se apacientan las razas no ha matado del todo generosos impulsos de las almas.

—Comprendo—replicó el hombre que, a despecho de ironías y sonrisas, había ya conseguido interesar a sus oyentes—. Comprendo sorprenda a ustedes el alcance de mis ofertas, que justificaré en cuanto acabe el ingrato pero breve preámbulo que acabo de anunciarles como indispensable, para que se persuadan de la precisión en que están de aceptarlas.

De tal exordio hacemos gracia a los lectores, que para figurarse lo que fué no necesitan sino ser informados de que durante las conferencias de la paz se habían fabricado varias docenas de excitadores nuevos, y que el objeto del proemio era llevar al auditorio la convicción de que quien disponía de tales armas frente a gentes inermes contra ellas podía mandar como amo, debiendo por lo tanto agradecersele hablara como amigo.

Oigamos, pues, al Arbitro, cuando entrando, de lleno ya, en nuevo y sorprendente tema, decía:

—Sin contar las vidas inmoladas en las últimas guerras, ya que por ser la sangre muy barata, de ella no se acuerdan los gobiernos al llevar a sus pueblos a la guerra; la experiencia de ustedes de lo que costó, en oro, a sus países la Segunda Guerra Mundial del pasado siglo xx, no les permite calcular, pero sí asustarse de lo que les costaría la que acabamos de impedir.

El plural de "acabamos" comprendiendo a quienes a la pura fuerza habían desistido, *sólo por el momento*, de la lucha, hizo sonreír a varios, y a uno decir, *sotto voce*, a su vecino:

—A lo menos no se puede negar la cortesía de nuestro anfitrión.

—¿No conoce usted el "Quijote"?

—No.

—Pues de haberlo leído ya sabría que Don Quijote fué espejo de toda cortesía. Pero, oigamos, oigamos. Esto se va poniendo interesante.

El Supremo Arbitro de Iberoamérica proseguía:

—Pues bien, *amigos míos*, con la décima parte, qué con la décima, con la vigésima, ni aun eso, de lo que a los victoriosos—no hablemos de los derrotados—les costaría ganar los apetecidos territorios y el señorío de los mercados codiciados, podemos conquistar aún más extensas tierras, sobradas a colmar las ambiciones de todos: tierras preñadas de dormidas riquezas minerales, vírgenes de los surcos del arado, huérfanas hoy de...

—Pero ¿qué ignorados territorios son éstos, si en el mundo no queda nada por colonizar?

—¿Dónde están esos países?

—¿Cómo puede ser prenda de paz la posesión de colonias que a todos nos son indispensables como canteras de primeras materias, y consumidoras de nuestra superproducción, cuando ellas son precisamente causa primaria de las guerras modernas?

—Porque en el mundo quedan inexploradas inmensas extensiones.

—Pero si está todo explorado.

—Y no explotado, sino archiexplotado.

—Si el siglo xx no dejó rincón en Africa, ni en Australia, ni en Borneo, ni en el Amazonas, ni en Nueva Guinea, donde nuestros colonos y nuestros soldados no llegaron.

—Si hasta China, la legendaria impenetrable, ha sido abierta a la civilización por el esfuerzo de los gloriosos hijos del Sol Naciente.

—Y, sin embargo, caballeros, insisto.

—No podemos creer, sin ofender a usted, que esto sea una broma, y...

—Y, por lo tanto, me creen loco...

—No digo eso.

—Pero lo piensa, y creo que no usted sólo.

—De ningún modo. Pero en su buen deseo, y arrastrado por nobles ilusiones...

—Desvarío... Pues no, no desvarío. Y para librarlos pronto de temores sobre la sanidad de mi razón, lo diré de una vez: las tierras a que aludo están desde hace centenares de siglos sepultas bajo los casquetes de hielo de las zonas polares.

El efecto de la aclaración fué tan opuesto al buscado por quien la hizo, que quienes antes dudaban de su juicio quedaron, al oírla, convencidos de que estaba loco rematado. Pues para chanza en boca de persona de buen seso, era muy burdo aquello.

Del asombro de todos, de la imposibilidad de tomar en serio el desatino y de la prudente precaución de no llevar la contraria a un per-

turbado, resultó general silencio, hasta que uno dijo: "Pues es verdad", y otro: "Muy bien pensado", y un tercero: "Es una idea luminosa".

Todos tan suave y obsequiosamente, que percibiendo el Arbitro la escondida significación de tales frases, repuso:

—No, no me tengan lástima. Porque si antes dije a ustedes que no desvariaba, bástame ahora para convencerlos de que estoy en mis cabales invitarlos a multiplicar por diez, veinte, ciento, si preciso fuere, el número de los aparatos que manejados por el Guardián de la Paz no hubieron menester sino de un cuarto de hora para aniquilar cada una de las escuadras destruidas, y a que después de haber multiplicado reflexionen en la obra a que no en un cuarto de hora, sino en varios años podrán dar cima esos aparatos. Piénsenlo, piénsenlo, y acaso ya no les parezca insensatez el proyecto de emplear tales herramientas en *deshacer los hielos permanentes* de los círculos polares.

La impresión producida por estas palabras fué evidente. Los semblantes, poco ha burlones, se tornaron reflexivos; mas todavía no faltó quien objetara, pero no ya cual si hablase a un lunático:

—Que los seis meses de nocturno invierno de aquellas regiones volverían a congelar.

—Ni he dicho derretir, sino *deshacer*, y *no es lo mismo*; ni he hablado de invernizos hielos transitorios, sino de los que allí persisten durante el verano o día de seis meses en el que en cada veinticuatro horas reciben del Sol las regiones polares igual cantidad de calórico que la zona ecuatorial en las doce que aquél alumbra ésta en cada día: lo cual implica que, aunque diversamente distribuidas, son sensiblemente equivalentes las cantidades de calórico llegadas en un año a la superficie del suelo en los trópicos y en las zonas polares.

—¿Cómo!

—No puede ser.

—No es hora de demostrarlo ésta, mas se demostrará oportunamente. Además, eso es cosa averiguada ya por geofísicos y termólogos.

No se trata, por tanto, de un propósito loco de contrariar el ineludible efecto de la variación de las temperaturas del día y la noche de los inviernos y los estíos polares, sino de la hacedera empresa de ayudar a la Tierra a libertarse, *en menos tiempo del que por sí sola tardará en lograrlo*, de los retazos del helado manto que en los geológicos períodos glaciales cubrió su redondez casi completa: huellas de épocas en que yacía aterida bajo montes de apañascada nieve, bajo inmensas llanuras de

hielo tendido sobre casi todos los países donde habitamos hoy.

Como, aun sin ser hombres de ciencia, eran cultos los oyentes, recordaron haber ya oído, o leído, que en pasadas remotísimas centurias llegaban los casquetes perennes de las nieves polares a Nueva York, al Misisipí, a Bélgica y la Europa Central, con puntas que avanzaban hacia Lión, la Champagne, y manchas que eran mortajas de La Plata, Los Andes, Los Pirineos, Cantabria, Gredos...

Tales recuerdos y el de la multiplicación a que habían sido invitados, donde hacía veces de multiplicando el novísimo y colosal poder de que tenían bien reciente experiencia, nacieronles sospechas de que tal vez no fuera absurdo suponer que la fuerza que ya había comenzado a trastornar la moral internacional del mundo fuese también capaz de transformar éste en su aspecto material. E impresionados por la amplitud de los inesperados y grandiosos horizontes que Don Quijote desplegaba ante ellos, contemplábanlo atónitos. Y en vez de sonreír pensaban en los albores de nueva era y en que iba a sonar la hora de nuevos romanticismos del representativo héroe de una raza que con los antiguos había dejado impresas en el mundo entero huellas de su imperecedera grandeza.

VII

HUMO POR BATOR

El niño grande, no el niño viejo, pues ya sabemos cuán menudo es Walter, aguardaba la hora de la historia que Arteijo iba a contarle por las tardes con la impaciencia del chicuelo más nervioso en espera del desenlace del cuento de hadas y trasgos, princesas desdichadas y esforzados paladines, que no alcanzó la víspera por haberse dormido en el regazo de su madre, sin dar tiempo a ésta de deshechizar a la pobre heroína o al desventurado héroe.

Y si impaciencia tuvo la primera y la segunda tarde, en las que llegó Arteijo puntualmente, muchísimo mayor la tenía la tercera cuando sonó y pasó la hora, y otra media hasta ver entrar al narrador: no solamente tarde, sino con daño, pues no traía historia.

La causa de ello era que hora y media antes había gritado el vigía de guardia en la cofa: "Humo por babor." Examinando con los mejores catalejos de a bordo la novedad señalada, vieron Arteijo y Maucelo que el vigía no se equivocaba, y enderezaron El Iberia en rumbo hacia donde primeramente no se divisaba sino

leve nube de forma cónica, con lo amplio arriba y el gollete abajo, en la unión de ella al suelo de la lejana costa groenlandesa, en donde parecía prendida. Según el buque fué avanzando se adensaba y oscurecía la nube, crecía y ensanchábase, induciendo a pensar que, si a la distancia todavía grande a que era vista parecía muy extensa, había de ser enorme. En opinión de Eduardo aquello no podía verosímilmente atribuirse sino a una erupción volcánica.

Interesantes siempre estos fenómenos para todo viajero, lo son aún más para los que realizan viajes de exploración; y no siendo, por lo tanto, posible se satisficiera Arteijo con sólo columbrar el que tenía a la vista, decidió reconocerlo. Con deseo acuciado por convencimiento de que en donde parecía estar el volcán no había ninguno señalado en los mapas.

Pero a juzgar por lo poco y borroso entrevisto después de más de una hora de navegación hacia el penacho de humo, debía de estar tan tierra adentro el cráter de donde salía, que no sería posible reconocerlo desde el barco: ni, aun cometiendo la imprudencia de acercarlo a la costa, en cuyas cercanías abundaban grandes témpanos rotos por la temperatura estival que disminuía la *compacidad* de los hielos marinos, por la marea que aprovechaba tal flaqueza para resquebrajarlos, y por otra causa que más tarde se vió coadyuvaba también a desoldarlos de los hielos de las tierras.

En realidad, el interés de acercarse al fenómeno, para mejor verlo, ya había internado el buque en un canal relativamente angosto con riesgo de abordajes contra témpanos. Para huir de éstos ordenó Arteijo retrocediera a los parajes más despejados que detrás dejaba, mientras, en el América, avanzaría él hacia el volcán.

Después de comenzada la maniobra de *botar a la atmósfera* el anfibión, se acordó Arteijo de que Lubecki lo estaría aguardando, y en una escapada fué a decirle el porqué aquella tarde se quedaba sin conferencia histórica. Tal porqué excitó al geólogo al extremo de hacerle maldecir de su reuma que lo privaba de aquella y de exploración tan de su gusto y especialidad como la que iba a efectuar su amigo, y a la que de no haber aquel impedimento habría solicitado asistir en el supuesto de que no le habría sido negado. Y al oír a aquél que suponía bien, ocurriósele entonces, y expuso incontinenti, que ya que él no pudiera aprovechar la inesperada oportunidad de hacer interesantísimas observaciones no sólo con egoístas fines, sino que enriquecieran las ya realizadas por la

comisión geológica con anterioridad a su naufragio, podría conseguirse el mismo resultado si Arteijo tuviera la bondad de llevar consigo a la expedición al vicepresidente de aquélla.

A la escasa simpatía que el sabio y solapado vicepresidente inspiraba al ingenuo y sabio español no le fué grato el ruego; mas no habiendo razonable motivo para denegarlo, accedió a él.

—¿Cuánto tiempo piensa usted invertir en el reconocimiento?

—No puedo precisarlo; pues todavía ignoro a qué distancia estamos del volcán, si encontraré uno o varios cráteres, y no tengo noción de las dificultades que podré hallar para acercarme a éstos, ni idea de si para examinarlos a conciencia habré menester aterrizar en sus cercanías.

—¡Aterrizar allí!—exclamó Ana sin poder disimular su inquietud al oír hablar de aterrizaje a las inmediaciones de un cráter—. ¡Qué atrocidad! Eso ha de ser peligrosísimo.

El susto que, por parecerle muy natural en una mujer, no sorprendió a Lubecki, despertó en Eduardo grandísima emoción al ver la que por él sentía ella. Y ella y él se miraron, sin que esta vez cupiera duda a uno ni a otro de que se habían mirado, diciéndose...

No es fácil afirmar en redondo lo que se dijeron, pues hay que hacer distingos. Ella creyó decir no más de lo que habría dicho a cualquier hombre a quien viera pronto a lanzarse a un peligro. El suponía no haber dejado ver sino el obligado agradecimiento a quien por él se preocupaba con interés que toda otra señora habría demostrado en igual ocasión. Y, sin embargo, no creyendo ambos haber dicho sino esto, cada uno tenía, no convicción, mas sí sospecha de haberle el otro dicho más.

—Una espantosa temeridad—insistió Ana.

—No: no, señora—contestó Eduardo sobreponiéndose a la impresión sentida.

—¡Estas mujeres! En todo ven peligro. De que menos supone que va usted a descender en pleno cráter.

—Eso, no, Walter. Pero como el señor Arteijo ha hablado de sus inmediaciones.

—Señora, en estos casos, esa palabra tiene significado elástico, y lo mismo puede querer decir uno que dos o tres kilómetros.

—Naturalmente... De modo que quedamos en que puedo avisar a Bopp.

—Sí, Señor—contestó Eduardo, de malísima gana. Despidióse seguidamente, y al hacerlo echó nueva ojeada a la señora de Lubecki. Que ya, más sobre sí que cuando la espantaba la idea de aquel aterrizaje, no recogió ella.

Poco después se desprendía el anfibión del Iberia, repitiendo la maniobra ya descripta

cuando le vimos zarpar en busca de los polacos. Maniobra que en lo poco de ella perceptible desde afuera (quiere decirse desde la cubierta del barco) era contemplada con atención extrema por Nussi-Tolo, el ayuda de cámara de mister Shifter, a quien acaso ha olvidado el lector, pensando que un criado ha de ser insignificante personaje. Mas si tal piensa se equivoca.

Apoyado en la barandilla de estribor, no quitaba ojo al anfibión desde el comienzo del desamarre de los cables de retenida al barco, porque poco antes había sido prevenido por su amo de la próxima salida de aquél. Pues Arteijo había enviado orden a Shifter de disponerse a embarcar para acompañarlo a una excursión en donde podrían ser precisos sus servicios notariales. Mas sin cuidarse de equipaje, porque regresarían muy pronto.

Cuando le llegó la orden conversaba el notario en la toldilla con Bopp, que llamado a poco por Lubecki, se apartó de él. Pero por corto rato, pasado el cual tornó diciéndole que iban a ser compañeros en el aéreo viaje, al que por sus concomitancias con la geología había él sido invitado. Esta noticia hizo pegar un brinco en su asiento a Shifter, que, volviéndose inmediatamente hacia donde estaba su criado, gritó:

—*Come here, Tolo; come here pressently* (Ven, Tolo; ven en seguida).—Y en cuanto aquél llegó a su lado, lo informó en breve cuchicheo de que también el sabio botánico polaco iba a embarcar en el anfibión.

—¡Ah!—replicó el criado—. Pues ya nada tienes que hacer de lo que te encargué; pues si algo puede verse, él sabré verlo mejor que tú.

—Por creerlo así te lo he avisado. Yo le explicaré.

—No expliques nada. Dile que yo me bajo ahora a tu camarote, donde lo espero dentro de cinco minutos.

A reserva de los detalles venideros de cómo habían trabado relaciones Bopp y Shifter, ahora inoportunamente dilatorios de la expedición a la vista, que por lo pronto nos importa más, nada de extraño tiene las anuden expedita y fácilmente dos viajeros de un mismo barco. Y todavía menos si los dos desconocen el idioma de la tripulación, como les ocurría al notario y al profesor, que en cambio poseían en común el inglés, únicamente conocido de otras tres o cuatro personas en todo el pasaje.

Con intervalo de muy pocos minutos desaparecieron por la misma escalera Tolo y Bopp, y al cabo de otros pocos volvieron a subir en inverso orden Bopp y Tolo. Este retor-

nó a estribor, donde se hallaba antes, y a su contemplación del América, y el otro a donde continuaba Shifter, en compañía del cual bajó de nuevo al entrepuente, cuando, por nuestro antiguo conocido Jalisco, fueron ambos avisados de haber llegado la hora del embarco. Cosa ya presagiada por las oscilaciones del anfmóvil, que, aunque guardado todavía en su estuche, experimentaba los estremecimientos precursores del arranque a la altura hacia la cual lo vió en seguida Nussi-Tolo comenzar a ascender. Sorprendido de que al zafarse por completo del mástil del buque, en el enhebrado, no tomara El América rumbo al humeante penacho del volcán, sino el opuesto. Sorpresa indicadora de estar el japonés, mejor enterado que su amo de adónde iba el anfmóvil, lo cual ignoraba en absoluto Shifter, por no haberse cuidado Arteijo de hacérselo saber al ordenarle embarcar. No es necesario ser muy lince para colegir que, sabiéndolo el ayuda de cámara, sólo durante el corto tiempo que con Bopp estuvo en el camarote del notario, podía haberlo averiguado.

La razón del inesperado rumbo, que de momento hizo desconfiar a Nussi-Tolo de los informes de su informante, era que la virada necesaria al Iberia, para retroceder adonde debía aguardar el regreso del anfmóvil, tropezaba con dificultades por falta de mar libre de témpanos en donde maniobrar; pues éstos habían ido acercándosele por babor y estribor hasta casi cerrarle por la popa la ruta que debía tomar. Para desembarazarse la aplazaba el América el comienzo de su viaje; y si el modo de lograrlo despertó los entusiasmos de la asombrada tripulación del buque, no maravilló menos al señor Nussi-Tolo, que, a los dos minutos de arrancar el avidirigible en vuelo, dejó de ver los témpanos del lado de la popa, desaparecidos entre leves neblinas—las consabidas nubes precursoras de las destrucciones de los osos blancos y los acorazados—, y que en seguida se frotaba los ojos por no poder creer al disiparse aquellas que ya no veía las heladas moles que instantes antes entorpecían el camino del Iberia.

Perplejo aún, entre si era sueño o era verdad el repentino cambio, vió al América mudar rumbo, para volar circunvalando el buque y alejarse, al terminar la vuelta, en franco vuelo ya hacia el volcán de la Tierra de Grinnel. Mas lo pasmoso, lo increíble, lo absurdo era que el enjambre de témpanos que, a distancias de tres a cinco cables, cercaban y agobiaban al Iberia al tiempo de zarpar el anfmóvil, no existía ya: tendiéndose las aguas limpias de ellos en extensión de tres o cuatro millas.

Tras el alumbramiento del Iberia, la vieja nao, de cuyo seno había surgido América, la moderna nave, ésta pagaba sus filiales deudas acorriendo a la madre en el riesgo.

—¡Ha sido ese hombre, él, quien ha hecho ese imposible que sin embargo es! No cabe duda: tiene que ser él—murmuraba Nussi-Tolo, atónito. Y de no haberlo visto por sí mismo, habríanselo dicho los delirantes vítores con que la dotación entera del Iberia respondía a los vivas con que Maucelo, en lo alto del puente, y ebrio de entusiasmo, no se cansaba de aclamar a Arteijo, a América, a España, al Guardián de la Paz, a Iberamérica.

—¿Qué será eso, Ana?—Preguntó Lubecki a su mujer al oír el estruendo—. ¡Maldito reuma! ¿No está ahí Segismundo?... Pues entonces sal, sal tú a verlo. Debe de ser cosa extraordinaria y muy regocijante.

Al salir a cumplir el encargo de su marido, vió la esposa de Walter a toda la tripulación apiñada al pie del puente de mando, sobre cuyo barandal se inclinaba Maucelo dando ya orden a todos de volverse a sus puestos, como lo hicieron sin cesar por ello en sus aclamaciones al Comandante.

Extinguidos los vivas y despejada la cubierta de gente, vió Maucelo que, moviendo los brazos para llamarle la atención, y gritando "Capitán, Capitán", se dirigía Ana hacia él.

—¿Qué desea usted, Señora Lubecki—Contestó aquél bajando del puente y corriendo a ella.

—Saber qué son esos gritos. Mi marido...

—Que hace unos minutos estábamos angustiosamente bloqueados por montañas de hielo; que no podíamos maniobrar; que mi barco iba a quedar preso en una ratonera, con riesgo de perderse, y que, véalo usted, ya estamos en franquía.

—¿Pero cómo?

—Porque ese hombre, ESE HOMBRE, nos ha salvado.

—¿Ese hombre...

—Don Eduardo, Don Eduardo. ¡Qué hombre! ¡Qué hombre!... Don Eduardo, que en un abrir y cerrar de ojos los ha deshecho desde el anfmóvil.

—Pero ¿dónde está ahora el anfmóvil?

—Allá, allá—contestó el marino señalando el manchón de humo y cenizas que el lejano volcán expelía, sobre cuyo plomizo fondo destacaba la brillante más pequeña mancha del América alumbrado por el Sol. En aquella manchita fijó Ana los ojos; palideció pensando que bajo el nubarrón estaba el cráter, y

junto a él los peligros a que Eduardo volaba, y sintió oprimido el corazón al preguntarse ¿Volverá?...
.....

.....
Cuando, regresada al camarote, enteraba Ana a Walter de la causa de los vivas, y antes de que acabara por completo de relatarle lo ocurrido, la atajó aquél, exclamando como un eco de Maucelo, y con entusiasmo que no cedía al de éste:

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre!

Como si esta frase repetida y repetida le produjera impresión de quemadura, hizo Ana un brusco movimiento, que, visto por Lubecki, le hizo preguntar inquieto.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

—Nada: un escalofrío.

—Claro, has salido sin la capa, y te habrás enfriado en cubierta. Abrígate en seguida. Toma una taza bien caliente de te.

—No te preocupes. No es nada: ya ha pasado.
.....

El escalofrío no era tal, sino estremecimiento con que su ser entero quería, instintivamente sacudirse la obsesión que le sojuzgaba corazón y pensamiento, desenredarse de la apretada malla de reiteradas emociones que la iban envolviendo. Aquello era la inconsciente rebelión sensoria a la que siguió la protesta moral que la inteligencia levantaba diciendo: ¿Pero es que todos se han propuesto que ni un instante se aparte *ese hombre* de mi pensamiento, que en torno mío se confabula todo para arrebatarme la paz de mi vida?

VIII

DE CÓMO Y PARA QUÉ TOMÓ CRIADO MÍSTER SHIFTER

Antes de seguir a Arteijo y a sus acompañantes, preciso es dar noticia de algo que aquél ignora, y de seguro ya sospecha el lector desde que vio al japonés bajar al camarote de Shifter a hablar con Bopp a la salida del América para la isla de Grinnell; y antes de esto, cuando le oyó dar a su *amo* órdenes y explicaciones náutico-astronómicas, que muy extraordinarias en boca de un criado, no lo eran en la de Nussi-Tolo: físico eminente, notable electrotécnico y reputado químico, que a requerimientos personales del mismísimo jefe de su gobierno—el de las cuchufletas de la conferencia de Vigo—había dejado su laboratorio de Hakata para acomodarse de criado de Shifter.

Se supone, sin necesidad de decirlo, que el salario del ayuda de cámara no sería corto, y es además de creer que si en el viaje le ayudara la suerte a descubrir el secreto de Arteijo para revelarlo a quienes le pagaban, habría hecho en un año de criado negocio incomparablemente más pingüe que en los muchos que de sabio llevaba.

Excusado es decir que el australiano no se cuidaba de lo pingüe del salario por no pagarlo él, sino el de las bromitas. Tampoco, pues, los emolumentos del nipón salían de los gastos secretos de la diplomacia del Celeste Imperio.

Era, pues, cándida la ilusión de Arteijo de no haber en su buque hombre de ciencia interesado en robarle el invento. Ciertamente la posición subalterna tras la cual se encubría el ilustre sabio japonés le quitaba posibilidad de alternar con el inventor ni de tenderle los lazos con que los de la comisión internacional le cercaron antes, pues un criado no había de entablar con él conversaciones científicas; mas el disfraz daba, en compensación, la ventaja al espía de que no se guardara el espionado de quien a la voluntad de espiarlo juntaba la competencia indispensable para tal clase de espionaje.

Voluntades en tal disposición había dos en El Iberia desde que el australiano y el nipón embarcaron en él; competencia, sólo una. Pero a la hora en que, con Walter, se lisonjeaba Eduardo de haberse librado de los sabios de marras, ya no eran dos, sino tres las voluntades, y no una, sino dos las hostiles competencias: con riesgo y aun barruntos de conocerse y conchabarse.

Ha de advertirse que desde que El Iberia zarpó de las Azores, para emprender su viaje, hasta que de él salieron los polacos en regreso a Europa, no había logrado Nussi-Tolo olfatear nada, y se le habían, además, torcido cuantas tentativas hizo con los pocos mecánicos, maquinistas, pilotos, aviadores y operarios auxiliares de Arteijo que poseían el inglés, con quienes procuró entablar trato y conversaciones para atrapar en éstas, si podía, el primer cabo, que si no le llevara desde luego al ovillo le permitiera comenzar a discurrir hacia donde lo debiera buscar. Más todavía: ni siquiera consiguió relacionarse con simples marineros, arrimándose a los cuales habría podido husmear el barco, campo de sus operaciones, para buscar indicio de dónde pudiera estar lo que a él le interesaba. Cosa que sin tal compañía sería inútil pretendiese quien allí no era sino criado de un pasajero pegadizo. Despertando acaso con sus figoneos sospechas que no quería levantar. Pues pasar completa-

mente inadvertido al amparo de bien simulada insignificancia, era su mayor deseo.

La razón de sus fracasos en hacer amistades con aquellos españoles e hispano-americanos, de carácter en general abierto y comunicativo, era que a la escasa simpatía con que europeos y americanos suelen mirar a los asiáticos, se juntaba la prevención contra el finísimo Shifter, a quien en apariencia servía el japonés, de cuantos, siendo entusiastas auxiliares de Arteijo, no pensaban que como amigo de éste hubiese entrado el notario en El Iberia.

Paciente en alto grado, como lo suelen ser las gentes de su raza, pensaba Nussi-Tolo que teniendo por delante todo el tiempo de aquella larga expedición, no debía amilanarlo no haber olfateado nada en dos semanas. Decíase además que, a menos de favor inverosímil de la suerte, no era razonable esperar hacer descubrimiento alguno en tanto el aparato destructor de hielos, que el español no podría tener guardado cuando empezara su tarea, comenzara ésta. Mas, a despecho de esta creencia, no se descuidaba de momento; pues ignorando por dónde podría la casualidad traerle el primer indicio o la primera palabra que comenzaran a orientarlo, tenía siempre despierta y en acecho la atención: mirando y escuchando a todos, a todas partes, en todo lugar y a toda hora. La observación, cuan continua cupiera de Arteijo, interesantísima en el espionaje, no podía serlo mucho, pues Nussi-Tolo no lo tenía a menudo al alcance de sus ojos, y menos de su oído. Por ello Mister Shifter era quien habitualmente lo observaba; pues si su trato con el Comandante era escaso, siempre tenía menos dificultad para rondarlo y acercarse alguna vez a él, que quien pasando allí por un sirviente, sólo por excepción y poco tiempo podía entrar en los lugares reservados a los señores. Mas faltándole al australiano preparación científica utilizable en lo que se deseaba averiguar, limitábase a repetir como un lorito a su compinche, y sin interpretación ni comentario, cuanto a diario oía.

Pero esto no satisfacía al japonés, que comprendiendo pasarían inadvertidas a la ignorancia de su ayudante las cosas de mayor interés, por ser precisamente las que menos entendiera, habíase las arreglado desde que entró en El Iberia para aumentar, en lo poco que posible fuera, las ocasiones de ver por sí y oír, siquiera de refilón, a Eduardo Arteijo. Esta era la explicación de que a las horas de las comidas no pudiera Mister Shifter pasarse sin los servicios de su ayuda de cámara, que, como si el notario fuese testa coro-

nada o sátrapa oriental, se mantenía de plantón a su espalda, le escanciaba el agua y el vino, le acercaba los entremeses, escamondábale de espinas el pescado, aderezábale las carnes con toda suerte de rabiosas salsas, le mondaba la fruta, dejándole a él, como único trabajo, el de llevarse los manjares a la boca.

Lógico parecía que tales atenciones fueran miradas por los asistentes a aquella mesa de primera como otras tantas pruebas de la gran importancia del *prosopopeico* personaje, que le granjearan altísimos respetos; y, sin embargo, sólo sirvieron para que hicieran de él rechiffa en sus mismas narices. Creyendo los burlantes no ser entendidos, pues el burlado y Nussi tuvieron buen cuidado de ocultar, al llegar al Iberia, que hablaban y entendían el castellano con igual soltura que si en Valladolid hubiesen nacido.

La mesita donde el conspicuo personaje comía solo estaba inmediata a una de las entradas al comedor, y tan lejos de la ocupada por Arteijo, Maucelo, Roca y el ingeniero Balboa—los polacos no estaban aún en el barco—, que, permitiendo a Nussi-Tolo verlos perfectamente, le quitaba toda esperanza de sorprender palabra en sus conversaciones. Y como esto no le convenía, y era hombre de ingenio, una mañana espolvoreó con polvos de tabaco el pañuelo de su amigo. Que en el almuerzo estornudó más que comió, y eso comiendo mucho, y que en la siguiente comida volvió a atronar el comedor con repetidas y estentóreas idetonaciones nasales, justificativas de petición de que le fuera consentido trasladarse al rincón más distante de la puerta; pues, padeciendo una coriza crónica, era muy susceptible a las corrientes, como la que le molestaba en la mesa donde comía, cercana a la manguera de ventilación que del pasillo subía a la cubierta.

Como Eduardo no tenía noticia de la sabiduría de Tolo, como no había porqué exacerbarle al catarroso la coriza, y además creía que amo y criado ignoraban el castellano, no tuvo inconveniente en conceder lo que se le pedía. Así quedó Shifter instalado en una mesa situada detrás de la del Comandante y a no más de dos metros de ellos.

Fuera por el cambio de sitio, fuera porque el criado dejara de administrar rapé a su amo, cesó el estornudante de atronar el comedor, y uno y otro comenzaron a oír cuanto era hablado en la próxima mesa: sin hallar por lo pronto en lo oído cosa de notar, fuera de las ausencias, tal las creía Maucelo, que de Shifter hacía éste, echando pestes de él. Pero sin duda no les dieron importancia los fisgantes,

cuando en el libro de memorias en donde a la salida del comedor apuntaba a diario el incógnito sabio japonés cuanto le había llamado la atención, no constaban los impropiedades del marino al notario, ni hasta el tiempo a que en la narración llegamos, sino breves frases que, por lo pronto, nada decían a Tolo, pero que no quería olvidar. Por advertirle su científico instinto (permítase trabar estas palabras que parecen pugnar de verse juntas, pues sólo así reflejan el sentir de Nussi-Tolo) que al choque de otras más adelante sorprendidas, o alumbradas por algo visto en lo venidero acaso adquirieran expresividad. Sobre tales anotaciones, un tanto enigmáticas, había gastado el japonés no pocos ratos de intensa e inútil reflexión. He aquí algunas de dichas frases: "Otro tubo de vacío." "Oscicondensador." —Esta última era la más sugestiva, la que más torturaba su cerebro.—"Es preciso que ordene usted a un mecánico que vea y corrija la premiosidad del giro del reflector de lo alto. Las bombas de ascensión. Como no quiero en eso el menor descuido, en cuanto haya usted llevado esos trebejos al América, devuélvame la llave de la cámara de acceso al anfimóvil. No quiero que nadie, nadie, entre en él sino en mi compañía."

Lo único que de todo esto sacaba Nussi-Tolo en limpio era que en aquel sitio en donde Arteijo prohibía la entrada, era precisamente donde a él le hacía más falta entrar. Pero para ello, y sin contar con las dificultades ofrecidas por la vigilancia que allí era verosímil se ejerciera, tropezaba antes con su ignorancia de dónde estaba y qué era la tal cámara.

¿El reflector de lo alto?... Ni en la arboladura del Iberia, ni sobre los techos de las cabinas de cubierta, ni en el puente de mando había ninguno... ¿En lo alto de qué, entonces?

Un reflector... ¿De luz? ¿De calor? ¿De ondas acústicas, electromagnéticas? ¿De vibraciones de otra clase? ¿De radiaciones?

El oscicondensador. Esta palabra, no conocida de la ciencia, suscitaba en el cerebro del sabio forajido de la ciencia, saltador de ideas ajenas, un cúmulo de fascinantes y hasta entonces insospechadas posibilidades. Pero al querer mirarla no veía luz que se las aclarara, sino chisporroteo de centellas deslumbrantes. Y se decía: "La fonológica estructura del vocablo, no puede ser más clara, pero el significado resultante de ella es un absurdo científico."

Mas ¡cuántas, cuántas cosas, al parecer absurdas, han convertido en verdades de la ciencia hombres del corte de éste!

UNA CARTA QUE SERÍA INÚTIL ARCHIVAR

Como el japonés pasaba el día, y los días, mirándolo todo, mirando a todos y escuchando cuanto pasaba al alcance de su oído, siendo bien ayudado en esto por su compinche, no tan sabio, pero casi tan ladino como él, a poco de llegar los polacos al barco, ya sabía cómo miraba Bopp al Comandante y a la Señora de Lubecki, y sospechaba que en el botánico tenía Arteijo un enemigo. Se acentuó esta sospecha cuando desde la mesa desde donde daba de comer a su amo oyó hablar en la inmediata del rifirrafe habido entre el Comandante y Bopp en el barco ballenero. Y si algo faltaba para trocar la presunción en creencia, se lo dijeron las miradas del último al primero y a la mujer de Lubecki cuando ésta despedía a sus compatriotas que en el bote transbordaban al barco siberiano.

Sobre saber mucho de ciencias matemáticas, naturales y físicas, era el nipón un profundo y aun taimadísimo psicólogo muy dcho en calar intenciones y debilidades a los hombres. Con tal habilidad, pronto se dio cuenta de que, a tener el Sr. Bopp ocasión y medios de dañar a Arteijo, no dejaría de utilizarlos. Ni él, como pudiera, de aprovechar la mala voluntad de quien, como el polaco, era culto en ciencias, despierto, y además alternaba con varios auxiliares de Arteijo, con quienes ni Nussi ni Shifter tenían ni tendrían nunca trato. Pues aliada a las propias malas voluntades de éstos, podía ser utilísima.

El problema era llegar a la alianza; pero ésta no era grave preocupación, pues Tolo sabía bien que los bribones se entienden fácilmente.

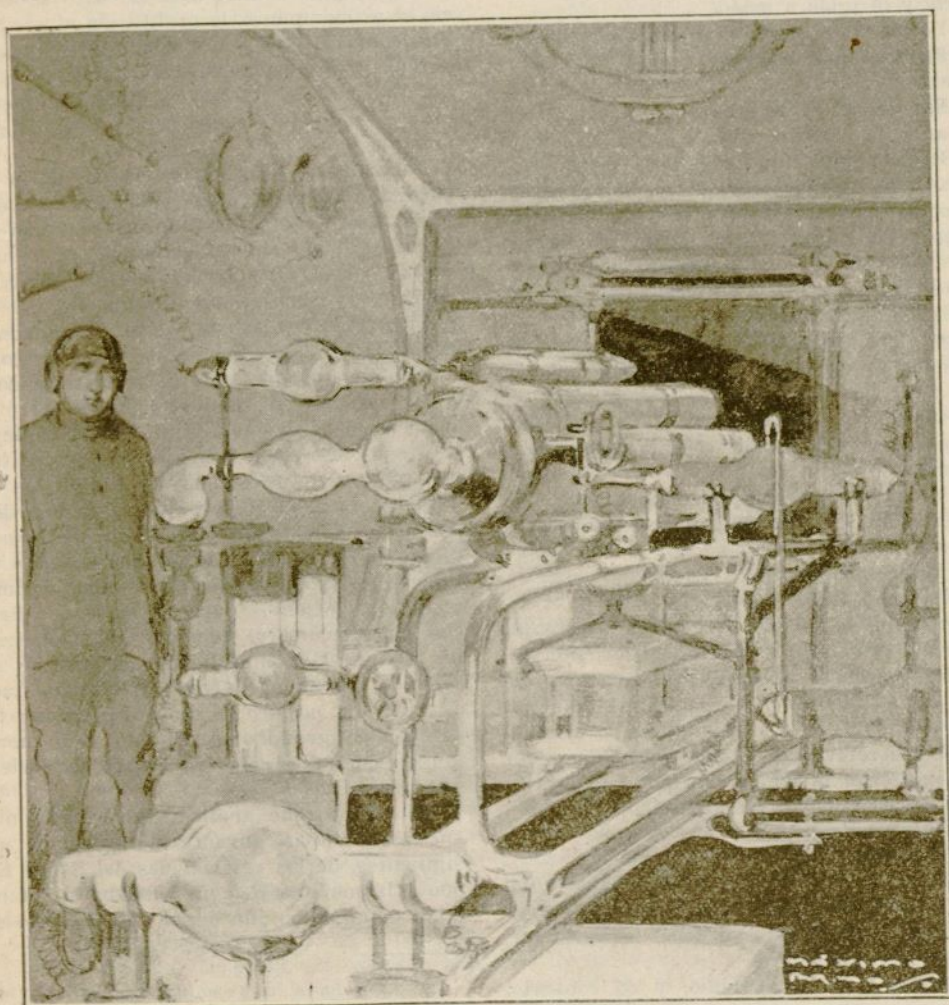
* * *

Que Shifter, solo allí a todas horas como un hongo, sin nadie apenas con quien comunicarse, trabara conversación con el polaco en cuanto le oyó hablar en inglés, no podía extrañar a nadie; pues que, en su aislamiento, se aburría como una ostra, era evidente. Y todos sabemos, aun ignorando quién lo haya averiguado, que el aburrimiento de las ostras es aún más espantoso que el de un inglés atacado de spleen.

Entre dos pasajeros en larga travesía, sin otra ocupación que matar el tiempo en las toldillas, en el fumadero o mirando pasar las olas, no una, mas ni siquiera muchas conversaciones llaman la atención del más suspicaz; y así, no la llamaron las frecuentes parrafas que a poco de llegar los geólogos al barco echaban Bopp y el australiano.

TIERRAS RESUCITADAS

ANA BATTORI



El excitador aniquilante de Eduardo Arteijo estaba instalado en el laboratorio, situado debajo de la camareta, donde quedaban Bopp y Shifter.—Cap. XI.

La antevíspera de la excursión al volcán, cuando ya Nussi-Tolo creía saber a qué atenerse sobre las simpatías y las antipatías del polaco, y al levantarse éste y Shifter, para ir al comedor, de un banco donde en cubierta conversaban, se agachó el último, y recogiendo un papel del suelo, dijo:

—Se le ha caído esta carta, Señor Profesor.

—¿A mí? No creo.

—Estaba debajo del barco... Tiene el sobre abierto y dirigido a usted.

—Yo no traía carta ninguna en el bolsillo.

—Pues de que el sobre está a su nombre, no cabe duda.

—Es verdad. ¡Qué cosa más rara!

Cuando ya habían entrado bajo techado cogió Bopp el papel, que el otro le ponía en la mano. Y no estando sobre aviso, no reparó que mal podía aquél haber leído la dirección, cuando desde que cogió el sobre del suelo hasta entrar en la cámara había tenido vuelta hacia abajo la cara donde aquélla venía escrita. Cual si quisiera preservarla de la luz del sol.

Seguidamente sacó Bopp del sobre una breve esquela, y en cuanto por ella pasó la vista echó a Shifter una escrutadora mirada, que éste aguantó impávido, cual si nada supiera del papelito, y diciendo con la mayor candidez:

—Por lo visto, es para usted.

—El sobre así lo dice; pero la esquela no la entiendo.

—¿Está en español?

—No, en francés.

—Para mí lo mismo. No sé sino el inglés.

Nuevamente miró Bopp a Shifter, por parecerle sospechoso el apresuramiento con que declaraba su ignorancia de la lengua francesa. Y recalcando mucho sus palabras, prosiguió:

—No me refería al idioma, sino a que esto, aun conociendo la lengua en que está escrito, es un *incomprensible jeroglífico*.

—¡Qué raro!

—Sí: rarísimo.

Nada más dijo entonces el destinatario del mensaje a su reciente amigo; pero al entrar en el comedor y separarse de él le lanzó tercera ojeada inquisidora.

El billete era un anónimo, y su contexto, éste:

“Somos usted y yo enemigos del mismo hombre. Tenemos ambos cultivadas inteligencias, que aisladas pueden poco y concertadas es probable pudieran más que él. Piénselo. Y si la idea le parece oportuna, rompa esta carta, mañana a mediodía, junto a la banda de estribor, y arroje sus pedazos al mar.”

A la salida del comedor, ni Shifter, que, basándole simular ignorancia, no se lisonjeaba

de haber engañado a Bopp, ni éste se buscaron para tomar juntos, cual solían, a tal hora el café en el fumadero. En lugar de ello, fué el último a su camarote, en donde se alojaba solo desde la marcha de Locketek; pues aunque a causa de la brevedad del anónimo, y por no ser para olvidado el contenido de él, lo recordaba casi palabra por palabra, quería releerlo y meditar. Cosas hacendera la última e imposible la primera; pues cuando sacó la carta se le ofreció el primer punto de meditación al ver asombrosísimo que del sobre donde leyó su nombre había desaparecido éste, quedando aquél tan blanco, tan sin huella de escritura, como el pliego en donde estuvo, pero no estaba ya, el anónimo.

La primera idea llegada en pos de la estupefacción fué que quien había escrito aquello tenía tanto interés, cuando menos, como él en no dejar huella de sus actos; la segunda, que carta y sobre habrían sido escritos en la obscuridad, o alumbrándose con una luz monocromática, y con tanta que al ser iluminada por la multicolor del día había de ir descomponiéndose paulatinamente y desapareciendo (1). Y el planteo del siguiente dilema cerró esta primera etapa de sus cavilaciones: Una de dos: o el cauteloso autor del anónimo puede fabricar esa tinta y producir esa luz en los laboratorios de a bordo, y entonces es uno de los ayudantes del español, deseoso de cobrar a éste añejos agravios, o ha de ser hombre muy inteligente y fecundo en recursos, capaz de improvisar los elementos para hacer lo que ha hecho. Si lo primero, ganaría, uniéndose a él, un auxiliar a la intermediación de Arteijo; si lo segundo, un aliado de indudable valor, que no es malo sea *químico*. Y sea quien quiera, tiene perspicacia grandísima, cuando a un hombre tan transparente como yo ha sabido leerle sus más recónditos deseos.

No hay porque analizar la segunda ni las sucesivas etapas, durante la tarde y la noche siguientes, de las cavilaciones del Señor Bopp, que a la mañana todavía vacilaba si rompería o no el anónimo junto a la borda. No resol-

(1) La Química conoce no una sino varias sustancias que, capaces de comportarse ante la luz blanca (o múltiple) del sol como las que fueron empleadas en fabricar la tinta con que había sido escrito el anónimo recibido por Bopp, son a la par inertes a la acción de determinadas luces monocromáticas. Pero por igual razón que en otra parte de este mismo libro enviamos a los pillos que en él pretendieran aprender ilícitos gatuperíos a que por el se las campaneen; como para nuestro objeto basta saber que existe posibilidad de fabricar tales tintas, y como esto no es un procedimiento de recetas aplicables a criminales usos, parecenos discreto, y moral además, no agregar a lo dicho ni palabra.

viéndose hasta que Lubercki, a quien a diario acompañaba un rato desde que el reuma lo tenía recluido, lo empujó—se sobreentiende que sin sospecharlo—, no hablando en todo el tiempo de la visita sino del valor de Arteijo, del corazón de Arteijo, del talento de Arteijo, de la ciencia de Arteijo. Con entusiasmo que, no teniendo el visitante otro remedio que corear, so pena de venderse, lo emberrenchinó al extremo de que al salir de allí iba resuelto, no reflexiva, sino impulsivamente, a no desperdiciar, diérela quien la diere, la ayuda que se le ofrecía para hacer cuanto daño pudiese al prodigioso héroe.

* * *

Al acercarse a la banda de estribor sacando del bolsillo la carta, es decir, el papel que fué carta, miró Bopp por todas partes, suponiendo no andaría lejos Mister Shifter. Pero inútilmente, porque aquél tenía buen cuidado de acecharlo a cubierto por el cristal de la garita de una de las escaleras de bajada al entrepuente. Y sólo cuando al mar cayeron los pedacitos de papel se dejó ver, diciendo al que acababa de arrojarlos:

—¿Espera usted a alguien, Señor Bopp?

—¿Yo?... A usted, según costumbre, para echar nuestra charla.

—Pues charlemos. No sé porqué se me figura que la conversación de usted, siempre agradable, va a ser hoy, más que amena, interesante.

—Tal vez. Sobre todo si usted puede darme alguna noticia de la carta de ayer.

—¿La que estaba caída y recogí?

—Precisamente.

—¿Y qué noticias ha de poderle dar quien, como yo, no ha visto sino el sobre?... Únicamente si usted me la enseñara...

—Si nada sabe de ella, sería inútil, porque el papel que el sobre contenía estaba en blanco. De ahí mi curiosidad. Y, además, ni eso puedo enseñarle ya, porque acabo de romperlo y de tirarlo al mar.

—¿Y para qué, si no era sino un papel blanco? Soy tan torpe, que si no me explican bien las cosas...

—Para dar a entender que estoy conforme.

—¿Con lo que decía, digo, no decía, el papel en blanco?

—Sí.

—Eso ya es hablar claro. Ahora ya creo que nos entenderemos.

—De modo que usted es quien...

—No, señor. Quien escribió y volvió a dejar blanco el papel fué mi criado.

—¿Su criado!

—No se asombre. ¿Sabe usted cómo se llama mi criado?

—Creo haberle oído a usted llamarle Tolo. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Porque así se llama aquí; pero...—Antes de acabar la frase comenzada miró Shifter en derredor para cerciorarse de que solamente Bopp le oiría. Y no bastándole aquella precaución, bajó el tono al decir—: Pero su verdadero nombre es Mak-Poh.

—¡Mak-Poh! ¿El gran físico japonés? ¿El ilustre descubridor de...

—Más bajo, más bajo... Ahora comprenderá usted que si yo estoy en El Iberia no es sino para que él haya podido entrar como criado mío.

No es de extrañar la admiración de Bopp; pues el Señor Mak-Poh era uno de los sabios más ilustres del mundo, cuyo nombre corría respetado por universidades y laboratorios de todas las naciones. Acaso no más sabio, pero mucho más honrado, que el Señor Nussi-Tolo, que le usurpaba su personalidad; que tampoco se llamaba Nussi-Tolo, y cuyo verdadero nombre no sabía el mismo Shifter, tan engañado en esto como Bopp. Ni nunca lo sabría; porque la historia, esta vez justa, y además prudente, no ha querido perpetuar en sus páginas el nombre de un bribón. De haber hecho siempre esto con los de muchos hombres célebres solamente por dañinas hazañas, habrían tenido éstas menos imitadores en la historia.

Aquella misma noche se avistaron Nussi-Tolo y Bopp por primera vez. No en el alojamiento de ninguno de ellos, ni en el de Shifter, porque si las paredes oyen, todavía oyen más los mamparos medianeros de los camarotes de un barco; sino sobre cubierta, cuando nadie a bordo había aún dejado el lecho, ni nadie saldría allá mientras el Sol no diera más calor. Así sólo podían ser vistos por el vigía y el oficial de cuarto, muy alejados de donde estaban ellos muy bien encapuchados bajo sus capotones. No había, pues, riesgo de que nadie se enterara de aquella conferencia, por lo larga extraña entre personas de la diferente condición social del criado y el distinguido naturalista.

De modo mucho más sumario, y pintando las cosas desde el lado opuesto al que Arteijo mostró al referirlas a Lubecki, enteró Tolo a Bopp de quién era el primero, del porqué de su viaje a los mares polares, de su misterioso invento; de que para sorprenderle el secreto, si posible fuere, entorpecer, si no, los fines de la expedición, o hasta, en último extremo, *suprimir hábil y suavemente* al inventor, había entrado él al servicio del notario. Seguidamente díjole que la mayor urgencia era averiguar en dónde estaban cierta *cámara de acceso al anfibóvil*

y el lugar de instalación del aparato destructor de las escuadras que el español había de utilizar en sus nuevos proyectos.

Contestó Bopp que, aun oyendo por primera vez quién era el autor del aparato que tenía preocupado al mundo, ahora, después de oír al japonés, tenía seguridad de que el tal aparato había de estar montado, no en El Iberia, sino en El América; pues sólo él pudo ser el utilizado en dar muerte a unos osos, cuyo fulminante y maravilloso aniquilamiento no se cansaba de ponderar Roca.

Pidió detalles Nussi-Tolo de aquella cacería, ignorada para él hasta entonces; y al saber que el piloto aviador no había visto sino que de improviso dejó de ver los osos, se quedó mohino. Mas se repuso pronto, encargando a Bopp frecuentara el trato de los ayudantes del Comandante, con quienes, en francés o en inglés, pudiera entenderse; que, arrimándose a ellos, procurara ver máquinas, laboratorios y almacenes, siempre con ojos y oídos bien abiertos para no perder datos, en cuya interpretación debía tener presente la racional imposibilidad de que la colosal potencia del arma del Guardián de la Paz procediera sino de las fuerzas liberadas provocando instantánea desintegración de los átomos de los objetos destruidos. Opinión, cual se ve, en todo concordante con la de Lubecki. Porque tal convicción evitaría los descarríos de irse tras indicios que a ella no se ajustaran.

Por último, después de encargar Tolo a Bopp viera si algo podía averiguar en esclarecimiento de las frases apuntadas en el libro de notas, se separaron, conviniendo en comunicarse a diario por Shifter cuanto hubieren menester, y en reservar sus personales conciliábulo para importantes ocasiones.

Más pronto de lo que sospechaban, efectuaron polaco y japonés, a la tarde siguiente, su segunda entrevista, en el camarote del notario, minutos antes, según vimos, de partir El América para la Isla de Grinnell. La conferencia duró tan sólo el tiempo necesario para que el segundo dijera:

"Estar a la mira de si funciona *aquello*, para pescar lo que se pueda. Averiguar en dónde está. Tomar disimuladamente, a pasos, las medidas que pueda en ese vehículo, atendiendo a la situación de puertas y escalas, para hacer de memoria, a la vuelta, lo mejor que pueda, un diseño de su interior. Aprovechar cualquier oportunidad, imposible ahora de prever, útil a nuestros propósitos."

Para dar estas instrucciones puso Tolo las manos formando pabellón entre su boca y la oreja de Bopp, hablando no más alto de lo indispensable para ser oído de él y no de nadie

más, si alguien se hallara en cualquiera de los camarotes contiguos.

El otro no habló nada, limitándose a asentir con la cabeza a medida que oía, y a corroborar con la mirada, al separarse de su cómplice, que iba bien enterado.

Ya nos explicamos la conferencia de que acababa de hablarse y nos sorprendió cuando aun ignorábamos estuvieran de acuerdo los conferenciantes, y cómo y cuándo habían llegado a él.

X

UN RASGUÑO EN LA VANIDAD
DEL SEÑOR BOPP

Llevaba Eduardo consigo a Mister Shifter, según le dijo estando ya ambos en el anímvil, no solamente para evitarle desagradables incidentes con Maucelo, con quien tan mal se llevaba el notario, sino porque habiendo éste de redactar testimonios para sus *poderdantes*, como él los llamaba, de cuanto Arteijo hiciera, lo mejor era lo siguiese a todas partes, como la sombra al cuerpo, para que ni los tales poderdantes—que pronto nos dejarán de ser incógnitos—entraran en sospecha de que nada se pretendería substraer a su conocimiento.

El solo inconveniente achacable a esta compañía era que el notario habría de compartir todos los peligros que con frecuencia correría el Comandante, pero con la ventaja, en cambio, de que de hallar éste la muerte en una de sus excursiones, no perdería aquél el más interesante de sus testimonios, pues sería testigo presencial del óbito. Y si, a la inversa, fuera el notario el perecido, podía morir tranquilo de que tampoco faltaría quien atestiguara su derecho a figurar en el glorioso martirologio de la ciencia. Unicamente de morir los dos, que bien pudiera ser, faltarían testimonios y atestiguaciones. Pero esto no tenía remedio.

Puede suponerse la gracia que estas cuchufletas *macabras* harían al australiano. Y, sin embargo, se rió; pero pensando que entre aquello y los bufidos de Maucelo en El Iberia, prefería éstos.

Además de Shifter y de Bopp, embarcó en El América uno de los fotógrafos de la expedición con su cinefoto para tomar vistas del volcán y la erupción. Máquina, fotógrafo, notario, vicepresidente de la comisión y Arteijo, mientras no tuviese otra cosa que hacer, se instalaron en el camarote, desde el que, a raíz del salvamento de los geólogos, había el último explorado, en compañía de Lubecki, el atasco del Canal Danés, y donde por vez pri-

mera reparó Eduardo en la insistencia con que solía Bopp mirar a la esposa del último.

Sentados ante el amplio ventanal acristalado, y provistos de anteojos, miraban polaco y español el volcán, cuya lejanía iba disminuyendo rapidísimamente; pues volaban a razón de cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora. En tanto, y mientras se ganara proximidad suficiente para fotografiar la erupción había el cinefoto comenzado a funcionar, reproduciendo el desfile de mares, costas, montes y témpanos que por ambas bandas del América huían con rapidez vertiginosa, no empeciente a que en la película dejaran el recuerdo perenne del camino seguido.

Aun cuando ya sabemos cómo su voluntad resistía sugerencias de sus sentimientos, iba Eduardo alegrísimo, aunque inconsciente e irreflexivo, con el recuerdo de lo que había creído leer, y ella no pensaba haber dicho, en la última mirada de Ana. Retozos del corazón de los que, mientras de ellos no se enterara, no es responsable la conciencia. Y la conciencia del enamorado Eduardo no se había aún enterado, pues vagaban en ella juicio y voluntad; y la memoria no se acordaba, no quería acordarse sino de lo que creía haber visto en Ana: como si sólo ella llenara el mundo, como si en éste no existiera Walter. Y en tanto el juicio retornara y la voluntad despertase, rezumábase la alegría al exterior en burlas que pagaba el australiano: en inglés, por supuesto; burlas inglesas mucho más pesadas que las castellanas.

—Atención y prepárese, Míster Shifter—decía Arteijo—, que hoy está usted condenado a testimonio forzado; pues para darlo bien puntual de este viaje ha de escribir en competencia con el cinefoto del amigo Aranda y con las hélices del América. Aranda: a ello. Y usted, Míster, atestigüe la hora a que se abre el objetivo frente a la punta más septentrional de la isla de Peary. Aranda: fuego. Y usted, señor notario, apunte, digo dispárese a escribir lo que le iré dictando: "Rumbo al Canal de Robesson. Velocidad, 5 kilómetros 300 metros al minuto. Altura sobre el mar, 1.700 metros." Compruébela si quiere en el barómetro.

¡Pero está usted todavía en la isla! Debía haberse traído una *motopluma*, porque a ese paso no nos sigue. Apunte, apunte: "Ahora dejamos a la espalda, por babor, Cabo Wáshington, Lockwood-Bay." Dese prisa, hombre, que antes de que pueda pensarlo llegamos a Golfo Austrupp.

—Mire, Sr. Comandante—protestó el agobiado notario soltando su estilográfica—. No creo necesario apuntar más. Porque si el ci-

nematógrafo toma todos esos cabos, islas y golfos, ya saldrán luego en la película.

—Ca, no Señor: en la película no salen los rótulos...

—Los buscaremos luego en el mapa.

—No será fácil identificarlos: y el derrotero no quedará testimoniado puntualmente.

—No es indispensable. Mi actuación no persigue detalles tan prolijos, y mientras no sobrevengan hechos de importancia, no necesito seguir testimoniando menudencias.

—A su gusto, a su gusto, Míster Shifter... Si prefiere hacer un viaje de *turismo*, lo dejo a su criterio; mas como yo creía que ésta era para usted una excursión eminentemente notarial, procuraba facilitarle su tarea.

—Ya, ya lo veo. Y lo agradezco. Pero no es necesario siga molestándose.

Pasó un rato, en que sólo se oía en la camareta el cric-cric del cinefoto, hasta decir Arteijo:

—Señor Bopp, ¿recuerda usted la situación de la casa donde invernaron ustedes?

Perfectamente: 23°-37' longitud occidental por 82°-13' latitud. Es dato demasiado importante para olvidado.

—Lo pregunto pensando qué distancia podrá haber entre los lugares sacudidos por el terremoto que echó a ustedes glaciarse abajo y el volcán que tenemos enfrente.

—¡El terremoto! ¡El volcán! ¿Pero establece usted relación entre uno y otro?... No creo pueda existir ninguna.

—Perdóneme un momento. Ahora contestaré a usted.—Arteijo hablaba, no desde su asiento, sino desde un pequeño escritorio, al cual se había acercado tan pronto Bopp le dió las coordenadas de su antigua casa, y donde aquél examinaba un mapa del Océano Ártico, en el cual apreciaba que el nuevo volcán había de quedar, minutos (1) más o menos, hacia los 72° de longitud y los 81 de latitud.

Visto esto, unas vulgares fórmulas y tablas muy usadas por los marinos le sirvieron para

(1) El minuto geográfico vale la sexagésima parte
1
del grado, que a su vez es — de la circunferencia
360

del ecuador o del paralelo terrestre, donde se considere. Y como los paralelos son más pequeños cuanto más cercanos a los polos el minuto (y el grado, claro es), tiene menor número de metros cuanto más alta la latitud. Así el de ecuador vale 1.852 metros (y ésta es la milla geográfica) los de los paralelos, situados a 40°, 80°, 88° y 89°, 1.256, 323, 65 y 32 metros respectivamente.

Desde luego se entiende que lo anterior se refiere a minutos de longitud, pues los de latitud, como medidos sobre meridianos, todos prácticamente iguales, valen siempre lo mismo: los 1.852 metros ya indicados.

calcular brevemente la parte de arco de círculo máximo terrestre (1) que, pasando por los parajes sacudidos por el terremoto y por las inmediaciones del volcán, quedaba comprendida entre unos y otras. Y cuando lo hubo hecho, volvió a su asiento, diciendo al polaco:

—Treinta o cuarenta arriba o abajo, ochocientos cincuenta kilómetros. Distancia suficientemente pequeña para suponer, vista además la cercanía en tiempo de los dos fenómenos, que esta erupción puede muy bien ser consecuencia de aquel estremecimiento sísmico.

—Imposible. Porque usted no ignora que hace ya muchísimos años cayó en completo descrédito la hipótesis que atribuía los terremotos a las fuerzas plutónicas.

El tono de Bopp al decir "usted no ignora" sonaba más a "usted ignora", y a propósito de dar suavemente un palmetazo a su interlocutor, poniéndole delante cosa olvidada ya de quien sólo tuviese rudimentos de geofísica y geología. Así lo entendió Eduardo. Pero disimulándolo, contestó:

—Algo efectivamente había oído de eso, aun cuando mi competencia en estas cosas no llegue, ni con mucho, a la de usted.

—De ningún modo.

—Deje modestias a un lado. Claro es, por tanto, que siendo en esto mero aficionado, no he de atreverme a sentar afirmación rotunda, cuando nunca no lo hago en cosas que conozco bien; pues tampoco usted ignora, que ni en la afirmativa ni en la negativa son tan categóricos los modernos sabios, más modestos y sabios que los de otras épocas, demasiado propensos a afirmar y a negar de plano.

—Sí, sí—repuso Bopp, mordiéndose los labios—. Por eso, mi "imposible" de hace un momento se refería, no a los fenómenos mismos, sino a la hipótesis de usted sobre su explicación.

—Tampoco, amigo mío; porque, si no he entendido mal, lo que usted ve imposible es que la erupción fuese causa del terremoto.

—Naturalmente.

Pero yo no dije eso; sino, a la inversa, que la erupción podía ser, no causa, sino consecuencia.

Y ni siquiera dije, ni pensé que todas las

(1) Tales círculos son los de plano que contiene el centro de la Tierra, y miden cuarenta millones de metros de perímetro sobre la superficie de aquella; salvas las pequeñas diferencias de longitud entre ellos, dependientes de no ser nuestro globo una esfera perfecta. Estas líneas son las que en su derrota suelen seguir los buques, pues son los caminos más cortos entre cada par de lugares del mundo.

erupciones sean causadas por temblores de tierras.

—Eso es diferente. Yo creí... Pero aun así, usted sabe perfectamente—ya no se arriesgaba a decir no ignora—que los temblores son resbalamientos de rocas sobre rocas, hundimientos a lo largo de líneas donde falla la homogeneidad de los terrenos subterráneos; rompimientos o depresiones de lo que podríamos llamar bóveda de sostenimiento de llanuras, montes, mares; desequilibrios entre los pesos, o presiones, de inmensas masas de materiales sólidos que se afondan, o más bien se recalcan, hasta encontrar nuevo asiento estable.

Usted bien sabe que, a fuerza de soles y de fríos, el tiempo resquebraja, tritura, pulveriza rocas y montes; que lluvias y ríos llevan al mar estos detritus: un año y otro, siglo en pos de siglo, milenio tras milenio; y así, en montones de milenios, el tiempo va aligerando el peso de los continentes en millones de toneladas, con las cuales recarga el fondo de los mares. Y cuando esta sobrecarga alcanza suficiente cuantía para hundir o deprimir una de las dovelas flojamente ajustadas entre las que sostienen los mientos de la corteza terrestre sobre la que vivimos, la tierra tiembla sacudida por el terremoto.

—Perfectamente visto. Perfectamente dicho.

—Pues si en ello para la atención verá por qué no cabe correlación ninguna entre esta vulcánica eyaculación y el sismo—Bopp prefería los vocablos eyaculación y sismo a erupción y terremoto—de allá abajo, al que sólo escapamos gracias a nuestro colchón de hielo.

Repáre usted, además, que en la explicación del cómo y el porqué de los sísmicos paroxismos la Tierra, que usted ha reconocido es convincente, no juegan elementos fluidos, no interviene el fuego, no aparecen las lavas.

El tono magistral con que cual si adoptara a su discípulo de Lodz, explicaba Bopp la lección de sismología, no molestaba a Eduardo porque estaba pensando en la cara que el domine pondría cuando, a la postre, lo charara el alumno. Por eso, haciéndose el chiquito, contestó:

—Ya he dicho a usted que, siendo otras mis especialidades, entiendo poco de ésta, y por ello deseo saber si nuevas investigaciones no han alterado la conclusión que ya en mis tiempos de estudiante hacía mucho había desechado la antigua hipótesis de un ígneo núcleo líquido en el centro de la Tierra.

Entonces se decía que la enorme presión allí ejercida por la masa entera del planeta ha de contrarrestar los efectos del crecimiento de

temperatura con la profundidad, y mantener el núcleo en estado equiparable al sólido.

—No, señor. Esas continúan siendo nuestras ideas actuales: los sabios no han variado de opinión en tal punto.

Sonrióse Arteijo al advertir que con aquello de "nuestras ideas actuales", seguido de "los sabios no han variado de opinión", hallaba Bopp manera suave de llamarse sabio.

—Entonces subsistirá igualmente la creencia de que las rocas incandescentes y en fusión, y los gases de ellas desprendidos, que juntos salen en las erupciones volcánicas, tienen sus receptáculos, no en lo hondo de lo hondo, sino en cavidades subterráneas, relativamente someras, de la externa corteza del Globo.

—Sí, señor—prosiguió el polaco, escuchándose con fruición—, esas bolsas, o balsas de lavas, se comunican, mediante naturales galerías soterradas, con las chimeneas de los volcanes.

Cuando el nivel de las lavas es bajo y los gases escapan por las chimeneas, o aun sin tal desahogo no alcanzan presión suficiente a impulsar a los hirvientes líquidos galerías arriba, no hay erupción; pero si por cualquier causa crece la carga de lavas, o si los gaseosos empujes suben a lo necesario para vencer el peso de ellas en las somorgujadas cañerías de fuego, éstas las llevan a los cráteres, y de ellos las expulsan. He aquí la erupción.

—Sí. Un fenómeno análogo al que en una cafetera de pitorro mucho más alto que el cuerpo de ella se produciría cuando la tapa, bien ajustada a los bordes del depósito, fuera empujada hacia abajo, haciendo oficios de émbolo, hasta que el aire comprimido contra la superficie superior del agua empujara a su vez a ésta, que rebosaría por el pitorro.

—Eso es.

El aire de benévola suficiencia con que el maestro admitía lo atinado del símil hizo sonreír de nuevo a Eduardo, que, cual si no dijera nada, pero ya sospechando la impresión que iba a causar, siguió inquiriendo:

—¿Y qué cree usted que pasaría si en una de esas *somorgujadas* bolsas llegara a hundirse el techo?

—¡Hundirse!—exclamó el Profesor, ya un tanto alarmado—. Pero ¿cómo ha de hundirse?

—Por hallarse debajo, o ser, como decía usted, dovela de la región terrestre afondada en una sacudida sísmica, aun cuando ésta fuese nuevamente tectónica (1).

—También había de ser mucha casualidad que un hundimiento fuera a producirse precisamente encima de una bolsa de materias líquidas.

—No diré que no. Mas, de acaecer, parecíame que las lavas habrían de salir por donde pudieran. Y como no pueden salir sino por los cráteres de los...

—Si en el inmenso laboratorio de la naturaleza acontecieran las cosas como en la cafetera de usted—replicó Bopp, amostazado de ver que lo iba acorralando Arteijo—; si usted pudiera zarandear las bóvedas de los depósitos de lava con la facilidad que la tapadera de su cacharro, razón tendría. Pero no siendo así, falla la peregrina comparación; pues la casualidad que le da usted por base es absolutamente inverosímil.

—Algo nemos ganado, sin embargo.

—¿Qué es lo que hemos ganado?... No veo...

—Antes hablaba usted de imposibilidad; ahora no más que de inverosimilitud.

—Cuando ésta llega a ciertos límites equivale a la imposibilidad: a lo menos en su aspecto práctico.

—Poniendo el asunto en tal terreno me saca usted del conflicto en que para continuar discutiendo me crea la diferencia de nuestras competencias; pues ya no tengo que discurrir.

—¿Cómo?

—Sí; porque, a no darme la Naturaleza un argumento de orden práctico en apoyo de mi opinión, no podría hallar ninguno que oponer a los de usted.

—¿Un argumento sacado de la Naturaleza?... ¿Cuál, cuál?—dijo Bopp impaciente, y cada vez más receloso de que tan cacareada modestia no acabara dándole una sorpresa poco grata. Pues conviene saber que, siendo la botánica la especialidad en que él había adquirido su científico renombre, y aun teniendo estimable cultura sismológica, era ésta solamente de carácter general, y había, por lo tanto, partido de ligero al darse aires de autoridad en tales disciplinas y dejándose incensar por quien en ella amenazaba tener superior competencia—. ¿Cuál es ese argumento de orden práctico?

—Que cuando menos una vez, y si buscamos bien acaso no sea la única, los hechos me han dado la razón.

—¿De qué quiere usted hablar?

—De las conclusiones deducidas del terremoto de Quezaltenango, de las erupciones de Monte Peleé, en la Martinica, y de las solfa-

(1) El adjetivo tectónico tiene en sismología significado semejante a arquitectónico; pues el resbalamiento de unas sobre otras capas de terrestres rocas,

que ocasiona el terremoto, viene a ser equiparable al de los sillares de la cimentación de un edificio mal asentado sobre ésta, al cambiar sus aplomos.

traras de San Vicente. Supongo a usted enterado de esas conclusiones (1).

—Sí, claro. A punto fijo... Ahora recuerdo haber leído que hace... algún tiempo...

—Sí, alguno—contestó Eduardo, conteniendo la risa a duras penas; pues no quiso todavía decir al señor Bopp que aquellos fenómenos habían ocurrido en 1902, y que su algún tiempo llegaba a un siglo—. Pues entonces ya sabrá que, con toda la certeza posible en conclusiones de esta índole, resulta de ellas que la imposibilidad que usted sostiene falló entonces.

—Pero eso..., eso fué...

—Sí, una casualidad. Ya lo dijo usted antes.

Lo grave del aprieto de Bopp era que, desconociendo aquellos estudios—que él ignoraba

fueran de época tan remota—, temía, si entraba en discusión, descubrir su ignorancia, creciéndole el temor al darse cuenta de que el tono modesto de su contrincante había cambiado; pues, llegada ya la hora de aplastar al presuntuoso, hablaba con el aplomo de quien domina plenamente el asunto discutido.

Para acabar de una vez el machacamiento, prosiguió:

—Pues conociendo la historia volcánica de las Antillas y aquellos interesantísimos episodios, no aislados, sino encadenados, de ella, ya sabe usted que terremoto y erupciones sobrevinieron con muy notable cercanía de fechas, y con particularidades curiosísimas, que llevaron a todos los sismólogos a establecer estrecha relación entre unos y otras; y que no

(1) Durante los doce meses que precedieron al terremoto del 18 de abril de 1902 en Quezaltenango (Guatemala), fueron sentidos reiterados temblores de tierra en la Isla de San Vicente, una de las Antillas menores, situada a centenar y medio de kilómetros al sur de la Martinica y a tres millares de ellos de Quezaltenango. Cinco días después del terremoto de este último lugar, el Monte Pelee de La Martinica, despidió el 23 de abril enormes nubes de vapor de agua. El 28 de abril volvió a ser sacudida por temblores San Vicente, cuyo volcán sulfuroso entró en erupción el 7 de mayo, sobreviniendo al día siguiente la espantosa erupción del Monte Pelee, que arrasó San Pedro, capital de la isla, con un aluvión de lavas, dejando destruidos todos sus edificios, haciendo perecer a casi todos sus 35.000 habitantes y hundiendo los barcos en bahía, con la sola excepción de uno, que ganó el mar; pero incendiado por el ardiente polvo del volcán que sobre él caía. Finalmente, sondeos hechos con posterioridad a esta erupción hicieron conocer que en grandes extensiones había descendido muchos metros el fondo de los mares cercanos.

La correlación de los fenómenos citados parece bien palmaria. ¿Casualidad? Tal vez. Pero de serlo, no única, pues después de varios temblores que a fines de 1911 sacudieron las Antillas y la América Central en 26 de marzo de 1912, acaeció un terremoto que devastó Caracas, y al mes de éste estalló otra erupción de la misma solfatara de San Vicente, recién mencionada.

Pero volvamos a Monte Pelee y al fenómeno extraordinario que en él se produjo cuando después de continuar por diez meses arrojando lavas y prodigiosas cantidades de vapor de agua, asomó a su cráter una colosal columna de lava solidificada, y sobre él fué elevándose, con velocidad media de seis centímetros por hora, hasta alcanzar altura de 250 metros por cima de los bordes de aquél, quedando enhiesta como un obelisco de carácter basáltico.

Aun continuó subiendo con mayor lentitud—no continuamente, sino con alternancias de súbitos hundimientos, tras los cuales tornaba a ascender. Así llegó a alcanzar 350 metros sobre el monte, y así permaneció aquel gigantesco tapón de roca de la chimenea del volcán, semejante al corcho a medio extraer de una botella. Hasta que al cabo de varios meses lo hizo pedazos una resaca más violenta de los vapores que por debajo de él lo sostenían. Mas no por ello quedó libre el cráter, sobre el que se elevó nuevo tapón; pero ahora de forma redondeada,

a manera de cúpula y más grande que la anterior columna. De él dicen el abate Ibon y Mr. Beufroy, quienes más adelante lo examinaron:

“Al presente el Monte Pelee está tapado por un tremendo tapón de andesita (roca de la familia de los basalto), llamado El Domo, que tiene media milla de diámetro (900 metros) en su base y altura de 1.200 pies. Rodéanlo fumarolas, parecidas a cónicos cráteres, que despiden humos, rojos unos y blancos otros.”

Puede racionalmente suponerse que la presión que levantó el monolito de lava sólida provino del comprobado hundimiento del fondo del mar en las cercanías de la montaña. Puede asimismo admitirse que la explosión subterránea y submarina que causó la erupción, dejó huecas debajo del mar cavidades antes ocupadas por las grandísimas masas de materias sólidas, líquidas y gaseosas por el volcán expelidas. Huecos cuyas techumbres que a su vez eran fondo de los mares se rehundieron por efecto del peso de las aguas que no pudieron soportar.

Pero ¿y la causa de tal explosión? Pueden ser varias. Entre ellas, es una de las admitidas como posibles el copiosísimo desarrollo de vapor de agua al contacto de las rocas calientes o fundidas de lo interior de la corteza terrestre, a las que las aguas del mar pudieron llegar probablemente por las grietas que un terremoto alzara en el fondo de los mares, o porque a través de dicha corteza rezumasen hasta dichas rocas, sin necesidad de terremoto.

Acerca de esto ha de advertirse que Sir Archibald Geikie ha observado que los vapores desprendidos de las lavas volcánicas es frecuente contengan más de un 99 por 100 de agua vaporizada. Y no ha de extrañar que el fondo de roca del mar sea atravesado por los rezumamientos aludidos, porque es un hecho comprobado en sondeos oficiales realizados a gran profundidad por marinos norteamericanos, que esferas huecas de grosísimo cristal sumergidas vacías subieron más o menos llenas de agua, según profundidades y tiempo de sumersión.

Véase cómo para convertir en un tamiz substancia tan poco porosa como un cristal, no hace falta sino someterla a presión suficiente, que en el caso indicado fué, para las esferas con que se experimentó, de unos 1.100 kilogramos por centímetro cuadrado.

Sat do esto se comprende que al empuje colosal de la presión de las aguas del mar en los parajes donde éste alcanza grandes profundidades, aquéllas han de filtrarse a lo interior de la Tierra a través de las rocas del fondo de los océanos.

solamente reconocieron en los terremotos causa posible de algunas erupciones, sino posibilidad de que en particulares casos sean éstas causa de temblores. Aun cuando no tan importantes como los puramente tectónicos, resultantes de estructurales cambios en la ajustada trabazón de las capas terrestres.

No sabiendo el polaco cómo salir del atolladero, quiso escapar por la tangente, y dijo:

—Ya usted bien sabe que diversas personas sacan de iguales hechos consecuencias opuestas.

—Certísimo. Por eso yo me limito a citar hechos. Y como ya nos vamos acercando al objeto de nuestra excursión, no quiero distraerlo de sus observaciones. Pero si le interesa conocer con detalles las que acabo de citar, ofrezco a usted para cuando volvamos al buque unos libros, que a bordo tengo, referentes a los cataclismos a que me he referido. Que a su interés científico juntan lo curiosísimo de la presentación tipográfica. Pues fueron editados en 1907 uno, y otro en 1910.

—¡En mil novecientos siete!

—Sí; cinco años después del terremoto y de las erupciones. Pero ya tenemos ahí el volcán. Aranda, enfile la máquina.

Cuando Bopp se enteró de que era un siglo el *algún tiempo* que él dejó ver suponía transcurrido desde la erupción del Monte Peleé, habría deseado estar en tierra que pudiera tragarlo. Felizmente, el bochorno era menos penoso de momento por haber Arteijo cortado la conversación, con delicadeza aprovechada, pero no agradecida, por el abochornado; pues comprendiendo que de él se había aquél burlado, siquiera no fuera sino en su interior, y se fingiera ahora distraído para no hacérselo sentir de manera ostensible, le lanzó una mirada donde los celos y la envidia de antes relucían avivados por la llama de un nuevo rencor.

XI

UN VOLCÁN QUE DEFRAUDA TODAS LAS ESPERANZAS

La descripción de una erupción volcánica es tentadoramente sugestiva, y si, además, al desbordar en ella el fuego interno de la Tierra lo hace reventando en un monte tapizado de nieve, y entre vapores de ésta corren las lavas, socavando en ella cauces a ígneos torrentes con márgenes de hielo, la tentación sube de punto. Tanto, que, a no tener Ignotus conciencia muy estrecha de escrupuloso historiador, de cierto seguirían a este párrafo varios dedicados a pintar el sublime espectáculo contemplado por Arteijo y sus acompañantes en

la Tierra de Grinnel, a la inmediación del Fjord de Greely, que fué donde a la postre—tomen nota los geógrafos—se encontró el volcán.

Pero faltando la descripción del espectáculo en los documentos de Arteijo, consultados para escribir esta historia, no es posible pintarlo sino fantaseándolo. Y como Ignotus, aunque le esté mal confesarlo, no ha visto nunca cráteres en actividad, ni siquiera extintos, y le repugnan fantasías e invenciones, se le ocurrió salir del paso *fusilando* de un libro de viajes, no árticos, sino antárticos, el vibrante relato de una erupción del Erebus o del Terror—gigantescos volcanes de las tierras australes—, que era de creer resultara parecida a la que, después de pensar mucho en el fusilamiento, va a quedarse inédita, por haber el autor caído en la cuenta de que ni es digno de él dar gato por liebre, siquier guisados se parezcan, ni oportuno llenar con descripciones que pueden leerse en otros libros, páginas en éste no sobrantes para lo pendiente aún de referencia. Véase porqué de la excursión geofísica sólo se cuentan hechos influyentes en lo esencial de esta narración: Arteijo y sus proyectos, Arteijo y Ana.

Tal vez porque las erupciones volcánicas pierden de día mucho de su aterrante magnificencia—y en la Isla de Grinnel y en aquella estación es día a todas horas—, no pareció el volcán a Arteijo sino un volcán de tres al cuarto, y la erupción sin interés, pues no ofrecía siquiera el que inspirar pudieran ciudades, que en sus faldas no había, amenazadas de inminente arrasamiento, ni multitudes de espantados fugitivos, ni cosechas ni bosques sentenciados a inexorable asolación.

Opuestamente a lo imaginado en anteriores y cercanos párrafos, no se veía allí casi ninguno de los duros contrastes que Ignotus daba por indudables. Humo, mucho humo, en incesantes tufaradas revueltas con muchísimas cenizas, conglomerándose con ellas en pesada nube agarrada a la cumbre, y no más que tenuamente iluminada por fugases resplandores que de raro en raro llegaban a lucir en llamas, en seguida extintas entre negruras de humo, a través de las cuales era imposible ver el cráter o los cráteres de la cúspide. En las laderas no se veían lavas: no porque no corrieran, sino por entoldadas bajo doble cortina: formada una por los blancos vapores de las nieves vaporizadas al contacto de aquéllas y por la temperatura del suelo en las partes altas del volcán; tendida otra por densísima bruma, que en cuanto la vista abarcaba pendía de la nube cual lluvia de cenizas que en prodigiosa cantidad, grisáceas, apretadas, caían por doquier. La nítida blancura en que pensábamos, cual

realzante contraste del fuego de la cumbre, no se veía en parte alguna; pues en toda la vastísima isla (1), en los témpanos, en los flotantes *icebergs*: en suma, en cuanto El América atalayaba, la altura de la nieve quedaba oculta bajo gruesa capa de sucias cenizas. Y hasta las mismas aguas ondulantes en los trozos de deshelado mar habían sido despojadas de su límpido azul por aquellas cenizas, que con su ligereza de pulverizada piedra pómez sobrenadaban en las olas, amortajándolas con el mismo sudario pardusco que no dejaba ver hielos ni tierras, nieves ni cielo.

Aun cuando estos cerradísimo cendales no fueran obstáculo sino a la curiosidad del incidental explorador—Arteijo no era entonces más, por no tener el fenómeno volcánico relación con sus planes—, no se avenía a volverse al Iberia sin haber siquiera averiguado si había allí uno o más cráteres. Así, una vez convencido de que ni aun metiendo el anfmóvil en lo más espeso y negro, más negro ya que gris, de la nube, ni aun acercándolo al espantoso hogar a distancia que aterró a Shifter e hizo pensar a Bopp que eran tales intentos inútil e insensata temeridad, adelantaba nada, pues cuanto más adentro más obscuro, lo asaltó la ocurrencia de que si abriera con su excitador otro boquete en la montaña, hasta llegar a la chimenea del volcán, tal vez la nueva válvula, así ofrecida al desahogo de gases, humos y cenizas, diera por resultado que, repartiéndose entre más bocas la salida de las humaredas, aclarase algo la cerrazón que envolvía la montaña.

Lo mismo fué pensarlo que salirse de la camareta. Sin dar explicaciones de adónde iba, ni de su propósito, ni decir sino “hasta luego”. Dejando a los otros un poco intranquilos del

porqué de la urgencia con que se marchaba el Señor Comandante.

Llegado al gabinete excitador, debajo de la cámara donde quedaban el australiano, el polaco y Aranda, gritó a éste por el tubo acústico que desmontara de la máquina el objetivo que venía empleando, para reemplazarlo con un *teleobjetivo*. Pensando, con razón, que en las vistas obtenidas con él podría ver luego mucho más de lo que sus ojos eran capaces de mostrarle. Cosa que, verdad siempre en toda fotografía, cuya vista es incomparablemente más aguda que la del hombre (1), había de serlo con mayor razón empleando el teleobjetivo, que, cual si estuvieran a distancia muchísimo menor de lo que en realidad se hallan, fotografía los objetos con riqueza extraordinaria de detalles, no alcanzada con las lentes comunes, por muy buenas que sean (2).

Obedeció el fotógrafo, y al poner nuevamente en movimiento el cinefoto, apuntándolo por el ventanal al centro de la masa de vapores, el encogido corazón del notario, sin esperanza ya de salir con vida de aquel trance, comenzó a aletear; pues en virtud de orden transmitida a Roca desde el laboratorio por el Comandante, en igual forma que la comunicada a Aranda, se apartaba El América, cuando, de la inmediata cercanía del volcán.

En tanto, Eduardo preparaba el excitador aniquilante como ya en otra ocasión vimos. Pero pensando que lanzar sus rayos a la informe humareda sería operar realmente a ciegas, quiso tener, si posible fuere, alguna probabilidad de que ni hirieran a la montaña tan

(1) La de Grinnel es una gran isla de 850 kilómetros desde la punta más septentrional de la Tierra de Grant a la más meridional de la de Lincoln, y de 300 a 400 de este a oeste. Regiones de ella son las citadas tierras y las de Ellesmere, Rey Oscar y Grinnel. Su extensión, si con ella se considera formando un todo otra gran isla poco menor que su mitad y muy cercana a ella, viene a ser la de la Península Ibérica. Baña sus costas orientales en el Estrecho de Smith, la gran Bahía de Kane y el Canal de Robbeson, que separan esta isla de la costa noroccidental de Groenlandia, las meridionales en el Estrecho de Franklin, más allá del cual está la Isla Devon, y las oeste y norte en el Océano Ártico. Al mediodía de ella invernó la desventurada expedición de sir John Franklin, que en los buques *Erebus* y *Terror* y en 1845 emprendió la célebre exploración en busca del Paso del Noroeste hacia el Estrecho de Bering, en la cual parecieron los 140 hombres que la componían. De los cuales han encontrado algunos restos las reiteradas expediciones realizadas en su busca.

(1) En dos aspectos aventaja la fotografía al ojo humano: en amplitud, por ver la luz negra (rayos ultravioleta), que el hombre no percibe—según tenemos explicado en la novela “De los Andes al Cielo”, al decir cómo pueden hacerse retratos de una persona en una habitación a oscuras—, y en intensidad o penetración, cual es atestiguado por innumerables descubrimientos astronómicos de estrellas de últimas magnitudes, nebulosas, asteroides, *novas* que no vieron ni ven los más potentes telescopios sin ayuda de la máquina fotográfica, instrumento imprescindible hoy en los observatorios para la exploración de los espacios estelares.

(2) Por haber ya hablado del teleobjetivo en la obra “El mundo sombra”, de esta biblioteca, sólo diremos ahora, para no repetirnos enojosamente, que mediante la adición a la lente convexa de los objetivos fotográficos ordinarios de otra biconcava, es decir, divergente, logra este aparato ver y fotografiar los objetos como si estuvieran a distancias diez, veinte, cuarenta veces menores de las reales. Proporcionando en las fotografías tamaños y detalles el mismo número de veces mayores que los correspondientes a las máquinas comunes.

Tomando por ejemplo la última proporción, resulta que un monte, un edificio, un buque, distantes cuatro mil metros del fotógrafo, quedan fotografiados cual si se vieran a ciento.

cerca del cráter que sólo consiguieran aporillar su boca, sin perforar nueva salida de humos en la chimenea, ni tan lejos de aquél que el boquete resultara inútil por horadado en dirección desviada de la de ella.

Para ello, en vez de disparar tan pronto tuvo listas las ampollas radiantes—si de disparo puede calificarse la silenciosa emisión de la suave y tenue luz de sus dos rayos—, lo demoró hasta haber espiado con el anteojo la masa de humos. En acecho de que uno de los resplandores que de largo en largo la coloraban de rojizo oscuro adquiriera intensidad suficiente a permitirle puntualizar, siquiera aproximadamente, la dirección del cráter. Visto esto, lanzaría sus radiaciones de modo que fueran a encontrar al monte en la vertical, poco más o menos, del lugar donde hubiera lucido el resplandor. Esto sería operar a ojo, al buen tun-tun, pero no completamente a ciegas.

Al surgir, tras un rato de atenta observación, una llamarada más intensa que los pasados resplandores, apuntó el anteojo por debajo de ella, y, pisando el botón pulsador, encendió las ampollas; aunque la vista sólo viera luz en la de cristal, pues la de cuarzo no transparentaba lo que dentro tenía.

Emergió de la primera luminoso hilillo verde, y de la otra nada. Es decir, nada al parecer, pero en la realidad, que los ojos no veían y habría sido vista por una placa bañada en una sal de plata, también salía otro invisible rayo, que al tocar el reflector de lo alto del América y cambiar de dirección, se hacía perceptible como dardo violado: tan tenue como el verde, tan rígido como él.

Queriendo Eduardo dar gran anchura al cráter, mantuvo el pie apretado contra el pulsador más de cinco minutos, haciendo mientras tanto oscilar el anteojo levemente, con lo cual ondulaban ambas luces. Empleadas como azada de cavador, que, además de excavar en lo hondo del hoyo, lo ensancha rayendo en sus taludes.

Que su excitador roía el monte era indudable, absolutamente cierto, inmoviblemente cierto, pero *no lo veía* Arteijo; pues, en vez de amenguar, aumentó el humo, interpretándolo él como indirecta prueba de que al expedido por el cráter se unía el salido por un nuevo desahogadero. Pero en lugar de acontecer lo que supuso y deseaba, era ahora la nube más espesa que antes. Pues sin duda le sobraba provisión al volcán para ambas bocas.

Se quedó meditando unos instantes, y al cabo dijo:

—Si ya no lo supiera, me enseñaría esta lección que los más colosales poderes nada pue-

den si pretenden rebasar los límites que les señala Dios... Aquí ya no he de ver más de lo visto. Es inútil retrasar el regreso.

Acercándose sucesivamente a los dos tubos acústicos, ordenó sucesivamente:

—Roca, vire. Volvemos al Iberia. Aranda puede descansar un rato.

Seguidamente cerró el arca donde funcionaban los alternadores. Y, no teniendo ganas de conversación con los dos antipáticos de arriba, se sentó en una butaca, quedándose abstraído en meditación que a poco había matado la alegría con que embarcó en el anfimóvil. Al corazón madrugador que, para retozar a su placer, había escapado a la conciencia antes de que ésta despertara, no le valía el madrugón; pues corriendo más que él, lo había alcanzado ella; y entre amarres de honor y deberes, con que la voluntad lo sujetaba, se le acabaron los retozos.

Excusado es decir que, ignorantes los antipáticos de arriba de lo que hacía Arteijo, de si hacía algo, y hasta de dónde andaba, no se enteraron de su fracasado intento, ni vieron sino los hilillos violeta y verde, no más gruesos que si fueran de araña, oscilar, con leve movimiento, de un lado a otro, por espacio de unos cuantos minutos. De esto no se había enterado el Sr. Nussi-Tolo, cuando montes de hielo fueron a su vista aventados por los mismos rayos; porque entonces la débil luz de éstos se ahogaba en la del día, mientras que, salvo en los momentos en que los humos del volcán se incendiaban fugazmente con rápidos fulgores, lucían ahora los rayitos sobre lo oscuro del cendal que envolvía el cráter: siendo visibles para el notario y el botánico durante casi todo el tiempo que brillaron.

—¿Qué será, qué será?—decía Shifter intrigadísimo.

—¿Qué será?—pensaba Bopp; pero no lo decía.

—Tiene que ser un meteoro... ¡Qué raro! Pero sólo eso puede ser. ¡Qué raro!

—Sí, muy raro—contestó el polaco, haciendo a hurtadillas de Aranda seña al otro para que se callara; porque su mosconeó le estorbaba para observar atentamente las lucecillas. Y más aún para reflexionar, si hallaba en qué.

Iba de estas observaciones resultando que, en su opinión, el rayo verde salía, casi bajo sus pies, del anfimóvil mismo.

¿Estaría allí el español?... El otro, el violeta, procedía de lo alto, siendo imposible precisar de dónde. Pero como era absurdo atribuir aquel fenómeno a origen meteórico, según desatinadamente suponía Shifter, y co-

mo percibía perfectamente la convergencia de ambos rayos, parecíanle al profesor cosas fuera de duda que ambos debían de ser movidos desde el adivirigible; que a lo que estaba viendo obedecía la salida de Arteijo, y que éste era quien estaba haciendo aquello...

¿Pero a qué? ¿Con qué objeto, si no pasaba nada? ¿Y desde dónde lo estaría haciendo? ¿Dónde tendría los aparatos con que encendía las luces y las manipulaba? ¿Arriba? ¿Abajo?

Cuando andaba en estas cavilaciones se apagaron los rayos y sonó el acústico llamando a Aranda para ordenarle suspender el trabajo fotográfico.

Si fuera yo quien hubiera acudido al auditivo, creo que me habría enterado de si la voz venía de abajo o de lo alto, pensó Bopp, ocurriéndosele súbitamente una idea que demostraba era hombre más ducho en marrullerías que en ciencia sismológica. Para ponerla sin dilación en práctica, se levantó, pretextando entumecimiento de las piernas; echó a andar para desentumecérselas, y al segundo paso tropezó con el trípode del cinefoto, que con estruendo cayó sobre el entarimado. Al estrépito siguió un silbido del tubo acústico, al que Aranda acudió en cuanto hubo levantado su máquina.

El autor del estropicio no oyó la pregunta que por el tubo hicieron, pero sí esta respuesta del fotógrafo:

—Que se ha caído la máquina, Don Eduardo.

—Lo ha oído—se dijo entonces Bopp—. El laboratorio lo tiene aquí debajo. Ya averiguado esto, a la vuelta podré satisfacerle la curiosidad al Sr. Nussi-Tolo.

Por entonces acababa El América su virada y emprendía el regreso. Con gran satisfacción de Shifter: si alegre de escapar con bien de la aventura, muy disgustado al acordarse de la promesa del Señor Comandante de llevarlo a cuantas en lo sucesivo acometiera.

* * *

Hasta ahora no ha caído Ignatus en la cuenta de que, como el personaje de Molière que hablaba en prosa sin saberlo, ha descrito al fin la sosa y agrisada erupción. Descripción muy otra de la impresionante en que él había pensado y resuelto dejarse en el tintero. Y al advertirlo cree necesario declarar que ni la fusiló de libro ninguno, ni la sacó de su fantasía; sino que la suerte le deparó ocasión de traducirla de las películas de Aranda cuando, ya de vuelta en El Iberia, las enseñaba éste a Arteijo, diciendo entre consternado y furioso:

—¿Y es esto un volcán, Señor Comandante? ¿Esto una erupción?... Pero ¿qué ha de

salir aquí, si allá no se veía nada? ¿Cómo presento yo esto a nadie?

—Y si allí no había más, ¿qué le hemos de hacer?

—Pero es que nadie creará que aquí hay fuego y nieve, ni que esto sea un volcán en plena actividad, donde debe haber luces de todos los colores. Dígame usted para qué sirve la fotografía policroma donde no hay más que gris, ni para qué mi habilidad ante un manchón informe... ¡Fotografía sin asunto!

Tan mohino estaba el pobre hombre con el contratiempo, que para consolarlo le dijo Arteijo que más se quejaría si lo llevaran con su máquina frente a un volcán que sólo escape ceno. Y viendo que ni así se consolaba, le prometió que cuando volvieran al mundo donde vive todo el mundo lo indemnizaría llevándolo al volcán de Popocatepetl (1), por entonces recién resucitado, según noticias, con tremenda pujanza, que es un señor volcán con todas las de la ley, de donde podría traer una erupción clásica, con todo el aparato escénico que, para lucirse con sus películas policromas, había menester.

—Muchas gracias, Señor Comandante...

—No hay de qué. ¿Y cuándo tendrá usted listas esas para proyectarlas?

—Pero ¿va a ver esto la gente!

—Claro, hombre. Es natural que el Capitán, el Señor Lubecki y la tripulación lo vean.

—Pero ¡eso va a ser mi descrédito!

—Amigo Aranda, vea que si no las proyectamos—dijo riéndose Eduardo—voy a ser yo el desacreditado.

—¿Usted?

—Naturalmente. Dirán que si no las exhibo es para poder contar patrañas. Hasta puede que crean que ni siquiera hemos ido al volcán. ¡Ja, ja, ja...! ¡Ah!, oiga, oiga. Las vistas tomadas con el teleobjetivo no han de proyectarse, ni siquiera ha de verlas nadie.

—¿Las que tienen unas rayitas de colores?

—Precisamente.

—Son las únicas donde se ve color; pero

(1) Volcán mejicano, por primera vez reconocido en 1519 por Diego Ordaz, soldado de Hernán Cortés. La cumbre de él se halla a más de un kilómetro por cima del límite de las nieves perpetuas. Situado a 109 kilómetros de la capital, constituye el nudo orográfico de las Sierras Nevada y Cuernavacas, que arrancan de dicha montaña. La altitud de él sobre el mar es muy cercana a 5,5 kilómetros, y el cráter tenía uno y medio de diámetro cuando lo midieron los hermanos Glennie.

Ha tenido erupciones en los siglos XVI, XVII y XIX, siendo las más violentas una en los tiempos de Hernán Cortés y Guatimozin y otra en 1548.

La ciudad de México tiene altitud menor en 3,5 kilómetros que la cúspide de la montaña.

después de todo tampoco tienen nada interesante.

—Por eso, porque no son interesantes, no hay a qué proyectarlas.

XII

LA SUTIL LÓGICA DEL SEÑOR NUSSI-TOLO

Para poner a un mismo nivel cronológico hechos y andanzas de los diversos personajes de esta historia, todavía hemos de continuar un poco más en la poco recomendable compañía de Nussi-Tolo y *consortes*, hasta explicar su intervención oculta en los sucesos ya relatados en su aspecto externo.

Cuando el vigía señaló la vuelta del América en retorno de la Isla de Grinnell, y por el barco se corrió la noticia, todos los tripulantes de él salieron a cubierta a repetir a la llegada de Arteijo la ovación de que éste no se había percatado a su partida. Y allá subió también el japonés, pertrechado de unos gemelos de su amo, que asestó al anfibóvil, poniendo en la contemplación toda la intensidad de su mirada, para enterarse de cuantas particularidades fuera dable apreciar en el avidirigible hasta el enclavamiento en él del mástil del Iberia. Contemplación que, aun siendo breve, pues la velocidad del vuelo era muy grande, no fué inútil por venir El América muy bien iluminado por el Sol de frente y proa.

Lo primero en que Tolo paró atención fué en una a modo de chimeneña baja, que le sorprendió mucho; porque, rompiendo la continuidad de forma del cuerpo flotante del dirigible, no solamente ofrecía presa al viento, sino que, de ser lo que aparentaba, en su oquedad se metería aquél, ejerciendo presiones perturbadoras de la normalidad del vuelo.

Argumentando consigo mismo, reflexionó en seguida que, siendo Arteijo aviador expertísimo, no arrostraría tan notorio inconveniente a no ser aquella extraña protuberancia órgano indispensable de su aparato... ¿De su aparato?... ¿De cuál? Del de volar claro que no, pues en el vuelo no era sino estorbo y riesgo. Luego, indudablemente, la esencialidad se refería al otro: al *aniquilador*. Este era el nombre con que, ignorando el del aparato de Arteijo, lo designaba Nussi-Tolo.

Tan evidente le pareció el razonamiento, y tan interesante la enana chimenea, que de ella no apartó ya los ojos, hasta que, al variar el anfibóvil la dirección del vuelo para enderezarlo recto al Iberia, vió surgir un relámpago de la boca de la que, vista ahora de otro modo, ya no parecía chimenea, sino manguera ventiladora, cuyo pabellón veía de frente: un ful-

gor instantáneo que, al deslumbrarle los ojos, encendió en su inteligencia un destello tan rápido e intenso, que la sorpresa de lo que a su luz vió se sobrepuso a la habitual frialdad de su carácter, haciéndole exclamar en alta voz: "Ahí está."

Y tenía razón, y veía claro. Pues al variar con la guiñada del América la posición con respecto al Sol del reflector alojado en la manguera, el reflejo de luz había ido variando de dirección, y había llegado en una de las recorridas a ser visible para el que lo estaba mirando.

Antes que la alegría del descubrimiento sintió inquietud el solapado asiático de que su imprudente exclamación hubiese sido oída; pero se tranquilizó viendo que el golpe de los impacientes aguardantes del anfibóvil cargaba a proa, por donde aquél venía, no habiendo nadie cerca de él.

Que en la proa del América había tres ventanales acristalados, muy amplio el central, y menos los de encima y debajo de éste, lo sabía Nussi-Tolo desde que lo vió salir en busca de los geólogos; pero ahora averiguaba que el reflector recién descubierto *quedaba encima precisamente de las cámaras a que dichos ventanales pertenecían*. Además, sin contar lo que habría de saber por el cómplice a punto de llegar, no pararon en lo dicho sus descubrimientos de aquel día; pues examinando el anfibóvil cuando descendía a su álveo en El Iberia, con lentitud que permitió al perspicaz observador variar de sitios para verlo en todo su contorno, adquirió certeza de que la única entrada a la nave aérea quedaba a popa. Allí estaba, por tanto, *"la cámara de acceso"*.

Por último, cuando Eduardo logró zafarse de los entusiasmos de sus aclamantes, para ir a echar una ojeada a las últimas maniobras de aparcamiento del América, curioseadas muy de cerca entonces por Nussi-Tolo, con todo el aspecto de un estúpido papanatas, se le escapó esta frase, que, en cambio, no escapó al japonés:

—¡Anda!... La caperuza. Por eso cabeceábamos tanto a la vuelta. ¡Qué cabeza!

Y tan pronto dijo esto desapareció escotilla abajo, quedándose el mirón musitando:

—Por eso cabeceábamos tanto... ¿Qué habrá querido decir?

Pero no quitando ojo al anfibóvil, en breve recibió respuesta, que desde la cámara de los excitadores, y sin saber el favor que le hacía, le daba el mismo Comandante, haciendo jugar un mecanismo que sumió el reflector y el tubo de alojamiento de él—es decir, la chimenea que intrigaba a Tolo—, dejándolos embebidos en el cuerpo aerostático, y cubiertos por un soli-

deo de caucho perfectamente adaptable a la superficie externa de su envuelta fusiforme.

"Por eso no lo vi antes — pensó el espía al darse cuenta de la desaparición—. Bien decía yo que eso era un elemento perturbador de la marcha. Por lo visto lo lleva normalmente escondido."

Como inmediata consecuencia de esta conclusión, todavía dió otro paso el espíritu eminentemente lógico del sabio de Hakata, induciendo que, si guardado iba normalmente el reflector, y si escondido fué a la ida al volcán, viniendo, en cambio, descubierto a la vuelta, tenía que ser porque allá lo hubiesen sacado para hacer uso del aparato al cual perteneciera.

Pero ¿cómo sabía que a la ida iba escondido el reflector? Porque, no siendo hombre que dejara escapar cabo ninguno que una vez tragara, habiendo oído que el anfibión cabeceó a la vuelta y que este cabeceo sorprendió al Comandante, no hubo menester más para saber que a la ida no cabeceó.

En todo acertaba aquel finísimo sabueso. Pues aunque a la partida había funcionado el excitador, destruyendo los tímpanos que acosaban al Iberia, tan pronto fué hecho esto recogió Arteijo el reflector, según solía siempre cuando ya no necesitaba emplearlo; mientras que al desistir de sus vanos intentos de aclarar la humareda de la erupción y abismarse en las meditaciones de que ya dimos cuenta, se le había olvidado ejecutar la acostumbrada maniobra. En dicho reflector era donde se metamorfoseaba el rayo de la ampolla de cuarzo de incoloro en violeta.

Enfrascado estaba en estos silogismos nuestro sabio, olvidado de la subalterna situación que tenía a bordo, cuando se la recordaron las destempladas voces con que Shifter lo llamaba.

—Tolo, Tolo... Pero ¿dónde se ha metido ese maldito?... ¡Ah! Sí: allí, con la boca abierta, hecho un idiota. Tolo, Tolo.

—Voy, voy, señor—contestó el japonés, volviendo a su doméstico papel y corriendo a donde en compañía de Bopp lo aguardaba su encolerizado amo, sin tener cerca sino a dos marineros, español y colombiano, a quienes, por estorbarle el paso, pidió Tolo en inglés que se apartaran. No para que lo entendieran, sino para cerciorarse de que no lo entendían en tal idioma.

Los dos muchachos le cedieron paso por haber comprendido su ademán, pero no sus palabras. Y al hacerlo dijeron:

—¿Qué dirá este tío?

—Cualquiera entiende esa maldita jerga.

Tolo, que, ya se ha dicho, sabía, aunque lo ocultara, el castellano, quedó tranquilo de que sin riesgo podía hablar con sus cómplices; y

deseoso de enterar pronto al polaco de los puntos calzados por el *socio* que acababa de echarse, dijo, antes de preguntarle nada de su expedición:

—Ya sé que ha trabajado el aniquilador allá.

—¿Que sabe usted...

—Pero ¿cómo? ¿Por dónde?

Estas dos admiradas preguntas de Shifter y de Bopp, maravillados de cómo sin haberse movido del Iberia pudiera saber aquel diablo de hombre que el aniquilador había funcionado, dijeron claro al muy truhán que había acertado, no contestando él sino con interrogación encaminada a prolongar el asombro de sus oyentes, asentando sobre él reconocimiento de superioridad que deseaba quedara bien patente. No sobre Shifter, acostumbrado ya a acatarla, sino sobre Bopp, que convenía fuera haciéndose a la idea de que donde estuviera el japonés, sólo él empuñaba la batuta. Por ello y para ello preguntó con gran sorna:

—Pero ¿he acertado, o no?

Y para demostrarles no necesitaba que le contestaran, se dió él mismo respuesta con tono de plena convicción, diciendo:

—Por más que bien seguro estoy de que ha funcionado.

—Sí, efectivamente. Pero ¿cómo ha podido usted desde aquí...

—Cuando regresó el anfibión, me bastó mirarlo para conocerlo.

—¿Cómo? ¿En qué?

—Verlo ha sido más breve que sería el explicarlo. Y usted, ¿trae algo?

—Sí... Y creo que algo importante. Pero tengo curiosidad de saber.

—Ya se lo explicaré cuando estemos con más calma y no tengamos nadie alrededor. Lo de usted explíquese a Shifter, dándole, si es preciso, alguna nota, para que él me entere. Y separémonos, que ya viene esa gente.

Decía esto porque comenzaban a acercárseles pilotos, mecánicos y oficiales, que, llegada la hora de dejar el trabajo, iban a charlar en la toldilla hasta la hora de la cena, y porque entre ellos no faltaban quienes entendían el inglés.

El Señor Nussi-Tolo dejaba ya las cosas en el punto que deseaba. Aquella pandilla no la capitaneaba nadie sino él. Cuando, ilustrada con apuntaciones sobre lo que Shifter habría podido embarullar, recitó éste a su ayuda de cámara la lección que Bopp le había enseñado, vió Tolo que lo olido y físgado por los dos técnicos de la cooperativa de robo científico daba no clara luz aún, pero rompía con albores las tinieblas entre las cuales no se veía la víspera ni vestigio de pista, ni la más leve orienta-

ción del rumbo que conviniera dar a las pesquisas sucesivas.

Al dormirse aquella noche pensaba Nussitolo que con Bopp había hecho una buena adquisición. Y éste, a su vez, que el sapientísimo Mak-Poh era además de sabio un peine que se perdía de vista. Ya se recordará que para Bopp y para Shifter tal era el verdadero nombre del japonés.

XIII

EN DONDE DON QUIJOTE SE AGIGANTA

Tan pronto como Lubecki vió a Arteijo, ya regresado del volcán, reclamó para el día siguiente la continuación de la historia interrumpida la víspera en los momentos en que el Arbitro de La Unión dejó atónitos a los jefes de los gobiernos de las dos múltiples alianzas con el pasmoso proyecto de resucitar las enterradas tierras polares.

Tomándola en tal punto, abreviando explicaciones del Comandante y suprimiendo comentarios del geólogo, vamos a terminar tal narración.

Sin que ya a nadie le ocurriera interrumpir al Arbitro, ni siquiera perder una de sus palabras, decía aquel Don Quijote nacido en tierra americana:

—España, mi patria, pues patria mía es la cuna de mi raza, la patria de mi patria, no hubo menester en sus gloriosos descubrimientos de los siglos xv y xvi la ayuda de otras naciones, que sólo aparecieron en América a la hora del disfrute de lo descubierto por la que sola ensanchó el Atlántico, sacó de él un vasto continente y abrió al mundo el inmenso Océano Pacífico (1).

Con héroes de mi raza se hizo todo. Y cual no hubimos menester, entonces, cirineos de otras, tampoco hoy los necesita Iberoamérica para agrandar segunda vez el mundo, resucitando las yertas tierras de sus polos; pues para acometer la magna empresa tiene La Unión cuanto le es necesario en los inventos y

planes de otro hijo de la misma Galicia, de donde era oriundo Cristóbal Colón.

No abran ustedes esos ojos de asombro ni se extrañen, señores, pues es sabido que para disputarnos algo en el descubrimiento, ya que otra cosa no pudieran, fingieron extranjero en España al insigne navegante las mismas embusteras historias que para siempre le robaron a él el nombre de Colombia, que debió llevar su *nuevo mundo*—para darle el de Américo Vespucio—, a la par que a nosotros nos robaban el *hombre* por unos cuantos siglos. Hasta que en el vigésimo fué demostrada su nacionalidad española (1).

Pero si por su solo esfuerzo puede hoy Iberoamérica librar a la Tierra de los hielos de sus polos, dando así vida a extensos continentes, archipiélagos y mares; si ella se basta a hacer productivas tierras hoy sepultas, suavizando sus climas a la par que los de los *países fríos de las zonas templadas*, y contrariando en todo el globo la formación de tempestades (2). ¿Porqué, diréis, nos brinda participación en la empresa?

Porque en vuestras cooperaciones a ésta ve el Consejo de La Unión eficaz remedio al crónico estado de incubación de guerras que padece el mundo; porque la colaboración de todos los países en dicha obra matará para

(1) Que Cristóbal Colón no era llamado, ni a sí mismo se llamó nunca Colombo, sino Colón, *Colón y Fonterosa*; que por haber tomado parte en revueltas populares en las cuales incendió un edificio emigró su padre de Galicia, donde ambos nacieron; que el linaje de Susana Fonterosa, madre del insigne navegante, era de raza judía, son pruebas documentalmente aducidas por D. Celso García de la Riega—aparte otros estudios de los archivos italianos—para demostrar, de convincentísima manera, las razones sumamente poderosas que en aquella época pudo tener Cristóbal Colón para esconder su origen al comenzar las gestiones en demanda de protección y ayuda de los Reyes Católicos; pues, efectivamente, su ascendencia podía en todo tiempo, y en aquél mucho más, perjudicarlo grandemente en el concepto público.

En el concluyente examen que en su libro "Colón, español".—Sucesores de Rivadeneyra. Madrid. 1814.—hace el autor indicado de la pretendida extranjería de quien, como Colón, escribía, refiriéndose al castellano, "*nuestro romance*"; que lo hacía no en italiano, sino en latín, a Toscanelli, el cual no lo tenía por compatriota, y en *castellano* a la *Señoría* de Génova, no deja ya lugar a dudas de que el descubridor de América, cuya cuna se disputan un montón de poblaciones italianas, con deleznable argumentos, nació en tierras de Pontevedra.

Es interesantísimo el citado libro, ilustrado con numerosos facsímiles probatorios de la autenticidad de varios documentos notariales del siglo xv. Dichos facsímiles son, desde luego, fotográficos.

(2) Disminuyendo las diferencias de temperaturas entre las regiones cálidas y las glaciales, con lo cual quedarían aminoradas las causas de la violencia de los vientos.

(1) Y sin embargo, si se abre un libro de descubrimientos geográficos o un mapa de ellos en cualquier atlas extranjero—para cuyos autores no comenzaron los hechos en el mundo hasta el siglo XVII, cuando los españoles habían ya recorrido el mundo entero—, no hallarán otros nombres que los de Cook, Laperouse, Diemen... todos extranjeros, sin encontrar uno solo español. Cuando todos los descubridores, glorificados con olvido de los nuestros, no hicieron sino ir detrás de los grandes navegantes y exploradores españoles; meterse en los rincones de las inmensidades de continentes y océanos sacados por los *nuestros* de las sombras de lo desconocido.

siempre las competencias mercantiles—y éste es el nudo del problema—, causa esencial del intolerable malestar actual de todos los pueblos, o alejará su retoñar, siquiera hasta que venideros crecimientos de la especie humana vuelvan a hacer estrecho para ésta el mundo que vamos a agrandar: es decir, a distantes siglos, en los que acaso los progresos de las civilizaciones tal vez no sean solamente científicos e industriales como los que ahora disfrutamos a ratos y padecemos siempre que ciencia e industria matan y devastan en lugar de producir; cuando a la par que de progresos materiales gocen los hombres de otros morales, capaces de producir bienes de los que no se cuida nuestra torcida civilización de hoy, que con ropaje de intelectual cultura encubre la barbarie de las almas.

Pero viendo aún lejanos esos felices tiempos, si es que llegan, el Supremo Consejo que presido mira a los actuales, y conoce que si los coercitivos medios empleados por el ilustre Eduardo Arteijo han conseguido impedir hoy y en un mañana próximo la explosión de la guerra, ellos no bastan a matar los odios que la engendran, ni a dar satisfacción a las aspiraciones contrapuestas, a su vez madres de los odios. Y como ve asimismo que esos inventos, presente garantía de impuesta paz, pueden, si alguien descubre su secreto o idea otros análogos, trocarse en arma de guerra inconcebiblemente destructora, de aquí el deseo de que cuando esto ocurra tenga ya el mundo la experiencia de que a todos nos es mucho más útil como herramienta de trabajo; de aquí que aun viéndonos capacitados de adquirir para nosotros íntegras las resurgidas tierras de los polos, prefiramos compartirlas con el mundo entero, a fin de que, al ganarlas, haga el mundo conquista mucho más preciada: la de los bienes de la paz mundial.

Ya podéis, pues, ver claros los sentimientos con que el Consejo Federal en nombre de *sus patrias* os hace esta propuesta de hermanada labor.

Don Quijote continuaba creciendo. Sus oyentes, vivamente impresionados, adivinaban más que comprendían la grandeza de aquella hora solemne en la vida de la humanidad. Pero al sentir el peso en sus conciencias de la trascendental responsabilidad que tar pronto aceptarían o rehusarían contraerían, buscaron, asustados, expedientes dilatorios; y eludiendo inmediata y categórica respuesta, pidieron explicaciones y detalles, que sobre innecesarios para adoptar, en principio no más, una resolución de orden político, rozaban tecnicismos

en los que solamente podía entrar el autor del proyecto. Por esto, y aun pareciendo al Arbitro prematuras y no del todo pertinentes tales curiosidades, hizo llamar a Arteijo, presentándolo a aquellos elevadísimos magnates como el inventor del aparato utilizable en la empresa propuesta, sin que ellos necesitaran les dijera nadie que delante tenían al destructor de las escuadras, a quien miraron con la simpatía que puede colegirse.

La naturaleza del invento era lo más interesante para aquellos señores. Pero como el Arbitro había advertido que no serían contestadas preguntas de tal índole, y los otros comprendieron que sería indiscreción dejar transparentar curiosidades, e imposible para ellos, no siendo hombres de ciencia, tender al inventor lazos donde enredado dejara su secreto, limitáronse a exponer dudas sobre la posibilidad y costo de la empresa a que se los invitaba.

Pronto se hizo cargo Arteijo de que aun siendo muy listos los preguntantes, no tenían preparación para entender explicaciones *sabias*, y en consecuencia, no intentó demostrar nada, sino impresionarlos con argumentos al alcance de personas de mediana cultura y buen sentido. Atendió lo primero a deshacer la creencia, extendida en cuantos no han ahondado en estudios climatológicos, de astronomía ni de física terrestre, de que la frigidéz extrema de las zonas polares es forzosa consecuencia de sus posiciones con respecto al Sol, diciendo que de ser ésta la sola causa de aquélla, ni el frío de los inviernos sería tan duro allí, ni las temperaturas primaverales y estivales tan bajas como son.

Para convencer a quienes la novedad para ellos de los razonamientos que escuchaban no enturbió la evidencia de éstos, le bastó a Arteijo hacerles advertir que atendidas las distancias al ecuador de diversos lugares de las zonas glaciales, y considerada la posición del Sol, con respecto a ellas, en primavera y verano, resulta que las cantidades de calor recibidas de aquél por dichas regiones en una hora de día son las mismas llegadas en invierno u otoño, y en el mismo tiempo de insolación, a comarcas de la Tierra que disfrutaban suavísimos inviernos.

Así, por ejemplo, los archipiélagos de Spitzberg y Francisco José (76 a 80 de latitud norte), la Groenlandia septentrional y las Tierras de Grinnell y Melville, reciben tanto calor solar en una hora de junio como las Islas Canarias, el Egipto septentrional y la Florida en una de diciembre, o como Valparaíso, Buenos Aires o Montevideo en el mismo mes, invernal para estos últimos lugares. En el propio ju-

TIERRAS RESUCITADAS

ANA BATTORI



—Sí que es raro haya caído aquí una mancha azul.

—Azul, sí; pero un azul especial, típico: azul de tornasol.

—Verdad; azul de tornasol.—Cap. XVII.

nio, las regiones habitadas por los esquimales de la Tierra de Baffin, costas árticas de Alaska, Isla de Disko y por los samoyedos de la desembocadura del siberiano río Obi, tienen el Sol a altura aproximadamente igual a como en dicho mes, de invierno para El Chaco, el Paraguay, Río Janeiro lo ven estos lugares del hemisferio austral, o en diciembre Méjico, Cuba, El Sahara medio en el boreal. Mas con la diferencia de que en vez de recibir la caricia del Sol en la citada época menos de doce horas en el día como las regiones templadas o tórridas recién citadas, las zonas polares la disfrutaban durante veinticuatro (1).

No hay, pues, *razón solar* ninguna para que en los últimos países, si países cabe llamar a tierras naufragadas bajo hielo, se experimenten las temperaturas registradas por todos sus exploradores: no ya en los nocturnos inviernos, sino en primaveras y estíos, sin cesar caldeados y alumbrados por un Sol que no se pone en las veinticuatro horas de nuestro día civil, falto allí de realidad astronómica; pues la noche no existe en dichas épocas sino como ficción, en medio de la luz, cuando el descanso cotidiano se la impone a los hombres.

Pero a falta de satisfactoria explicación astronómica de tales climatológicas anomalías, hay una de orden, que no sé si atreverme a llamar económico—¡Anda, ya me he atrevido!—por la semejanza de aquéllas con el contraste entre dos personas que disfrutando iguales sueldos o rentas vivieran respectivamente en la opulencia y en inopia angustiosa, por no tener la una que invertir su peculio sino en sufragar personales necesidades y caprichos, y haber la otra de atender, antes que a propios gastos, a levantar con sus recursos la pesadumbre de crecidas deudas, legadas por su padre, con un patriotismo apenas suficiente a reintegrar réditos de ellas.

Y no sorprenda la comparación; pues el sol llegado a las zonas cálidas o templadas apenas pierde calor al atravesar la atmósfera, más o menos tibia, pero nunca glacial, que cubre aquellos terrenos leve o no excesivamente enfriados por frescores de la noche.

Así, casi todo el traído por sus rayos se emplea en caldear el aire hasta temperaturas que, según latitudes, resultan cálidas, pláci-

das o cuando menos no tan crudas que conviertan el clima en enemigo del hombre. Así al besar a las tierras, traen en sus besos los efluvios solares suficiente fuego para que el calor de ellos despierte en aquéllas prolífica germinación de flores y de frutos. Esas son las regiones felices que de las *antañonas* etapas geológicas del planeta no recibieron sino herencia de bienes, o que ya levantaron en su mayor porción las cargas onerosas del pasado.

Porque en una de esas etapas—muy moderna en la historia geológica del globo, remotísima para la humanidad, no aparecida aún en él, según indicios—, en la designada con el nombre de período glacial (1), desconocidas

(1) Según unos, la Tierra sólo se heló una vez. Otros suponen que hasta cuatro, separadas por períodos interglaciales, en los cuales disminuían los hielos para volver después a nuevos crecimientos.

¿Época? No suelen los sabios arriesgarse a fijarla en años: pero algún atrevido ha hablado de 40.000, fijando a tal distancia de nuestros tiempos el comienzo del período glacial, si sólo hubo uno, o el del último de ellos, caso de que fueran varios. La ciencia no se atreve a hablar sino de *épocas*, primaria, secundaria, terciaria y cuaternaria, colocando en los albores de la última, que es la presente, el período glacial.

¿Qué profundidades alcanzó?, o, dicho de otro modo, ¿cuál fué el grosor de aquel sudario del planeta?

Los detritus glaciales por el mundo esparcidos y la diferencia de alturas a que rocas erráticas se encuentran en llanos y cumbres, dicen que los hielos permanentes llegaban a Nueva York, al Misisipí, con espesor superior a un kilómetro. En Escandinavia y en los Andes Meridionales alcanzaba éste a 1.500 y aun 2.000 metros. En Escocia, a kilómetro y medio sobre el nivel del mar. En los Montes de Hartz (Alemania), a medio, etc., etc. Toda la Patagonia, gran parte de los feraces campos argentinos, casi todo Chile, Bolivia, El Ecuador, las altas comarcas andinas del Perú y de Colombia yacían bajo los hielos, de los cuales quedan vastísimos restos en los actuales glaciares de la gran cordillera americana: Nevado de Santa Marta, Sierra de Cocuin, Mesa de Herveo, cercanías de Quito, el Illimani, Chimborazo, Copiapó, Aconcagua; etcétera, etc.

Y lo más extraño para quienes no están familiarizados con el estudio de las páginas, mudas, para ellos, de la Naturaleza, que es el libro donde leen los geólogos, es que en excavaciones practicadas en terrenos que ofrecen evidencia de haber pasado muchísimos siglos sepultados bajo los hielos de aquel período, y en los que todavía lo están en las zonas circumpolares, se han hallado fósiles de climas templados y aun tropicales: el mastodonte, el mammut, el elefante, el rinoceronte en toda Europa, Asia y América; hulla, nogales, plátanos, cipreses, en el archipiélago de Spitzberg (testimonios de Scoresby, Blomstrand y Nordenskiöld); hayas, olmos, laureles, vides, helechos, sequeñas (observaciones de Nordenskiöld, Whimper, Gelsecke), en la Groenlandia; bancos de coral en Punta Barrow (82 grados de latitud); es decir, animales, plantas e infusorios que no pueden ni nacer ni medrar sino en climas templados o tórridos. Todo lo cual prueba que en comarcas hoy frías y aun frigidísimas prevalecían, antes de los tiempos glaciales, organismos que no pueden vivir

(1) La igualdad de la altura del Sol en los citados lugares y épocas se demuestra mediante una vulgar fórmula astronómica donde se hallan trabadas la altura del Sol a su paso por el meridiano de un lugar, la latitud de éste y la altura del mismo astro sobre el Ecuador (llamada *declinación* de él) en dicho día. Las cantidades de calorías a que Arlejo se refería eran, pues, *habas contadas*.

causas sobre las cuales corren diversas conjeturas, envolvieron la Tierra en fríos aterradoros de intensidad inconcebible. Con las solas excepciones de los terrenos de escasa altitud en la zona tórrida—donde se refugiaron y sobrevivieron los pocos animales preglaciales que al cataclismo lograron escapar—, continentes e islas quedaron sepultados. Pues a tal temperatura no vertían las nubes lluvias, resbalantes a los ríos y los mares, sino nieve quieta donde caía, y quedaba con espesor, creciente por la acumulación de la que días y días, años y años, siglos y siglos, continuaba cayendo y congelándose por la acción de aquel frío más intenso que cuanto cabe imaginar. Adquiriendo dureza de roca bajo el peso acumulado del montón que con grosor de centenares de metros, y aun de varios kilómetros en los hondos valles de las grandes cordilleras, formó una helada corteza de las tierras, mientras los océanos se inmovilizaban, convirtiéndose en hielo.

La mayor parte de los países hoy habitados por los hombres naufragaron en nieve. ¿Cuándo? No se sabe; siendo probabilísimo siga siempre ignorándose como uno de tantos impenetrables secretos que las ciencias callan a los sabios. Pero a juzgar por el estudio de las huellas, impresas con indelebles y expresivos caracteres (1) en terrenos hoy libres de gla-

ciars, bajo los que yacían antaño, nadie habla, aunque sin atreverse a afirmar cuántos, sino de centenares y aun millares de siglos.

¿Por cuánto tiempo perduraron las causas de aquel frío?... Otro misterio.

Pues sí que se ha lucido la geología—oigo ahora mismo por radiotelefonía subrepticia a un lector reparar—. ¡Vaya una ciencia! ¡Valientes investigaciones!

Y no tiene razón: primero, porque ni ésa ni ninguna ciencia tienen la ambición presuntuosa de saberlo todo, sino lo más posible, y en cuanto averiguan algo, con ese algo se contentan; segundo, porque la geología, sin hablar ahora sino de períodos glaciales, ha averiguado, sin lugar a duda, la existencia de ellos y los lugares donde la Tierra quedó totalmente *sonevada*. Porque ella sabe qué restos son de aquel glaciar mundial los glaciares del Himalaya, el Ruvenzori, los Andes, los Alpes, Escandinavia, La Patagonia, El Canadá; pizcas del mismo los neveros y heleros de los Picos de Europa, en los Pirineos Cantábricos, Gavarnie en los Pirineos, Mulhacen en Sierra Nevada, etc., etc. Porque además ha elucidado multitud de hechos de la vida del planeta, no importantes ahora para ilustrar el símil de la herencia. Del cual va pareciendo se ha olvidado Ignotus. Digo Arteijo; pues lo que dijo éste escribe aquél, sin olvidar ni uno ni otro

sino a temperaturas cálidas. Corroborando todo esto, en opinión de Arteijo la posibilidad de hacer al mundo retornar a aquellas suaves épocas.

(1) En no pocos lugares de la Tierra se ven en el terreno manchas formadas por aglomeraciones de cantos, lanchas, guijarros, curiosamente estriados con rayas finas que les dan pulimento. Tales rayas suelen casi siempre tener la dirección de la mayor longitud de las piedras, como si solamente en ella hubiesen sido éstas restregadas. Fáltales la redondez de formas de los cantos rodados de los lechos de los ríos y están mezclados con arenas y arcillas: sueltos entre éstas o a veces constituyendo con ellas conglomerados de un ceno solidificado de color de pizarra (*barro glacial*). Estos depósitos no se hallan nunca en las montañas, sino en valles y en llanuras, a distancias grandes muchas veces de las desembocaduras de aquéllos en éstas. Es de notar que no se encuentran tales peñascales en países cálidos, probando esto que no son resultado de fenómenos en que intervenga el calor.

Excavando en estos terrenos pedregosos, frecuentemente extendidos en kilómetros y kilómetros, se ve en lo interior de ellos la misma mezcla de guijarros y pedruscos con arenas y tierras. Pero no en capas estratificadas con regularidad, como las depositadas por sedimentación de las substancias que, suspensas o disueltas en aguas de ríos o de mares, ha millares de años cubrieron los terrenos; si no desordenadamente, en revueltos montones.

Los guijarros son de variados tamaños, desde el de piedrecillas hasta el de cantos grandes. Las estrías de la superficie de ellos son finas y delicadas en unos, como de pulimento hecho con fino esmeril, y en otros anchas y hondas. Por último, es de notar,

y ello tiene gran importancia, que si se las examina atentamente, análogo pulimento se observa en las rocas del fondo y de las laderas de los valles en donde se hallan los citados depósitos.

De otra parte, a menudo se ven en las comarcas en donde se hallan los indicados peñascales o en las cercanas a ellas—y ya no solamente en llanos y abras, sino como arrojadas sobre laderas y aun cumbres de los cerros—grandes peñones hasta de veinte metros (8.000 metros cúbicos) que sorprenden por tener constitución diferente de la de los terrenos donde asientan e igual a la de las montañas alejadas de los lugares donde tales peñascales se hallan a grandes distancias—a veces de centenares de kilómetros—hacia las partes altas de las cuencas. Estos grandes bloques son las rocas *erráticas*: que no pudiendo haberse formado donde están, que no siendo parte constitutiva de los terrenos a que están sobrepuestos, de algún modo han tenido que ser transportados a tan grandes distancias de aquellos a los que, atendiendo a sus caracteres físicos y composición química, pertenecieron indudablemente en otros tiempos.

¿Qué fuerza, qué agente puede haber efectuado tal transporte? ¿Las aguas diluviales?

Acerca de esto dice Agnes Giberne en su obra *The World's Foundations* (Los Cimientos del Mundo):

“No hay torrente fluvial, por potente que sea, que explique el sistemático y regular pulimento de guijarros y rocas. Las aguas, al arrastrar las piedras, las golpean unas contra otras, matando sus aristas y puntas, suavizando y redondeando sus contornos con choques y rozamientos, que golpeándolas y restregándolas en todas direcciones, *no pueden labrar piedras* que, conservando la agudez de sus contornos, presenten las estrías de su pulimento orientadas todas en un

nada. Y aquí se acaba este breve paréntesis, diciendo al crítico, cuya es la culpa de él, por no tomar en serio la Geología, que ni la Me-

dicina ni la Cirugía han logrado suprimir la muerte, ni siquiera saber cuándo vendrá de cierto; y, sin embargo, ciencias son, y venera-

misimo sentido." Esto, por lo que hace a los peñascos de los valles. Y refiriéndose a las rocas erráticas, agrega: "No hay olas, por poderosas que se las conciba, capaces de llevar suspendidos por centenares de kilómetros, y levantarlos a lo alto de los montes en donde los hallamos, bloques de roca con pesos de millares de toneladas."

En los montes del Jura se hallan *erráticas* procedentes de los Alpes. En las llanuras de la Baja Alemania, otras arrancadas a las montañas de la Península Escandinava. ¡Y entre Alemania y Escandinavia queda el Mar Báltico, sobre cuyos heladas aguas tuvieron que pasar tales peñascos! ¿Entonces?... En la primera parte de esta historia vimos que los glaciares son corrientes sólidas, ríos de duro hielo, que desembocantes en el mar o en las llanuras, llevan a uno o a otras el de sus neveros. Despacio, sí, pero indefectiblemente.

Este arrastre es debido al peso enorme del glaciar, que lo hace deslizarse sobre el suelo en pendiente de sus valles, al modo que un trozo de vidrio resbala por el solo efecto de su pesantéz si se lo deja sobre una superficie inclinada.

Tierras abajo, a rastras se desliza la larguísima serpiente de hielo. Sobre ella caen ora aquí, ora allá, hoy y mañana, un año y el siguiente, y otro, y un siglo y otro siglo, y siglos y más siglos, tierras, arenas, polvo, pedruzuelas, rocas, peñascos que las influencias meteorológicas, soles, heladas, vientos, escarchas, lluvias y aludes arrancan a los flancos y a las crestas de la cuenca del glaciar. Los trozos más menudos de estos materiales pétreos quedan en los bordes de la helada masa en montones de cantos sueltos, o entre el barro glaciar, amasado con aguas de lluvias o deshielos, y dando origen a los peñascales antes aludidos, que en castellano llamamos *canchales laterales*, aun cuando, a algún geólogo español le parezca este vocablo mala traducción del término *moranas*, con que dichos depósitos son designados por los extranjeros. Los bloques más grandes ruedan más adentro en el glaciar. Unos subsisten sobre él; otros se hunden por su peso, cuando el verano reblandece el hielo, o son cubiertos por las nieves invernales, que tiempo, compresión y frío trocan en nieve endurecida (*firn*), y a la postre en hielo; otros se abisman en el seno del glaciar cayendo en alguna de las grietas que lo desgarran.

Porque el glaciar cruje y se resquebraja con frecuencia, abriéndose en estrechas grietas, y hasta en anchas simas hondísimas, cuando entre el peso de él y los rozamientos de las tierras rebasan el límite de elasticidad de la masa de hielo. Algunas de estas quebradas son longitudinales, pero la mayoría se abren en direcciones transversales, produciéndose por lo común las mayores de ellas donde la pendiente del valle aumenta hacia la parte baja de él, en cuyo sentido corre el glaciar.

Cuando se juntan dos glaciares que al avanzar llevan arrastrados consigo sus canchales, el lateral izquierdo de uno se junta con el derecho de otro. Son dos ríos de piedras que afluyen uno a otro como los de hielo, y, juntos ya, desde la confluencia, continúan corriendo en el centro del más amplio glaciar resultante de la unión de dos glaciares. La de los dos canchales laterales en uno solo central forma lo que se llama *canchal medio*.

Si la helada corriente llega hasta el mar, como las de las tierras polares, allá van con ella rocas erráticas y canchales, y con el espólon de aquella se sumen en las aguas, y entre su hielo quedan apresados estos

térrcos materiales cuando se fracciona el glaciar en *icebergs* del modo que ha sido explicado en la primera parte de este libro. Cuando el glaciar es uno de los que en zonas menos frías del globo se deshela en las partes de él que bajan al límite de las nieves perpetuas, según acaece en los de los Alpes, Andes, Escandinavia, etc., aun en los mismos Pirineos y hasta en la Sierra Nevada de la Península Ibérica, en África, en el Killmandjaro y el Ruvenzori, da nacimiento a un río engendrado con el agua de su fundido hielo. Y las piedras y las tierras de los canchales caen, formando en el terreno yacimientos o elevaciones que son lo que se llama *canchal* (o *morana*, o *morena*) frontal.

Aparte la influencia que en el acortamiento de longitud de todos los glaciares de la tierra, tiene la insistente pero lentísima influencia que a través de muchos siglos ejerce la cesación de las causas productoras de los horripilantes fríos que determinaron las extendidísimas congelaciones del período glacial, por virtud de cuya cesación han ido calentándose las tierras y los mares progresivamente, ocasionando la enorme reducción de aquel glaciar mundial se advierte en los parciales, todavía subsistentes en el globo como restos de aquél, que los estira la sucesión de varios inviernos abundantes en nieve y los encoge la eventualidad inversa.

Cuando de tal modo disminuye la longitud de un glaciar, retirándose su extremo inferior valle arriba y dejando libre de hielo partes bajas de dicho valle, quedan al descubierto en el terreno los canchales y rocas erráticas que en su seno llevaba en la parte inferior que se licua, formando con dichos materiales sólidos un *canchal terminal*. Cuando vuelve a estirarse cubre de nuevo estos testigos, y sobre ellos trae nuevas substancias térrcas que en la venidera retirada dejarán otro *canchal terminal*, que también se llama *frontal*. Los sucesivos canchales frontales que en un valle se encuentran dicen al geólogo hasta dónde ha llegado en sucesivas épocas el glaciar, y cuántas veces se retiró.

Vamos ahora a algo que antes quedó pendiente. Los cantos embibidos en el hielo son, cuando éste avanza, empujados, arrastrados, oprimidos por el colosal peso de la masa congelada, y en tal arrastre van ludiendo áspera, dura, insistentemente, contra las rocas del cauce: con rozamientos producidos por fuerzas de millares de toneladas en centenares de siglos. Así se pulverizan las piedras menos resistentes, formando con aguas de deshielos el barro glacial antes citado (muy frecuente en diversas comarcas de España, atestiguando que allí hubo glaciares), y las más duras quedan más o menos pulidas por las rocas del valle, que a su vez presentan una pulimentación debida al peso y roce de la enorme mole en movimiento, por efecto de la cual los salientes del suelo, mirados desde lo alto del valle, quedan redondeados en la forma conocida con el nombre de *rocas aborregadas*, por semejar, vistas desde allí, un rebaño de ovejas.

Si cupiera arrancarle a un glaciar todo el hielo contenido en él, dejaría a la vista su descubierto álveo a lo largo de éste sus canchales y sus rocas erráticas. Pero esto, que al hombre no le ha sido dado hacer y Arteijo pretende realizar en las regiones polares ayudando al sol y a las marinas corrientes con su excitador, lo ha hecho el tiempo en países de más baja latitud cubiertos en el brumoso antaño geológico de los períodos glaciares por los hielos, entonces extendidos sobre la mayor parte del mundo. De ello dan testimonio en Europa, Asia y América millones de kilómetros de terrenos llenos de multitud de can-

das, a las que a buen seguro acude él. Tal vez con sólo que le duela una uña, o cuando necesita le corten algo más que una uña.

XIV

RENTAS DE SOL, DEUDAS DE HIELO

Estábamos en que de los remotísimos períodos glaciales no sabemos, aun cuando no es poco saber dada su larga fecha, que fueran las que fuesen las causas determinantes del naufragar en hielo de las regiones cálidas o templadas hoy (1), cálidas y templadas antes del cataclismo, es un hecho que tan pronto dichas causas cesaron de engendrar enfriamientos, dichas regiones se hallaron en el caso del señor de gran renta—la de tales países eran el calor del Sol nuevamente triunfante en nuestro mundo tras su pasajera decadencia—agobiado por el pasivo de un legado de deudas; pues también tenían ellas sobre sí la abrumadora herencia de nieve y hielo que les venía de pasados tiempos.

Siglos tardaron los tesoros que del Sol les llegaban en extinguir la deuda; y como casi todo el calorífico tesoro era consumido en deshelar montes de nieve, de él no beneficiaba el suelo sino leves hálitos, y las tierras seguían tiritantes, infértiles, inhospitalarias.

Mas poco a poco, en las comarcas de escasa altitud y latitudes bajas, fué el sol abriendo calvas en la nieve, arrancando al niveo manto jirones por donde comenzaban a asomar ateridos eriales ansiosos de tomar el sol que había de convertirlos, tiempo andando, en prados, bosques, predios de *pan traer*; pero con climas *todavía más fríos que los correspondientes a sus posiciones en el planeta con respecto a la periódica oscilación anual del Sol*. Razón de esta frialdad la proximidad a las inmediatas aguas aun no desheladas por más cercanas a los polos, o más altas; pues el viento, llegado después de recorrer grandísimas distancias sobre el hielo, enfriaba los países ya libres de nieves. En escala muchísimo mayor, *pero por igual causa y del propio modo* que los actuales casquetes circumpolares rebajan las temperaturas en *todo el mundo y*

chales, salpicados de rocas erráticas unos y otras situados no a decenas ni centenas, sino a millares y millares de kilómetros de los actuales límites de las nieves perpetuas y de los bordes de los casquetes polares, permanentemente helados. Esos guijarros, ese barro glacial, esas ingentes peñas son los testigos de hasta dónde llegó en las citadas épocas modernas para la Geología, remotísimas para la Humanidad, la mundial mortaja en la Edad de Hielo.

(1) Todas las que en la nota de la página 50 se ha dicho están hoy libres de los hielos que las cubría en los períodos glaciales.

muy principalmente en las tierras más cercanas a los círculos polares.

Prueba de esta verdad, que las Islas Británicas, aun atemperadas como están por la corriente del golfo de Méjico (*Gulf-Stream*), son todavía muchísimo más frías de lo que debieran a no influir en su clima sino su posición geográfica en el globo.

Al oír esto no faltó quien pusiera reparos, estimándolo supuesto por demás aventurado, para servir de punto de partida del estudio de empresa de los vuelos de la que se pretendía acometer, replicándole vivamente Arteijo:

—Mil razones tendría usted, si lo atinado de esa observación no se fundara en mi torpe manera de expresarme al decir “debieran”, en vez de decir que la Gran Bretaña e Irlanda “deben ser” mucho más cálidas de lo que son; pues no hay razón relacionada con la intensidad del calor solar llegado a las altas capas de su atmósfera para que en dichas islas no vivan actualmente especies animales propias de los trópicos, ni para que en los alrededores de Londres no se cosechen las naranjas ni los dátiles que allá es preciso llevar hoy de Valencia y Berbería.

—Hoy, y ayer, y mañana.

—En el hoy conformes; pero en cuanto al mañana, tengo certeza de que si mis planes de limpieza ártica se realizan en el tiempo presupuesto en mi plan, los hijos de vucencia —el objetante era el Primer Lord de Tesorería del Reino Unido, que viene a ser el presidente de aquel gobierno—, tal vez vucencia mismo, pues todavía es joven, comerán dátiles recolectados en las orillas del Támesis.

—¡En el Támesis!... ¡Ja, ja, ja!... Perdóname; pero la broma me parece tan chusca...

—No chusca, sino absurda, la juzgarán cuantos ignoren que si no el hombre, porque la especie humana no había hecho aún su aparición en la Tierra, animales tropicales hoy imposibilitados de vivir allí entre escarchas y nieblas comían, en tiempos preglaciales, dátiles madurados en las palmeras de las márgenes del londinense río.

—A tantos siglos de distancia, y no habiéndolo visto nadie, pues usted mismo ha dicho que entonces no había hombres...

—Pero tal vez, como en tiempos de Esopo, hablaran aquellos animales; tal vez sean ellos quienes lo hayan contado—dijo otro de los circunstantes—. Acaso se hayan encontrado huesos de los dátiles.

—Yo no tengo noticia de que hablaran hasta haberles el fabulista concedido el don de la palabra—repuso Eduardo sin sonreírse siquiera ni perder su aplomo al oír la burla—. Como, además, nada sé tampoco de los huesos,

tienen ustedes mil razones para negarme derecho de afirmar que aquellos animales comieran tales frutas; pero es indudable que existiendo allí dátiles y elefantes y monos, de no comerlos éstos sería por falta de apetito, o por tener a mano, o a trompa, otros alimentos más de su gusto. Lo que sí puedo asegurar es que a querer podían comerlos.

—Eso no es sino cambiar de sitio la verdadera dificultad, radicante en lo problemático e inverosímil de la existencia allí de tales frutos y tales bestias.

—Como vucencia no es geólogo, ni siquiera minero, no tiene obligación de saber que en las capas de carbón de los filones de la Gran Bretaña se han encontrado, con profusión, y *ello es prueba de que allí estuvieron*, petrificadas palmeras fósiles; ni que al igual que en Francia y en España han sido hallados en muchísimos terrenos de las Islas Británicas esqueletos de elefantes, mamuts y de otros ejemplares de la fauna tórrida (1)...

Acerca de esto—se apresuró a decir Arteijo al advertir en sus oyentes conatos de interrumpirlo—no cabe discusión por ser indubitada verdades de la Geología, y porque esos esqueletos con la consignación de los parajes donde fueron descubiertos los han visto ustedes mismos en muchísimos museos.

Cuando esto ocurría en Inglaterra, plátanos y piñas maduraban en Flandes, en la Patagonia, en Turena y Cataluña. El cedro y el ébano crecían en los Pirineos y Sierra Morena, donde triscaban antílopes y gacelas. Los hipopótamos pastaban en las praderas de la Lombardía, en las Castillas.

Las temperaturas para todo eso necesarias, prevalecientes antes del período glacial en tales lugares que éste enfrió después, han vuelto a caldearse en el transcurso de posteriores milenios, mas sin haber llegado aún a lo que fueron. Con caldeamiento progresivo a medida que hacia los polos han ido retirándose los bordes de aquel manto de hielos cada vez menos grueso y menos amplio. Pues bien, ésas, digo aquellas temperaturas, volverán a prevalecer en los mismos países en cuanto desapa-

rezcan por completo los restos de la glacial catástrofe: esa herencia de frío que todavía hace tiritar al mundo.

—¿Y cuánto tardará en suceder eso?

—No teniendo vocación de profeta no quiero aventurar propia opinión; mas para no dejar a ustedes con la curiosidad les diré que de un cálculo hecho por Mister C. S. Corrigan (1), cuya responsabilidad le dejo íntegra, el Sol no habrá acabado de deshacer las masas de los hielos circumpolares, formadas, según dicho señor, hace trescientos siglos, hasta que pasen otros cien.

—¿Diez mil años?

—Justo.

—Entonces no hay gran urgencia de que nos preocupemos de...

—De eso no—interrumpió el Supremo Arbitro de la Unión, cortando amostazado la palabra al japonés, que era el irónico objetante—. De aguardar a que el Sol por sí solo los destruya, no, pero sí de ayudarles; si de deshacerlos nosotros en unos cuantos años con la potencia de los maravillosos ingenios inventados por nuestro amable informante. De los cuales, y a fin de reforzar la acción de los cuatro de que *ustedes tienen noticia*, Iberoamérica ha fabricado ya varias docenas, y puéstose en condiciones de producirlos por centenares si preciso fuere.

Quiero decir, si preciso fuere, para apresurar la llegada del día en que podamos repararnos las tierras resurgidas de sus treinta mil o más años de marasmo, verter en ellas los excesos de nuestra población metropolitana, reforzar el rendimiento del mundo en minerales, pastos, frutos, ganados, con lo que allí se produzca y con el aumento que en las cosechas de nuestros países nos darán sus mejorados climas, su mayor calor en primavera y verano, con menos heladas en invierno, y en todo tiempo más copiosas lluvias. Pues en ellos caerán gran parte de las que ahora no producen pastos ni frutos, perdidas por caer como nieve dentro de los círculos polares, quedando amontonadas allí.

Aquel, "si preciso fuere", cuyo sentido externo puntualizó por cortesía el Arbitro, refrescó el recuerdo del poder de los aparatos de Arteijo, quitando ganas de chunga a los

(1) Este río desembocaba en Sheppey—Isle de la boca del Támesis—entre bosquecillos de palmeras cuyos fosilizados frutos se pueden ver en mareas bajas en el ceno que dejan descubierto al norte de Sheppey con dientes y huesos de animales tropicales.—J. W. Gregory, profesor de Geología de la Universidad de Glasgow.

En España es sabido que se encuentran restos de mamuts y elefantes en muchísimos lugares. Entre otros se halló uno en la Pradera de San Isidro de Madrid.

En toda Europa, Asia y América son frecuentísimos hallazgos de este género.

(1) La afirmación de que estos restos desaparecerán en cien siglos, así como la de que el período glacial, del que son huella, cayó sobre la Tierra hace cuatrocientos, debió de leerla Arteijo en una viejísima revista de Nueva York, de ochenta años de fecha—año 1922—titulada "Science and Invention", que la insertó un artículo firmado por el citado autor. A éste y al Guardián de la Paz, que prohíba tales afirmaciones, deja el Coronel Ignotus íntegra la responsabilidad de ellas.

guasones; pues recelaron fuera su significado "si preciso fuere hacer entrar a ustedes por el aro". Recelo no descabellado, pues el Arbitro, a semejanza del cervantino personaje con quien había sido comparado, era en extremo cortés, pero no tardo en atufarse si barruntaba intentos de hacer chacota de él.

—Visto lo dicho por el señor Arteijo—prosiguió al cabo de breve pausa, intencionada para dar tiempo de reflexionar a su auditorio lo que se ha dicho en el último párrafo—, creo no es ya preciso más, cual base de convicción de que supuesto un agente de potencia adecuada, y ése lo tenemos, no hay temeridad en nuestro proyecto de ayudar rápidamente al Sol en su obra de glacial *desescombro*. Y hastando esto para juzgar el asunto en su aspecto político, suplico a ustedes me contesten si aceptan o rehusan mi propuesta.

—Creo interpretar sentimientos de mis aliados—respondió uno de la cuádruple—diciendo que en principio la miramos con simpatía vivísima; y por lo mismo deseamos que los esclarecimientos sobre duración, costo y posibilidad de la empresa que hemos tenido el gusto de oír a este caballero sean expuestos a personas que tengan las competencias técnicas que a nosotros nos faltan.

—La séptuple alianza—manifestó uno de la acera de enfrente—está en todo conforme con la simpatía, y con la necesidad de los informes solicitados.

—Pues yo, congratulándome—dijo el Arbitro—de haber dado ocasión a que por la primera vez en treinta años coincidan en algo la cuádruple y la séptuple, no tengo reparo, y tampoco lo tiene el Sr. Arteijo, en que éste dé las pedidas explicaciones a una comisión científica que antes de una semana habrá de constituirse aquí. Pero bien entendido que los informes sólo abarcarán los aspectos geofísico y económico del problema, sin rozar la teoría, ni la fabricación, ni el manejo del aparato que vamos a emplear.

—¡Ah! ¿Es que a los comisionados van a negárseles medios de apreciar la capacidad de la herramienta?... Mal podrán informarnos entonces sobre posibilidad de la obra.

—No, eso no—replicó el inventor—. No se explicará el cómo y el porqué de la potencia de ella, de la cual creía yo a ustedes completamente persuadidos; pero se harán nuevas pruebas de orden práctico de esa potencia.

—¡Otras! No, no.

—Nuevas destrucciones como las...

—Repetir...

—No aludía a pruebas de la índole de las pasadas... sino...

—No se alarmen, señores—agregó el Arbitro,

interrumpiendo a Eduardo—. Aquéllas no se repetirán, puesto que nadie intenta ya turbar la paz ni eludir el cumplimiento del compromiso de desarme.

—Pues, entonces, ¿cuáles serán esas pruebas?

—Raer, por ejemplo, de la superficie de la Tierra una montaña. De la cubicación de ésta y del tiempo en que yo la destruya se deducirá cuántos millares de toneladas de rocas o hielos puede deshacer en un minuto cada uno de mis aparatos.

De preferirlo ustedes suprimiremos una isla en el océano.

—Ya, ya.

—Pensábamos nosotros—insinuó con toda inocencia uno de la séptuple—que cada nación tomaría a su cargo la tarea de limpiar de nieves las tierras que en un reparto previo les fueran adjudicadas. Recibiendo de ustedes, o construyendo por sí, los aparatos necesarios.

—Esa parece—recalcó otro, con la misma aparente candidez—la manera lógica de pres-
tar la cooperación a que se nos invita.

—No—repuso el Presidente de Iberoamérica—. Mi plan es más cómodo para ustedes; pues no les exige sino colaborar en la elaboración del tratado de reparto y contribuir después a los gastos, cuyo costo, prorrateado, no llegará para cada nación ni al quinto o al sexto de lo que en un solo año de paz gasta ahora en preparar la guerra. Pero la ejecución material será íntegramente realizada por nosotros, que solos abriremos ese nuevo mundo, permitiendo después que en él entren ustedes.

—No parece justo echar sobre un solo pueblo el peso de tan colosal empresa.

—Ya España ha levantado antes otros análogos.

—Colaborando todos se abreviará la terminación del trabajo.

—La división del trabajo parece aconsejar...

—Y sería en nosotros indelicado abuso.

—Mil gracias. Agradezco esa delicadeza; pero no les preocupe... El indicado es el plan bien meditado del Consejo.

—No insistimos. Y como ya es muy tarde, y ya hemos acordado el nombramiento de la comisión, sólo nos queda, antes de regresar a nuestros países, dar al Consejo de la Unión rendidísimas gracias en nombre de los gobiernos de ellos.

—Y nos vamos con la esperanza de que una vez informados por dicha comisión, podremos llegar a un acuerdo.

—Yo no lo espero; estoy seguro de que a él nos llevará el interés general de que el equilibrio político y económico del mundo no

sea alterado tan profunda y descompasadamente como lo sería si una negativa de ustedes diera a Iberoamérica la posesión de todas las tierras nuevas; pues aunque nuestros actuales sentimientos son archipacíficos, bien lo estoy probando, nadie puede responder de que esa enorme ampliación de territorios y la posesión de un arma incontrastable, no inspire a nuestros hijos o a nuestros nietos peligrosos delirios de dominio universal. El mundo tiene repetida experiencia de cuán propensos a ellos son los poderosos.

Con esto y con las urbanidades de *afectuosa* despedida acabó aquel transcendental conclave.

XV

QUÉ HACÍA BALBOA EN EL PABELLÓN DE ARTEJO

—¿Y cómo, conociéndolo más de una docena de personas—preguntaba el viejo geólogo, al día siguiente—, puede mantenerse todavía secreto el proyecto de usted? ¿Cómo no se ha divulgado la noticia de esta expedición a la que mi buena estrella me ha traído? Ni, ¿quién me había de decir, cuando iba dando tumbos en el *iceberg*, que llegaría yo a mirar el naufragio y la interrupción de mis exploraciones como venturosos azares de la suerte? ¿Cómo no sabe el mundo nada de ese convenio internacional?

—Porque no ha sido todavía ajustado, estando su redacción pendiente del resultado de esta expedición. Ahora verá el porqué.

Pronto se convencieron los comisionados técnicos de que ni entrarían en el aeroplano, donde estaba el excitador, ni verían sino lo externo de las pruebas que con él hice, limpiando el mar de unos extensos y peligrosos arrecifes de Finisterre, en sólo el tiempo necesario para planear, y no despacio, con mi avión, a lo largo de ellos...

—Cada vez me afirmo más en la idea de que en eso anda la descomposición de la materia...

—Perdone que no le conteste.

—No; no hay de qué. Ya estamos en que ése es terreno vedado; y el imprudente he sido yo en dejar escapar lo que no ha sido dicho con el menor intento de sonsacar a usted.

—Desde luego.

—Y continúe.

—Igualmente baldías todas las insidiosas tentativas de aquellos caballeros para hacerme caer en los lazos que a cada paso me tendían en científicas parlas y debates, buscando descuido mío que les diera alguna luz sobre mi aparato, poco tardaron en comprender que prolongar las conferencias sería perder in-

útilmente tiempo. Y redactaron informe, exclusivamente reservado a los presidentes de los gobiernos de las múltiples que habían concurrido a los *pourparlers* de Vigo.

—¿Y qué decía el informe?

—Admitiendo en principio la posibilidad de la empresa, pedían que la práctica la corroborara en una campaña de ensayo en las regiones polares y en lucha con cuantas dificultades e imprevistos suelen en ellas contrariar los más pensados planes. Unicamente de asistir a dicha campaña los informantes y ver por sí los rendimientos de ella, se considerarían capacitados para emitir definitivo dictamen.

—Ya, ya; está visto, está visto.

—Así ganaban un año los gobiernos.

—Y sus científicos esbirros tiempo y ocasión de vivir en intimidad con usted, cerca de sus aparatos y de buscar manera de robarle su secreto. ¡Mentira parece que verdaderos sabios se presten a tales indignidades!

—Como usted lo ve ahora, lo vimos nosotros, rechazando el intento cuando los asistentes a la primera conferencia de Vigo, volvieron allá para hacernos saber su pretensión en la segunda. Omíto las prolijas discusiones a que nuestra negativa dió lugar, terminadas por resolución del Arbitro de que recatando el objeto de la expedición de tanteo la realizara yo, pero sin la compañía de sabio alguno, y admitiendo tan sólo la de un notario, designado por aquellos magnates, para formalizar y traer al regreso testimonios de las incidencias de mi viaje y de la autenticidad de los documentos justificativos, que yo he de presentar, de los resultados alcanzados en la campaña.

—¿Y cómo un simple notario, sin otras competencias que las curialescas, podría dar fe en asuntos que por su índole exigen para juzgar de ellos otras mecánicas, físicas y eléctricas?

—Porque toda mi documentación probatoria se reducirá a fotografías con escalas micrométricas grabadas en sus placas para que cualquier topofotógrafo pueda a mi vuelta medir en las pruebas la extensión y el espesor de los hielos destruidos en la campaña, y cualquier físico deducir las toneladas de cuyo peso frío se haya librado el mundo (1). Así la función notarial se limitará a certificar la auténtica correlación entre las fotografías y sus originales, cual garantía de no haberse hecho

(1) Cuando en la tercera parte de este libro a Artejo a la faena, y a Shipter testimoniar de la abstención de las fotografías, será ocasión más oportuna que la presente de dar detalles sobre la naturaleza de las que habla el primero.

en ellas las mixtificaciones facilísimas en la fotografía.

Diferido el tratado, queda Ercilla allá dirigiendo la construcción de barcos y aviones de los tipos del Iberia y del América para emplearlos cuando, después de mi regreso, comiencen de lleno los trabajos polares. Los belicosos han sido informados de que mientras yo ando por estos mundos, dispone mi teniente, en aquéllos, de suficientes excitadores para hacer entrar en razón a quienes sientan renacer guerreras veleidades o la de burlar la ejecución del desarme acordado en Bogotá.

—Es ingenioso el expediente de esas *fotografías micro-notariales*.

—Gracias a él troqué la compañía de varios ilustres colegas por la de un notario tan finísimo como majadero. Pero no me arrepiento, pues sus majaderías son molestas, pero me libran de los ojos y oídos de los sabios, en constante espionaje para descubrir el secreto de mi arma y volverla contra mi patria.

—No: contra la humanidad entera.

—Justo.

—¿Es el notario un asiático que he visto algunas veces pasear sobre cubierta?

—No; ése no es sino su ayuda de cámara. El Notario es Mister Shifter.

—¡Ah! ¿El inglés de las reverencias?

—Inglés, no: australiano.

* * *

Dos días después de la expedición al volcán, llamó Arteijo a su despacho a Balboa, su primer ingeniero, y le dijo:

—Amigo Balboa, no supongo haya usted atribuido a desconfianza mi reserva sobre el secreto de los excitadores.

—Don Eduardo, nunca me ha ocurrido meterme en suposiciones sobre tan delicada materia; mas desde luego aseguro que jamás me ha pasado por la cabeza que de mí desconfiara usted.

—La causa de tal reserva es compromiso, que tengo contraído con el Consejo Federal, de no descubrir aquél sino en caso de creer cercano para mí riesgo de muerte; pues sólo en él estoy autorizado para enterar de mi secreto a quien yo juzgue con discreción de llamarlo como yo lo he llamado, capacidad para substituirme y lealtad que conserve a Iberoamérica el exclusivo beneficio del invento. Y como en usted aprecio esas cualidades...

—Mil gracias. Pero por dicha no veo a usted amenazado...

—Cierto. Pero en los trotes en que andamos y en que vamos andar, llega a veces la muerte sin avisarlo a uno.

—Eso es verdad.

—Y tanto. Hace tres horas me ha dicho el Arbitro (ya se comprende que por radiotelefonía) que Ercilla, única persona a quien hasta ahora me he confiado, al encargarle de dirigir la fabricación de los aparatos que actualmente construye, ha estado a pique de morir electrocutado por una chispa saltada al averiarse un transformador (1).

Pensando que si hubiera muerto habría quedado interrumpida la fabricación de destructores, he hecho comprender al Arbitro la necesidad de que Ercilla entere de todo a su segundo para que, a ser preciso, pueda reemplazarlo, y de que yo, que tampoco tengo garantida la vida, haga lo mismo con usted.

—Muchísimas gracias por ese honor y esa confianza.

—Cuando esté usted completamente enterado, en lo cual no tardará más de dos o tres días, se quedará en el barco siempre que yo salga en el anfibión, y viceversa, para tener probabilidad de que si uno u otro de ellos se perdiere sobreviviera uno de nosotros.

Antes de llevar a usted a la cámara del América, donde tengo el excitador, voy a darle una compendiosa memoria sobre su teoría, fabricación y funcionamiento. De ella sacará copia, que perfectamente guardada conservará usted aquí, por si yo y el original, que en adelante guardaré en el anfibión, nos perdiéramos con éste. Aquí mismo puede usted hacer copia y estudio. De seguro no penoso ni largo; pues conociendo ya casi todas las piezas y elementos del excitador, por haber dirigido la construcción de los más importantes, fáltale únicamente enterarse del cómo y el porqué de su acoplamiento.

Aquí en mi mesa puede usted instalarse mientras yo voy por ahí a vigilar unas cosas, y después al América a desmontar varias piezas del aparato que conviene vea usted desarmadas, y por sí monte de nuevo, en mi presencia, cuando ya impuesto usted de la teoría se lo enseñe mañana.

Mientras hablaba, había Arteijo sacado de uno de los cajones de su mesa un gran sobre en cuyo exterior estaba escrito: "Para entre-

(1) Aparato en donde entra la corriente a alto voltaje cuyo empleo es peligroso en poblaciones y talleres, y del cual sale transformada en corriente inversa de baja tensión—o donde a la inversa se rebaja la intensidad aumentando voltaje.

Esencialmente constan estas máquinas de un alambre fino arrollado sobre otro grueso. Por uno pasa la corriente originaria, que mediante interrupciones de ella hace nacer la resultante en el segundo alambre, en virtud del fenómeno llamado inducción eléctrica, descubierto por Faraday. Por el alambre grueso circula la corriente de gran intensidad y bajo potencial—voltaje o tensión—y por el delgado la de poca intensidad y gran voltaje.

gar al Sr. Balboa tan pronto yo muera", diciéndole al dársele:

—Aquí tiene la memoria. Y vea que no hago sino anticipar el momento de la entrega.

—Claro es que así la he de leer con muchísimo más gusto.

—Pues hasta luego. Aquí queda usted de amo.

Eran las diez de la mañana; y desde entonces hasta las tres de la madrugada siguiente se dió Balboa un atracón de padre y muy señor mío, en el que si la copia lo aburría compensábale de ella el grandísimo interés que ponía en el estudio del maravilloso invento; tan temible, como azote de la humanidad, de caer en malas manos como beneficioso al ser usado como herramienta de trabajo y palanca de progreso. No difiriendo en esto sino en el cuánto, de casi todas las grandes fuerzas empleadas en la guerra: desde el brazo del cavador que, al clavar su azada en el terruño lo remueve para sacar de las semillas de hoy los frutos de mañana, y destruye la vida cuando en una pendencia parte con ella la cabeza a un compañero, hasta los explosivos que ora ahorran trabajo al hombre, sacando riquezas de las minas, o perforan con túneles los montes, acercando pueblos antaño separados por ingentes barreras, o trabajan en los portentosos motores de explosión del automóvil o la fábrica, u ora se truecan en instrumentos de devastación y muerte en el cañón, en la mina de guerra, en el torpedo, en la granada y en la bomba explosiva.

Mas volvamos a Balboa, para decir que en sus diez y seis horas de azagón no levantó cabeza sino para ir al comedor a las horas de la comida. Y siendo entusiasta aficionado al ajedrez prescindió, y esto sí que era sacrificio, o prueba de cuál le apasionaba el estudio en que estaba engolfado, de terminar una partida interesantísima que la víspera quedó pendiente entre él y Bopp.

Pues después de dos meses, en que Balboa no jugaba por no haber en el barco con quien le divirtiera hacerlo, había al fin hallado, en el botánico, competidor digno de él, y con quien, al acabar la cena, se excusó del aplazamiento en la continuación del juego, por estar apremiantemente ocupado en un trabajo que no le dejaría momento libre en todo el día ni acaso en el siguiente.

No dejó Bopp de reparar en que después de darle aquella excusa no se fué Balboa a su camarote ni a ninguno de los laboratorios ni talleres a su cargo, sino que se metió en el despacho de Arteijo, de donde no salió hasta la madrugada, cuando ya enterado de la memoria

dejó para el siguiente día la terminación de la copia.

En todo este tiempo no interrumpió el trabajo sino en los pocos minutos que con el Comandante habló, cuando a las once y media regresó éste a su pabellón y se acostó en la alcoba. Dejando a su subordinado en el despacho.

XVI

LOS DOS ENFERMOS DE LA DOCTORA ANA BATTORI

Entre tres y tres y media de la madrugada despertó a Arteijo un frío intensísimo, pero incompletamente; pues tan pesado era su sueño aquella noche, que no le permitió enterarse sino de que estaba, no acostado, sino sentado en camisa, totalmente desnudo de las ropas de cama, que instintiva y no deliberadamente, atraído a sí, arrebujándose de cualquier modo en ellas y tendiéndose en el lecho. Sin ver que la causa del frío era que, sentado en camisa junto a la abierta ventana de su alcoba al mar, recibía el aire entrado por ella. Que no por ser de junio dejaba de llegar enfriado al contacto del hielo sobre el que durante muchos centenares, o millares acaso, de kilómetros venía soplando.

Aun después de arropado continuó tiritando por un rato, mas sin que aquella frialdad le despertara idea alguna, pues estaba semidesvanecido, y en cuanto, ya abrigado, disminuyó la intensidad de ella, volvió a quedar dormido, o más bien amodorrado.

Así seguía cuando a las seis y media entró, según diaria costumbre, su criado a cumplir la orden que de llamarlo tenía siempre que no lo hallara despierto. Sorprendiéndole al entrar en la alcoba ver abierta la ventana y las ropas del lecho en revolución, por lo grande inexplicable.

Tan pronto cerró la ventana, llamó a su amo. Tornó a llamarlo reiteradas veces, levantando progresivamente la voz; y visto lo infructuoso de las llamadas, lo tocó, moviéndolo ligeramente. Sin que ni aun así consiguiera de él sino que gruñese confusas palabras y se volviera cara a la pared. Quedando tan postrado como antes.

Aquella pesadez de sueño hizo pensar al criado que su amo habría velado hasta muy tarde. Además, el atroz desorden del revuelto lecho con las almohadas a los pies una, y en el suelo otra, las sábanas sobre las mantas, completamente arrollada la de abajo y la de encima hecha una pelota, decía claramente que había pasado una noche malísima, y que lo

más oportuno era dejarlo dormir tranquilamente.

A las siete llegó Balboa a reanudar el trabajo de la víspera, extrañándole, pues conocía los madrugadores hábitos del Comandante, aquel profundo sueño. Y cuando el sirviente lo enteró de cómo había hallado la ventana y el lecho, temió estuviera su jefe más que dormido, enfermo, aumentando el tensor cuando vio la que por parecer más que cama galguera delataba una noche agitadísima, que ni siquiera intensa fiebre, a no ser delirante, podía explicar, y no explicaba; pues Eduardo no tenía calor febril, sino, antes al contrario, excesiva frescura. Pero como a los intentos de despertarlo y a las preguntas de si estaba enfermo no daba aquél otra respuesta que: "Déjenme, déjenme; tengo sueño, tengo sueño", pasándose al decirlo la mano por la frente y quedando de nuevo adormecido, se alarmó Balboa, y envió a buscar a Don Julián, el médico.

Llegado éste, dijo que, a despecho de lo que le contaron de la ventana abierta, ni la pulmonía comenzaba de aquel modo, ni era posible pensar en ella cuando temperatura y pulso revelaban no calentura sino intensa postración. Tan incomprensible como la modorra de improviso sobrevenida sin antecedente conocido a que atribuírla.

Vista la energía con que la naturaleza del enfermo protestaba contra los intentos hechos para despertarlo, la primera receta fué abstenerse de repetirlos. Sin por eso cruzarse de brazos; pues tal decaimiento en hombre de la robustez del Comandante era de cuidado. Y urgiendo combatirlo, se fué Don Julián a preparar una inyección tónica.

Pero de una parte su grandísimo interés por Arteijo, la falta de orientación sobre el mal que padecía y su posible origen, y de otra el afecto que, agradecido al proceder de Ana cuando redujo a aquél la dislocación del hombro, había el Doctor cobrado a ésta, y el alto, concepto que sus charlas con ella, desde entonces frecuentes y no cortas, le habían hecho formar de la competencia de la Doctora, le sugirieron la idea de que, aun llevando a prevención la medicina, cuando volviera junto al enfermo, no la inyectaría sino de estar conforme aquélla con el tratamiento y la dosis de él. En consecuencia envió recado a Ana, por un enfermero, para que cuanto antes pudiese fuese a la habitación del Comandante atacado de inopinada y rara depresión circulatoria y nerviosa sobre la cual deseaba Don Julián celebrar consulta urgente.

Levantándose estaba ella al recibir el aviso, cuyos términos la impresionaron y alarmaron más de lo que en casos tales suelen impresio-

narse los médicos. Pero aun habiéndose por ello apresurado, ya estaba Don Julián en el camarote de Arteijo cuando allí se presentó ella, no obstante no haber aguardado a que acabara de vestirse su marido, llegado muy poco después.

Acordes médica y médico en el diagnóstico negativo que de los posibles descartaba el de pulmonía, no pudieron coincidir en ninguno positivo, que no cabía fundar en las contradictorias indicaciones de la violentísima agitación atestiguada por el inverosímil desorden del lecho y del marasmo presente; pues para pasar de plena salud a excitación febril capaz de producir aquel desorden y caer de ella en la depresión actual, parecía preciso hubiesen transcurrido muchas más horas que las pocas pasadas desde que, perfectamente bueno, se había despedido Arteijo de Balboa para irse a acostar. Además, en hombre que tenía el corazón de un toro, y un sistema nervioso admirablemente equilibrado, era inadmisible hubiera comenzado el mal por la postración y el decaimiento.

En cuanto a terapéutica, puramente expectativa, no cabía otra que reanimar al enfermo, o cuando menos evitar agravación del amodorramiento. Llegados Don Julián y Ana a tal conformidad, se quedó el primero con Balboa y Lubecki a la mira del enfermo, volviéndose ella a su camarote, aunque tenía más gana de quedarse.

Allá se estuvo unas dos horas, hasta que no pudiendo soportar por más tiempo su impaciencia de saber si reaccionaba Arteijo, fué a verlo por sí misma. Diciéndose que aunque Don Julián fuese el médico de cabecera, nada extraño era volviera ella a ver el efecto de la inyección aplicada a consecuencia de consulta entre ambos.

Cuando llegó parecía iniciarse tendencia a reacción, y algo era algo, aun cuando sus síntomas no se manifestaran todavía sino con escasa intensidad. Mas no pudiendo, por entonces, hacer más de lo hecho, no había sino tener paciencia y aguardar.

En esto sobrevino Segismundo, el criado de Lubecki, que por orden de éste servía también a Bopp, diciendo que Don Estanislao estaba en cama. No lo había avisado antes, porque cuando lo intentó se opuso el enfermo, incomodándole muchísimo la insistencia del muchacho en prevenir a su amo. Pero habiéndose Bopp empeorado mucho, y pareciendo que iba a perder la cabeza, se había el criado decidido a avisar, lleváralo a bien o tomáralo a mal Don Estanislao.

—¡También Bopp! No faltaba sino esto. Hoy es un mal día.

—¿Qué?

—Que viene Segismundo a avisarme que Estanislao está también en la cama. Según parece con mucha fiebre. Es preciso ir allá.

—Sí, sí. Y que Don Julián haga el favor de ir contigo.

—¡Don Julián!

—Claro—contestó Ana.

—¿Qué hay?—preguntó el Doctor al oír su nombre a Lubecki, que había levantado la voz por parecerle mal que Ana endosara a aquél la asistencia de su compatriota.

—Que el Señor Bopp está también malo—contestó el viejo.

—Y que agradeceremos a usted vaya con mi marido a visitarlo—se agresuró a agregar ella, que sin duda no tenía gana de asistir al botánico.

—Con mucho gusto. Cuando usted quiera, Señor Lubecki.

—Mil gracias, Doctor. Pero tengo el reparo de que, habiendo mi mujer asistido hasta ahora a todo el personal de nuestra comisión, sorprenderá a mi compañero esta novedad.

—No, Walter. Eso no es para sorprender; porque desde que estamos aquí al médico de a bordo es a quien corresponde...

—Amiga mía, tratándose de usted, no me fijo en esas pequeñeces.

—Pero en mí está...

—No, Ana, no. La prueba es que estando ya a bordo asististe a Locketek.

—Porque estaba ya encargada de él antes de que aquí llegáramos.

—Pero a Segismundo no estabas asistiéndolo de antemano cuando estos días pasados estuvo en cama, y no anduviste con tiquismiquis para visitarlo.

Entre la espada y la pared, al oír el argumento de su marido, y enterada además de una expresiva mirada de éste, comprendió Ana que no podía continuar contrariándolo, y dijo:

—Si entonces hice mal fué porque no se me ocurrió este reparo de ahora. Pero en vista de que al Doctor no le molesta...

—¿Qué me ha de molestar!

—Pues, vamos, Walter.

Salieron los esposos, y en cuanto afuera estuvieron dijo él:

—Parece mentiría que una mujer como tú no acabe de comprender que quien no puede substraerse a antipatías injustas, lo menos a que está obligada es a ocultarlas.

—Pero, Walter, si no es eso.

—Sí, sí: eso es. Aun cuando no sea a intento, ni hayas advertido que con Estanislao ibas a hacer excepción que no has hecho ni con un criado, eso es.

—Ya te he dicho que entonces no pensé en...

—Y hecha cuando más habría de ofenderle le rehusaras tu asistencia.

—¿Más? ¿Porqué?

—Por negársela, precisamente, en ocasión en que se la estás prestando a Arteijo.

—Eso no, lo asiste Don Julián.

Al dar, con gran viveza, esta respuesta y sentir que el rostro se le enrojecía, miró la Señora de Lubecki a su marido, recelosa de si lo que acababa de oírle sería reflejo de aprensión más honda que la referente a externas conveniencias. Gracias a ir muy de prisa por el penumbroso pasillo de los camarotes, y gracias, sobre todo, a no haber en sus palabras sino la intención que declaraban, no se enteró el anciano del rubor de Ana. Y ésta sosegó sus celos cuando insistiendo en que sólo en consulta visitaba a Arteijo, advirtió la sinceridad con que, demostrando Lubecki no preocuparle, sino el no dar a Bopp motivo de resentimiento, contestó:

—Sí, desde luego. Mas sea por lo que quiera, de no venir aquí, podría decir Estanislao que visitando al otro no querías visitarlo a él.

La llegada al camarote del enfermo, cuya puerta abría ya Segismundo, cortó la discusión entre los cónyuges, que dejó a Ana, no intranquila, mas sí desagradablemente impresionada por el escueto modo como su marido había puntualizado el contraste de los procederes de ella con aquellos dos hombres. Sin que bastase a desimpresionarla por completo su confianza en que Walter no tenía ni sospecha de hasta dónde llegaba, y cuán grande era, la contraposición de sentimientos que uno y otro la inspiraban.

Y era verdad: Lubecki no había hasta entonces visto sino la antipatía de su mujer a Bopp y su simpatía por Arteijo, pareciéndole ésta muy natural, y no tan grande como la que él sentía por su salvador.

Cuando los dos entraron en el camarote de su compatriota estaba éste atacado de fortísimo delirio, que lo tenía en inquieta y constante agitación en la litera. No cesaba de hablar; mas, como en tales casos suele acontecer, sus palabras eran incoherentes entre sí y con las desconocidas causas de la crisis que padecía. O de guardar alguna relación con ellas, no componían frases de sentido inteligible por saltar en chispazos de palabras sueltas.

Ana le tomó el pulso y no la temperatura porque, no cesando de moverse, tal falta de quietud impedía la aplicación del termómetro, que a la verdad no necesitaba ella para saber que Bopp tenía fiebre por cima de cuarenta grados. Después ni la sequedad de la piel ni la auscultación del corazón a duras penas hecha en paciente tan desasosegado le dijeron

más de lo ya dicho por el pulso. Así que cuando su marido preguntó impaciente qué tenía aquél, contestó:

—Me parece una altísima fiebre de carácter nervioso. Pero aquí por la calentura y el delirio, y allí por la postración, tropiezo aquí y allí con la misma imposibilidad de interrogar a los enfermos sobre la iniciación del mal, y no puedo diagnosticar en firme mientras el desenvolvimiento de él no exteriorice nuevos síntomas. Si a lo menos hubiera podido verlo antes de comenzarle el delirio.

—Has hecho muy mal, Segismundo, muy mal, en no avisarnos antes.

—Tres veces quise. Primeramente me dijo él que su mal no era nada y que no molestara a persona ninguna. Cuando de segundas quise subir se atufó más con que yo no era quién para desobedecerle, y que callar y punto en boca. Pues la última en que todavía pudo enterarse de que iba a subir, había usted de ver cómo se puso de furioso.

—¡Furioso!

—Sí, señorita. ¡Anda cómo se puso, echando sapos y culebras!

—Debiste comprender que deliraba ya, y no haberle hecho caso.

—Sí, sí, señor: eso sería. Pero a mí me se figuraba entonces que estaba en sus cabales.

—Pero tú, que lo has visto antes, sabrás qué le dolía, de qué se quejaba.

—Sí, Walter, tienes razón. Tal vez Segismundo pueda darnos algún dato útil. Pero déjame a mí preguntarle. Vamos a ver, Segismundo. ¿De qué se quejaba Don Estanislao cuando entraste aquí esta mañana? ¿Tenía dolor de cabeza, náuseas, frío? ¿Estaba arrebatado o pálido?

—La propia cara de un difunto tenía. Quitándole los ojos, que le relucían más... De frío no hablaba; pero yo me pienso que sí, porque de cuando en cuando daba unos tiritones... Por eso, y por lo otro, digo yo, ahora que ya conozco que cuando no quería ni que se lo mentaran, digo yo ahora como el Señor, que tenía ya que tener, de antes, la cabeza ida como ahora, y que por eso se incomodaba tanto. Por eso vuelvo ahora a la mía de antes, y también que...

—Para, Segismundo. ¡Para, por Dios! Con esos circunloquios, en que nada dices, ni nos enteramos de cuál es la tuya de antes, ni la de ahora, ni qué es lo otro, ni de qué no quería que le hablaras.

—Señor, no lo puedo decir todo de una vez.

—Pero si es lo contrario. Si todo lo vuelcas en montón. Di una cosa primero y después otra.

—Déjalo, Walter; déjale hablar a su modo.

Ya sabes cómo las gasta para contar las cosas y que es peor apurarlo.

—Claro, con los prontos del señor... Ya no sé dónde andaba.

—Lo más interesante de lo que hasta ahora has dicho es que Don Estanislao tenía es alofríos.

—Sí, señorita. Pero ni por los calofríos aguantaba las mantas. Y decía que tenía calor.

—Oye. ¿No serían estremecimientos nerviosos los que te parecían tiritones?

—Yo no sé, señorita. Pero lo que sí sé es que vuelvo a la mía de antes de que anoche cogió eso arriba.

—¿Arriba? ¿En dónde?

—En cubierta, donde se estuvo hasta muy tarde. Y como cuando por de noche está el Sol bajo hace allí bastante frío... Pero no le digan que yo lo digo.

—¿Porqué?

—¡Atiza! Porque ¡bueno se puso cuando se lo dije! Me llamó bruto, estúpido, qué sé yo cuántas cosas así; que no sabía lo que me decía; que tenía telarañas en los ojos; que se había venido al camarote a las diez... Ahora digo que lo diría, porque ya entonces estaba mal de la cabeza, porque yo estuve aquí a las doce a por las botas para limpiarlas como siempre.

—Eres desesperante.

—Déjalo, Walter. Sigue, Segismundo.

—Pues que de no verlas afuera me colé aquí por pensarme que se le había olvidado dejarlas. Y tampoco estaban adentro. Ni Don Estanislao tampoco estaba adentro. Y por eso digo yo ahora...

—Bueno. ¿Pero le siguieron los tiritones mucho rato?—preguntó Ana compartiendo ya la opinión de su marido sobre la necesidad de encauzar la difusa oratoria del criado.

—No me fijé, porque entonces vino lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Que de que se le fué la rabia de decirle yo que había estado arriba, y de que principiaron las carreras de la cubierta y de los pasillos de aquí y los portazos pa despertar a los oficiales con lo del Comandante, como si lo oliera mismamente, que yo entodavía no me había enterado casi, se puso muy sobre sí Don Estanislao.

—¿Muy sobre sí? ¿Qué explicaderas! ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues, pues... Pues, señor, así como... como que se le entró una sobresaltación de susto. Y me dijo que por fuerza que había algo gordo arriba, y que subiera a verlo, pa preguntarlo todo y decirselo todo, y que no me bajara hasta saberlo todo bien. Y de que volví y le dije lo del Señor Comandante, pues que le entró

más fuerte la sobresaltación; porque de primeras no me entendía y se pensaba que se había muerto. Yo le dije que no, que no estaba más que malo. Pero na, que no: erre que erre que estaba muerto. Y le dió tanto susto y tanta pena que se puso más removido.

—¡Más removido!... ¿Quieres decir que tenía náuseas? Antes nos has hablado de eso.

—No, no, señor... Es que las moviciones que antes hacía en la cama las hacía más grandes. Y no paraba. Ni de preguntarme si era de verdad que estaba vivo. Y yo no sé el porción de veces que me hizo subir a ver si no estaba ya mejor el Señor Comandante. Y cada vez que volvía yo me lo encontraba más peor de la cabeza y de todo. Hasta que ya se puso que me fui a por ustedes.

—No hemos sacado mucho en limpio. A lo menos yo. Como tú no hayas tenido más suerte.

—No, Walter. Lo del enfriamiento puede ser o no ser; pero aunque fuera, un enfriamiento no es un tiro, ni un envenenamiento que en pocas horas levante esta fiebre y este delirio. Y como ni veo fenómenos congestivos, ni Bopp tiene constitución apoplética, continúo pensando en una fiebre nerviosa; pero con caracteres extrañísimos.

También es coincidencia que los dos hayan caído a la par y como de un escopetazo con tan opuestos síntomas. Y tan inexplicable es para mí este delirio fulminante como la súbita postración del señor Arteijo.

—¿Y qué? ¿No recetas?

—Claro que sí; pero sin otro propósito que atenuar el delirio. Mientras no vea más claro no es prudente hacer más.

—¿Y qué vas a recetar?

—Agua fría a la cabeza, revulsivos en las piernas y un neurosedante enérgico. Quédate aquí a la mira de él mientras subo por un capacet de goma que un enfermero te traerá con hielo, al mismo tiempo que los sinapismos. Después iré a la farmacia a dar instrucciones sobre cómo quiero que preparen el calmante, y cuando esté hecho bajaré con él. Segismundo, ve a pedir al repostero una taza de café bien cargado y llévala a la enfermería.

—Verdad que no te has desayunado. Pero ya es casi la hora de comer.

—Por eso quiero café puro, no con leche, para entonarme mientras puedo comer; pues tardaré en hacerlo más que tú.

—¿Cómo?

—Sí. Cuando vuelva con la medicina, cuyo efecto me conviene observar, me quedará aquí mientras tú comes. Y cuando acabes y vengas a relevarme iré yo al comedor.

Satisfecho Lubecki de ver cuál su mujer lo

complacía, tomándose por Bopp el interés que demostraban sus últimas palabras, dijo:

—Muy bien, muy bien, me parece perfectamente...

XVII

LA PRIMERA SOSPECHA

Al salir Ana de la habitación del botánico iba, en efecto, a lo que había dicho a su marido, y había dicho la verdad; pero no toda la verdad, pues quería, además, hacer a Segismundo unas cuantas preguntas que a enterarse de ellas Walter le llamarían la atención, por parecerle sugeridas por las prevenciones de su mujer contra el enfermo de abajo que tan vivamente censurara poco ha; y porque ni ella estaba cierta de que no fuera así, ni siquiera a sí misma se confesaba el porqué de sus curiosidades: no sentidas hasta haber oído a Segismundo ponderar la grandísima pena de Bopp al saber la enfermedad de Arteijo, y atribuir a su creencia de haber muerto el último el desasosiego febril que el criado llamaba moviciones. Porque no creía ella que el cariño de su compatriota al Comandante fuese como para tanto...

La imaginación, y más una imaginación femenil—se decía mientras se encaminaba, no de prisa por cierto a la enfermería—, es como potro desbocado. Y, no confesándose, aunque acaso sintiera, que todavía más desbocado en mujer enamorada, pensaba que de no sujetarla no hay absurdo ni temeridad que la detenga.

Era rara, sí, era rara la viveza de aquella impresión de Bopp por lo de Arteijo. ¿Pero qué?, de rarezas está lleno el mundo; y nadie en su sano juicio podía fundar las suyas en dichos de un enfermo que al no acordarse de la hora a que se había recogido ya había dado muestras de perturbación de sus facultades.

Aún más extraño todavía era que la fiebre no hubiese embotado la agilidad de las externas percepciones del enfermo, y le dejara percatarse con mayor rapidez que Segismundo sano, de que algo inusitado ocurría a bordo; aún más sorprendente el que su sensibilidad relegara a segundo término el padecer del propio mal para preocuparse con el sufrimiento ajeno.

Esto, esto último es lo más anómalo—pensaba Ana cuando llegaba ya a la enfermería—. Pero Dios sabe cuál será la verdadera realidad, de lo que yo no veo sino a través de las explicaderas de ese pobre muchacho.

La Doctora envió abajo en seguida al practicante con los sinapismos y el hielo; ordenó al farmacéutico preparara el medicamento;

cuando el criado llegó con el café, le hizo hablar sobre los extremos que en su anterior estado la preocupaban, sin sacar en limpio otra certeza sino la de que bien podía Bopp haberse enfriado. Pues de que arriba estuvo al aire libre hasta después de las dos de la madrugada no había duda ninguna: no solamente por lo de las botas, sino por otra cosa que Segismundo no quiso decir delante del "Señor"; porque teniéndole éste prohibida la baraja desde que tuvo una pendencia de juego, se había callado, y ahora confesaba a la Señorita que para matar el aburrimiento en aquel barco, donde solamente por la noche estaban libres para charlar un rato un mecánico y el cocinero, únicas personas de su clase con quienes mejor o peor se entendía un poco en mal francés, habían los tres armado la noche pasada en la cocina, que estaba sobre cubierta a la hora citada.

Al acabarla, y volverse de la cocina al camarote, fué cuando vió, de lejos, a Don Estanislao asomado a la borda, en el paso de la toldilla grande a la de babor. Conociéndolo, aun estando de espaldas, en la gorra y el capote, que no tenían pierda, porque los de los españoles eran diferentes a los que ellos habían traído de Polonia. Entonces, y no a las doce, como había dicho al Señor, fué cuando vió que ni las botas estaban afuera ni adentro, ni Don Estanislao adentro.

En esto trajeron de la farmacia el medicamento, que bajó Segismundo al practicante para que se lo administrara al Señor Bopp, y por encargo de Ana dijo a Lubecki que ella bajaría a los diez minutos, cuando aquél fuera a comenzar a hacer efecto. Pues siendo ya hora de que también hubiera producido todo el suyo el propinado al Comandante, iba a darse antes una vuelta por las habitaciones de éste.

Entró en ellas con la zozobra de que el marasmo no hubiese cedido, pues entonces aun crecería la alarma que el estado de Arteijo la inspiraba. Por suerte ya hacía rato que éste había abierto los ojos y conocido a quienes le rodeaban. Después habíale aquejado fuertes náuseas y subsiguientes vómitos. Y pasados éstos quedó de nuevo adormilado. Pero lo interesante era que temperatura y pulso estaban en franca reacción.

Junto a Eduardo estaba entonces Roca. En el despacho hallábanse Maucelo, Balboa y Don Julián, que dió a Ana noticia de la mejoría del enfermo, la invitó a pasar a la alcoba a juzgar de ella por sí misma, y al acompañarla, y antes de entrar en el dormitorio, detúvose en un cuartito de aseo entre aquél y el despacho. La puerta de este tocador a la alcoba estaba

cerrada. La que daba al despacho la cerró Don Julián, y en cuanto lo hubo hecho dijo a su colega:

—Para que esos señores no dieran a mis palabras más alcance del que yo les concedo, y usted les dará, no he dicho ahí fuera que, aun no creyendo yo en una intoxicación, porque no habiendo padecido nadie a bordo lo que padece Don Eduardo no es presumible ningún descuido en la cocina, me han llamado sin embargo la atención los síntomas con que se ha presentado la reacción de ése inexplicable marasmo. Pues el aspecto del enfermo era el de quien ha estado a punto de morir envenenado.

Al oír Ana la primera indicación sobre posibilidad de haber ingerido Arteijo alguna substancia ponzoñosa, se estremeció, asaltándola una idea que desechó inmediatamente. Mas, sin embargo, dijo:

—Es preciso analizar los vómitos.

—Salvo una pequeña porción que he dejado aquí, para que usted la vea, ya están en el laboratorio. Pero solamente para tener absoluta certeza al descartar la hipótesis, en que no creo, de la intoxicación.

—Ni yo tampoco... Hay enfermedades con síntomas parecidos a los del envenenamiento; pero siempre es un dato para indicarnos entre cuáles debemos buscar la del Señor Arteijo. Ya me dirá usted el resultado del análisis.

—Desde luego.

—Vamos a ver al enfermo.

Como la temperatura le había sido recientemente tomada, se limitó la doctora a pulsarlo, tardando en ello más de lo usual; pues al sentir Eduardo en la muñeca la presión de aquellos suaves dedos, abrió lo ojos, que, al encontrar los de ella fijos con interés en su pálido semblante, brillaron con un destello que convirtió en alegre su apagada expresión. Por poco tiempo, pues apenas surgido, quedó extinto el fulgor, pero el suficiente para embarrullar la cuenta de las pulsaciones, que fué preciso comenzar de nuevo, quedando Ana al terminarla doblemente satisfecha; pues sobre ser en mayor número que las contadas poco ha por Don Julián, eran más llenas, más regulares que antes.

Además, y esto no lo supo el Doctor, la colega había también pulsado la inteligencia del enfermo en aquella mirada, donde el impulso de sensibilidad moral triunfaba ya de la postulación física, y alumbraba el cerebro siquiera fuera fugazmente.

En otra ocasión habríase asustado, en lugar de alegrarse, de aquella mirada; pero entonces no la rehuyó, por no verio a él en estado de que en su memoria perdurara después el

recuerdo de lo que, a poder leerlo, habría visto cuando la cara de ella se iluminó con esperanza que en el alma le entraba de salvar a aquel hombre, ni su entorpecimiento consentía se enterara de la presión con que involuntariamente oprimieron su muñeca los dedos de Ana al trabucar la cuenta de los latidos del corazón, por no atinar a separarlos de los que, enredados con ellos, daba el propio.

.....
 Cuando al acabar de pulsar a Arteijo desvió Ana la vista de él, advirtió en el borde de la almohada una manchita roja. Al ver la cual preguntó a Don Julián:

—¿Ha echado sangre al vomitar?

—No. ¿Porqué se le ocurre a usted...

—Porque aquí hay una salpicadura.

—Sí, es verdad... Pero no ha echado ninguna: estoy absolutamente seguro. A ver.

—No, Don Julián; me he equivocado: no es sangre—rectificó ella, mirando más de cerca la mancha—. Esto tiene color más limpio, más brillante.

—No, no es sangre: es de un rojo rubí. No sé qué será.

—Hoy no acertamos a saber nada de nada...

*—Verdad es, amiga mía. ¿No quiere usted ver el vómito?

—¡Ah, sí!... Pero aquí hay muy mala luz. Vamos a la otra habitación.

Salidos al cuarto de aseo, fuéles necesario recorrer la cortina horizontal, cuyo color obscuro amortiguaba fuertemente la luz entrada por una claraboya, diciendo Don Julián al hacerlo y mirar arriba:

—¡Anda! Han roto un cristal de la lucerna: está todo agrietado. Apártese: cuando menos se piense puede caerse algún pedazo. Y gracias a que tenemos mar llana, porque en cuanto venga un balance un poco fuerte, se viene abajo.

Examinó Ana atentamente el vómito, mientras el médico abrió el grifo del lavabo enfrentado a la puerta de la alcoba.

—Yo tampoco veo aquí indicio de intoxicación—dijo ella al acabar su examen—. No creo que el análisis dé resultado alguno. Pero ha hecho usted bien en mandar que lo hagan. Y me voy abajo a ver a mi otro enfermo.

—¿No se lava usted las manos?

—Sí. Gracias.

—¿Y qué tiene el Señor Bopp?

Mientras se lavaba comenzó Ana a dar a Don Julián noticia del estado del botánico, de improviso interrumpida para acercarse al marco de porcelana del espejo del lavabo. Porque al coger la toalla colgada junto a una de sus molduras verticales, y como a la mitad de la

altura de ésta había visto otra mancha resaltante sobre la blanca porcelana, mas no en rojo como la otra, sino con un purísimo azul.

Callada, con el entrecejo duramente fruncido, miraba aquello, y a la par concentraba la mente en laboriosísimos esfuerzos de inducción.

—¿Qué le pasa a usted, amiga mía? ¿Qué mira usted con tan gran atención?

—Venga acá, Don Julián. Mire esto.

—Sí que es raro haya caído ahí una mancha azul.

—Azul, sí; pero un azul especial, típico.

—Verdad: azul de tornasol.

—Viendo esto, y recordando el color de la mancha de la almohada, ¿no se le ocurre a usted...

—Sí, sí, que una y otra son del color de la tintura de tornasol antes y después de mezclarla con un ácido.

—Baje, baje la voz. Mientras no tengamos el resultado del análisis, no hay porqué alarmar a nadie. Pero vaya en seguida al laboratorio a encargar grandísimo esmero en él.

—¿Entonces es que ahora cree usted...

—No, no; todavía nada. Pero es extraordinario que nadie venga aquí a ensayar reactivos. Y más obscuro el para qué... Porque supongo que el Comandante no tendrá costumbre de traerse al camarote sustancias químicas.

—De ningún modo. A bordo tenemos un hermoso laboratorio, por donde apenas asoma Don Eduardo, que no tiene afición a preparar por sí; pues siempre encarga al jefe químico cuanto necesita.

La imaginación de Ana, mucho más desbordada que cuando la enfrenó a la puerta de la enfermería, había en un minuto recorrido largo despenadero de precipitadas deducciones, conducentes a conclusión tan horrenda, que su conciencia retrocedió aterrada al verse a punto de formular, aun cuando sólo fuera en lo callado de ella, la espantosa acusación que se sentía inclinada a lanzar contra Bopp, víctima acaso de engañosos indicios, con injusticia interpretados por quien iba azuzada por su antipatía. Pero la presunción era vehemente, veheméntísima: tanto, que aun resistiéndose Ana a darle asenso de ligero, no desistía de ahondar en los orígenes de ella. Si bien su miedo de inducir a nadie a compartirla, en asuntos de aquella terrible gravedad, cortara bruscamente la conversación para no dejar traslucir la sospecha. Que, de otra parte, no era allí sino donde pudiera hablar con calma a Segismundo donde podría robustecerse o desecharse. Pero esta vez haciendo preguntas bien concretas al criado.

Y se engañaba; pues antes de dejar el pa-

TIERRAS RESUCITADAS

ANA BATTORI



—Señor Comandante, ya prevenido usted de lo que *mi deber me obliga* a no callarle, es ocioso hablar más.—Volvió la espalda, agarró el tirador de la puerta de salida y dijo: —Adiós.

—No, no: no se vaya usted así. ¡No por Dios! Ana, Ana.—Cap. XX.

bellón de Arteijo, para volver al camarote de Bopp, recibieron nuevo impulso sus recelos, oyendo al Doctor que, al salir y ver a Maucelo, dijo:

—Capitán, mande con urgencia poner un cristal nuevo en la lucerna de la toldilla de babor, porque tiene cascado uno. Y en el momento menos pensado puede caerse y herir a alguien.

En los barcos suelen llamar lucernas a las claraboyas salientes sobre cubierta.

Ana tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su impresión al saber que la toldilla de babor, *donde, después de dormido Eduardo, estuvo asomado Bopp, caía encima del camarote del primero*. Impresión que todavía aumentó al oír al Capitán:

—Eso es que a algún torpe se la ha caído de golpe la vidriera al meterse a levantarla. Y ha tenido que ser hoy o anoche, porque ayer tarde estuve yo sentado en el banco de al lado y sé que estaba sucia; pues por estarlo reprendí al cabo de limpieza, pero no estaba rota.

XVIII

EL SIGILOSO DUELO DE ANA BATTORI Y ESTANISLAO BOPP

—No puede ser, no puede ser. Es imposible tal perversidad—iba pensando Ana en el camino del camarote de quien tal la preocupaba—. Además, el trastazo de la claraboya habría despertado a Eduardo...

Aun en caso de que alguien hubiese bajado por ahí para matarlo, le habría dado de puñaladas al sorprenderlo dormido; pero es absurdo que lo despertara ni que pudiera obligarle a beber un veneno... Y falta todavía que el análisis encuentre ese veneno. Ni a qué ese ensayo de reactivos al lado de la víctima. De llevar un veneno, ya sabría el asesino que lo era, y no había de prepararlo allí...

Otra cosa no menos desconcertante es que las manchas no están cercanas, sino en diferentes habitaciones, y la del espejo a mayor altura de la que es posible admitir tuviera el tubo con la tintura, ni el frasco del ácido, que nadie sostiene por encima de su cabeza... No, no puede ser: son coincidencias unas, incongruencias otras. Y descabellado el intento de trabarlas.

Esto decía el juicio; mas contra él protestaba una voz interna con instintiva pero firme certeza, nacida de la inexplicable pero positiva intuición, que, no la inteligencia, sino la malicia femenil, acuciada por cariño a los que ama, suele desarrollar en el corazón de la mu-

jer, convirtiéndole los presentimientos en segunda vista que ve la realidad, oculta al hombre más perspicaz e inteligente. Y cada vez que el raciocinio decía "No puede ser", la irreflexiva voz contestaba "Es". Siendo esta irrazonada terquedad lo que más hacía desconfiar a Ana de sí misma; porque, sentida y no fundamentada, achacábala a su apasionada prevención.

Batallando con tales dudas y recelos llegó abajo, y con tales resquemores quedaba cuando, al marcharse su marido al comedor, se quedó con Bopp y el enfermero, a la mira del efecto de la medicina, cuya influencia no creía tardara mucho en manifestarse. Mas por si fueran pocos los motivos de sus cavilaciones, aun se la complicaron con una aprensión nueva.

Para que el explicarla no oscurezca este relato, convirtiéndolo—y de ello iba en camino—en montón, tan caótico de emociones y dudas como el que abrumaba el pensamiento de Ana, conviniéndonos poner en él un poco de orden, aplazando decir cuál era su sospecha hasta que llegue la ocasión en que surgió con toda claridad y sea conocido el porqué de ella.

Había vuelto Ana al camarote de Bopp más tarde de lo pensado. Pues los imprevistos incidentes de su visita a Arteijo y la conversación con Don Julián demoraron su bajada. Al llegar dijéronla su marido y el practicante, comprobándolo ella, que el delirio y la inquietud habían cesado, y que la calentura remitía con síntomas de próximo recobro del conocimiento.

Se fué Lubecki al comedor, y ella se sentó frente al enfermo, mirándolo con pertinaz insistencia. ¿Como médico que acecha la cercana resolución de una crisis?... Tal vez; pero también como si pretendiera el imposible de penetrar y leer en lo más hondo de la conciencia de quien no la tenía de sí mismo.

Así se le pasó cosa de un cuarto de hora, rememorando cuidadosamente lo oído a su criado. Que visto ahora, a la par que las recientes sospechas levantadas por las manchas y la rotura de la claraboya, se iluminaba con luz por ella no advertida de primera intención cuando aquél refirió, con el desorden típico de su despeñada facundia, los prodromos, del delirio de Bopp. Luz que Ana aprovechaba para escudriñar qué puntos de dicho relato merecían ser ampliados con nuevas preguntas a Segismundo; pero hechas en forma que no le permitieran volver a descarriarse.

En esto se levantó el enfermero, y abriendo la vasija donde tenía la nieve de repuesto, dijo:

—Doña Ana. ¿Hay que ponerle más hielo?

El agua del capacete estará ya caliente, porque hace más de una hora que se le puso.

—Aguarde a que veamos si es preciso. Póngale el termómetro—contestó Ana, pareciéndole que al hablar el practicante abría Bopp los ojos y tornaba a cerrarlos. Mas habiendo ella dejado de mirarlo al contestar a aquél, no tenía absoluta certeza de no haberse equivocado. Y contrariada por tal duda, y queriendo salir de ella, agregó en voz alta:

—¿Está ya puesto el termómetro?

—Sí.

—Voy a tomarle el pulso. Este termómetro queda en vago, y no marcará bien. Hay que apretarle el brazo contra el cuerpo... No, déjelo: usted no puede pasar estando yo aquí. Se lo apretaré yo con la mano libre.

En tanto con la izquierda pulsaba al enfermo, apretaba Ana con la derecha, y contra el torso, el brazo del lado de la axila donde tenía aquél el termómetro. Sin apartar, mientras lo hacía, un momento la vista de sus cerrados párpados ni dejar de pensar que ni el brazo tenía la pesadez natural en el de un hombre privado de conocimiento, ni los párpados parecían estar involuntaria y laxamente caídos, sino apretados con deliberada fuerza.

Durante el rato en que con la mirada escrutaba el rostro de Bopp meditaba Ana que ambos estaban empeñados en espantoso duelo, en sigilosa lucha, en donde el uno se esforzaba en esconder lo que la otra pugnaba por descubrirle; y hasta llegó a sentir escrúpulo de si el rudo combate sostenido por ella, en la plenitud de su salud y de su inteligencia, con un enfermo recién salido del delirio, para arrancarle un terrible secreto de conciencia, no sería un cobarde e ilegítimo abuso de fuerza...

Pero se acordó entonces del que también enfermo estaba arriba; pensó que aquel combate podría desenmascarar a quien tal vez le asestó el golpe bajo el cual padecía; reflexionó que el atentado podría ser repetido si no era descubierto quien lo perpetró, y se desvanecieron sus escrúpulos. Y ya resuelta a emplear hasta emboscadas para conseguirlo, preparó la que le sugería su malicia, aprestando sus ojos a pulsar en la cara de Bopp hasta la contracción más leve de los músculos de ella, y diciendo al enfermero:

—Marque lo que quiera el termómetro, esto va mejor... *Lástima que no podamos decir lo mismo del pobre Comandante.*

—¿Qué? ¿Está peor?

—Por desgracia, sí. Será un milagro que se salve.

—¿Qué desgracia, qué desgracia!

El rostro de Bopp no expresó impresión ninguna; pero Ana recelaba que la impasibilidad

del semblante no era real impavidez ni prueba de que aquél no hubiese oído, sino careta mantenida por un esfuerzo de los músculos, que acaso no los ojos, sino las presunciones de ella creían ver vibrar bajo la epidermis del enfermo.

Pero no tenía absoluta convicción; continuaba debatiéndose en la brega con las dudas que hacía varias horas la tenían trastornada; seguía insatisfecho su afán de llegar a una verdad. Y queriendo alcanzarla a todo trance, y pensando "Necesito verle los ojos", sacó el termómetro, diciendo en alta voz al enfermero:

—Lo extraño aquí es que, con sólo siete décimas de fiebre y noventa y tres pulsaciones, no haya aún recobrado el sentido.—Y queriendo prevenir a Bopp para que, de oírla, se pusiera en guardia, agregó:—Voy a ver cómo andan los ojos... Turbios, completamente turbios... Renuévele el hielo del capacete... Y eso que no: con lo que ha bajado la fiebre bastarán otros sinapismos en los pies. Póngaselos.

Estas indecisiones y esta contraorden respondían a que al decir que estaba turbia la mirada había mentido Ana, pues ya tenía seguridad de que los ojos veían, pero *no querían ver*: o, mejor dicho, se esforzaban en aparentar que no veían, escondiendo para ello las pupilas, volviéndolas hacia lo alto, y rehuendo encontrarse con las de ella.

Con tal convencimiento había al fin alcanzado una verdad, siquier no fuese la verdad entera; mas su deseo de no revelar que la poseía, hízole decir, a fin de que lo oyera el que se la ocultaba, lo opuesto de lo visto. Y, para más hacerse la engañada, ordenó nueva aplicación de hielo. Pero tan pronto dió la orden, reflexionó que no sería difícil que el cumplimiento de ella librara para siempre de su enemigo a Arteijo. E igualmente alarmadas su conciencia médica y su conciencia de cristiana, dijéronle que aquello no sería ya lazo, ni emboscada, sino crimen a traición y a mansalva perpetrado. Tal fué la causa de que, al pensar en las posibles consecuencias de su orden en una naturaleza en el estado de agudo desequilibrio en que estaba la de aquel hombre, la hizo revocarla.

A poco volvió Lubecki, y tan pronto lo hubo enterado de la indudable mejoría de su compatriota, se marchó Ana a comer.

XIX

DONDE ANA TEME HABER ELLA INVENTADO
EL CRIMEN EN QUE PIENSA

La Señora de Lubecki se encontró perpleja al salir a cubierta. Pues no queriendo comer

en el comedor, sino servida por Segismundo, para más a sus anchas poder interrogarlo; ignorando el lugar del barco donde comía la gente de la segunda mesa en donde aquél estaría entonces acabando de comer, y no hallando entre los marineros que cerca de ella andaban ninguno que entendiera el francés ni el inglés, no acertaba cómo se las componería para avisarlo. Gracias a que en tal aprieto vió a Valdivia en el puente, y acercándose a éste expuso a aquél su deseo de que alguien que hablara francés buscara a su criado, que no entendía otro idioma de los hablados a bordo, y le dijera pidiese al cocinero—con el que ya sabemos se las bandeaba Segismundo bien—un plato de sopa, un trozo de roast-beef y los llevara al camarote de su ama. Así salió del atasco.

Diez minutos después llegaba el polaco con lo pedido, y mientras servía a su señora, era sometido al interrogatorio por ésta previamente meditado.

—¡Vaya un día! Con dos enfermos graves, que cuando no he acabado con uno ya me está necesitando el otro. Hasta ahora no he podido sentarme.

—¡Hay que ver, Señorita!

—Aun no había acabado de levantarme esta mañana cuando me vinieron a avisar... ¡Pobre Comandante! Y pobre Don Estanislao, a quien ha estado a punto de costarle cara la impresión que le diste cuando ya estaba malo.

—¡Yo! Ahora voy yo a tener la culpa...

—Claro: tú, con las explicaciones que tú gastas, le diste el escopetazo de hacerlo creer que había muerto Don Eduardo.

—Ca, Señorita, no. Si eso se lo tenía él tragado cuando yo bajé de la primera vez que me mandó él subir. Si todavía no había yo acabado de entrar y ya me soltó lo de que había pasado arriba una cosa gorda, que él se malició antes que era una desgracia; y en cuanto que fui y menté al Comandante, ¡zas!, antes de decir yo que estaba malo, ¡zas!, me cortó el revésillo preguntando: "¿Qué, qué? ¿Se ha muerto? ¿No?"

—Sabe Dios cómo empezarías tú.

—Que no, que no: que yo no dije na pa que él se lo pensara; que si se lo pensó fué porque quiso figurárselo. ¿Qué culpa tengo yo de que él se lo tuviera figurao?

—Bueno, hombre, bueno, no la tendrás; pero por lo que antes dijiste está bien claro que entonces le empezó la excitación.

—No, no.

—Tú mismo nos has dicho que desde entonces no tuvo minuto de sosiego.

—Eso, sí. Digo, eso, no...

—¿En qué quedamos? ¿Sí o no?

—Quiero decir que es verdad que se resobresaltó con la figuración del Comandante y con el reconcomio que le entró de que cada cinco minutos tenía que haberse muerto sin dejarme parar de subir un porción de veces a verlo. Eso sí que es verdad; pero lo de que antes estuviera del todo asosegao, ni se lo piense, Señorita; porque en primero de resobresaltarse ya estaba bien sobresaltao.

—De modo que entonces... Procura recordarlo todo, porque para asistirlo me conviene saber cómo estaba antes, cómo después y cuándo y cómo se puso peor. Vamos a ver: cuando tú entraste, ¿cómo estaba?

—Ya se lo dije. Como un muerto mismamente escapao de la caja. Quitao los ojos.

—¡Pero si acabas de decir que desde el principio estaba sobresaltado!

—Desde el principio del susto, sí; pero no desde el otro principio.

—¿Del otro principio?

—Cuando de primeras entré yo en el camarote, que ya la he dicho a usted que sacaos los ojos estaba tan achantao y remortecío.

—¡Ah! Entonces no tenía todavía excitación.

—¿Dice usted las moviciones de después?

—Sí.

—Pues sacándole los respingones que a lo mejor daba, para sentarse de golpe en la litera, y estarse callao, y enfadarse si yo decía pío y si tan siquiera me movía...

—¿Quieres decir que estaba como si escuchara o aguardara algo?

—No reparé si era eso. Pero ahora que lo pinta usted así, sí que eso parecía propiamente. Y luego se escalfaba otra vez en la litera muy alicaído.

—Entonces, acabemos, ¿cuándo le comenzó la inquietud?

—Pues se desinquietó en cuanto que barruntó los ruidos de cuando se corrió lo del Comandante, y a él le entró el pujo de saber todo lo que pasaba fuera.

—¿Fuiste tú quien le avisó de la alarma?

—¡Quia! Si le tengo dicho a usted y al Señor que él solo se lo olió de seguida.

—No me acordaba.

—Pues sí, Señorita.

—Mira, Segismundo: no olvides ahora ningún detalle, pues ya te he dicho que en estas enfermedades nerviosas todo es muy interesante.

—No, Señorita. Pues pa que vea si yo digo bien: que no sé que fué antes: si oír yo las primeras carreras por arriba y las primeras voces en el corredor, o tirarse él abajo como si le picara un bicho pa que se vistiera. Pero, ¡ca!, ni los pantalones pudo metérselos. Por-

que se puso más peor, y por poco se cae si no le ayudo yo a volverse a acostar. Y en cuanto que se alentó un poco, y sin haber yo dicho tus de la revolución de afuera, ya soltó él solo que aquello tenía que ser que pasara arriba una cosa grande, y me mandó a verla. Entonces, entonces sí que estaba lo más desinquietao, rehilando con las moviciones y el susto y los apuros.

—¿De modo, que entonces fué cuando antes de privarse estuvo más desasosegado?

—¡Ca! Cuando más se encalabrínó fué antes de subir yo a avisar al Señor; porque se puso como un orate, sin parar de decir cosas con la tema de que llamaban al camarote y que me achantara y no abriera. Y cuando yo le dije que no llamaba nadie, ya me salió con cuando andamos embarcaos en el cacho de nieve, y con Varsovia, y luego sacó los perros que se ahogaron, y unos osos y unas luces: na, una pura perdición de la cabeza cuando yo me pensé que ya no había más remedio que ir a buscar al Señor. Y por eso fuí.

Al llegar a esto, lo último ya que podía contar el criado, quedó el ama, más que meditabunda, sumida en hondo ensimismamiento, ensombrecido el semblante; y diciéndose que en la contienda donde al "No puede ser" de su razón contestaba el instinto "Es", triunfaba éste, pues ya estaba segura de que aquello que no podía ser, *era*.

.....
—¿No tiene gana la Señorita?

—No; ya no quiero más.

—¡Pues pa lo que ha comido! Ande: otro poco de carne.

—No, no tengo gana. Me haría daño... Unicamente café puro: eso sí. Tráelo, tráelo.

—¡Es que la Señorita está como un papel!

—No, no es nada... Cansancio. En cuanto tome el café me pasará.

De un sorbo se bebió la taza entera. Y poniéndose en pie, dijo:

—Ahora vamos a donde más aire corra: a las toldillas altas.

Pero al echar a andar le flaquearon las piernas, y se acercó al criado, agarrándose a su brazo.

—¿Es que la Señorita se va a insultar? Voy a buscar al amo.

—Te lo prohibo. No necesito sino que me dé el aire.

—¡Si se va usted a caer!

—¡Qué me he de caer!... No soy ninguna niña lánguida. Descuida. que no me desmayo.

Efectivamente, no sólo no se desmayó, sino que soltó el brazo de Segismundo, diciéndole:

—Ya ves que ya no necesito apoyarme.—

Mas queriendo que él la acompañara, agregó: Pero de todos modos, ven conmigo.

Llegados a la toldilla grande, se sentó Ana en un banco del lado de babor, y al cabo de breve rato, dijo:

—Oye, Segismundo: ¿es aquí donde estaba Don Estanislao cuando lo viste anoche?

—Aquí mismo, no; un poco más allá: allí, en la estrechura, donde para entrar en la toldilla estrecha hay que arrodear la garita donde guardan los chismes del baldeo.

—El sitio no es sólo ventilado, sino encajonado. Bien pudo ahí cogerlo una corriente. He de decirle que en adelante tenga más precaución.

—No, no. Ya les dije a ustedes que no le mentaran esto.

—No me acuerdo—contestó Ana, faltando a la verdad, pues por recordarlo perfectamente ahondaba en aquel punto—. ¿Y porqué no has de decirlo?

—Porque él se puso furiosísimo cuando supo que yo le había visto. Y me dijo que yo no veía más que visiones; que estaba acostado desde antes de las once; que cuidado con decir ni a mi padre que él había subido aquí anoche.

—Hombre, no sería tanto como furiosísimo...

—Había usted de verlo. Ya se ve que no lo vió. No se lo diga, no... Ya usted lo sabe pa gobernarse con el mal; pero no se lo diga.

—Bueno, hombre, bueno: no se lo diré. ¿Qué hora es?

—Pues cerca de las tres.

—¿Nada más? ¡Qué día!... Ve a recoger y devolver los platos del almuerzo. Y luego vuelve al camarote, para que sepamos dónde estás si te necesitamos.

Apenas se alejó Segismundo se encaminó Ana al lugar donde Bopp había sido visto; rebasó la garita, descubrió la claraboya, se acercó a ella, y, mirando a través de su vidriera, vió la habitación donde se había lavado las manos, y por la puerta, abierta entonces, de la alcoba, el extremo de la almohada de Eduardo y una de sus manos, pendiente fuera de la cama.

El inquieto pensamiento de aquella mujer bregaba atollado en informe montón de indicios rebullentes: brillantes, elocuentes, sugestivos, cuando vistos uno a uno; pero incongruentes, oscuros, mareantes, si pretendía coordinarlos cual sucesivos episodios de una presunta acción donde Bopp y Eduardo pudieran haber sido actores de una escena de cuya realidad estaba cierta, sin acertar a presumir su desenvolvimiento.

A fin de proseguir con mayor ahinco sus mentales esfuerzos en aquel retirado y silen-

voz interna volvió a gritarle: "Pues lo ha habido, lo ha habido."

Mas clamaba en vano; porque, aun dado que tuviera razón en su absurda pertinacia, habría sido completamente inútil tal tenacidad, pues el hilo de las deducciones de la Señora de Lubecki estaba roto.

Pero aquella mujer parecía predestinada a que cada hora de aquel larguísimo día le trajera una nueva sugestión contrapuesta a la últimamente percibida; pues cuando a la noche en el camarote, en el estado de ánimo que acaba de pintarse, y procurando no se lo conociera su marido, oía a éste comentar la casualidad de que simultáneamente hubiesen enfermado sus dos mejores amigos, la extrañó que Walter dijera que también a Bopp le sorprendió la coincidencia cuando por él la supo un rato antes, al ir él a desearle buena noche.

Al oír esto no pudo Ana contenerse, y preguntó:

—Pero ¿no lo sabía ya?

—Ni palabra.

—Sin duda cuando Segismundo se lo dijo estaba ya con el delirio—contestó ella, ocultando su sorpresa por comprender que si dejara traslucir su pensamiento iba de improviso a encontrarse tratando con su marido el tema que tanto la asustaba.

—Indudablemente—contestó éste—. Porque la mía fué para él la primera noticia.

Sin hablar ya más, se fueron ambos a sus literas, no pegando Ana los ojos en toda la noche; pues el descubrimiento de hacerse Bopp de nuevas en lo que ya sabía por el criado, y por *habérselo oído a ella* cuando de ella escondía los ojos, dió nuevo aliento a la voz de marrras, para repetir con mayor convencimiento: "Ha sido él."

XX

DE CÓMO EDUARDO DEJÓ VER

LO QUE QUERÍA CALLAR

Al día siguiente del que tan preocupada tuvo a Ana estaba Bopp como si nada le hubiese ocurrido, y si guardó cama por prescripción de su doctora, fué por mera precaución. A Arteijo, con la cabeza relativamente despejada, no lo dejaba el dolor de ella; tenía gran laxitud, y no podía pensarse en que dejara el lecho. Tanto menos cuando, no obstante estar en cabal razón y responder acorde a cuanto se le hablaba, no tenía, en cambio, tan caudales como solían estarlo en él el equilibrio entre la sensibilidad, exacerbada, hiperestésica, y el juicio, ni la ponderación entre las emociones y la voluntad, que parecía adormecida.

De esto hablaban, a las seis de la mañana, el Capitán, que iba a enterarse de cómo seguía el enfermo, y el Doctor, que la víspera había echado al primero, a oficiales y a técnicos de las habitaciones del Comandante, a la mira de quien solamente quedaron durante la noche médico y criado: descabezando por turno el sueño en un diván del despacho.

—No, peligro no veo ya—decía Don Julián—. La noche, que no podía dormir entera y de un tirón habiendo ayer dormido como lo hizo, ha sido buena. Pero lo extraño es que solamente un sopor de unas cuantas horas, sin fiebre ni trastornos cerebrales, haya podido dejar huella tan honda como la que ha dejado: no en las funciones materiales del organismo, sino en las anímicas. ¡Qué terrible, qué terrible cosa es la enfermedad!

—Pero ¿tiene usted aún miedo?

—No lo digo por tanto, pues, felizmente, no temo ya complicaciones; sino pensando ¡cuál no será la fuerza del mal, que en tan poco tiempo ha rendido la fortaleza de hombre tan fuerte como Don Eduardo!

—Pero ¿qué le pasa?

—Pues que cuando habla no parece el hombre de siempre, ni siquiera un hombre, sino un niño.

—Pero ¿porqué?

—Porque en vez de su tranquila impavidez de siempre, de su sereno y rápido razonar en los más graves trances, y del imperio, típico en él, de la voluntad, ahora es ésta juguete de las impresiones, y él, no más dueño de ella que una señorita neurasténica.

—Pero eso es más alarmante que una calentura, por muy fuerte que fuera. Porque lo que en ese hombre vale más es su voluntad y su razón, que, por lo visto, están amenazadas.

—No, no; no se asuste, Capitán. Esto no será sino un eclipse pasajero, y no de su razón, sino de la energía habitual de su carácter: solamente un colapso, seguramente transitorio, de la voluntad. Ni las perturbaciones cerebrales se inician así, ni veo riesgo de ellas.

—Pero ¿seguramente?

—Sí, Capitán, sí: en unos días habrán desaparecido estas rarezas: en cuanto en su organismo se desvanezca por completo la estela de ese mal, que, por suerte, ha pasado muy rápidamente; pues si aun así deja tal huella, es seguro que de haber perdurado poco más lamentaríamos ahora una desgracia.

—¿Y cuál es su mal?

—Amigo Maucelo, como yo soy muy franco, confieso a usted que no lo sé.

—Pero Doña Ana...

—No se haga usted ilusiones, que debían ofenderme, pues desde lo del brazo del Coman-

dante, la confianza de usted en mi competencia ha bajado cuanto ha subido la que tiene en la de ella.

—No, Don Julián; de ningún modo.

—Si no me ofendo; si a esas cosas estamos los médicos muy acostumbrados... Y que, además, por muy alto concepto que usted tenga de Doña Ana, nunca será tan alto como el mío.

—Pero si yo no...

—Y, a pesar de eso, tampoco ve ella ahora más claro que yo. Pero, en fin, lo esencial es que desde ayer tarde ni ella ni yo vemos motivo ya para alarmarnos.

—Del mal, el menos. ¿Se le puede ver?

—Sí. Pase usted.

La visita de Maucelo fué breve. En ella le dió Arteijo muy efusivas gracias, encargándole las transmitiera a todos sus subordinados, pues ya sabía el grandísimo interés que por él se habían tomado. Pero todo lo dijo, no en el tono viril que en otra ocasión, y aun conmovido por aquellas pruebas de cariño, habría puesto en la expresión de su gratitud un hombre de su temple, sino con voz plañidera y ojos humedecidos. Dicho esto, se quejó, con mayores insistencia y pena de lo que el asunto merecía de que únicamente lo había olvidado *Pin*, su perro, que desde la antevíspera prefería, el muy ingrato, corretear por el barco y mero-dear alrededor del cocinero a hacer compañía a su pobre amo enfermo. Y llamando al criado, le ordenó buscara a *Pin* y se lo trajera.

—Tenía usted razón, Don Julián—dijo el Capitán, al separarse del médico a la puerta del despacho a cubierta—. Ese no es nuestro hombre... ¡Si le faltaba poco para llorar al darme las gracias! Pues ¿y lo del perro? Parecía un niño que hubiese perdido su *guan-guan*.

—Ya ve usted que no exageraba.

—No. ¡Rediez! No. Me voy de malísimo humor.

—No dé usted a eso más importancia de la que en realidad tiene. Dentro de unos días lo verá usted tan terne como siempre.

—Dios le oiga a usted.

Por no haber hablado Ana con el médico antes de que, movida del propósito que se verá en seguida, entró en la alcoba de Eduardo, tuvo que arrepentirse; pues, a estar enterada de la que aquél llamaba afectiva hiperestesia del enfermo, probablemente habría aplazado la ejecución de tal propósito, en vez de adelantarla, como la adelantó, al verse de improviso en la ocasión de ponerlo por obra: que no pensaba se le viniera a la mano tan pronto, y que

no era fácil preparar en forma que secreta dejara la entrevista a solas que con Eduardo deseaba tener.

Obedecía su deseo a que en la larga noche anterior el juicio había al cabo sido derrotado por los presentimientos, y éstos decidido que, a falta de otro medio viable de defender a Eduardo, el único era prevenirle se guardara de Bopp. Mas sin darse con nadie por enterado del aviso ni decir quién se lo había dado; pues, aun teniendo ella convicción de la necesidad de que adoptara precauciones, faltábanle positivas pruebas del porqué de tal necesidad.

Como también a ella le tenían la sensibilidad *algo hiperestesiada* las emociones de la víspera y la noche, se levantó preocupada con la urgencia de no demorar el aviso, para el que la asistencia de Eduardo brindábale a la sazón frecuentes y naturales ocasiones de visitarlo, mas presentando, en cambio, la dificultad de poder verlo a solas, por estar casi siempre Don Julián a su lado.

Únicamente de poder enviar a éste con cualquier pretexto al laboratorio, quedándose ella en las habitaciones de Arteijo, o de saber y aprovechar la hora en que el médico hiciese su visita a los enfermos de la enfermería...

Esto último era lo mejor. Y, por creerlo así, resolvió Ana irse en seguida a sonsacar al doctor aquella hora y a hacerle reiterar al criado la orden ya dada anteriormente de que nadie pasara a molestar al enfermo sino acompañado por los médicos o con permiso de ellos; pues así cuando ella volviera, a dicha hora allá, tendría seguridad de poder hablar a Eduardo a solas el poco tiempo necesario para decirle escuetamente que debía guardarse, y de quién.

Aun no eran las ocho. Walter iba a levantarse para ir a ver a los enfermos, atropellando su costumbre de no salir antes de las diez o las once; pues hallándose su camarote sobre cubierta, desde el último ataque de reuma tenía la *doctora* prohibido exponerse a la humedad del aire libre hasta las horas en que el Sol estuviese bien alto. Pero como los enfermos estaban fuera de peligro y Ana iba a verlos, no fué a ésta difícil hacer que Walter aplazara a más tarde sus visitas.

Salióse ella, y al llegar a donde iba halló solo al criado, que la informó de haber su amo pasado una noche bonísima; pues el muchacho no reparaba en las anomalías psíquicas que veía Don Julián. Este se había ido dos minutos antes, dejando dicho que, de venir, podría la Señora, según más le agradara, o aguardarle la media hora que él tardaría en hacer la visita, o ir a buscarlo a la enfermería, pues deseaba verla.

A saber el porqué de tal deseo, habríase Ana

ido desde luego a la enfermería; mas no suponiendo se refiriera aquél al estado de Eduardo, que el sirviente acababa de decir era muy bueno, sólo vió la propicia y deseada ocasión de hablar a aquél a solas, que, desaprovechada, acaso no volviera con la urgencia que ella creía necesaria. Por ello, con precipitación poco habitual en mujer de su ecuanimidad, dijo al muchacho:

—Está bien. En cuanto vea a Don Eduardo iré a la enfermería. Pasa y dile que estoy aquí.

En el medio minuto que el criado tardó en ir y volver se le desmandó a Ana el corazón: latiendo tan acelerado, y golpeándole con tal violencia el pecho, que oía sus latidos.

Tal se asustó, que a punto estuvo de salirse a la carrera; pero su mismo miedo al daño que Bopp pudiera hacer venció al que la inspiraba la inminente entrevista. Que Ana atenúa lisonjeándose, de una parte, con la esperanza de que no fuera por Eduardo atribuida sino a interés que ella se habría igualmente tomado por cualquier hombre en igual riesgo, y proponiéndose, de otra, reducirla a lo estrictamente preciso para prevenirle de la que lo amenazaba. Sin dar siquiera explicaciones de cómo habían nacido los terrores que la traían arrastrada; pues temía la embarazosa situación que para ambos presentía si una vez dicho lo que la llevaba se encontraran a solas y faltándoles concreto tema de conversación, o si prolongada ésta más de lo indispensable, permitiera a los pensamientos y a los corazones escaparse por otros derroteros.

A él por su parte, en el estado de *emotiva* susceptibilidad que nos es conocido, le produjo grandísima excitación pensar que por primera vez iban a verse a solas. Idea que lo turbó al extremo de que cuando el criado salía a avisar a Ana, ya su emoción y su trastorno le habían arrebatado el señorío de sí mismo.

Rápidamente, como quien piensa que los tragos difíciles pasarlos pronto, entró ella en la alcoba, y sin sentarse, y fiel a su programa de no perder el tiempo, dijo:

—Señor Comandante, por creerlo en peligro si no le aviso de lo que por falta de fundamento material de mi creencia sólo a usted puedo confiar, vengo a decirle que ha estado usted a punto de morir asesinado.

—¡Asesinado!

—Sí. Ya he dicho que no tengo pruebas, pero sí íntima y vivísima certeza.

—Pues me alegro, me alegro—replicó Eduardo enajenado y con los ojos relucientes—: ya que gracias a eso me demuestra usted que mi vida la preocupa; ya que su interés...

Alarmada del sesgo que, aun yéndose al

asunto tan rápidamente como a él se había ido, tomaba la entrevista, sin pasar por la embarazosa situación que ella esperaba la pusiera, con tiempo, en guardia contra las complicaciones que tan bruscamente se le presentaban, cortó a Eduardo la palabra, diciendo:

—El natural por quien salvó la mía y la de *mi marido*, arriesgando la suya. El obligado *en todo médico* por las personas a quienes asiste. No me interrumpa. Puede llegar alguien y no quiero perder tiempo. Sin confiar a nadie, *a nadie* lo que yo le confío ni que soy yo quien le da este consejo, guárdese bien del Señor Bopp.

—¿Del Señor...

—No me interrumpa.

—Hágalo vigilar incesantemente, precávase para que si alguien intenta entrar aquí subrepticamente, por la puerta o la claraboya, haya siempre quien pueda sorprenderlo.

—No merece tantas precauciones una vida que solamente por gratitud u obligación quiere usted conservar. ¡Qué desilusión! ¡Loco de mí, que...

Tan evidente era para Ana que el desequilibrio de las facultades de aquel hombre lo precipitaría, si no lo sujetaran, a lo que era imposible escuchase ella, que aun haciéndose durísima violencia, pues su alma respondía al amor de la de él, lo interrumpió diciéndole en tono tan seco como pudo, pero escondiéndole los indiscretos ojos:

—Señor Comandante, ya prevenido usted de lo que *mi deber me obliga* a no callarle, es ocioso hablar más.—Volvió la espalda, agarró el tirador de la puerta de salida y dijo: —Adiós.

—No, no: no se vaya usted así. ¡No, por Dios! ¡Ana, Ana!

En la angustiada y vehementísima súplica de Arteijo latía con tal brío pasión desesperada, que levantó en el corazón de ella impulso incontrastable, haciéndola volverse, perdido ya el dominio de sí.

Mas por suerte de ambos, la fortaleza vacilante de aquella mujer, cuan fuerte puede ser la flaca criatura humana, hallaba siempre en los más duros trances de su vida otra más recia fortaleza que le venía en ayuda, poniéndole delante un alto ejemplo, que hacía posible el sacrificio al compararlo con otro más excelso. Pues así como antaño, al inmolar su vida a la dicha de Walter, fué el Crucificado quien le dijo cuál era su camino, ahora, al volverse y ver sobre el lecho un crucifijo, también le decía éste que él había llegado, y ella todavía no, al término del suyo.

Y recordando el perdido imperio sobre la voluntad que, por encima de las bestias, escl-

vas de apetitos, realza a los humanos, contestó:

—No grite usted así. Si alguien le oyera, podría sorprenderle cual me sorprende a mí que no me llame Señora de Lubecki.

Dijo esto ya desde la puerta, que cerró. Salió, se apoyó unos instantes en el mármol del lavabo, pues temía caerse; pasó al despacho, y de allí a cubierta, ansiosa de encontrar un rincón muy escondido donde poder llorar, a solas y a sus anchas: mucho, mucho. Mas no hallándolo, preciso fué que el corazón se bebiera las lágrimas.

XXI

SIN PISTA

A su salida de la trastornante entrevista con Eduardo no fué Ana a la enfermería según había pensado. Pues sobre faltarle ánimo y humor para hablar con nadie, creía que quienes la viesan habrían de leerle su tragedia en el semblante: más si le hablasen de Eduardo como de cierto hablaría el médico.

Huída, pues, se subió a la toldilla y se asomó a la borda: al parecer para mirar al mar, en realidad para esconder la cara a quienes por detrás pasaran, y dejar correr tiempo suficiente a serenarla.

Decíale su dolor que era penosa, muy penosa la senda del deber. Por delante no veía sino agria cuesta sin el menor rellano donde tomar aliento para subir hasta arriba su carga. En la estrechura del barco no podía ni rehuir la vista de aquel hombre ni evitar su trato. Quedaba más de un año de verlo diariamente, de luchar no ya con él, eso habría sido lo de menos, sino consigo misma...

Cerca de media hora llevaría en sus reflexiones, cuando de ellas la sacó bruscamente Don Julián al asomar en lo alto de la escalera de la cubierta a la toldilla y llamarla por su nombre.

Era que al volver al pabellón de Arteijo y decirle el criado que la Señora había ido a la enfermería, a ésta se volvió, suponiendo haberse cruzado con aquélla en el camino; que al no hallarla la buscó en su camarote, diciéndole Lubecki era probable estuviera en el de Bopp, donde no la encontró, y que no hallándola tampoco en el comedor, donde creyó estaría desayunándose, preguntó por ella a unos marineros que estaban junto al puente, y no le dieron razón de ella; pero sí el oficial que desde lo alto de él la estaba viendo a distancia.

Enterada Ana de la larga correría en su busca, achacó el no haber ido a la enfermería

según dijo al criado, a tener pesadez de cabeza, a la cual buscó alivio yéndose a la toldilla a que la brisa marina se la despejara.

Cerciorado Don Julián de ser tal pesadez cosa baladí, manifestó que quería verla para oír su opinión sobre el exacerbado neurosismo de Eduardo del que había hablado con el Capitán, tranquilizándolo con seguridades tal vez mayores de las que él tenía. Y exponiendo sus observaciones sobre aquella extrañísima anomalía en tal paciente, a las cuales prestaba Ana atención ansiosa, invitó a ésta a acompañarlo para ver juntos al enfermo.

No consideró ella esto necesario por acabar de hacer a Eduardo su visita y coincidir en todo con la opinión del médico; pues efectivamente habíale parecido estar el Comandante demasiado excitado. En cuanto a criterio, era el suyo que por lo pronto bastaría le propinara Don Julián un atemperante, que en pocas horas les diría si la susceptibilidad nerviosa era pasajera o merecedora de especial atención. Y dicho esto, y excusándose con la necesidad de visitar al otro enfermo, se despidió de su colega.

Como hasta entonces no se había Ana cuidado sino del propio corazón, los sentimientos tuvieron hasta entonces embargada la sensibilidad, sin dejarle sentir resentimientos, que era seguro despertaran en cuanto se aplacase la violencia de aquéllos: los suscitados por la ofensa inferida a la mujer honrada, a la mujer casada a quien se había hablado en el tono en que habló Eduardo. Ni en uno ni otro paró mientes hasta enterarse del apocamiento de las volitivas energías de aquél, y así fueron en ella simultáneas las percepciones del agravio y de las circunstancias eximentes de responsabilidad del agravante.

Pues estamos registrándole el alma a la pobre mujer, preciso es, para hacerlo a conciencia, decir que se alegró de ver que en el naufragio donde se debatía no hubiese zozobrado también su estimación al hombre a quien, no pudiendo ni queriendo amar, amaba con escondido amor: encadenado dentro de ella, resignado a no satisfacerse, decidido a ocultarse. Se alegraba, y hacía mal en alegrarse; pues para su sosiego habríale más válido le viniera en ayuda para conllevar el sacrificio desestimación a Eduardo que la sirviera de coraza en las amargas luchas que en lo venidero presentaría.

Al apartarse del médico bajó a ver a Bopp, de quien para nada se acordó hasta oír a aquél mentarlo, y a quien fué a visitar pensando que sin tal recordatorio habría sido difícil encontrar al volver junto a su marido satisfactoria explicación de tan extraño olvido.

En la brevísima visita dió de alta al botánico, y al terminarla subió a su camarote, en donde halló el primer sedante que en la cruel mañana hacía menos acerbos los amargores de su alma. Pues al entrar y ver a su adorado viejecito—adorado, aunque la adoración no fuese de mujer enamorada—se sintió sobreco-gida por tierno impulso, que satisfizo, besán-dolo en la frente: no ocupada jamás, bien lo sabía ella, sino con nobles pensamientos. Y al contemplar después la dichosa sonrisa que iluminó su bondadoso rostro, aureolado con blan-quísimos cabellos, no más blancos que su alma, pensó que la sonrisa era el pago del beso que de no haberse allá vencido no habría podido dar aquí. Al volver limpia junto a su marido, dábale éste, a cambio del inmolado amor, leni-tivo a los dolores de la inmolación.

El barro de que aquella mujer estaba hecha no sentía las dichas que son solaz del barro; pero el espíritu que convertía el barro en criatura humana estaba satisfecho de sí, y el alma se gozaba en la paz de la conciencia: no era materialmente dichosa, pero sí alta y noble-mente feliz con la felicidad que desconocen, y por eso no alcanzan, quienes se cuidan poco de la propia estimación.

Pensando en esto, y recordando cuán cerca estuvo de caer en el combate recientemente sostenido, parecíale a la triunfadora milagro-so haber logrado dominar el afán violentísi-mo con que su corazón la lanzara hacia Eduar-do, cuando impetrándola él desesperadamente no se fuera, se volvió ella olvidada de cuanto no fuera ella y él.

Sí, milagroso, verdaderamente milagroso. Había sido un milagro en el más hondo y so-brenatural sentido de tal palabra. Pero mila-gro frecuentísimo en el mundo: de todos los días, de todas las horas, según saben, por ex-periencia propia, cuantos faltos de fuerzas para cumplir la ley de Dios vuelven a Dios los ojos cuando se ven a punto de infringirla.

Aquel camino del mañana, en el que un rato antes no veía la valiente mujer sino embrenñada senda a través de un páramo de secos y espinosos deberes, que ya estaba dispuesta a recorrer sin otro apoyo que el de su fortaleza, tenía también umbrías en donde descansar y cobrar bríos para llegar al término de la pe-nosa ruta: umbrías en donde a falta de la propia dicha, se acogería a los frescores de la dicha de su pobre viejecito. El deber no era ya árido, pues iba a dar frutos de alegría para Walter, en quien hallaba su mujer un fortísimo escudo que la defendía de sí misma.

Breve fué el tiempo de que dispuso Ana para reflexionar sobre lo que más que pensamientos eran emociones. Pues no habría pasado media

hora de su regreso junto a Walter, cuando llegó el criado de Arteijo, diciendo que, por estar peor el Comandante, llamaba Don Julián con urgencia a la Señora, que no tuvo sino acudir a la llamada. Aun no creyendo fuera su presencia buena medicina en aquella oca-sión para el enfermo, ni agradándole verlo es-tando tan cercana la escena en que ambos ha-bían sido protagonistas; y aun cuando hubiese ahora de verlo ante testigos: Don Julián y Walter, a quien en vista de lo alarmante del aviso dijo parecía obligado la acompañara. Sin acordarse ya de la humedad; pues a pesar de tener ya casi perdonado a Eduardo no creía sobraba viera éste que al volver a su cuarto, por la primera vez después de lo ocu-rrido, lo hacía llevando a su marido al lado.

La llamada del médico obedecía a que en vez de calmarse, iba en aumento la excitación del enfermo; pues las duras palabras de Ana al separarse de él le hicieron ver todo el al-cance de las impremeditadas efusiones con que la había agraviado. Cosa que en hombre de su rectitud, incapaz de ello en sus cabales, unida a su anormal impresionabilidad, deter-minó exacerbación del neurosismo, que alar-mó al médico por atribuírle, no a una causa moral por él desconocida en absoluto, sino a peligrosa agravación de la dolencia física.

Sumariamente informada Ana por Don Ju-lián de los extraños síntomas de la complica-ción y de su deseo de que por sí misma los apreciara, pasaron ambos a la alcoba en com-pañía del marido, a quien ella invitó a entrar con ellos.

—¿Qué tonterías son ésas?—dijo el anciano, aparentando con festivo tono despreocupa-ción que no tenía después de haber oído al mé-dico—. ¡Nervics, nervics! ¡Un hombre como usted! No sé cómo no se le cae la cara de ver-güenza.

La impresión de Arteijo al ver a su anciano y cordial amigo fué grandísima; pues instan-táneamente lo acusó la conciencia de desleal, y en seguida agregó la suspicacia que para darle en rostro con su deslealtad se lo traía Ana. A quien no quiso mirar, por miedo de morirse de vergüenza, como decía Lubecki. Pero no por la causa de que hablaba éste, sino por otra mucho más dolorosa. Por ello contes-tó perplejo y conmovido:

—Sí, verdad... No sé... No sé lo que me pasa... Tiene usted razón, parezco un niño, una mujer... *Debía caérseme la cara de vergüenza.*

—¡Ca, hombre! Eso no vale nada: mañana será usted otra vez el de siempre.

Despertando en Eduardo la idea de que efec-tivamente él no era el de siempre, las palabras de Walter le hicieron ver con evidencia, den-

tro de sí mismo, que ni del embotamiento del juicio para pesar sus actos, ni de aquella flaqueza de la voluntad para resistir impulsos del corazón era responsable sino su cuerpo, pero no su conciencia; y anhelante de que como él lo viera Ana se apresuró a contestar:

—Sí, tiene usted razón. Eso es, *que no soy el de siempre*, sino un hombre que no sabe qué dice, ni qué hace; pues digo y hago cosas que en mi estado normal jamás haría; que me avergonzarían, no que me avergüenzan, como debilidades incomprensibles en mí. Y que aun no siendo de ellas conscientemente responsable, siempre me pesarán como un mal sueño.

—Pare, pare—dijo Don Julián—. Por ahí, por ahí, en la voluntad del enfermo de reaccionar contra su mal, está el mejor remedio de estas crisis nerviosas; pero no exageremos, ni tomemos con tal calor las pequeñeces. Porque también las reacciones tienen sus inconvenientes si son descompasadas.

Ana no decía palabra, pero había entendido.

—Es que conozco—prosiguió Eduardo—que tan poco dueño debo de haber sido de mí mismo que hasta temo haber ofendido, no deliberadamente, tal vez a usted mismo, Don Julián, tal vez a alguna otra persona de las que de mí se cuidan.

—¡Qué tontería! Deseche esas cavilaciones. No ha ofendido usted a nadie.

—¿Está usted seguro?

—Don Julián tiene razón—dijo compadecida Ana, conociendo que la pregunta hecha al médico no era para él, sino para ella—. Esas cavilaciones no son buen medio de recobrar el dominio sobre sí que le apena haber perdido, y conviene recuperar cuanto antes. Deséchelas; porque en último extremo, y aun dado que haya usted ofendido a alguien, con que él oyera a usted ahora olvidaría la ofensa.

—Eso es hablar—dijo Lubecki, que tratándose de Ana era cuando únicamente chocheaba.

—Y sobra ya cuanto se hable, pues lo preciso ahora es dejar tranquilo al Comandante.

—Dice usted bien, Doña Ana.

—¿No advierten ustedes muy mal olor?—preguntó Lubecki—. Desde que entré...

—Sí—contestó Don Julián—. Ya antes me llamó la atención. Y por eso hace rato que mandé abrir la lucerna.

—Yo también lo noté cuando aquí estuve a primera hora. Y luego no he vuelto a acordarme de ello. Pero entonces no era tan fuerte como ahora.

—A mí me está molestando hace rato. Sobre todo al volverme hacia este lado de la cama. Cuando entraron ustedes iba a llamar a Manuel para que viera si hay por ahí al-

gún pedazo de carne que haya traído Pin. Porque el hedor es a carne descompuesta.

—A ver. A ver debajo de la cama.

Levantó Don Julián la colcha, y después de inclinarse y mirar debajo del lecho, dijo:

—Allá, en el rincón, se ve un montón obscuro, pero no distingo qué es. Manuel, Manuel.

Acudió el criado, que tendido se arrastró hasta llegar a donde el médico decía, y de allí sacó al pobre y calumniado Pin, que no estaba merodeando en la cocina, sino muerto debajo de la cama de su amo.

—¡Pobre animalito!

—¡Pobre Pin!

—Sí; pero sácalo, llévatelo, que apesta. Y tíralo al mar—exclamó Don Julián.

Inmediatamente detrás de Manuel, que a rastra se llevaba el perro, salió Ana, dejando despidiéndose de Arteijo al médico y a Walter, que en seguida salieron al despacho en el momento de ordenar ella al criado que en vez de tirar el perro al mar lo llevase a la sala de operaciones de la enfermería.

—¡A la enfermería!—exclamó Don Julián muy asombrado.

—Sí, me he tomado la libertad de revocar la orden de usted por creer conveniente que reconozcamos a ese animal; pues a juzgar por su hedor debe de haber muerto hace dos o tres días, y porque si su enfermedad era infecciosa acaso haya contagiado a su amo.

—¡Una infección! Pero si el Comandante no... Bueno; como usted quiera.

Lubecki se fué a ver a su compatriota mientras por el camino de la enfermería la médica decía al médico:

—Ya he visto el asombro de usted. Yo tampoco creo en tal infección; pero no era discreto ser más explícita delante del criado.

—¿Entonces?

—El no haber en los vómitos vestigios de veneno no prueba sino que Don Eduardo no ha ingerido ninguna substancia ponzoñosa por el tubo digestivo; pero he pensado que, a poder verle los pulmones, tal vez halláramos huellas de un gas tóxico...

—¡Ah!

—... que no habiendo podido matarlo, ha matado al perro que era menos resistente.

—Sí, puede ser; aunque...

—Por eso sin perder momento vamos a hacer la autopsia a ese animal.

—La haré solo. A usted ha de serle violento y todavía más en el estado de descomposición en que está.

—Y ¡qué le hemos de hacer! A usted no ha de olerle mejor que a mí.

—Sí; pero es diferente... ¡Una señora!

—No, Don Julián: un médico. Ahora nada más: un compañero que va a ayudar a usted en tan desagradable faena.

Una hora después la inspección de los pulmones del perro hacía a Don Julián participante en las sospechas de Ana.

Mas para convertirlas en certeza plena y saber cuál era el veneno, habrían de aguardar el resultado de un laborioso análisis, practicar inoculaciones en ratas, que en El Iberia abundaban, examinar vísceras y jugos orgánicos. Cosas todas en las que el jefe del laboratorio, muy competente en química industrial, no estaba ducho. Por ello, Don Julián y Ana, o mejor dicho, Ana, ayudada por aquél, realizaron toda la labor.

Cuatro días después estaban convencidos de que *Pin* había muerto envenenado con Z-13, un estupefaciente gas de guerra, cuya dosis no había sido suficiente para matar a Eduardo, mas sí para narcotizarlo intensamente.

Ya estaban explicados el súbito sopor y los subsiguientes vómitos reflejo de violenta jaqueca que habría de perdurar por varios días, tal vez por meses; pues ésas y otras muchísimo más graves suelen ser las consecuencias, en los que escapan bien, a los gases de guerra. Conquista preciadísima de la ciencia del siglo xx, de cuyos progresos se envanece nuestro civilizado mundo.

Ya estaban explicados el decaimiento, el neurósismo y los colapsos de la voluntad.

Las consecuencias del crimen estaban perfectamente claras; pero el crimen en sí no podía estar más oscuro. Por ello decía Don Julián:

—Pero ¿cómo es posible que aquí se haya preparado eso?... Respondo como de mí mismo de nuestro jefe químico y de su ayudante. Sin contar con que en este laboratorio no tenemos las potentes máquinas compresoras indispensables para preparar el Z-13. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Pero sí que al perro lo han matado con ese gas...

—Sí, sí.

—... qué espontáneamente no se ha producido, ni por sí solo ha entrado en el camarote; que quien lo haya traído debía de buscar más que la muerte de ese animalito.

—Verdad, verdad. Pero, además, ¿quién, quién? Si todo el mundo a bordo adora a Don Eduardo. Pero como alguien es, y es preciso buscarlo, debemos informar de esto al Comandante y al Capitán para que hagan pesquisas.

—Sí, tiene usted razón: hay que enterarlos.

Reflexionaba entonces Ana si debería aconsejar que desde luego se orientaran las pesquisas hacia Bopp. Pero, pensando en la im-

posibilidad de preparar el Z-13 en el laboratorio, le parecía todavía más imposible pudiera haberlo fabricado aquél sin laboratorio ni ingredientes. Suponer que de Varsovia lo trajera ya preparado, cuando ni idea tenía de existir en el mundo un Eduardo Arteijo, era igualmente absurdo. Al advertir esto temió que sus presunciones, aparentemente bien fundadas, podían no ser sino acumulación de coincidencias y prejuicios, semejantes a las que los anales de la criminología consignan como causas de notorias equivocaciones judiciales, y la asustó la posibilidad de hacerse responsable de error análogo, y hasta dudó si al prevenir a Eduardo contra el botánico no habría procedido con censurable ligereza.

Por esto en la conferencia celebrada el mismo día por ella, el médico, Maucelo y Eduardo—desde hacía tres días levantado y casi en normal salud—procuró, en cuanto pudo, atenuar la impresión en el último del aviso, insistiendo en el peligro de que falaces indicios arrastren, en casos como aquél, a temerarias interpretaciones, recalcó insistentemente la imposibilidad con que para preparar el Z-13 tropezaría quien no dispusiera de un laboratorio *ad-hoc* montado, e hizo resaltar que el descubrimiento del gas era posterior en cuatro días al hallazgo del cadáver del perro, lo cual bastaba para que Eduardo entendiera “posterior al aviso”.

Por si no obstante pudieren a la postre resultar justificadas sus ya vacilantes sospechas, insistió en que no fuera exceptuado camarote ni equipaje alguno del registro que, pretextando un supuesto robo, se resolvió practicar en busca de prueba o indicio de quién fuese el poseedor del Z-13.

El registro, efectuado inmediatamente con gran escrupulosidad, comenzó por los camarotes de Mister Shifter, primer sospechoso en opinión de Maucelo, y de su ayuda de cámara, y después fué extendido a todos los del buque, sin que de él se obtuviera resultado ninguno.

En vista de esto, decidió Maucelo que en el cuarto de derrota, que desde el puente dominaba los accesos del pabellón del Comandante, turnarían por noches él, los oficiales, los ingenieros y nadie más, en constante vigilancia mientras Eduardo permaneciera en el barco. Cuando saliere en el anfimóvil, Roca se encargaría de guardarlo.

Por último, Manuel dormiría en el despacho, y en los ángulos con el piso de las paredes de las habitaciones de Arteijo fueron taladrados una docena de agujeros de a pulgada, para que si de nuevo fuere inyectado el mismo gas, más pesado que el aire, pudiera, por aquéllos,

escapar a la cubierta, difundirse en el aire libre y hacerse inofensivo.

Inútil fué protestara Arteijo de las molestias que se iban a imponer a sus oficiales, para rodearlo de precauciones para él vergonzosas; pues contestó Maucelo que siendo, a bordo, amo el Capitán, y no pensando éste pedir permiso al Comandante, la negativa era improcedente.

Como término de cuanto tiene relación con este obscurísimo asunto, diremos que aun cuando ni con Arteijo ni con nadie se dió Lubecki por enterado del descubrimiento del veneno, tuvo noticia de él por Ana, que habiendo hablado de ello con Don Julián y Maucelo no creyó debía ocultárselo. Pero calló todas sus anteriores investigaciones personales y las sospechas que había tenido...

¿Había tenido? ¿Tenía? Ni ella misma era ya capaz de contestar a estas preguntas.

XXII

NUSSI-TOLO SE PONE A LA FAENA

Se había intentado cometer un crimen, era indudable, y habiendo crimen no podía menos de haber un criminal. Se conocía el instrumento con que éste quiso realizar su propósito. Y aquí paraban los descubrimientos de la Señora de Lubecki, que ni podía decir cómo había sido ejecutada la tentativa, ni señalarle autor, ni tenía pista para buscarlo.

¿Llegará tiempo en que Ana vea claro en tan tenebroso asunto? Probable no es, y por si no llegare, como no es cosa de quedarnos nosotros tan a oscuras como ella, volvamos junto a gentes que ha tiempo no vemos, y tornemos a la víspera de las enfermedades de Bopp y de Arteijo cuando Balboa estudiaba la memoria del último.

Ya sabemos que el botánico fué enterado por su contrincante de ajedrez de la urgente ocupación que impidió continuar la partida pendiente. Agregamos ahora que el mismo Bopp sabía, a media noche, que Balboa continuaba encerrado en el despacho del Comandante, porque él y Shifter tenían perfectamente vigilada la puerta de él. De otra parte, ni uno ni otro de los dos bribones habían visto a Arteijo sino de refilón a las horas de comer y cenar; y estando ciertos de que a sus habitaciones no había vuelto sino entre las 23 y las 24, ni parecido en todo el día por las de Lubecki, ni por el puente, ni por la cubierta, relacionaron los quehaceres de Balboa y su jefe, suponiendo que entre ambos preparaban algo importante.

Llegados a esta consecuencia, bajó Shifter a los camarotes del personal subalterno en

busca de su ayuda de cámara, con quien Bopp deseaba cambiar impresiones sobre el eclipse de Arteijo y la larga encerrona del ingeniero en el camarote de aquél.

Mientras el notario iba en busca de Nussi-Tolo quedóse Bopp aguardándolos en el fumadero, donde con el primero, y desde que acabaron de cenar, había estado conversando a solas, pues ya se habían recogido la tripulación y el pasaje.

Desde aquel lugar, e instalados junto a una ventana frontera al pabellón, habían visto a Arteijo regresar a la hora citada, y allí estaban decididos a permanecer en tanto no vieran salir a Balboa.

Para la buena inteligencia de lo que va a seguir, preciso es dar detalles de la disposición de las habitaciones que ya sabemos componían el departamento del Comandante. El despacho tenía dos puertas: una a la parte central de la cubierta, siendo ella la única al exterior de todo el pabellón, y otra al cuartito de aseo, o antealcoba, entre despacho y dormitorio, comunicante con el último por tercera puerta. El despacho tenía además ventana a la cubierta; la alcoba, otra al mar, en la banda de babor, y el cuartito intermedio sólo recibía ventilación y luz por la claraboya, que, en forma de torrecilla piramidal cuadrada, sobresalía del techo de esta habitación, que, como el de las inmediatas, era piso de una de las dos toldillas corredores. Prolongaban ambas a manera de alas, por babor una y por estribor otra, la gran toldilla central de banda a banda; pero en vez de estar a cielo abierto, como ésta, formaban cobertizo, cuyas techumbres descansaban en las columnas laterales. Los costados de ellas, hacia lo interior del buque, tenían cerramiento, estando abiertos desde los barandales a las techumbres los que daban al mar.

Del piso, pues, de la toldilla de babor sobresalía cosa de tres o cuatro pies la claraboya mencionada, cuyas vidrieras estaban caídas cuando Bopp aguardaba en el fumadero, y Shifter buscaba a Nussi-Tolo recorriendo infructuosamente los camarotes de ambos, cantina, pasillos y cuantos lugares, que a dicha hora no podían ser muchos, en donde su ayuda de cámara pudiera andar. Sin que se le ocurriera buscarlo en la toldilla de que acaba de hablarse, y en donde junto a la lucerna y arrebujo en su capote, tenía la atención compartida entre la tarea que ahora se dirá y la vigilancia del solo lado del corredor por donde era posible llegara alguien; pues al opuesto no tenía salida. Posible, pero inverosímil en avanzada hora y en lugar que no era paso para ninguna parte: inverosími-

litud no suficiente a que el japonés se descuidara en dejarse sorprender en su faena, ni en tener ya prevista la salida de la remota contingencia. Pues de llegar alguien apenas necesitaría explicarle su estancia a tal hora a la intemperie por sobrar a explicarla la peste de que estaba impregnado su capotón, y la que hacía imposible permanecer en su camarote, donde se le había vertido un frasquito de éter del botiquín de su amo; y porque no pudiendo respirar allí, y necesitando que el aire le oreada las ropas, se había subido a donde estaba.

Otro en su caso—y su caso era el de quien ejecuta a hurto ilícita labor—habríase esforzado en pasar inadvertido, mientras que él se las había arreglado de modo que, cuando no lo viera, forzosamente lo olería quien por allí pasara. Nueva prueba de no ser Nussitolo un tuno vulgar.

Pero nadie llegó. Ni siquiera Shifter, que, cansado de inútiles pesquisas, volvió a decir a Bopp que era preciso renunciar a hablar con Nussitolo hasta el siguiente día, o mejor dicho fecha, puesto que luz del día alumbraba la noche en que ocurrieron los sucesos que comenzamos a relatar.

¿Qué hacía entre tanto el sabio japonés? junto a la claraboya? Entonces, casi nada: aguardar la salida de Balboa. Y no por mera curiosidad de saber la hora de ella, único objeto de la centinela de los de abajo, sino esperando que lo que arriba acababa él de hacer lo enterara de algo más. Tal vez entonces, tal vez andando el tiempo.

Dos horas antes había llegado a la toldilla en la seguridad de que Arteijo no estaba en su camarote, porque a la salida de la cena le había visto tomar hacia popa, por un largo pasillo del entrepuente, y supuesto iría a la consabida cámara del anfitrión, a donde, por lo pronto, no podía darse el gusto de seguirlo. Tenía también certeza de que Balboa continuaba encerrado por habérselo dicho momentos antes Shifter, que no supo a dónde se iba su criado al salir del fumadero, a donde había ido a hacerle tal pregunta. Llegado arriba, y haciéndose pantalla con las manos, miró con toda indiscreción por los cristales de la claraboya, viendo que no había nadie en la habitacioncita de debajo, abierta la puerta de ella a la alcoba, igualmente inocuada, y cerrada la de comunicación del tocador con el despacho, tras la cual forzosamente había de estar el ingeniero.

No era mucho, pero sí suficiente por lo pronto, como certeza de que desde el otro lado de una puerta cerrada no habría de oír el de

abajo ruido tan leve como el que arriba hizo él al arañar, con el diamante de una sortija, el cristal de uno de los bastidores móviles de la vidriera.

Hecha esta primera incisión, que cruzaba el vidrio de arriba a abajo, llevó el diamante a un punto de ella cercano al borde inferior del bastidor, y desde allí hizo otros tres arañazos divergentes, con apariencia de rayas en estrella semejantes a las que en vidrieras montadas como las de la lucerna suelen producirse al caer de golpe aquéllas con fuerza suficiente a cascarlas, pero no a hacer saltar sus pedazos, que mutuamente se sostienen mientras no reciben nuevo golpe o sobre ellos no se ejerce presión.

Entre los más pequeños trozos del cristal eligió uno comprendido entre dos incisiones contiguas al borde inferior de aquél preso en el marco bajo la pestaña de un listoncillo sobrepuesto, y anteriormente solevantado introduciendo la navaja entre vidrio y pestaña y apalancando suave pero insistentemente en el primero. Con el mango de aquélla dió suaves golpes sobre un pañuelo doblado encima de las dos incisiones, que, calando a todo el grueso del cristal, dejaron libre el trozo de sus adherencias a los inmediatos. Sacó del bolsillo un botezuelo con una substancia peguntosa, que en muy pequeña cantidad, para que secara pronto, extendió sobre su pañuelo, aplicando éste sobre el trozo del cristal, del cual tiró, con aquél, cuando la pegadura estuvo seca, y que, gracias al ahuecamiento del listón del marco, pudo ser levantado hasta sobresalir de la superficie de la vidriera. Entonces lo cogió por el ángulo opuesto al marco y lo sacó de debajo de la pestaña. Quedando abierto un boquete hasta entonces cerrado por dicho pedazo.

Logrado esto introdujo la mano por el agujero, y con la mano una cajita, del tamaño y forma de un reloj de bolsillo, dejándola sobre la cortina plegada a un costado del hueco de la claraboya en lo interior de ésta, que al día siguiente había Don Julián de descender cuando ya vimos, poco antes de descubrir Ana la mancha azul en el espejo.

Para impedir que por la rotura se estableciera tiro de aire que hiciera mirar hacia arriba, y la descubriera a quienes más adelante entraran en la habitación, entonces desierta, volvió a encajar, entre pestaña y marco, el pedazo de cristal, tapando el hueco que al levantarlo había dejado, pero sin ajustar en él exactamente, por impedírselo un flexible eléctrico recubierto de seda que, partiendo de la cajita de abajo, salía entre los bordes del tro-

zo y los cristales adyacentes a él y no desprendidos.

La cajita era un micrófono tan sensible como pequeño, y el otro extremo del alambre a él empalmado estábalo a un auditivo telefónico, todavía en el bolsillo de aquel ingenioso y hábil marrullero, que lo sacó en seguida para aplicárselo con frecuencia a la oreja. Con un *teje maneje* completamente inútil durante media hora, hasta que al fin oyó, y no por su teléfono, unos pasos firmes y rápidos sobre cubierta, que supuso serían del Comandante por detenerse casi debajo de donde el japonés se hallaba.

Había llegado la hora de acercarse el auricular al oído. Ya para no separarlo de éste durante largo rato, mirando, al mismo tiempo, cautelosamente por la claraboya la parte alta de la cerrada mampara entre el cuartito y el despacho de Arteijo.

Oyó el golpe de una puerta al cerrarse, que, no siendo la que cerrada tenía a la vista, no podía ser sino la de entrada del exterior; después, ruido de voces. No pudiendo entender lo que decían, y bien le contrariaba, por llegarle confusas: a causa de interponerse la mampara entre ellas y el micrófono.

Por unos cuantos minutos, no muy pocos, y que a él le parecieron muchos, continuó oyendo el mismo inexpresivo mosconeó, hasta que vió abrirse la puerta del cuartito de abajo. Al fin iba a oír, pero no a ver; pues antes que la mampara fuese abierta por completo, ya había él echado hacia atrás la cabeza, rehuendo ser visto en el evento, no probable, mas posible, de que los de abajo levantarán los ojos hacia la lucerna.

He aquí lo que oyó a Arteijo y a Balboa:

—Pues que así lo prefiere, haga lo que quiera. Para dormir no me estorba usted lo más mínimo.

—Y en cambio yo no podría pegar los ojos si me acostara sin llegar al fin de eso.

—¿Qué será eso?—pensaba Nussi-Tolo, intrigadísimo—. Ya podían hablar más claro.

—No le sorprenderá a usted que esté interesadísimo y quiera llegar de un tirón al fin de la memoria: aquí o llevándomela a mi camarote.

—Aquí, aquí. Ya sabe que no quiero que de aquí salga.

—Yo creía... Como antes dijo usted que en cuanto acabe la copia nos llevaremos cada uno un ejemplar.

—No, eso, no. El de usted quedará a su disposición; pero aquí, en esa mesa, y el otro en mi *bureau* de allá; pues no me fio de otras llaves que de las de una y otro.

—Ya. Pues que duerma usted bien.

—Tal espero. Cuando acabe usted guarde en el cajón el original y lo que de la copia lleve hecho. Y traiga y meta la llave de él en el de la mesa de noche.—Arteijo estaba ya en su alcoba.—¿Tiene usted todavía para mucho tiempo?

—Pienso que para hora y media o dos. Dos y media a lo sumo, salvo algún atasco; pues el acabar la copia, que tengo ya mediada e interrumpí por faltarme paciencia para ir enterándome al lento paso de ella, lo dejaré para mañana. Adiós... ¡Ah! Pero al marcharme tendré que despertar a usted para que eche la llave a la puerta del despacho.

—No es necesario: se cierra sola al golpe. Y desde cubierta no puede abrirse sino con el llavín que siempre llevo conmigo o con el que tiene mi ayuda de cámara.

—No es malo saber—se dijo Nussi-Tolo—que es un doméstico colega quien tiene esa llave; pues la memoria que ella guarda no ha de interesarme menos que al Señor Balboa.

—Adiós.

—Hasta mañana.

En seguida oyó el japonés claramente en su teléfono los ruidos que Arteijo hacía al descalzarse, correr la cortinilla amortiguadora de la luz entrada por la porta que cerraba la ventana y meterse en el lecho. Claridad auditiva indicadora de que debía continuar abierta la puerta del dormitorio al cuartito de la claraboya, a cuyo cristal acercó el acechante la cabeza, viendo cerrada la mampara del despacho y abierta, efectivamente, la frontera. De la alcoba sólo alcanzaba a divisar una columna de la cabecera de la cama del Comandante, un extremo de una almohada y la mesa de noche.

Para que tranquilo se durmiera el de abajo dejó el de arriba pasar un rato; pues pensando que el entarimado de la toldilla era techo de la alcoba, no quería hacer ruido, por leve que fuera, en la lucerna, hasta tener confianza de que aquél estaba bien dormido. La espera no fué larga, pues antes de transcurridos diez minutos le hizo oír el teléfono el acompasado e intenso resollar de un hombre robusto y bien sumido en profundo sueño. Ni aun por eso se movió todavía Nussi-Tolo; pues fuese por deseo de aguardar a que el sueño se hiciese aún más profundo, fuese porque su avisado ingenio trabajara en sacar deducciones de lo recién oído, acaso en hacer planes, aun dejó pasar cerca de un cuarto de hora antes de decidirse a levantar con grandísimo cuidado el pedazo de vidrio; pero no más de lo suficiente para sacar, cobrando alambre, el micrófono que de éste colgaba.

Hecho esto, y antes de restablecer en su si-

TIERRAS RESUCITADAS

ANA BATTORI



hasta que arrastrándolo por la cama logró sentarlo en ésta. Para que no se resbalara, lo encajó de espalda en el rincón, en donde estaba el lecho, acunándole el cuerpo con las almohadas y mantas embutidas entre él y la pared.—
Cap. XXV.

tio el trozo de cristal, introdujo una cinta por debajo de éste, dejándola apresada entre los bordes de él y los de la rotura de la vidriera, que el pedazo cerró al descender, sobre ella. Las puntas de la cinta quedaron asomando por ambos lados del trozo ya encajado. Nada de esto produjo ruido perceptible ni a la persona del más finísimo oído. Al acabar miró el reloj, diciendo: "Si ese de la memoria no se pone muy posma, habrá tiempo para todo antes de que nadie se levante." Y separándose de la lucerna, echó a andar despacio toldilla adelante.

Eran las 24 y 20, o, con más propiedad, las 0 y 20, y entonces iban a comenzar las más importantes faenas del sabio nipón en aquella pseudo-noche en que sus maniobras no eran protegidas por lobregeces propias de una auténtica, sino únicamente porque su luz no era óbice para que el sueño mantuviera cerrados casi todos los ojos, y porque el sitio de la ejecución de aquéllas estaba resguardado de las vistas de la poca gente de servicio a tal hora.

Lo que por hacer quedaba a Nussi-Tolo no debía de ser poco, si a ello se refería, cual parece verosímil, aquel *todo*, para lo que pensaba tendrían tiempo. Y, sin embargo, no daba por perdida la media hora de la espera a que Arteijo cogiese bien el sueño; pues durante ella lo había tramado todo: todo menos la última marrullería, urdida cuando bajando la escalera a la cubierta pensó que la cinta de sujeción del cristal sería un peligro de sobrevenir dificultad imprevista que le impidiera retornar a quitarla antes de levantarse los de a bordo; pues si alguien con mediano meollo reparara en ella, vería en seguida el listón falseado y podría dar a Arteijo el alerta de tener en su barco quien se interesaba en sus asuntos con curiosidad que no le sería grata. Y de esto a sospechar de los dos extranjeros, que no por gusto de él lo acompañaban en su viaje, no veía Nussi-Tolo sino un paso.

XXIII

EL Z - 13

Poco hacía que al no hallar a su ayuda de cámara dijo Mister Shifter que aquella noche no lo verían ya, cuando la llegada de Tolo a donde notario y profesor estaban, le estropeó el vaticinio y no le satisfizo las curiosidades de saber en dónde diablos había estado metido ni porqué apostaba tan espantosamente a éter; pues a las dos preguntas contestó, digo, no contestó, sino que replicó el recién venido, diciendo:

—Ya lo sabrás cuando podamos perder tiempo, que ahora nos hace mucha falta. Usted, Bopp, va a hacerme el favor de venir en seguida a mi camarote; pues hemos de hablar urgentísimamente. Tú súbete ahora mismo a sentarte en el banco de esa toldilla junto a la claraboya del camarote del Comandante.

Un cristal de ella está cascado, y uno de sus pedazos calzado con una cinta. Te sientas en el extremo del banco más inmediato a la lucerna; y si nadie parece por allí antes que vaya yo, nada más tienes que hacer. Pero si oyes acercarse a alguien, fingete dormido. Y si vieres al importuno acercarse a la claraboya, con riesgo de que vea la cinta, simula despertarte sobresaltado, levántate, vacila y déjate caer con el codo sobre la vidriera, haciéndola añicos.

No abras esos ojos. No hay peligro de que cayendo abajo te rompas nada, pues atravesado no cabes por la lucerna. Y aunque algún daño es probable te hagas, eso es lo de menos, pues lo importante es que nadie vea la cinta, y que a tu torpeza sea atribuida la rotura del vidrio.

Esta era la marrullería que antes dijimos se le había ocurrido a Nussi-Tolo cuando bajaba la escalera. Y que no pareciendo muy del agrado del presunto ejecutante, le hizo contestar:

—Pues si la cintita es lo que no se ha de ver, con quitarla...

—Guárdate bien de ello. Porque si el diablo no se mete por medio, obligándote a hacer el estropicio, la cintita me hace falta allí.

—Pero si los tres nos vamos de aquí, no podremos averiguar, como nos encargó usted, cuándo sale el ingeniero.

—No pase cuidado, Señor Bopp; desde donde Shifter va a colocarse oírás el ruido de la puerta al cerrarse. Además de que antes hemos de estar de vuelta; pues el Señor Balboa tiene ahí dentro tela cortada para una hora, cuando menos: acaso para dos.

—¡Que tiene! Pero ¿cómo lo sabe usted?

—Digo a usted lo que a Shifter: las explicaciones retrospectivas las daré con mucho gusto, pero en ocasión menos atareada. Lo que por ahora importa y basta es *que lo sé*.

—Este hombre es el demonio.

—Bueno. Pues tú a lo tuyo, y yo a mi camarote, a donde me hará usted el favor de bajar en cuanto haya medido los pies que de frente y de profundidad hasta la borda tiene ese pabellón. No llame usted al llegar abajo, pues hallará entornada la puerta; ni una vez dentro me hable sino lo estrictamente imprescindible: en voz baja, para no despertar a mis

vecinos, y en inglés, pues uno de ellos sabe francés.

Un minuto después estaba el australiano en el banco consabido, y en dos llegó el japonés a su camarote, donde tres más tarde entraba el polaco, que en cuanto estuvo adentro vió a su jefe—pues como tal obraba Nussi-Tolo y como tal le había ya consagrado su indiscutible superioridad—delante de un maletín abierto sobre su litera, lleno de frascos, o más bien frasquitos, pues casi todos eran muy pequeños, de cajitas metálicas, y con toda la apariencia de un botiquín de campaña, que no era; pues las substancias contenidas en botes y cajas no se habrían hallado en los catálogos de ninguna farmacopea. Aun cuando tarros, tarretes y ampollitas llevaban rótulos de los más usuales e inocentes medicamentos. Pero tan falsos como el nombre, la mirada y el alma de Nussi-Tolo.

Después de consultar en su libro de memorias la clave de los verdaderos nombres de las supuestas medicinas, y precisamente en el momento de entrar Bopp en el camarote, tomó el japonés del botiquín un bote donde se leía *Perborato de sosa*. Y al ver que el botánico lo miraba sorprendido señalando el letrero, como no comprendiendo en qué iba el otro a emplear tal preparado, movió negativamente la cabeza, y en una hoja del libro de memorias escribió con lápiz una letra y dos guarismos, que mostró a Bopp, tachándolos en seguida hasta dejarlos ilegibles, dejando a aquél estupefacto, pues aquello era el nombre de un terrible narcótico. Terrible, porque si siempre va muy poco de narcótico a veneno, en aquél va poquísimo: al extremo de que sólo contados y expertísimos químicos se atreven a emplearlo; pues el menor descuido en la dosificación acarrea espantosas consecuencias. En cambio, en los ejércitos ya había sido empleado por barriles.

¿Su composición? Se calla, porque esto no es escuela de bribones, y el que quiera aprender *química criminal*, vaya a doctorarse en uno de los laboratorios oficiales de diversos países donde ahora se estudian perfeccionamientos que hagan aún más mortíferos los gases asesinos de la de 1914 a 1918 (1).

Tan pronto hubo tachado el nombre que tan gran impresión había producido, preguntó Tolo a Bopp, muy calladito, las dimensiones de la planta del departamento de Arteijo. Y cuando, de igual modo, le fueron comunicadas, abrió otra maleta—de las que entre propias y de su amo tenía gran surtido—, y con un metro plegable que sacó de ella midió la longitud del pie de quien le daba aquellas dimensiones; hizo la reducción a centímetros del ancho y del largo del camarote; dedujo en metros cuadrados la superficie en junto de las tres habitaciones de él, y, multiplicándola por ochenta centímetros, obtuvo el volumen de un cubo de aire cuya base fuera la calculada superficie, con altura algo mayor que la del lecho donde dormía el Guardián de la Paz: unos quince metros cúbicos, en números redondos.

El bote donde bajo embustero rótulo se hallaba contenida la preparación química, no era de vidrio, sino de metal, con tapón a rosca; pues aquella, que al aire libre y presión ordinaria es gaseosa, necesita para mantenerse líquida hallarse sometida, por lo menos, a la de diez atmósferas. De aquí la robustez del bote. En cuanto de aquéllas quedara libre el líquido se volatilizaría instantáneamente, dando lugar al combinarse con el aire al estupefaciente gas Z-13, que, como el ácido carbónico, es más pesado que aquél, y, como dicho gaseoso ácido, tiende a separarse del aire puro. Subiendo éste a lo alto del recipiente o habitación donde esté la mezcla, bajando el Z-13 a las partes inferiores, y permaneciendo en ellas en tanto no sea aventado o se le abra salida por abajo.

Basta la proporción de un mililitro de tal gas en diez litros de aire para narcotizar rápida y profundamente a quien lo respira. Pero a poco que se vaya la mano en la dosis, o cuando aun sin forzarla se hace a los narcotizados respirar el gas durante treinta o cuarenta minutos, según el diverso vigor de las naturalezas, es ya inútil pretender despertarlos del que ha pasado a ser sueño eterno.

Antes se ha dicho que éste era descubrimien-

llantes regimientos de amazonas británicas, que al despertar aprisionaron en la red de sus encantos a la totalidad del ejército invasor.

¿Pero qué tiene esto que ver con la crueldad de los beligerantes de la pasada guerra?... Tiene y mucho, porque si los plagiarios hubiesen seguido sin modificaciones el camino que Ignotus les trazaba con el originario invento, habrían usado inocentes gases narcóticos en vez de gases mortíferos, y habrían hecho dormidos en vez de muertos y lisiados.

Y de haber seguido tal ejemplo no se habría llegado a inventar el Z-13, ni a matar con él al pobre Pin.

(1) Esto es prueba de la innata crueldad de los hombres, pues los gases asfixiantes, lacrimógenos, etc., que tan grandes daños hicieron en la pasada guerra, no fueron sino plagio de una *invención de Ignotus*, lo que, aunque su modestia se resiente, debe hacer constar por ser verdad, ya que antes que los terribles gases citados aparecieran en los campos de batalla, ya había él empleado—según demuestra su disparate profético titulado “El fin de la guerra”, octubre de 1914—su *pirozomozonal* en dormir a todo bicho viviente en la Gran Bretaña, hasta a los bri-

to añejo en 2003, y que las víctimas que en el mundo llevaba hechas sumaban muchos centenares de miles. Pues el Z-13 era una *ingeniosísima* invención que, como perfeccionamiento de los gases asfixiantes de la guerra mundial de 1914-1918, apareció en la segunda de 19... a 19..., matando en ella montones de soldados dentro de las trincheras: no con la gallardía de las antiguas y más nobles luchas bélicas de otros tiempos, sino artera, cobarde, innoblemente. Pero esto, con ser mucho, no era todo; pues aquella guerra ultramoderna, ultracientífica, ultracivilizada, extendió sistemáticamente la matanza a la inerme población civil de aldeas, pueblos, ciudades, por haber sido su esencial característica el decidido empeño de ambos bandos en hacer perecer en grandes masas, no ya a los combatientes, sino a indefensos ancianos, niños y mujeres, inmolados en sus mismos hogares; pues cuando se refugiaban en bodegas y cuevas para huir a los efectos del bombardeo con granadas ordinarias, entraban en juego los proyectiles gaseosos, difundiendo al estallar el Z-13, que, por su peso, bajaba a perseguirlos en aquellos refugios, donde se condensaba (1).

No ignorando nada de esto, y aun no sabiendo a ciencia cierta cómo pudiera el sabio japonés realizar el propósito vislumbrable en sus preparativos, y menos adónde llegaría el límite de dicho propósito, era Bopp demasiado listo para no comprender que la medición de

(1) No se crea que hay la menor exageración en este horrendo e inhumano presagio de la guerra futura—estamos hablando en 1923—. Pues no ha mucho que el autor de este libro ha leído en una acreditadísima revista extranjera referencias a la memoria que en uno de los principales países que tomaron parte en la conflagración de 1914 a 1918, ha redactado el general director de una comisión de sabios eminentes en diversos tecnicismos para estudiar los progresos científicos aplicables a la fabricación de nuevos medios ofensivos utilizables en las venideras guerras. Resultando que en dicha memoria, y como síntesis del cardinal criterio que debe presidir en la dirección de aquéllas, se afirma como inconcusa conveniencia la de encaminar los primeros y mayores esfuerzos de la guerra a lograr el objeto de hacerla pesar con cuanta crueldad sea posible, no ya sobre los combatientes, sino *sobre la población pacífica e inerme de los países enemigos, a fin de que se hayan para todos tan insoportables los padecimientos de la guerra que obliguen a sus Gobiernos a someterse pronto a cuanto les exijan quienes los instigan.*

No creo oportuno poner en la picota al país en donde oficialmente se ha dado tal informe, pues a juzgar por los indicios, corren en los demás las aguas por los mismos cauces, aunque con mayor hipocresía, y porque no parece que, llegado el caso, se quede atrás ninguno en crueldades.

Aterra pensar las abominaciones que las ciencias van a hacer en la primera *guerra sabia* que la Humanidad padezca. Tentaciones dan de maldecir ciencia empleada en tan nefandas obras.

la planta del pabellón de su enemigo—o, con más propiedad, de quien él era enemigo—, la cubicación y los demás cálculos que ansiosamente había curioseado por encima del hombro de su cómplice, tenían transparente relación con la carga de una solidísima jeringa de acero con centímetro y medio cúbico del líquido del frasco, que, después de calibrar cuidadosamente la primera, hizo Tolo pasar desde el segundo a ella. Tal cantidad era la resultante de las cuentas recién hechas.

Mientras el botánico reparaba en todo esto de él iba adueñándose la inquietante emoción de perversa esperanza naciente que le asomaba a la cara en la espantosa lividez con que la interna lucha entre conciencia y odio demuda el rostro de quien, cediendo a éste, se ve ya en trance de resolverse a cometer su primer crimen: reflejo del trastorno interior que hasta el hombre de más laxa y acomodaticia moral experimenta al decidirse a dar el paso que va a trocarlo de hombre honrado en criminal.

Tal era su zozobra, que, teniendo en los labios una pregunta que anhelaba recibiera respuesta, para saber hasta dónde llegaban los intentos de Tolo, ni siquiera en voz baja se atrevió a formularla, recurriendo a escribirla con lápiz en un sobre en blanco que sacó del bolsillo: el de la carta días atrás evaporada y arrojada en pedazos al mar.

La pregunta era ésta: “¿Qué volumen de gas da al volatilizarse ese centímetro y medio cúbico?”

Atento no más hasta entonces Nussi-Tolo a lo que estaba haciendo, no había echado de ver el estado de su compañero; mas el temblante papel que vió delante de sus ojos le hizo advertir el temblor de la mano que lo sostenía, después de haber temblado al escribir las desiguales e inseguras letras; y cuando su habitual rapidez de percepción le hubo dicho todo esto, levantó la vista, se dió cuenta de aquella espantosa palidez y de la anhelosa intensidad de la interrogante mirada, leyendo a través de una y otra hasta lo hondo del atormentado pensamiento de Bopp. Y sonriente con sonrisa indefinible, que aquél no vió, porque en aquel momento le hablaba Tolo al oído, contestó:

“Un litro poco más o menos.”

Sin decirle ya más ni volver a mirarlo, tornó a lo suyo el sabio químico, enchufando la jeringa en el bote, de modo que ni al cargarla ni al desenchufarla pudiera establecerse comunicación de una ni otro con el aire exterior, con lo cual a diez atmósferas de presión continuaba sometido el centímetro y medio del líquido alojado en la jeringa.

Bopp, mientras tanto, cogía el libro de memorias con los cálculos y utilizaba el dato recién oído para averiguar que una vez volatizado el centímetro y medio cúbico del líquido, daría una diezmilésima parte del volumen de un cubo de aire cuyo nivel superior quedaría poco más alto que la cama de Arteijo si el gas fuere descargado en las habitaciones de éste, y aquella completamente sumergida en una atmósfera de Z-13.

Al polaco era ahora a quien tocaba sonreír con sonrisa que más parecía mueca, porque placer que de hacer mal proviene llega siempre amargado con dolor. Como anticipo del remordimiento que después vendrá.

Ya cargada la jeringa, la guardó Tolo en su caja, ésta en el bolsillo, y el bote en el botiquín, que cerró con llave. Haciendo señas a Bopp para que se callara, pues lo veía impacientísimo de hablar, abrió otra maleta, sacó de un compartimiento de ella una barrena, y del otro una caja, que, abierta, asombró al profesor, mostrándole un abundantísimo y para él inesperado surtido, no de llaves, sino de paletones de llaves con gran diversidad de guardas, casi todas en el género de las de las cerraduras de seguridad, y otro no menor de hierros de ganzúas susceptibles de ser montadas en un mango a todas adaptable: un estuche que habría envidiado al ilustre sabio el más conspicuo y experto desvalijador de cajas de caudales.

Al ver tal equipaje de bandido experimentó el polaco sensación de asco de rozarse con gente de la ralea de aquella con que andaba. Pero pronto se le suavizó la repugnancia, pensando que para lo que él había menester a sus nuevos amigos nunca sirvieron caballeros ni santos; y en cuanto a los escrúpulos que tímidamente comenzaban a afeárle su traidora guerra a Arteijo, los sosegó diciéndose que solamente la traición podía igualar su fuerza con la de quien era omnipotente en aquel barco.

Por entonces no tomó Tolo llave ni ganzúa ninguna del estuche, sino tres cajitas llenas de una pasta blanda, pero no deleznable, que, con la jeringa, la barrena y un frasquito, se metió en el bolsillo. Por último, tentándose por fuera otro, en donde no metió la mano, y seguro de estar en él lo que necesitaba, cerró la maleta. Y haciendo seña a Bopp de que saliera y siguiendo en pos de él, cerró la puerta.

Después de cerciorarse de que nadie los veía en el angosto y largo corredor donde estaba el camarote de Nussi-Tolo, se encaminaron ambos, sin hacer ruido alguno, a la más cercana escotilla; y una vez en lo alto de la escalera, pero antes de salir a cubierta, dijo el japonés:

—Aquí ya podemos hablar; pero no estará demás hacerlo bajo.

—Bien provisto tiene usted su camarote y el botiquín. No, no está usted desprevenido.

—Sabiendo antes de embarcar a qué venía, me previne por si en estos mundos polares no hallara tiendas donde comprar esas cosillas, y en mis maletas y en las de *mi amo* metí las que usted ha visto y otras que acaso vea más adelante. Por ejemplo: algunos trebejillos que para echar a andar no han menester sino disimulado empalme a las canalizaciones eléctricas de a bordo, un surtido completo de... Pero estamos perdiendo el tiempo. La una y cinco. Todavía debe de estar allá su amigo de usted el Señor Balboa. Mientras yo subo a ver a Shifter váyase al fumadero; y si pasan cinco minutos sin que yo baje, suba a buscarme a la toldilla.

—Pero ¿no me dirá usted antes...

—En seguida, en seguida. Si para ello tenemos tiempo.

Sin aguardar respuesta, echó a andar hacia donde había dicho, oyendo cuando, ya arriba, dobló el recodo de la toldilla unos estentóreos ronquidos, que le hicieron temer si de verdad se habría dormido el notario, quien al llegar su ayuda de cámara a cuatro pasos de él, se levantó tambaleante, no llegando a caerse porque el recién llegado lo agarró precipitadamente por un brazo, diciéndole:

—Todavía no tienes que caerte. Soy yo.

—¡Ah!

—¿Ha salido ése?

—No.

—Pues sigue aquí con la misma consigna.

—No es muy divertida. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo vuelva.

XXIV

LA CRUEL NOCHE QUE EL JAPONÉS DIÓ A BOPP

Antes de los cinco minutos de haber salido del fumadero ya estaba Nussi-Tolo de regreso en él, y comenzaba a referir a Bopp cómo se había ingeniado para oír la breve conversación de Arteijo y Balboa. Y cuando llegó a hablar de la memoria fué interrumpido por su compañero, que dijo:

—Esa memoria ha de ser la del invento.

—En ello estoy.

—Entonces, el plan de usted será aguardar a que Balboa salga, *dormir mejor* al otro que allí duerme y bajar a apoderarse de la memoria.

—No estaría mal pensado si al salir de allí pudiera irme donde me conviniese. Mas como,

por desgracia, no es así, de poco me serviría la memoria, porque mañana la echarían de menos, y no vacilarían en pedirselas, no al pobre Nussi-Tolo, pero sí a su amo, de quien estoy demasiado cerca para que la equivocación me tranquilice. Y aunque yo atinaría a esconderla donde no la encontrasen, habría despertado para lo venidero la alarma y la vigilancia de quienes me conviene vivan descuidados.

—Sin embargo, si el sueño del Comandante fuere *tan profundo* que no pudiera ya alarmarse, no serían de temer sus pesquisas.

—Pero sí las de Balboa, tan enterado como él de la existencia y del contenido de la memoria.

—Verdad. Pero un enemigo es menos temible que dos.

Por los labios del japonés pasó una sonrisa, tan enigmática como la de marras, al responder:

—En eso tiene usted razón... No es mala idea.

Y lanzó a Bopp una mirada tan intensa, que lo hizo estremecerse de esperanza y terror a la par, por leer en ella la sentencia de muerte del hombre a quien odiaba: del que estaba seguro era ya dueño del corazón de la mujer a quien él codiciaba; del que al morir el viejo, si no antes, sería dueño de ella entera.

—Por eso—continuó Nussi-Tolo—al ir allá no voy, digo *no vamos* a buscar ese escrito, que más adelante cogeremos sin riesgo. Por hoy, *nuestras* aspiraciones en lo que a la memoria se refiere son más modestas, pues ni siquiera vamos por las llaves del pabellón y de la mesa del Comandante, sino que *nos* contentaremos con traernos los retratos de las llaves, y con preparar para otro día un sencillo trabajo eléctrico.

Bopp, a quien no había escapado la insistencia con que el otro recalcó el “*vamos*”, el “*nos*” y el “*nuestras*”, dijo, esforzándose por disimular el temblor de su voz:

—Según eso, considera usted preciso que vayamos los dos.

—Absolutamente preciso. Pues, aunque yo soy partidario de los procedimientos suaves y enemigo de violencias, en lo imprevisto nadie manda. Y lo imprevisto aquí es alguna grieta del piso por donde pueda escapar parte del gas, disminuyendo la energía del que allí quede, tal vez la resistencia de la naturaleza de ese hombre si cuando yo esté en lo mío despierta, aun cuando adormilado, y grita. Porque entonces, y aunque, créalo usted, me repugnan groseras brutalidades, la solución es única.

—¿Cuál?

—Una puñalada en el corazón y tirarlo in-

mediatamente al mar por la ventana, para que su desaparición sea atribuida a un accidente ignorado. Por eso es imprescindible que mientras yo trabaje esté usted al lado de la cama con esto a dos pulgadas del corazón. Y al más ligero movimiento...

Al decir esto ponía Tolo en la mano de Bopp un estilete triangular, que era lo que antes de salir del camarote se había tentado en el bolsillo, donde le quedaba otro. Y como en seguida calló, no pudo saber el que recibió el puñal que llegado aquel supuesto caso el proyecto de su cómplice no era tirar al mar el cadáver de Arteijo, sino aprovecharse del descuido y la emoción que, recién cometido el asesinato, embargaría al novel asesino para hacerlo pasar a asesinado. La finalidad de semejante plan era, y estaba bien pensado, que al quedar allí muertos ambos nadie buscara otro culpable que Bopp, por estar claro que antes de morir había tenido Arteijo fuerzas para arrebatarse el arma a su asesino y con ella matarlo.

Aun sin conocer este programa, bastó el otro a espantar al polaco, que queriendo disimular su impresión a quien, con la mayor tranquilidad, se lo exponía como la cosa más sencilla del mundo, objetó:

—Pero no bastará echarlo al mar, porque la sangre manchará la cama y delatará el crimen.

—Si tiene usted serenidad, clava el estilete hasta el puño, aprieta bien y *no lo saca de la herida*, no habrá sangre. Pues sobre ser esa arma fina como un florete, obturará la herida por tener acolchado el puño con algodón, y atajará la sangre por estar éste empapado en percloruro de hierro. Lo que hace falta es no ser niño, tenerlo de antemano bien enfilado al corazón y cerca de él y apretar sin miedos.

A quienes ya conocen las verdaderas intenciones del japonés excusado es decir que lo de la ausencia de sangre era pura fantasía, y el consejo de dejar el puñal en la herida previsión para que cuando él apuñalara a Bopp estuviera éste desarmado.

—Yo a eso no me resuelvo. Es muy fuerte, muy fuerte. Yo creía que el Z-13 era de seguro resultado.

—Lo siento por usted; porque mañana recibirá el Comandante ciertas notas, que tengo en mi poder, sobre un viaje aéreo al volcán de Grinnel.

Por un momento se quedó el profesor aterrado y perplejo, hasta que reflexionando contestó:

—Esas notas no puede usted entregarlas sin delatarse a sí mismo.

—Esas notas no van dirigidas a nadie, ni

señalan cómplice, pero revelan en quien las redactó curiosidades sospechosas sobre el invento del Señor Arteijo, y están en letra que si no de éste ha de ser conocida del Señor Lubecki.

Además creo que ya estará usted convencido de que soy hombre de recursos. Y no habían de faltarme para escurrir el bulto. Pero en último extremo, notorio es que mi raza lleva el estoicismo hasta el suicidio. Y aun cuando yo no sea como los compatriotas míos, que por pequeñeces se abren el vientre haciendo fiesta de ello, no es por faltarme temple, pues me sobra para quedarme no tuerto, sino ciego, con tal que también ciegue aquel a quien yo tenga que cobrarle algo.

Supongo de otra parte que habría de serle a usted difícil hacer creer al Señor Arteijo y al Señor Lubecki que en nuestra complicidad pudiera haber otra cabeza que la del sabio Estanislao Bopp. El pobre e ignorante ayuda de cámara nunca sería para ellos sino un sobornado subalterno.

El botánico comenzaba a tener miedo a su compañero; y reforzado el miedo por el odio a Arteijo, iba ya haciéndole mirar como lo más útil y prudente dejarse ir por donde lo empujaba. Mas no teniendo su asiática impasibilidad, todavía era muy viva su repugnancia, meramente física, al puñal y a la sangre si llegara a ser preciso el asesinato violento con arma blanca, y por ello exclamó:

—Sí, sí. Pero es muy fuerte: en esa forma es demasiado fuerte.

—También lo es que después de buscar lo que en mi ayuda busca usted sea yo solo quien se arriesgue y además quede a merced de quien sabiendo lo que he hecho y no tomando parte en ello podrá venderme cuando quiera.

—Es imposible que usted me crea capaz.

—Ta, ta, ta... Pero, bueno está. No hablemos ya más de ello. Ya que tanto le cuesta, y no pudiendo yo prestarle hígados, no hay nada de lo dicho. Se limitará usted a guardarme desde arriba las espaldas. Y con que calle, tan amigos como antes.

Dijo el japonés las últimas palabras en suavísimo y hasta meliflúo tono, extrañamente contrastante con el alcance de las anteriores, al mismo tiempo, que sin decir ninguna alusión a ello, y cual si nada hiciera le quitaba de la mano a Bopp el arma que poco ha le había dado. Y eran tan acentuadas la hipócrita dulzura de la voz y la suavidad con que lo dejaba desarmado, que el polaco sintió terror, semejante al que le habría causado oír junto a sí el silbido de una serpiente venenosa. Y pensó con instintiva seguridad que aquellas melosidades encubrían resolución del japonés de ase-

sinar en la primera ocasión al cómplice inútil, posiblemente desleal, y por lo tanto peligroso. Tal vez apuñalándolo aquella misma noche, si menor descuido, o cualquier día, en cualquier momento, en el más inesperado. Aunque no; porque ya desde entonces a todas horas creería Bopp que iba a llegar la puñalada traicionera o acaso la punzada del envenenamiento. ¡El botiquín aquél!

Tan absorbido estaba en estas cavilaciones, mientras el otro lo observaba en silencio, que lo sobresaltó la voz de él al decir:

—Ya sale ése.

—¿Qué? ¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Su amigo de usted el ajedrecista.

—¡Ah, sí!

—Las dos menos cuarto. Tengo tiempo... Ya ha bajado al entrepuente... Ya estará en su camarote. Vamos arriba... No, señor, no: de ningún modo.

—Decía esto, el muy taimado, con urbanidad realmente burlona, pero muy serio en apariencia —demasiado serio en opinión de Bopp—, y parado delante la puerta del fumadero, al llegar a la cual se empeñaba el otro en cederle el paso, sin apartar los ojos del bolsillo del capotón en donde tenazmente tenía metida Nussi-Tolo la mano con que acababa de quitarle el puñal.

—No: un pobre criado, yo no soy aquí más, no puede pasar delante de un Señor Cate-drático.

—¿Qué tontería! Vaya una broma.

—No es broma. Pase. No podemos perder tiempo.

El tono de esta réplica acabó con las vacilaciones del asustado tunante, que salió precipitadamente, y de igual modo continuó hacia la escala de subida a la toldilla. Volviendo con tal frecuencia la cabeza que el otro, muy al tanto del porqué, le dijo aún más que irónico, sarcástico:

—Si sigue andando así, acabará usted por caerse.

Comprendió Bopp que no contento aquel bribón con tenerlo asustado se le burlaba encima. La vergüenza de su tristísimo papel y de que el otro le conociera el miedo como ya parecía haberlo conocido, pudo, por un momento, más que sus temores; y haciendo de tripas corazón echó escalera arriba sin volver la cabeza hasta estar en lo alto, donde aguardó a su temible cómplice, para seguir marchando desde allí a su lado, sin perder de vista el pícaro bolsillo en el que tercamente permanecía la mano.

Llegados a la claraboya donde Shifter hacía centinela, levantó el japonés el trozo de cris-

tal anteriormente despiendido, tirando de los extremos de la cinta consabida. Sacó la jeringa e introduciéndola por aquel hueco en la lucerna, allí la descargó. Con lo que el líquido de ella salido se volatilizaba y combinaba instantáneamente con el aire, engendrando el pesado gas que, invisible pero indefectiblemente, caía a las capas inferiores del contenido en el pabellón, desalojando de ellas el aire puro que iba subiendo a las más altas.

Nussi-Tolo, mirando el reloj que había sacado en cuanto descargó la jeringa, contaba los segundos que habían de pasar, mientras se producía una esperada reacción. Tan sosegado e impávido como si realizara el más inofensivo experimento de laboratorio. A la inversa, Bopp creía que el corazón le iba a romper el pecho: tal era la violencia de su latir desordenado. ¿Con alegría al pensar cómo la muerte descendía poco a poco sobre el hombre aborrecido? ¿Con terror al decirse que su cooperación al crimen que estaba perpetrándose lo había ya convertido en asesino, en traidor y cobarde asesino, que sin riesgo mata?...

Lo uno y lo otro; y ni él mismo habría sido capaz de discernir la parte que en su emoción tenía cada uno de estos antagónicos sentimientos.

Su lividez no era la de antes, sino la de un cadáver; contrastando la descompostura de su rostro con la inalterable placidez de la falsa sonrisa del impávido Tolo.

Llegó un instante en que su infamia le pesó, al punto de hacerle pasarse la mano por la frente, cual si materialmente quisiera arrancarse la idea de ella; mientras con la otra se asía de una columna en busca del apoyo que sus piernas amenazaban rehusarle. Y que aun así le habría faltado a no acudir a sostenerle el pensamiento diciéndole que "Ana no sería jamás de Arteijo", y después de esto que era estúpido asustarse del único medio seguro de conseguir tan anhelada finalidad, y que él no quería ser ni era cobarde; pues bríos tenía para matar a Arteijo cara a cara, si el matarlo no fuera matar para siempre la esperanza de poseer en ningún tiempo a Ana. Por último, el final argumento, de que es de niños y mujeres retroceder ante lo imprescindible, le devolvió no la tranquilidad, mas sí la decisión que le faltaba.

—Ya—dijo el japonés pasados tres minutos.

—¿Ya? ¿Qué?—preguntó el otro, ahora con voz entera.

—Que aun cuando tenga el sueño muy ligero no lo despertarán pequeños ruidos. Y en otros dos minutos ni los más estruendosos.

Puesto que usted *no quiere acompañarme ni ayudarme abajo*, ayúdeme siquiera a ganar tiempo que no sobra, abriendo aquí, en el piso, con esta barrena, un agujero hasta que cale abajo.

El sitio en donde había que perforar el toldo estaba en el ángulo de él con el tabique que por el lado opuesto al mar cerraba la toldilla: junto a otro agujero, ya existente allí, por el cual salían los alambres del alumbrado, teléfonos y timbres de las habitaciones inferiores. Quedaba, pues, en el estrecho callejón comprendido entre dicho cerramiento y uno de los costados de la torrecilla-claraboya, donde para taladrar el piso habría de meterse Bopp de rodillas y encorvarse, quedando encajonado en aquella angostura y en posición que, por él considerada al recibir la orden y llamarle la atención la sospechosa melosidad con que el japonés había dicho el "Puesto que no quiere ayudarme abajo", le recrudeció el terror de un rato antes. Pues dió por indudable que tan pronto estuviera agachado y atento a la faena recibiría una cuchillada por la espalda; y que entre australiano y japonés lo arrojarían en seguida por la borda al mar.

Por si esto fuera poco, recrecióse el espanto. Pues Tolo, que cuando simultáneamente hablaba con él y Shifter (ignorante del francés) lo hacía en inglés, mientras al dirigirse sólo a Bopp, más suelto en el primer idioma, era éste el que empleaba, dijo una frase no en inglés, sino en español a Shifter, que al contestarle en la propia lengua se acercó a la salida del callejón opuesta a la en que el otro estaba. Siendo todo ello interpretado por Bopp como preparativos para que cuando él se agachase lo sujetara el uno por delante mientras lo apuñalara el otro por detrás.

¿Se equivocaba? ¿Tenían sus miedos fundamento? No es fácil penetrar las intenciones de hombre tan solapado como el japonés antes de ponerlas por obra; mas tuviéranlo o no las aprensiones del que tan crueles ratos llevaba ya pasados en una hora, lo cierto es que sin entrar en la que él creía una ratonera retrocedió diciendo:

—Está usted equivocado, amigo mío. Después de bien pensado me decido a bajar. Y en prueba de que estoy resuelto a todo, venga el puñal.

—Me felicito y felicito a usted por su resolución... ¿El puñal? Con mucho gusto. Cuando estemos abajo... ¿Qué, le molesta a usted la postura? ¿Es que no quiere abrir el agujero? Verdad que el sitio no es muy cómodo, ni la faena propia de todo un profesor. Tiene usted mil razones. Anda, Shifter, ábrelo tú. Y en tanto, vaya usted a asomarse al barandal un

poco más allá de donde recoda la toldilla, para si ve venir a alguien prevenirnos, hablando en alta voz a quien se acerque.

Obedeció Bopp, y al poco rato de instalarse donde se le había dicho, vino el notario a avisarle que Tolo lo llamaba.

Cuando el botánico volvió estaba Nussi-Tolo ocupado en introducir por el agujero del entarimado un flexible eléctrico hasta no dejar fuera sino muy corta longitud de él, que entremezcló, disimulándolo, con los telefónicos que a su intermediación salían. Y por si no pudiese rematar aquella noche su labor allí, recató más aquel indiscreto indicio de ella, emporcándolo al restregarlo contra el suelo para que su blancura no desdijera de la suciedad de los viejos.

Seguidamente encajó en su hueco el arrancado vidrio, y afirmó el listón solevantado. Con tanto fué dando golpecitos en las otras incisiones hechas con el diamante, haciéndolas calar al otro lado del cristal; mas no para arrancar los trozos, sino para dejarlos sosteniéndose mutuamente.

En cuanto vió llegar a sus ayudantes hizo que el forzado notario levantara la vidriera opuesta a la cascada, pues de hacerlo con ésta habría sido probable se cayeran los pedazos. Hízola el otro resbalar en sus barras-guías y la enganchó en la más alta de las posiciones que podía tomar, dejando abierto hueco no amplio, pero suficiente a permitir a Bopp entrar en él y descolgarse con algún trabajo, y holgadísimo para el japonés, que además de menudo era ágil como un mono. La altura sobre el suelo del pabellón, dos metros diez a dos veinte, no constituía dificultad.

Pero antes de que ni uno ni otro se descolgaran aun le quedaba algo interesante por hacer a Tolo, que sacando la llave de su camarote, envolvió las guardas en algodón en rama y vertió sobre éste unas cuantas gotas del líquido del frasco que se había traído con la jeringa, las cuales tiñeron la pelota de algodón de un hermoso color tornasolado. Seguidamente ató un bramante a la llave, la metió por la lucerna y fué soltando cordel.

El objeto de aquella maniobra era ver, cual va a puntualizarse, si el gas Z-13 subía o no por cima de la cabeza de Arteijo acostado. Para ello necesitaba bajar la llave de modo que el algodón mojado llegara a la altura de aquella y no bajara más. Pero visto desde arriba el algodón y no estando en la misma habitación que la cama, de la cual sólo la almohada divisaba por la puerta Nussi-Tolo, no era fácil diera el experimento plena confianza de estar Eduardo respirando el gas, a no tener el químico tanto ingenio como ciencia, y

habérsele ocurrido que en la imposibilidad de que bajando verticalmente llegara la llave con el algodón a la cama situada en otra habitación de la en que pendía aquella, podía obtener el resultado de hacerla llegar muy cerca de la almohada dando movimiento de vaivén a la mano que sostenía el cordel e imprimiendo por tal medio movimiento pendular a éste y a la llave.

Así lo hizo, alargando paulatinamente el cordel hasta que la llave, al principio muy alta en sus oscilaciones, llegó cerca y poco más elevada que la almohada.

Cuando lo hubo conseguido dió por terminado el experimento, y subió el artilugio. Asombrando a Shifter y no extrañando a Bopp ver salir rojo el algodón que entró tornasolado.

—¿Es ésa la reacción que debe dar el Z-13? —preguntó el último.

—Sí: ácida (1)—contestó Nussi-Tolo, desprendiendo el algodón de la llave y tirándolo al mar.

—Entonces, lo de abajo marcha bien.

—Perfectamente. Ha de estar como un leño. Vamos.

Bopp por delante y detrás el otro se descolgaron en seguida, y tan pronto dejó Shifter de ver la cabeza del último, cumplió sus instrucciones cerrando la vidriera y sentándose en el banco. Eran las dos y veinte.

Con lo anterior queda explicado lo que Ana supo ver y no pudo comprender. Cuando el algodón dió sus primeras oscilaciones en la parte alta del cuarto de aseo donde el aire era puro, las gotillas desprendidas por la fuerza del vaivén que las lanzó al espejo eran azules, y las que al otro extremo del balanceo se desprendieron para ir a caer en la almohada cubierta por el Z-13 se tiñeron de rojo al contacto con éste.

XXV

DONDE TODO SE EXPLICA

Apenas puso el pie en el suelo, entró Nussi-Tolo en la alcoba, y acercó el oído a la boca de Arteijo, escuchándolo respirar; lo tocó suavemente primero, en seguida más fuerte; y cuando ni aun zamarreándolo dió la menor señal de despertarse, dijo:

—Efectivamente, como un leño... No hace

(1) Ya hemos oído a la doctora Battori y a don Julián que la tintura de tornasol se torna roja al contacto con los ácidos: cosa que, de otra parte, saben los alumnos de la química elemental de la segunda enseñanza, y que acaso han olvidado algunos de nuestros lectores, a quienes únicamente va dedicado este recordatorio.

falta el puñal. Basta, y eso por no omitir ni la más exagerada precaución, que mientras yo atiendo a lo mío no se aparte usted de la cama. Pues sí, aun poniéndonos en lo peor, se despertara lo haría en tal estado de inconsciencia y debilidad, que le sería a usted fácil taparle la cabeza con la manta, mientras acudiendo ya lo durmiéramos mejor entre los dos un poco antes de lo que de todos modos, y aun sin eso, lo habrá dormido en media hora, y de una vez, el Z-13... Pero cuidado, muchísimo cuidado con no inclinarse demasiado sobre él si hay que echarle la manta; porque yo no puedo saber matemáticamente a qué altura llega el gas, y para mí sería grave contratiempo, y para usted algo peor, que se me durmiera aquí. Pues como no podría sacarlo habría usted de quedarse haciendo eterna compañía al Señor Comandante.

Pero serénese. Estas cosas hay que hacerlas con calma.

Esta advertencia indica que el espantoso trastorno moral de Bopp había pasado a ser trastorno físico que le salía a la cara.

No por hablar perdía el tiempo el hombre-cillo, pues a la par que asustaba cuanto podía a su ayudante, cogía de la mesa de noche la llave del escritorio donde estaba la memoria, la hincaba verticalmente en la pasta de una de las cajas que a prevención traía, y después oprimía sucesivamente contra la de otra caja el paletón por sus dos flancos: llevándose así, como antes había dicho, el retrato o más bien tres retratos, de frente y de perfil derecho e izquierdo, de la interesante llave, que volvió al cajón después de cerciorado el retratista de no quedar adherida a ella partículas de pasta capaces de despertar sospechas. Registrando los bolsillos de las ropas de Arteijo dió con el llavín de la puerta de entrada, un vulgar llavín de cuadradillo, que una vez retratado de frente, pues no merecía más, volvió al bolsillo en donde había sido encontrado.

Despachada esta faena en menos de lo tardado en describirla, encargó a Bopp, el hábil químico, no menos hábil en artes latrocínicas, gran vigilancia con el dormido, exagerando nuevamente a aquél el riesgo de bajarse demasiado. Para evitar le diera tentación de ahogarlo por si fallara el Z-13; y hecho esto se salió al cuarto de aseo en busca del alambre desde arriba metido.

Al recorrer el techo con la vista tropezó ésta en una cortina que desde él caía al suelo, cerrando un ángulo de la habitación. La recorrió, y no hallando el flexible detrás de ella dedujo colgaría en el despacho. A donde no se fué en seguida por haber reparado en que detrás de la cortina y por ella oculto estaba el

recipiente de un retrete cuya boca tal vez no levantara ni cuarenta centímetros sobre el suelo. Quedóse un momento pensativo, echó, de reojo, una mirada a la alcoba, y seguro de que Bopp le volvía la espalda, y pensando "Esto hace innecesario dejar después la puerta abierta", levantó la tapa del retrete y ocultó éste, corriendo nuevamente la cortina.

Salió al despacho a gatas, llegando así al pie de una ventana, cuyos visillos descorridos cerró; pues aunque verosímilmente no habría entones nadie que desde afuera lo pudiese ver, la previsión no estorba.

Encontró la punta del alambre colgando cerca del mamparo medianero con el cuarto de aseo. Se subió en una silla, echó aquél por encima de la cornisa de un estante librero fijo al mamparo, y lo llevó por el interior de dicho estante hasta un extremo de la tabla superior, atornillando a la cara inferior de ésta el micrófono antes usado para oír a Arteijo y a Balboa. Aparatito que siendo muy delgado quedaba oculto por la moldura de la tabla, sobre la cual no había sino libros de clásicos latinos—el japonés lo precavía todo—con los que al Comandante no debía de sobrarle tiempo para solazarse en su expedición.

Bopp, cuyas ideas mientras acechaba al narcotizado pueden suponerse sin necesidad de explicaciones, habría jurado que llevaba allí dos horas cuando, a los diez minutos de haber Nussi-Tolo salido del dormitorio, retornó y dijo:

—¿Sin novedad?

—Ninguna.

—Pues hemos acabado. Vamos arriba.

—¿No aguardamos a que éste...?

—Ese tiene ya todo lo que necesita... Lo que necesita usted... Con dejarlo aquí, basta; porque antes de un cuarto de hora...

—¿Con toda seguridad?

—Con toda. Pero vámonos, vámonos. Todo ha salido a pedir de boca, y sería temerario perder tiempo y dar lugar a que a última hora ocurriera algo que nos lo estropeará.

Salidos al tocador, se subió Bopp a una silla, golpeó con los nudillos la madera de la claraboya, señal convenida con el notario, que abrió aquélla y echó una mano al polaco, quien agarrándose a ella y al borde de la claraboya, y empujado por los pies desde abajo, se izó a lo alto.

Una vez arriba Bopp, alargaron él y Shifter las manos a Tolo para que subiera. Pero en vez de agarrarlas dijo éste:

—Ahora vuelvo. Me he dejado ahí dentro una de las cajas de pasta. Voy a buscarla. En seguida vengo.

Desapareció, metiéndose en el dormitorio;

saltó a la cama de Arteijo, y con todas sus fuerzas, pues sobre ser él tan pequeño como buen mozo el Comandante, aumentaba el peso de éste su narcótico sueño, tiró de él, asiéndolo por los sobacos, hasta que arrastrándolo por la cama logró sentarlo en ésta. Para que no se resbalara, lo encajó de espalda en el rincón en donde estaba el lecho, acuciándole el cuerpo con almohadas y mantas embutidas entre él y la pared; y con una sábana retorcida lo sujetó contra los barrotes de la cabecera de la cama.

Inmediatamente abrió la ventana, no distante ni medio metro de Eduardo, a quien tomó el pulso, diciendo para sí: "Me parece que, gracias a mis maternales cuidados, no se muere de ésta. ¡Lástima que nunca haya de saber lo que me debe! Y si se muere, ni será mía la culpa ni nadie conocerá de qué se ha muerto... Pero más vale no se muera antes de que lo vea yo manejar su aparato."

Terminada su faena y el mental monólogo, cogió las ropas de Arteijo, aventando con ellas el aire, o más bien la atmósfera de Z-13 de la parte inferior de la habitación hacia el cuartito del retrete, a fin de apresurar la salida por éste del deletéreo gas, que por allí habría ya comenzado a irse en cuanto fué abierto. Por último, cuando se disponía a ir a pedir a los de arriba ayuda para encaramarse, pensó que no estaría demás favorecer también la evacuación del gas abriendo, según tenía proyectado, antes de ver el *water-closet*, la puerta de salida a la cubierta.

Como lo pensó lo hizo, saliéndose al despacho a la carrera, abriéndolo de par en par, tan pronto estuvo abierto de no ser visto por nadie, y teniéndolo así un corto rato; pasado el cual, lo cerró, mas no por dentro, sino desde afuera, a donde se salió por no haber a la vista alma viviente. Y echó hacia la escalera de la toldilla, pensando que aun cuando Arteijo se desmoronara, y cayera otra vez en la cama, ya el gas no llegaría a su altura. Pues gracias a la combinada ventilación de triple efecto, solamente un decímetro, o a lo más, dos, subiría sobre el suelo la atmósfera de Z-13.

Sus dos compinches, que inquietos con su tardanza, de bruces sobre el borde de la claraboya y con las manos preparadas a agarrarlo, lo aguardaban por abajo, se quedaron como quien ve visiones cuando a paso de lobo llegó por arriba detrás de ellos, diciéndoles que cerraran aquélla, dejando antes corrida su cortina, y enterándolos de que no hallando la cajita en el dormitorio, y no queriendo dejar tras sí tan acusador testigo, había ido al despacho, en donde la encontró, y de que

viendo entonces franca y fácil por allí salida, la había aprovechado.

—De modo que lo habéis despachado—dijo Shifter en cuanto hubo cerrado la vidriera.

—¡Ah! ¿Te ha dicho ya el Señor Bopp?... Sí. De ése ya no tenemos que temer nada. Vámonos.

—¿No acabas el empalme telefónico?

—No. Hoy ya hemos trabajado bastante. Eso no apremia, pues se hace cualquier noche. Además, son las tres, no quiero abusar de las complacencias de la suerte, y me voy a dormir, deseando a ustedes lo hagan tan bien como yo cuento hacerlo y lo he ganado bien.

El anterior relato quedaría obscuro si no lo completáramos agregando algo sobre las reales intenciones de la principal de sus figuras, el sabio japonés, que quería dormir, más no matar, a Arteijo. Como no fuera por la imprudencia temeraria de usar el Z-13, que no era seguro no hiciera mayor daño del buscado. Contingencia afrontada, por inevitable, a falta de otro medio de procurarse los retratos de las llaves, sin los que no podía pasarse Tolo. Pero bien entendido, que si escapó Eduardo con vida no lo debió a la sensibilidad del impasible nipón, capaz de matar, no a uno, sino a muchos hombres sin más emoción que si fueran mosquitos, sino a que, mientras su muerte no le fuere necesaria, no quería alarmar con ella a nadie. Bopp había sido, por lo tanto, engañado como una criatura, porque Nussi-Tolo, a quien importaba principalmente, no la vida, sino el invento de Arteijo, veía que al polaco lo preocupaba el hombre mucho más, y que sólo creyendo que en lo suyo trabajaba, se decidiría a cooperar al crimen. Lo cual no habría hecho a saber que sólo se cometerían los del escaló y el narcotizamiento.

Además era teoría de Nussi-Tolo—y el Señor Nussi-Tolo era hombre de convicciones sumamente firmes—que cuando se tiene un cómplice, es preciso lo sea de verdad, no platónico, y conviene comprometerlo todo lo posible: no sólo en garantía de fidelidad futura, más sólida cuanto mayor la carga en la conciencia y mayor el miedo a las responsabilidades, sino porque siendo, aun para hombre tan listo como aquél, un arcano el mañana, quería arreglar las cosas de manera que, de llegar a traslucirse la gatada de aquella noche, hubiese quien cargara con la culpa de ella. Entera, a ser posible, o por lo menos con la parte más pesada. El cómo, ya lo diría el tiempo, y lo diría el ingenio del ilustre sabio: tan avispa-

do como ilustre, tan tuno como sabio. Que al acostarse estaba satisfecho de haber salido todo de manera que no eran de temer desagradables consecuencias.

Este fué el último de los pensamientos del autor principal de las hazañas referidas, cuando lo durmió el sueño, acariciándolo con la paz de un descanso tan dulce como el de un inocente niño.

Bopp, a la inversa, no tuvo último pensamiento aquella noche: pues no logró dormirse.

¿Estaba alegre?... Sí. Pero ¡qué tormentosa su alegría! ¡Qué mezclada con espanto de lo que para alcanzarla había hecho!

No solamente no durmió, sino que ni se acostó hasta pasadas tres horas de llegado a su camarote. No por tener sueño, sino por imposibilidad de sostenerse en pie, pues se sentía malo, real y positivamente enfermo; porque no el sueño, sino la fiebre lo postró.

Le faltaba la frialdad de alma del asiático, su impasible crueldad, sus nervios de corcho a prueba de emociones. Y atormentándolo el deseo de oír, cual esperaba, a cada instante algo que le indicara haberse descubierto la muerte de Arteijo, lo aterraba la idea de ser visto por nadie, cuando aquélla se divulgara, pues temía que su cara lo vendiera. Ya había hecho el mal que ansiaba, y había triunfado; pero aprendiendo a costa suya que el camino del mal era duro, muy duro, áspero, áspero.

Después, cuando por Segismundo supo que su enemigo no había muerto, lo deprimió la decepción de no haberlo matado, de la que reaccionó con rabioso coraje de que todos sus terrores no hubiesen dado el resultado por alcanzar el cual los había desafiado y padecido, sin recoger, cual fruto de sus padecimientos, sino un fracaso sin otra realidad que su espantosa caída moral, la torturante convicción, a la cual no lograba substraerse un instante de que Estanislao Bopp, el ilustre Estanislao Bopp, no era ya sino un vil criminal, no menos asesino por el hecho de no haber muerto el hombre a quien había querido asesinar.

En pos de todo esto llegó el temor de que lo hecho hubiese dejado rastro capaz de descubrir a los matadores de Arteijo, y miedo de ser vendido por sus mismos cómplices; cervical espanto, que en cuanto oía pasos cercanos a su puerta, y por creerlos de quienes venían a prenderlo, le hacía prohibir a Segismundo que abriera a nadie.

He aquí el porqué del delirio de Bopp, cuyo cerebro no pudo resistir, sin perder la conciencia de sí mismo, la tensión de la pasada noche ni los terrores que a la mañana lo sobrecogieron. He aquí porqué sucumbió su razón, siquiera fuera transitoriamente, al abru-

manente peso de tan espantosas emociones, que era muy lógico hicieran grandísima impresión en hombre no avezado al crimen.

* * *

Poco nos queda ya para acabar esta retrospectiva explicación de lo que hasta ahora sólo conocíamos por su faz externa; pero ese poco es importante, por referirse a Nussi-Tolo.

Al cundir la noticia de la enfermedad del Comandante, no quedó nadie a bordo sin subir a su camarote, siendo preciso echar de éste a casi todos, y que de él saliera frecuentemente alguien a calmar la ansiedad de quienes formaban grupos en cubierta. De donde no se irían mientras no recibieran mejores impresiones.

Por supuesto, en cuanto Mister Shifter se enteró de la indisposición, no faltó su urbanísima persona en aquella demostración de simpatías, exteriorizando las suyas efusivamente.

El fué el primero de la *trinca* que se enteró de la enfermedad del Comandante, para él más inesperada que para nadie, pues lo creía muerto. Como la novedad merecía la pena de hacérsela saber, sin perder tiempo, a Nussi-Tolo, fuése a despertarlo, sin recelar que nadie reparase en tal anómala inversión de funciones entre amo y criado, pues aquella mañana estaba todo el mundo arriba.

El japonés, que ni de sus bribonadas ni de sus buenas obras contaba a sus cómplices sino lo que le convenía, se fingió tan sorprendido como Shifter de que aun viviera Arteijo. Mas lo fingido era la causa y no la realidad de la sorpresa; pues si Ana y Don Julián no se explicaban el origen del mal, tampoco el que lo había causado comprendía cómo a pesar de sus *solicitos cuidados* continuaba, a las diez de la mañana sumido el Comandante en narcótico sopor, cuando por el corto rato que había respirado el Z-13 debía ya estar despierto. Con tanto más motivo cuanto que el aeroterápico tratamiento frigorífico a que, pensando que a grandes males, grandes remedios, lo había sometido Tolo, desafiando el peligro de una pulmonía, no pudo ser más enérgico.

Que Arteijo no había de despertarse bueno, ya lo sabía el sabio químico de Hakata; pero que dormido continuara a la hora en que Shifter le traía la noticia, no se lo explicaba, y por ello se preguntaba perplejo si se habría equivocado en las proporciones, si estaría más concentrado de lo usual el líquido almacenado no a diez atmósferas, sino a más.

Experimentando verdadero interés, el cual ya se supone no era humanitario, sino científico—que para algunos grandes hombres

es más elevado—, de saber si su víctima se salvaba o moría, se metió entre los grupos de la cubierta, devanándose los sesos para dar en porqué se moriría, si llegara a morir. Sin atinar con tal porqué, sino cuando se presentó a la puerta del pabellón a preguntar por el enfermo, de parte de su amo; pues mientras en el umbral de ella recibía de Valdivia la respuesta vió que antes no había reparado en que aquellas habitaciones, situadas sobre la cubierta de un buque destinado a navegaciones polares, no eran tabiques, sino dobles paredes con intermedia capa de aire preservadora de la temperatura externa y grosor acaso de tres pies. De donde resultaba que las dimensiones interiores del pabellón no llegaban con mucho a las exteriormente medidas por el polaco; que el cubo de aire emponzoñado—con base más pequeña de la calculada—tuvo que subir a mayor altura de la prevista, y que en vez de dejar de respirarlo Arteijo, a poco de levantada la tapa del *water-closet*, lo había estado aspirando hasta que Tolo, que ya veía claro aquel porqué, lo sentó en la cama, o hasta poco antes.

* * *

Al día siguiente, el japonés, que tenía bien espiado el pabellón del Comandante, supo la muerte y el hallazgo del perro, sintiendo mucho una y más el otro; y todavía más la autopsia, de la que se enteró al ver que cuando a *Pin* lo tiraron al agua iba abierto en canal.

Esto y el pasarse Ana los siguientes días larguísimo ratos en el laboratorio, hizo pensar a Tolo que en adelante le sería preciso dedicar a aquella dama toda la atención que merecía.

Por último, habiendo tenido cuatro días hasta el del registro para reflexionar que descubierto el empleo de un gas narcótico—de tal descubrimiento no tenía duda alguna—, habrían de hacerse diligencias para ver quién lo tenía, supo arreglárselas para substraer su interesante colección de maletas a las pesquisas.

¿Las tiró al mar? ¿Las escondió hábilmente? ¿Dónde?... Por ahora no se sabe; pero tal vez lo diga el tiempo.

XXVI

ENTRE BROMA Y VERAS

Dos días después del infructuoso registro, estaba Eduardo ya como si nada le hubiese ocurrido y El Iberia en parajes donde el verano ensancha los pasos entre la Groenlandia y

el banco permanente de hielos árticos, permitiendo navegar con relativa facilidad.

Bordean por el este y el sur dicho ensanchamiento de aguas libres la Isla de Peary, las Tierras de Hall y de Grant, y por el norte el borde meridional de la congelada masa del océano boreal tendida hasta el polo. Hacia occidente se perdía de vista la extensión de las aguas navegables, mientras de norte a sur oscilaba aquel año entre cien y doscientos kilómetros. Mas no se entienda que al hablar de mar libre quiera significarse que en él faltaran témpanos sueltos cuya vigilancia pudiera descuidarse, sino que no se aglomeraban hasta constituir grave obstáculo a la navegación.

Al comenzar un consejo, al que vamos asistir, hallábase El Iberia al norte del Cabo Columbia de la Tierra de Grant y a promediada distancia de los lugares que fueron límites septentrionales de los avances de Markham y de Peary en sus expediciones de 1876 y 1902 (83°-20' latitud norte y 84°-17'), a 740 kilómetros uno y 594 el otro del polo que el último había de alcanzar en 1909 (1). Hasta la celebración del consejo, nadie sino Maucelo,

(1) La llegada de Peary al Polo Norte fué hazaña de las que no pueden atribuirse al acaso ni a la suerte, pues vivió veintitrés años dedicado a ella, preparándose a darle cima desde 1886 a 1909. En dicho plazo organizó numerosas expediciones. Y aunque las primeras, hasta 1907, no pasaron de la Groenlandia, cuyas costas septentrionales recorrió en diversas excursiones, en ellas fué curtiendo su cuerpo a las inclemencias árticas y agilitando su ingenio para vencer las tremendas dificultades de la empresa en que tantos y tantos habían fraesado.

En 1902 fué cuando avanzó por primera vez en trineos hacia el polo llegando a distancia de 634 kilómetros de él (84°-17' latitud), sin poder pasar más adelante. En 1905 hizo otra intentona, de la que apenas comenzada hubo de desistir, y al siguiente año alcanzó los 87°-51', acercándose al polo a distancia ya sólo de 239 kilómetros. Por último, el año 1908, cuya invernada pasó junto al Cabo Sheridan de la Tierra de Grant, fué de preparación inmediata del decisivo empuje, comenzado en febrero, partiendo, en trineos, de Cabo Columbia en febrero de 1909: es decir, en el corazón de un invierno sumamente frío que le hacía concebir esperanzas de encontrar el hielo cuan endurecido convenía para alcanzar la meta, a la cual llegó el 6 de abril de dicho año.

A su regreso a los Estados Unidos se halló con la desagradable sorpresa de que Cook pretendía haber pisado el polo antes que él en 1906. Examinados los documentos de uno y otro por comisiones científicas en Norteamérica y en Copenhague, ambas fallaron a favor de Peary, y el mismo Cook reconoció que sin duda se había equivocado en las observaciones, que le hicieron creer ser el primer hombre que había llegado al Polo Norte.

Peary era (pues murió en 1920) ingeniero civil y además contralmirante de la Armada norteamericana.

entre todos los tripulantes del Iberia ni del América, conocía el verdadero objeto de la empresa a que Arteijo los llevaba, y ya creía oportuno revelar a quienes iban a ser sus más importantes colaboradores: Roca, el primer piloto del América; Valdivia, el segundo de a bordo; Balboa, encargado de la central radioelectro-dinámica receptora de la energía motriz del Iberia, recibida de la Heliodinámica del Sahara por etérea ondulación y de la subcentral que reexpedía al América la fuerza para el vuelo y los excitadores cuando volaba separado del buque; y, por último, Sandoval, jefe de telegrafistas y director de talleres y comunicaciones radiotelegráficas y radiotelefónicas.

A los citados fué a quienes, cuando ya terminados los preliminares de la campaña a la vista, reunió Arteijo en su despacho, ampliando la convocatoria a Lubecki, cuyas competencias geográficas, geológicas y geofísicas podían ser útiles en la empresa. Distinción que el buen anciano recibió agradecidísimo, y amargada no más por no verla extendida, cual solicitó, a su amigo Bopp, a quien puso en los cuernos de la luna, sin convencer a Eduardo de la conveniencia de invitarlo al consejo, sino antes bien, dándole ocasión de soltar alguna pulla sobre los sismológicos trapiés del *sabio naturalista*, en la discusión que con él sostuvo cuando iban camino del volcán. Trapiés que el indulgente Walter disculpó alegando no ser aquélla la especialidad de Bopp, que en lo suyo (química, electricidad y ciencias naturales) "era un águila".

—Pues que vuele solo—contestó impaciente Arteijo; y dejándose llevar de su franqueza, para cortar la insistencia de su amigo con algo más categórico que los reparos anteriores, agregó: "Porque, aun siendo para mí una contrariedad no complacer a usted, no me inspira ese caballero confianza, ni siquiera simpatía, para enterarlo de mis planes."

—Basta, basta. Sobre eso no cabe discusión. No insisto—se apresuró a decir Walter, pensando que el pobre Bopp tenía mala suerte, cuando personas tan inteligentes y tan buenas como Ana y Arteijo se mostraban igualmente injustas con él.

La víctima de tales injusticias nada supo de la expresa repulsa de Arteijo. Mas no por ignorarla dejó de sentirse agraviado; pues notoria a bordo la celebración del consejo y la asistencia a él, *no de los dos, sino de uno solo de los sabios polacos*, resultaba público el desaire, en que fingió no hacer alto, pero apuntándoselo en cuenta al Señor Comandante, y que no solamente hería la vanidad del botánico, sino que contrariaba su deseo de en-

terarse de cuanto pudiere de los planes y recursos del Guardián de la Paz, haciéndole perder coyuntura de ello como la que Lubecki iba a tener. Siendo esto únicamente lo que le consolaba, a medias, con la esperanza de que enterándose éste de interesantes cosas, y siendo un pobre inocentón, tal vez pudiera él sonsacárselas con maña: si no en todo, en parte.

Reunido el consejo, y explicado sumariamente el objeto de la expedición, decía Arteijo:

—Se han hecho varios cálculos evaluatorios de la cantidad de hielos todavía existentes en la Tierra cual expresiva huella de los períodos glaciares. Son tanteos groseros si se quiere, mas preferibles a ignorancia absoluta; erróneos, de seguro, en algunos millones de toneladas; pero con un insignificante error si lo comparamos con los *dos mil billones de ellas* que, cual promedio de las evaluaciones más dignas de crédito, se estima pesan hoy en total los restos subsistentes aún de los hielos geológicos (1).

—¡Dos mil millones de millones!

—¡Dos trillones de kilogramos!

—Perdone, Señor Comandante. Pero no me hago cargo.

—Lo comprendo. Yo mismo, en constante trato desde hace mucho tiempo con números colosales, necesito acudir a indirectos medios para formarme de su contenido idea algo más expresiva que esas estúpidas ringleras de quince y veinte cifras.

—Y para tan inconcebible número de toneladas, ¿cuáles son esos medios?

—Considerar que extendido todo ese hielo en una gigantesca calzada de quinientos kilómetros de anchura y diez metros de espesor daría la vuelta completa a la Tierra siguiendo el ecuador. Ya puede usted empezar a ir haciéndose cargo, amigo Valdivia.

—¡Bonita carretera para ir del Congo al Amazonas y del Chimborazo a Singapur!

—¡Y seguir al lago Nyanza!

—¡Lástima no haya medio de trasladar allá los hielos! Pues entre lo que, puestos en la zona tórrida, tardaría el Sol en dar cuenta de ellos y lo que, aun ayudado por usted, le costará deshacerlos aquí ha de haber no floja diferencia.

—Precisamente en los pasados días en que

(1) Este dato—el del peso de los casquetes polares—se da también declarando que la paternidad de él es la misma que la del relativo al tiempo en que sobrevino el período glacial, dada en la nota de la página 50. Sobre esto repetimos las reservas formuladas allí, siendo una de ellas que, habida cuenta de la extensión del globo cubierta por hielos permanentes, parece a primera vista que si de algo peca la apreciación es de quedarse corta.

el reuma lo tenía inactivo, le dió al Señor Lubecki la ocurrencia de matar el tiempo haciendo ése y otros cálculos. Amigo Lubecki, satisfágale la curiosidad a Sandoval.

—Haciendo la advertencia de que no respondo de no errar en tres o cuatro días la cuenta del deshielo de esas masas, supuestas en la zona tórrida, resulta de mis cálculos que solamente un mes tardaría en licuarse. Mientras que en donde están, y en esto ya puede el error subir a unos dos siglos, todavía habrá el Sol de calentarlas durante diez mil años hasta obtener el mismo resultado (1).

—¡Qué atrocidad!

—Lo que me maravilla, Don Eduardo, es que jamás haya podido ocurrírsele a usted esta descomunal empresa en la que se ha embarcado.

—Sea usted más franco, Roca, y diga que tiene desconfianza de su posibilidad.

—No desconfío, porque confío en usted. Pero a no ser por eso...

—No me extraña, porque aun estando usted, maravillado, todavía no lo está tanto como el caso merece.

Por eso y por creer conveniente suba ese asombro a donde debe, voy a hacer otra cuentecita: la exigida por un anteproyecto de transporte de los hielos polares a la zona ecuatorial, ya que por rápido, por cómodo y por dejar al Sol todo el trabajo, parece seducir a ustedes ese medio de dar cima a mi empresa.

—Preveo que va a ser muy curiosa la cuenta—dijo Balboa.

—Y que acaso dé algunas sorpresas—agregó Lubecki lanzando una mirada y una sonrisa a Eduardo, contestadas con otras, donde entendió el geólogo haber adivinado a dónde iba a parar aquél, que prosiguió diciendo:

—Supongamos cabida media de 5.000 toneladas de carga a los barcos que hubieran de emplearse en el transporte, y admitamos posibilidad de cargar diez barcos por minuto.

—Pero eso es absurdo.

—Cierto; mas no podemos cargar más espacio. Y aun así... Además, cuando en matemáticas no se puede llegar de otro modo a la verdad, se acude al método de reducción al absurdo. Ya ve usted, pues, que estoy en mi derecho al emplearlo. Diez barcos por minuto hacen 14.400 por día.

—A este paso pronto se nos van a acabar todos los del mundo.

—Conformes. Pero supondremos que van y

vuelven pronto, y que la faena de la carga no se interrumpe un día, ni una hora ni un minuto. Y vea, amigo Roca, que la comodidad de tender al sol del ecuador los hielos de los polos no es lo que parecía. Veamos la rapidez. La del transporte no puede ser mayor, pues a diario alijamos entre los trópicos 72 millones de toneladas diarias, o sea 26.280 millones por año. Que lo apunte alguien, porque nos va a hacer falta. Bueno; para que sea número redondo, pongamos 26.300 millones de toneladas con los años bisiestos.

—Pues a ese paso en pocos acabamos el hielo.

—¿Lo cree usted así, Valdivia?

—Digo...

—Vamos a verlo. Balboa, Sandoval, dividan ustedes los dos mil billones que en total hemos de transportar por el transporte anual. Y háganlo cada uno por su lado, a fin de comprobar los resultados. Para no molestarse con esa engorrosa división de tan gran número de cifras, ahí tienen tablas de logaritmos y regla de cálculo.

No había pasado un minuto—tiempo que para dividiendo de dieciséis guarismos y divisor de once asombrará a quienes no conozcan los citados elementos de cálculo—, cuando los calculistas dijeron sucesivamente:

—Setenta y dos mil cuarenta y dos.

—Conforme.

Conformidad de seguro sorprendente para no pocos, que, de efectuar en competencia división de tal fuste, habrían hallado no uno, sino varios resultados; porque es sabido que el dividir es cosa peliaguda para mucha gente.

—Bueno—preguntó Maucelo—. ¿Setenta y dos mil, y lo que sea, qué? ¿Horas? ¿Días?

—Años—dijeron casi simultáneamente los dos ingenieros.

—¡Imposible!—exclamó Roca.

—Se han equivocado ustedes—protestó Maucelo.

—¡Ja, ja, ja!—éste es Eduardo.

—¡Ja, ja, ja!—éste es Lubecki.

—Respondo de no haberme equivocado—decía Balboa.

—Garantizo el cociente—afirmaba Sandoval.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Je, je, je!

—Pero ¡si no puede ser!

—¡Si eso es una porción de siglos!

—Setecientos veinte, con un pico que no llega al medio, querido Valdivia.

—Ya decía yo que iba a haber sorpresas.

—Pero, Señor Lubecki; pero, Don Eduardo, ¿hablan ustedes en serio? ¿No es una broma que esos dos y sus guasones logaritmos quieren darnos?

(1) Sobre esta evaluación nos referimos a lo dicho en la última nota respecto a responsabilidades de la afirmación del tiempo necesario para el deshielo a que aquí se hace referencia.

—No, amigo Roca. Repare que un dividendo de dieciséis cifras y un divisor de once...

—Sí, sí... Es verdad: decenas de millar en el cociente... Pero entonces, Don Eduardo...

—Entonces, está claro que desistimos del transporte; pues, además de abrumador, resultaría inútil.

—¿Inútil?

—Naturalmente. Si dejando los hielos aquí, dice la ciencia que tardará el Sol unos cien siglos en derretirlos, no merece la pena de trabajar durante setecientos veinte en llevarlos a sitio más caliente. Aparte que es más económico dejarlos donde están. Porque si ajusta usted la cuenta de los fletes y calcula el año en que al ir a cargar se encontrarían los barcos con que se había acabado el hielo...

—¿Como no calcule! Lo dejaremos para otro ataque de reuma del Señor Lubecki.

—Pues que aguarden, que aguarden esos cálculos hasta que yo lo diga.

—Pero, señores, reparen que, habiéndonos reunido para tratar cosas muy serias, llevamos media hora perdida en plena chirigota.

—Protesto, Arteijo.

—¿Porqué, Lubecki?

—Primero, porque ni media hora de buen humor puede nunca parecerle perdida a quien tiene genio tan alegre como el mío, cuando, como ahora, no le fastidia el reuma, ni tampoco debe pesarle a hombres, como ustedes, que comparten la vida entre el trabajo y los peligros. Segundo, porque estas bromas han servido para que sin fatiga nos demos cuenta, de un modo acaso demasiado pintoresco para indigestos dómines, pero muy expresivo y gráfico, de la inmensidad de las manifestaciones de la naturaleza, de cuán ridículamente minúsculos parecen junto a ellas los más potentes medios de la industria y la ciencia de los hombres.

Porque ¡qué grande, qué imponente es un trasatlántico!, ¿verdad?... ¡Qué alarde de trabajo y poder representa el conjunto de todos los trasatlánticos que surcan los mares! Considerando eso, ¡cuán enormes parecen las capacidades de nuestra civilización y nuestras ciencias!... Y, sin embargo, ¡cuán pequeña, cuán raquítica, cuán mísera hemos visto esa *grandeza* tan pronto ha pretendido usted mover con ella los restos de la costra helada que en tiempos envolvió casi todo el mundo! De la cual sólo son tales restos levisima porción, barraduras no más de la masa inconcebiblemente colosal engendrada por la Naturaleza. En días tal vez, acaso en horas (1).

(1) No sería oportuno distraernos de los puntos que en consejo van a ser tratados para exponer las

No, amigo mío: siquiera esa media hora no hubiera servido sino para parangonar nuestras grandezas con las otras grandezas, no estaría perdida.

—Y, sin embargo, nuestro Comandante va a medirse con esas grandezas, que dejarán de ser abrumadoras.

—Yo no, Balboa: medirme no.

—Como usted quiera; no discutamos palabras, sino hechos. Y el hecho es que su ciencia de usted ha creado una fuerza con la cual le vimos hace una semana destruir en minutos témpanos cuyos pesos sumarían no pocos millones de toneladas... Cincuenta acaso; tal vez ciento.

—Demos que fueran ciento. Y más si quiere. Demos que mi invento pudiera en cada día destruir, no cien, sino un millar de millones de toneladas. Pues aun así, para dar fin a la tarea que vamos a emprender tendría que durar mi vida cincuenta y cuatro siglos largos. ¿Quiere usted todavía que *mi grandeza* pudiera aniquilar, no mil, sino diez mil millones de toneladas?... Pues aun habría menester vivir yo y aun tendría que durar mi aparato sin entorpecimientos ni descomposturas quinientos cuarenta años. Ya ve usted que, aun cuando la fuerza que empleo *fuera mía*, todavía *mi grandeza y la grandeza de mi ciencia* continuarían siendo raquíticas, cual Lubecki decía perfectamente.

Pero ni siquiera eso. Porque esa fuerza no la he creado yo, como decía usted, sin advertir que crear es sacar algo de la nada, cuando yo no he hecho sino *encontrar* y utilizar una energía ya creadá. Y después de encontrada, hilvanar unos alternadores, con unos tubos de vacío, unos cuantos carretes, unas antenas; barajar hoy de un modo y mañana de otro, fracasando cien veces, en las probaturas, metales, reactivos, hilos, bobinas: cosas todas inertes, con las que tanteaba, sin saber de antemano el resultado que obtendría, ni encontrar en mí el soplo que las animara: que inertes persistieron hasta que se animaron al impulso de otro aliento más grande (1).

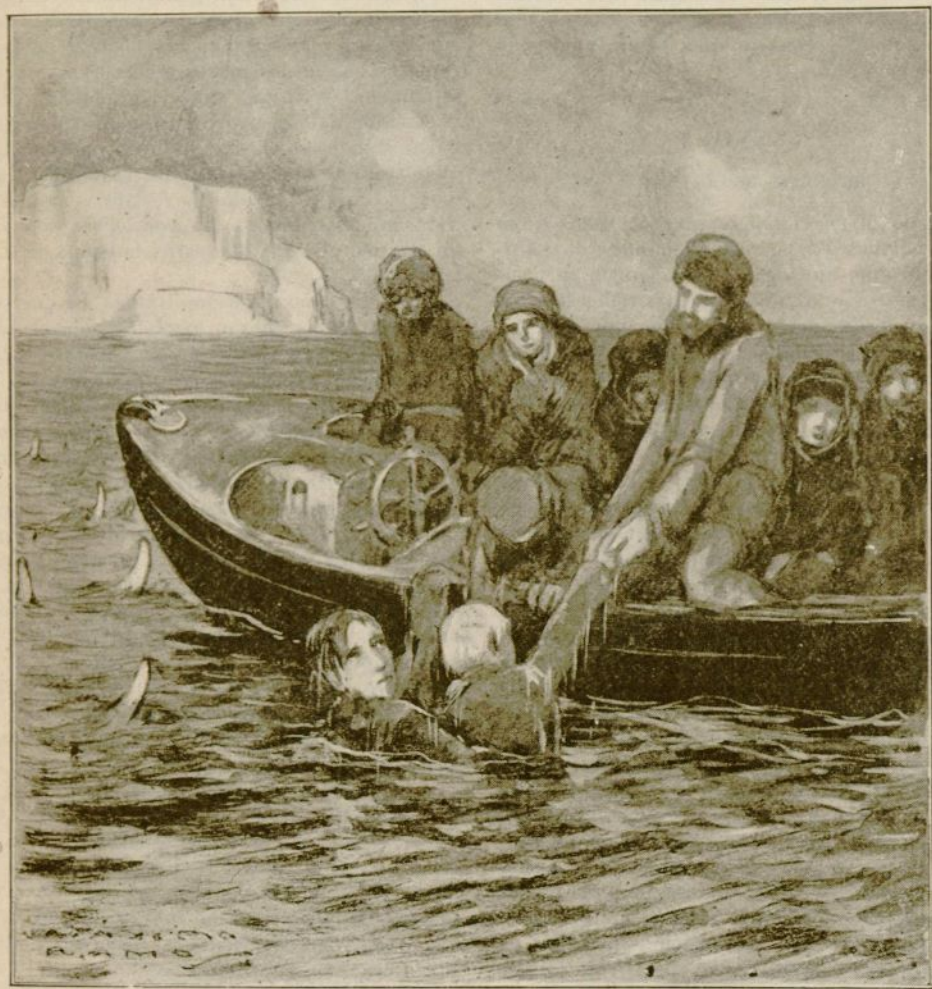
diversas causas que se dan como posiblemente originarias de los fríos de los periodos glaciales. Pero quien lea la tercera parte de este libro allí los hallará.

(1) *Alternadores*: dinamos productoras no de corriente eléctrica continua, sino de corrientes alternas, que en sucesivos instantes fluyen en opuestos sentidos con rapidez muy grande en el periodo de los cambios.

Tubos de vacío: en donde se engendran los *rayos catódicos* de electrones negativos, descubiertos por Crookes; los *anódicos* o de Lenard, que transportan

TIERRAS RESUCITADAS

ANA BATTORI



Qué minuto tan largo,—acaso no transcurrió más—desde que Arteijo se arrojó al agua hasta su vuelta al costado de la falúa llevando a Lubecki sostenido con una mano y nadando él con el brazo libre y las piernas.—Cap. XXIX.

—Pero si ni aun llegando a esa enorme cantidad de diez mil millones diarios de toneladas de hielos destruídos es posible alcanzar sino en más de cinco siglos la finalidad que usted persigue, ¿cómo se explica que, según parece deducirse de otras palabras de usted, la considere asequible en unos cuantos años?

—Ese es ya otro cantar. Porque aquí no venimos a combatir con la naturaleza, sino a poner al lado de una de sus fuerzas (la del calor solar) otras que tendremos que pedirle prestadas. ¿Cómo? Vamos a verlo, porque ése es el objeto del consejo que hasta ahora no hemos comenzado.

XXVII

EL PLAN DE ARTEIJO

Acabado el *charloteo*, y atentos todos a no perder palabra en las del Comandante, manifestó éste que, aun de no ser absurda la posibilidad de aniquilar directamente todos los hielos permanentes de la Tierra, no por ello habría él caído en la insensatez de proyectar su empresa sobre tal supuesto, porque...

Al decir esto vaciló, cual si no hallara modo de pasar adelante, hasta salir de su perplejidad, diciendo que el porqué no se vería muy claro por rozarse con el secreto de su invención, que por sí no tendría inconveniente en descubrir a personas tan de su confianza como las presentes, pero que promesa hecha al Consejo de la Unión le imposibilitaba revelar.

No pudo, pues, decir sino que entre sus destrucciones y las voladuras efectuadas con los usuales explosivos existe la esencial diferencia de que éstos lanzan a la atmósfera en fragmentos y en polvo los objetos destruídos, que, una vez consumida la fuerza de la explosión, caen esparciéndose en el suelo, y restituyendo así a la Tierra las substancias que de ésta fueron arrancadas; mientras que el nuevo agente destructor no sólo pulveriza cuanto toca, sino que aniquila el mismo polvo. La consecuencia, por lo tanto, de un anonadamiento semejante de la totalidad de los congelados casquetes polares sería desaparición de éstos no solamente como hielo en los polos, sino como *agua en toda la Tierra y como vapor de ella en la atmósfera; pérdida de toda esa agua para el mundo y la humanidad*. Porque toda ella dejaría de existir (1).

iones de electricidad positiva, y los X o de Roentgen, nacidos al choque de los catódicos con el cristal de los tubos: tres clases de rayos asimilables, si no iguales, a las radiaciones del radio.

(1) Y no ya como agua, sino hasta como oxígeno o hidrógeno, toda vez que los átomos de que tales

Tal pérdida, equivalente a súbita sequía que al mundo substraiera los caudales del Amazonas, el Congo, el Misisipi, quién sabe de cuántos ríos más, se haría perceptible en disminución de lluvias, sequedad en el aire, sed del suelo, con alcance imposible de prever en cuánta, pero temible desde luego.

El "destructor" no habría, pues, de emplearse sino en aniquilaciones parciales, suficientes a romper la continuidad del helado banco oceánico, destazándolo en grandísimos témpanos, mejor cuanto más grandes, mientras sus dimensiones no los impidieran derivar en las corrientes que de los mares glaciales bajan a los templados, y cuyas aguas, ayudadas del Sol y el calor del aire, pronto darían fin de ellos.

En este plan los excitadores no realizarían otro trabajo que pasear sus rayos por la inmensa llanura helada, para abrir zanjazos que a la inmediación de las corrientes separaran de ella los pedazos que éstas habrían de arrastrar.

El temor, apuntado por Balboa, de que según fueren abiertas fuesen los fríos polares congelando las aguas contenidas en ellas, resoldando y de nuevo apresando los témpanos al gran banco glacial, fué desvanecido por el autor del plan. Que, previniendo dicho riesgo, tenía decidido limitar la campaña, que podría llamarse marina, al tiempo comprendido entre mayo y septiembre, en el Océano Artico, y entre noviembre y marzo, en el Austral. Es decir, en los primeros años de trabajo; pues como la disminución de hielos iría en los sucesivos abonzando las temperaturas, podría crecer la duración de las campañas según aquéllos transcurrieran.

—Pero ¿porqué han de abonanzar? Si los rayos del Sol continuarán llegando aquí con igual inclinación y con la misma intensidad que hoy—objetó Valdivia.

—Sin entrar en honduras—repuso Arteijo—, por la misma razón que años de mucha nieve en el Guadarrama o en el Ilmaní son más fríos en Madrid o en La Paz que los de poca. Aunque en Castilla y en Bolivia son iguales la posición y la fuerza del sol, sea la que quiera la carga en los heleros de dichas cordilleras.

—Verdad es.

gases se componen quedarían destrozados, esparciéndose sus restos como unidades de las electricidades positivas y negativas que en diversas proporciones constituyen los átomos de todos los gases, sólidos y líquidos, existentes en el Universo.

Tales son, digo, tales serán las consecuencias de la instantánea descomposición de la materia, cuando alguno de los sabios que al presente buscan el agente capaz de provocarla, resuelva tal problema, o se divulgue es como lo ha resuelto Eduardo Arteijo.

Salvada la anterior interrupción, agregó Arteijo que en determinados casos sería posible arrancar de una sola dentellada témpanos de cien, doscientos, quinientos kilómetros cuadrados, con pesos de hasta cinco mil y más millones de toneladas; pero que, aun no tomando para la superficie media de ellos sino un vigésimo de aquélla, bastaría abrir mil kilómetros de zanja, tarea sumamente ligera por día de trabajo de anfibóvil, para arrancar en cada veinticuatro horas ciento veinte témpanos. Y en el supuesto de trabajar veinte anfibóviles en cuatro meses de campaña estival, una cuenta sencilla dice que al fin de ella habrían menegado los hielos marinos de los polos en *ochenta millones de millones de toneladas*.

Los dos meses anterior y siguiente a los de esta campaña se dedicarían a cortar glaciares perpendicularmente a las direcciones de los valles de ellos uno o dos kilómetros tierra adentro de sus desembocaduras. Para que el peso de sus rabos colgantes en el mar arrastraran a éste las partes en seco hasta los cortes. Ingentes moles que después de sumidas en las aguas subirían con las anteriormente sumergidas a flotar, libres ya de adherencias a las tierras. Colosales *icebergs* de monstruosos tamaños nunca vistos, verdaderas cordilleras de hielo que los excitadores de los anfibóviles despedazarían en cerros sueltos, para facilitar su navegación en las corrientes hacia más cálidas regiones.

El número de toneladas de terrestres hielos así enviadas a licuarse en latitudes bajas no bajaría, según tanteo muy moderado de Arteijo, de otros veinte a veinticinco billones de toneladas. Que, sumándose a las de los témpanos oceánicos en iguales derroteros, reducirían en cien billones de ellas los dos mil de la total carga de la Tierra.

De obtener el mismo rendimiento en sucesivos años, veinte bastarían a dejar acabada la empresa. Y diez si al par que dieciséis anfibóviles en el Océano Artico trabajaran veinticuatro en el Antártico (1). Pero las siguientes campañas rendirían más que la primera; pues siendo más suave cada invierno, más cálido cada verano que los precedentes, disminuirían las cantidades de nieve y hielo que los primeros produjeran y aumentarían las desheladas en los estíos. Consecuencia: dis-

minución del tiempo necesario para la total faena.

—Y en esos años—dijo Lubecki—los países cálidos disfrutarían de veranos más frescos; pues los cien billones de hielo consumirían en deshelarse porción grandísima de las calorías que normalmente emplea el Sol en caldear el aire, las tierras y los mares.

—Indudablemente —asintió Arteijo—. Y, además, grandes acumulaciones de vapor de agua en la atmósfera darían lugar a frecuentes, copiosos y agradables chaparrones veraniegos.

—Sí, está bien. Pero me parece que se ha quedado usted corto en las cuentas del deshielo, y largo en las del tiempo.

—¿Porqué, Sandoval?

—Porque usted habló antes de campañas de invierno y campañas de estío, y al evaluar el fruto del año de trabajo no ha considerado sino el del verano. Y digo yo que también la de invierno dará alguno.

—Sí; pero no cosechable hasta el verano siguiente. Porque el trabajo del invierno se reducirá a ayudar al resbalamiento de los glaciares en sus valles, suavizándolo, acelerando la velocidad de corriente de sus hielos y, por lo tanto, su salida al mar.

—¿Y cómo, cómo podrá usted obtener tal resultado?—preguntó con viveza e interesadísimo el geólogo.

—Ahuecándolos.

—¿Ahuecar un glaciar!

—En la medida de lo posible: disminuyendo la extensión de sus superficies en contacto con los espolones de los montes de sus cuencas, con los cuales tropiezan, y con las laderas contra cuyas irregularidades luden agriamente; facilitando sus lentos deslizamientos habituales, para que el enorme peso de los hielos halle menores obstáculos en los roces con las tierras. Para ello meteré en el invierno los rayos de mi excitador entre el glaciar de hielo y sus márgenes de tierra, para separar uno de otros, para ahuecar, como antes dije, los glaciares.

—¿En el invierno?

—Sí.

—Pero entonces esos huecos quedarán, en seguida, rellenos con la nieve caída en dicha estación, y nada habrá usted logrado.

—Evidente lo primero, no lo es lo segundo, pues la nieve recién caída es blanda, y hasta que en los neveros de los glaciares se endurece, para metamorfosearse en hielo pasa mucho tiempo. Por eso la caída en los zanjones que yo abra hará el oficio de un mullido, interpuesto entre la masa del glaciar en movimiento y las tierras sobre las que se arrastra, o con más propiedad el de la grasa que disminuye roza-

(1) En los planes de Arteijo se destinaba mayor número de aniquiladores al casquete polar antártico, porque es sabido que en el hemisferio austral hay muchísimo más hielos permanentes que en el boreal, y que en sus mares se encuentran grandes témpanos a latitudes bajas. A veces hasta a los 40°, equivalente a la de Madrid y Nueva York en el hemisferio septentrional.

mientos en las piezas entre sí resbalantes de una máquina.

—Sí, sí: es verdad.

—Es una idea preciosa.

—Sumamente original.

—Y fecundísima.

—Después, cercana ya la primavera, acuchillaré y agujerearé los glaciares, surcándolos con grietas, perforándolos con hoyos, en donde al amanecer el sol de este larguísimo día pueda meterse a derretirlos durante meses y meses las entrañas, en vez de contentarse, como ahora, con lamer su epidermis.

—Pero esa acción solar producirá un mayor rendimiento de las campañas.

—Indudablemente. Y de gran importancia.

—¿En cuánto lo calcula usted?

—De la obra encomendada a mis aparatos puedo dar el avance que me han oído ustedes; pero no soy tan temerario que haga proyectos, ni aun anteproyectos, con la fuerza del Sol. Haga éste lo que haga, y nunca ha de ser poco, eso ganaremos.

—Entonces, y según usted ha dicho, estando ya en verano, empezaremos en seguida a romper hielos... ¿Cuándo, cuándo? El América lo tengo listo ya para salir mañana. Hoy, si es preciso.

—Amigo Roca, me complace su entusiasmo y su prisa; pero siento decirle que el presente no es en realidad un año de campaña, que no empezará de hecho sino cuando en el venidero estío lleguen aquí El Parana, El Cotopaxi, El Chiloe, El Sonora, El Ebro... y hasta otros quince o veinte anfibios que el amigo Ercilla tendrá fabricados dentro de ocho meses, y el trabajo de los cuales vengo yo ahora a preparar, haciendo unas cuantas pruebas de rendimiento del *destroce*. No muchas, pues para apreciarlo bastará aserrar pocos millares de kilómetros de hielos, y porque es para mí más importante escoger las zonas de trabajo de cada uno de aquellos aparatos, en vista de la dirección de las corrientes conocidas ya y de las que mientras dure el buen tiempo buscaremos en las zonas hasta ahora menos exploradas de estos mares. Para ello avanzaremos con El Iberia hasta donde éste pueda, y cuando ya no le sea posible continuar, recurriremos al América.

Diciendo, pues, que a lo primero a que hemos de dedicarnos es a descubrir en el Océano Glacial corrientes afluentes de las señaladas en los mapas, ya he hablado bastante. Los marinos tienen ahora la palabra. Primera pregunta: ¿Creen ustedes probable que encontremos corrientes hasta hoy desconocidas?

De acuerdo Maucelo y su teniente, contestaron que así como los Océanos Atlántico, Pa-

cífico e Indico están surcados en múltiples direcciones por corrientes subalternas, afluentes unas, ramas otras, de los colosales ríos marinos (1) llamados Corriente del Golfo (*Gulf-Stream*), Kuro-Sivo, Corrientes Ecuatoriales Norte y Sur, etc., es indudable que, aun sin contar las locales a la inmediación de tierras y grandes islas ha de haber en el Océano Ártico no pocas adecuadas para llevar a las cuatro principales los témpanos que éstas hubieren de transportar a los grandes mares templados.

En invierno fuera inútil buscarlas, por correr sobre el caparazón no interrumpido de los hielos, al presente roto en grandes extensiones semejantes a la surcada a la sazón por El Iberia, y en las cuales no sería difícil descubrirlas con la ayuda del América. Para ello cruzaría el primero en las partes relativamente despejadas en espera de la llegada de odres rellenos de aire que el segundo dejaría caer en canales, pasos y ensanchamientos alejados del lugar donde el otro aguardara. A la inversa en otros casos, el anfibio seguiría desde la altura la marcha de los que desde el barco se arrojaran.

Acordado este normal procedimiento de trabajo, fué encargado Valdivia de recontar los pellejos vacíos de aceite, vino, etc., que a bordo hubiese, y ver cuántos flotadores se podrían improvisar embreado lonas, y con cuartones y tablazón.

(1) Las corrientes polares conocidas en el Océano Ártico son:

La que con el nombre de Corriente del Labrador baja por la costa oriental de América del Norte, siendo de presumir afluyan a aquella otras procedentes del Golfo de Boothia y de los canales del vasto archipiélago al norte de esta parte del mundo y constituido por grandísimo número de pequeñas islas y por las más grandes de Raffin, Príncipe Alberto, Banks, Parry, Devón y Grinnel.

La Oriental de Groenlandia, bien conocida de nuestros lectores, por ser en ella en la que derivó el Iceberg donde la comisión polaca hizo su azaroso viaje desde que salió al mar con los pedazos del glaciar Batori hasta ser salvados por Arteijo en el Canal Danés.

La que desde el canal entre la costa norte de Siberia y meridional de las Islas de Nueva Siberia, sigue hacia oriente la citada costa del continente hasta que, antes de llegar al Estrecho de Berling, se divide en dos: una, que se inflexiona al sur para entrar en dicho estrecho y bordear las costas este de Kamchatka y del Archipiélago Japonés, mientras el otro brazo, más septentrional de ella, sigue al este hasta la cercanía de la costa de Alaska en el Océano Glacial, desde donde vuelve bruscamente al oeste siguiendo con el nombre de Corriente de la Juanita, por el norte de Nueva Siberia, y por debajo del gran banco de hielos árticos. Esta fué utilizada por Nansen para derivar en ella con los hielos, entre los que durante su internada estuvo enclavado su barco Fram. De una y otra hemos hablado ya en "Los Naufragos del Glaciar".

Como el consumo de ellos sería grande, pues no se economizarían, y quedaban por delante dos meses y medio de exploración hasta comenzar los primeros experimentos de la siega de rabos de glaciares, era seguro que los odres y lonas de a bordo no bastarían para la campaña; pero sí para sus primeras necesidades, mientras pescas de focas proporcionaran cueros para fabricar más corambres, o en tanto se llegara a cercanía de costas habitadas por esquimales, a quienes se podrían comprar las que ya fabricadas con pieles de la misma procedencia suelen tener en abundancia.

Roca recibió orden de montar sendos fototeodolitos a proa y popa del América, como los instalados en los mástiles del buque, para, con unos y otros, ir trazando en el mapa de los mares polares las corrientes que fueran descubriéndose. Y Balboa y Sandoval fueron encargados de estudiar modo de aumentar la capacidad de los condensadores eléctricos del anfimóvil y de reforzar el marco antena destinado en él a recibir las ondas que del Iberia le traían fuerza para sus hélices y máquinas auxiliares, por si conviniera aumentar el radio de acción del anfimóvil.

Tanteado el tiempo necesario para los más urgentes e indispensables preparativos de última hora, fué presupuesto en dos días a lo sumo. Y como el tercero era la fecha de la gran fiesta de la raza o Día de LA UNIÓN, llamado así por ser aniversario de la del tratado que pactó la federal de todos los iberoamericanos, se acordó que el anfimóvil saliera para su primera expedición al día siguiente de tal fiesta.

XXVIII

EL DÍA DE LA UNIÓN

Llegó el aniversario de la memorable unión de los pueblos iberoamericanos.

No al amanecer, pues en la latitud en que estaba El Iberia había amanecido hacía muchas semanas, y no anoecería en varios meses sino al comenzar, a las doce de la asoleada noche, dicha fecha (1), estalló una formidable descarga de cohetes. Simultáneamente subieron jarcia arriba a empavesar el barco las banderas de las veintitrés naciones iberoamericanas: desde la de la madre España hasta la del Salvador, la más pequeña de las hijas. Y

por cima de todas, en lo más alto del palo mayor, fué arbolado el estandarte de La Unión: un león y un castillo, en primer término, detrás el mar azul, y en lontananza un mundo emergente del océano como alboreante sol.

A aquella hora se levantaron la marinería y pasaje, y empezó la algarazara que ni dentro ni fuera del buque—decimos fuera por haber sido día de expediciones—debía cesar, según proyectos, en veinticuatro horas. Pero acallada antes por el accidente que le puso inesperado término.

Entre los festivales era uno de los más atractivos para los marineros, y aun para el mismo Maucelo, viejo lobo marino a quien pensando en él se le hacía agua la boca, una batida a leones, vacas, elefantes y caballos marinos, y en suma, a cuantas focas de toda variedad pululaban en el mar y en los helados campos. Verdaderos enjambres, que brindaban ópima matanza; porque los inocentes animales pobladores de aquellas aguas a donde en años, y años, y años no llega un solo barco, ignoran por completo cuán terrible fiera es el hombre.

Esto, precisamente, decía Ana al Capitán la víspera del día a que nos referimos, manifestándose, por temperamento y principios, acérrima adversaria de todos los deportes cuyos goces consisten en destruir vidas, y reprochándole la cruel fruición con que hablaba de su proyecto de pesquera hecatombe para el día siguiente. Excusábase él con la necesidad de nueva provisión de carne fresca a bordo, replicándole ella que tal necesidad justificaría se mataran solamente los animales que pudieran utilizarse, pero no la inútil carnicería con que Maucelo se refocilaba. O mejor dicho, las dos matanzas; porque la tripulación iba a dividirse en dos tandas: una que embarcaría en las chalupas bien temprano, dejando la otra al cuidado del buque, hasta que aquella regresara y saliera ésta, disfrutando así todos de la pesca o de la caza, pues habría para todos los gustos: arponeo por mar, con prohibición de emplear en esta pesca armas de fuego, impropias de verdaderos pescadores—los antiguos, los de la pesca clásica—, y cacerías, con rifles, en los campos de hielo.

A la primera irían los marineros veteranos, que se desdenaban de perseguir a las focas sino en el mar, donde se mueven con agilidad, tienen fácil defensa y en donde las dificultades y riesgos de la pesca ofrecen más peripecias y emociones. A los novatos, a los pollos, que en los buenos tiempos—los veteranos hablan—“no habrían pasado de grumetes”, dejaríaseles la caza a tiros, y hasta con chuzos y hechas, en los campos de hielo, donde la

(1) En el momento en que el sol llegara al punto más bajo de la circunferencia que completa describía en veinticuatro horas, por encima toda ella del horizonte, para comenzar a subir. Circunferencia que en cada fecha iba viéndose más baja desde el 21 de junio.

gran pesadez de movimientos en seco de estos anfibios los hace fácil presa del más torpe, a poca distancia que para escapar y zampuzarse hayan de recorrer desde el lugar donde sesteen al sol, sobre los témpanos, hasta el borde de éstos o de los agujeros en ellos perforados, por donde subieron; y a los cuales se asoman cuando nadando bajo el hielo han de salir de tanto en tanto a respirar.

Si no al punto que su esposa, tampoco Lubecki comprendía pudiera haber placer en matar por el solo gusto de matar; pero después del tiempo que llevaba de no sentir bajo sus pies piso estable, ni en El Iberia, ni antes en su zarandeado *iceberg*, apetecíale no la caza sino un paseo sobre el suelo relativamente firme de las albas parameras del gran banco polar. Ya que a la vista no tenían verdes prados ni campos de verdadera tierra firme.

Y como no era el único con tales deseos, cuantos con él los compartían, sin sentir cinegéticos ni pesqueros pruritos, organizaron para el Día de La Unión una jira. Que, no pudiendo ser campestre, llamaremos glacial; pues algún adjetivo hay que ponerle.

El programa de la primera parte de ella era una larga caminata por parajes cuyo acceso quedaría vedado a los cazadores. En tal paseo serían aprovechadas todas las oportunidades que, a manta brindarían las confiadas focas, de retratar ejemplares de las diversas especies de ellas. Y hasta tal vez fuere posible fotografiar alguna plácida escena de familia de los inteligentes y pacíficos mamíferos. Que más afortunados que sus congéneres de cercanas zonas iban a tener la suerte de encontrarse en la acotada para recreo incruento de los inofensivos turistas.

La segunda parte de la excursión, más prosaica, pero obligada en toda jira, era repapilarse con un almuerzo de fiambres, cuya sucuencia no desdeciría de la solemnidad de la conmemorada fecha: tan tentadoramente suculento que puso al Capitán en un conflicto; pues si mucho le tiraba la pesca, casi tanto le tiraba el almuerzo. Perplejidad de que salió optando por la pesca. Mas con opción solamente ostensible y solapada; porque cuando sus compañeros planearon la expedición, insinuó el muy ladino, con el electicismo del muchacho que entre el caldo y el pan prefería sopas, que nada se oponía a que cuando él se fuera con los pescadores se llevara su parte del almuerzo, con la que confiaba lo obsequiarían los turistas, a quienes quedaría agradecidísimo.

—De ningún modo, ni a usted le corresponde parte ninguna en ese almuerzo, pues pospone el *turismo* a los placeres sanguinarios, ni tampoco es cierto que nada se oponga a esa

descarada pretensión—saltó Lubecki indignándose al ver cuán fácilmente arreglaba las cosas a su gusto Maucelo—. Porque me opongo yo, tomándome la representación de la Sociedad Protectora de Animales en estos mares y declarando que el escogidísimo *menú* de ese *gaudeamus* es premio concedido a los tiernos sentimientos de quienes se horrorizan de matar focas, ni focos, ni foquitos. Más todavía, propongo que pescadores y cazadores no coman mañana otros manjares que tasajo y mójama, ni beban sino aceite de foca, o a lo sumo de hígado de bacalao.

—No, hombre, no: petróleo y aguarrás. Ya puesto a proponer atrocidades, no se pare usted en barras. ¡Bonita comida para conmemorar el Día de La Unión! Pero no hablemos más de esto, porque con tal de que no prospere esa absurda propuesta, retiro la mía; mi delicadeza no me consiente ya aceptar ni un bocado de ese almuerzo.

—Porque *non dan meu vello*—le contestó Arteijo acordándose de la *sua terriña*.

Así acabó la discusión apenas comenzada. Y fué extraño acabara tan pronto siendo Maucelo un discutiendo habitualmente irreductible. Pero la explicación de su inusitada transigencia era haber caído en que era candidez pedir a los turistas lo que podía tener ordenando al cocinero se lo diera a callandas. Con lo cual le saldría más barato, pues se ahorraría el agradecimiento.

Sin vacilar, y como indiscutibles aficionados a “divertirse en soso”, como decía Maucelo, optaron por la jira el viejo geólogo Sandoval, Valdivia y Bopp.

Arteijo, no tan sanguinario como el Capitán, ni siquiera gran aficionado a los deportes crueles, tampoco les tenía el horror que Lubecki, y había pensado irse con los del arponeo, pues no había visto nunca aquella pesca; pero al oír cuál se escandalizaba su anciano amigo, amenazándolo como tal hiciere con exonerarlo del glorioso título de Guardián de la Paz, se rindió al argumento; pues su interés en lo otro no era grande.

No menos que a su marido le apetecía a la Señora de Lubecki pasar un rato fuera de la angostura del buque; mas, sin embargo, por razones que pronto se dirán, habría preferido quedarse a bordo. Pero ante la decisión de aquél de hacer lo propio si ella no iba a la jira, se avino a acompañarlo.

Las aludidas razones eran que, a pesar de haber perdonado de corazón las *hiperestesias* de Arteijo en la escena a solas, pensaba Ana que habiendo sus mutuos sentimientos demostrado ya ser como yesca y lumbre, debía vivir constantemente precavida contra casuales po-

sibilidades que hicieran necesario otro milagro para evitar volvieran a alzarse de la lumbre nuevas llamas y en la yesca prendieran.

Tenía confianza en que ella no quería alentar ni avivar el amor de Eduardo. La petición de perdón hecha por éste en forma incomprensible para Walter y el médico, pero clarísima para ella, parecía indicar que él también lucharía para esconder su amor. Mas a despecho de tan buenos propósitos la realidad había probado que aun deseándolo ambos no habían sabido o no podido ocultarse sus sentires.

Trocada ya en convencimiento su anterior sospecha de estar Eduardo apasionadamente enamorado, decíase Ana que ésta sería la idea que ella tendría fija en el pensamiento y hormigueante en el corazón *siempre que lo viera*. El no había oído confesión explícita de correspondencia a su querer, pero sobrábale talento para deducirla del aviso a solas. Que, de no estar enamorada le habría ella enviado por conducto de Walter. Y la respuesta que él se diera cuando se preguntara por la causa del encargo de callar a todos lo que sólo él se le decía, forzosamente había de dejarlo tan convencido del amor de que ella le hacía objeto como del que él la profesaba.

Meditando en todo esto, la mujer de Lubbecki había visto que frente a aquel doble peligro no había otra prudente norma de conducta que esquivar, no ya encuentros a solas, sino hasta, en cuanto fuera dable, ocasiones de largas permanencias de uno cerca del otro. Pues ni aun delante de testigos sería fácil esclavizar, durante largo tiempo, los ojos al propósito, ni impedirles que avivaran la lumbre y caldearan la yesca.

Felizmente para ella, también pensaba él que a mayor frecuencia de verla más duro el sacrificio de ocultar lo que por él pasaba. Así de tal conformidad había resultado, que apresurándose Ana a dejar la asistencia facultativa de Eduardo al exclusivo cargo de Don Julián, y retrasando aquél el dejar de comer en su camarote para volver a hacerlo en el comedor, sólo tres o cuatro veces en éste, y una en la conferencia, donde el médico y ella revelaron la tentativa de envenenamiento, se habían visto en los últimos días.

Pero como es probado que el talento no libra a los enamorados de ser tontos (advértase que no se dice enamoradas, ni tontas), Eduardo, que huía de aquella mujer y se esforzaba en aparentarle indiferencia, no reflexionaba que iguales causas debían determinar en ella igual conducta: doliéndole la actitud reservada y la escasa verbosidad de Ana en la mesa, y ofendiéndole que, al verlo venir una tarde hacia ella, en cubierta, se metiera en su camarote

para no hablarle. Mas no queriendo confesarle la verdadera causa de porqué le escocían estas esquivances, se engañaba diciéndose que era por ver en ellas prueba de falta de sinceridad en el perdón de marras por lástima otorgado, únicamente *cual receta* al enfermo: a quien una vez sano, quería demostrársele que no estaba perdonado, que se le había retirado la estimación, que se le tenía rencor. Y él, ya resignado a renunciar a todo intento de conquistar el amor de aquella criatura, no podía resignarse a seguir siendo mal juzgado por ella.

Conocidos los estados morales en que los dos se hallaban la víspera de la jira, ya no sorprenderá la resistencia de Ana a concurrir a ella, pues pensaba que cinco o seis horas cerca de Eduardo eran para ambos demasiadas horas de tensa vigilancia de sí mismos; ni a quien conozca la vehemencia del carácter de Eduardo podrá extrañarle que en tal número de horas esperara y deseara ocasión de decir a Ana que con él cometía una injusticia: vindicación que en nada contrariaba sus abnegados propósitos. ¡Qué había de contrariar si, precisamente la dejaría convencida de la firmeza de ellos!

Téngase en cuenta que el inciso final del párrafo anterior no es del narrador, sino traslado literal del pensamiento de Arteijo y prueba de que él no se daba tan clara cuenta como Ana de los peligros de la lumbre y la yesca que a ella la preocupaban.

XXIX

ELLA, ÉL, EL MARIDO Y YAGO

La pesca de focas es tema tan sobado y resobado en libros de reales o fantásticos viajes, y hasta en enciclopedias, que, no ofreciendo novedad la realizada por los marineros del Iberia, los veremos marchar en las chalupas, sin cuidarnos de seguirlos. Aparte que hemos de embarcar en la falúa automóvil que llevó a los *incruentes* a una ensenada del inmenso campo de hielo, en torno de la cual los anteojos del Iberia habían visto abundantes grupos de focas. Y no es posible estar al mismo tiempo en la falúa y en las chalupas.

Como la superficie superior de la blanca llanura sobresale siempre del nivel del mar, levantando sus cantiles de hielo uno, dos, tres metros sobre las aguas por cada nueve, dieciocho o veintisiete de calado de la parte sumergida (1), llevaba la falúa una escala de

(1) Consecuencia de pesar unos nueve décimos de lo que pesa el agua líquida: poco más, poco menos, según la cantidad de sustancias extrañas al agua químicamente pura que cada agua contenga.

hierro con garfios en los extremos superiores de sus largueros, que engarrando en los bordes del helado resalto, mientras por abajo descansaran en la embarcación, facilitaría el desembarco de los paseantes.

Llegada la lancha a un entrante adecuado al atraque, dos marineros se encaramaron a lo alto, con agilidad de monos y ayuda de bicheros; atraparon dos cabos, presos a popa y proa, y cobrando de ellos aconcharon la embarcación al hielo, manteniéndola en tal disposición mientras fué arrimada la escala y evacuada aquélla. Después se volvieron al cuidado de la falúa.

El desembarco fué efectuado subiendo Arteijo por delante con una cuerda que, sostenida desde arriba por él, serviría para que Walter y Ana tuvieran a qué asirse cuando les faltara escala a donde agarrarse, por ir llegando a los últimos peldaños. Valdivia y Sandoval tenían sobrada agilidad para necesitar tales ayudas, y en Bopp no había pensado Eduardo.

Tan pronto echó éste el extremo de la cuerda, y hasta que alguien se decidió a ser el primero, tuvieron los de la falúa un momento de indecisión, que duró hasta decir Sandoval: "Las señoras son siempre las primeras", y comenzar a subir Ana. Que al llegar a lo alto y tener que soltar la cuerda para agarrar la mano de Arteijo, lo hizo seria, muy seria, y muy en guardia para que la suya no temblara en la de él.

Inclinóse éste hacia adelante, tiró de ella, ayudándola en el salto, e irguiéronse los dos, uno al lado del otro, sobre el borde del cantil.

Iluminados de frente por el Sol, vistos desde abajo por los de la falúa sobre la blancura del hielo que los servía de pedestal, y teniendo por fondo el claro azul del cielo, resaltaba sobre éste lmpidamente la traza escultural de sus siluetas. Si apuesto era uno, garrida era otra; tan gallardo él como esbelta ella; y en las dos estatuas, que tales parecían, realzábale la airosa elegancia de sus líneas aunándose a la firmeza de ellas: con armonía tan visible entre sus dos bellezas que, impresionando al mismo Bopp, nada artista por cierto, le sugirió esta exclamación, que pareciendo dicha sólo para sí, había de oír Lubecki, por hallarse a su lado:

—¡Hermoso grupo! Parecen dos estatuas. ¡Vaya una pareja!

—Sí, sí, verdad—contestó el anciano en alta voz, quedándose en seguida suspenso unos instantes y pensando en silencio: "Verdad, verdad. *Parecen hechos uno para otro...* Será esto mismo lo que piense Bopp."

Y ya no pudo pensar más, pues desde arriba le gritaban que subiera, cual lo hizo sin

tiempo sino de echar a su compatriota, al apartarse de su lado, una ojeada mucho más transparente que la sonrisa de éste al advertir que sus palabras habían dado en el blanco adonde iban dirigidas.

Cuando llegado al último escalón vió Lubecki que no podía saltar como Ana, y que Arteijo tenía que acabar de subirlo a puñados, casi en vilo, comparó su ancianidad y su flaqueza con la fuerza y la juventud de aquél; e inmediatamente, al acudir Ana a su lado y verla junto a sí, pensó: "¡Qué pequeño, qué pequeño soy para ella... y qué viejo!"

* * *

Del paseo puede decirse lo que de la caza: las idas y venidas por un páramo inacabable en su extensión y en su blancura, sin valles ni montañas, ni arroyos, ni flores, ni frondas, no merecen la tinta que en contarlas hubiere de gastarse, y, por lo tanto, de él no diremos sino que desde su comienzo hasta su término fué la mujer de Walter cosida a su marido cual si temiese que se le escapara.

¿El almuerzo?... Muy bueno, pero soso: no por desabrimiento de las viandas, sino por sosería de los comensales.

No valía la pena de venirmos en la falúa, pues más alegremente lo habríamos pasado en las chalupas. Cierto, pero para sabido.

A la hora de la vuelta al Iberia, Lubecki había casi sacudido su melancolía, pero casi no más. Ana continuaba tan seria como antes. Pero estaba satisfecha (tristemente satisfecha), porque, aun habiendo hablado con Arteijo en conversación general, *no lo había visto*: o para ser puntuales *casi* no lo había visto, estando cierta de que él no se había enterado de este *casi*. Y acertaba, porque él estaba completamente convencido de que, en cinco horas de tenerlo al lado, ni una vez siquiera había vuelto ella los ojos hacia él.

En cualquiera otra ocasión, y dados los propósitos de Eduardo, habríale alegrado este convencimiento—así lo pensaba él, y él se sabría si con sinceridad—; pero entonces, y por ver prueba en ello de aquella falta de estimación que era su torcedor desde hacía días, tenía lo apesado.

Bopp, en cambio, iba *casi* contento, pues había hecho un poquito de daño: lo que para hombre que, por tener el corazón flotando en bilis, *casi* nunca podía sentir contento pleno, era muchísimo.

* * *

No distando El Iberia sino unas tres millas de la ensenada donde estuvo atracada la fa-

lúa, la llegada a él, en circunstancias ordinarias, era cuestión de unos minutos para el motor de ésta; pero los prolongó, y no poco, un incidente, al parecer sin importancia: el paso de una enorme manada de mansos narvales que en ancha y apretada columna desfilaba cortando la ruta hacia el buque.

El narval es uno de los animales que aun viviendo en el mar no son peces sino mamíferos. De la misma familia que los delfines, su actual notoriedad ha venido muy a menos del pasado prestigio de los remotos tiempos, en que el mundo lo designaba, y no lo conocía, con el retumbante nombre de "unicornio", aquel terrible monstruo de procelosos mares, de juro emparentado con el espantable Leviatán. El unicornio legendario, que, atravesándolos de banda a banda, con su espólón descomunal, hundía trirremes en la edad antigua, urcas, galeones y náuvis en la edad media. Por de contado, sólo en la fantasía de viajeros patrañosos y en la credulidad y en los terrores de quienes cándidamente creían y divulgaban las patrañas. El unicornio de que hablan cuentos de magos, historias de encantadas princesas y libros de caballerías.

Tan a menos y a poco ha venido aquel prestigio, que como resto de él no le queda hoy al unicornio sino el cuerno, pero tan desmedrado del de marras que ahora no crece sino hasta metro y medio, dos metros a lo sumo, y aun es frecuente tenga escasamente uno... El cuerno nada más. ¡Ca!, ni eso; pues tampoco es cuerno, sino colmillo, con el que todo el daño que a los barcos hace, en el supuesto de ser éstos de madera, se reduce a clavarse en sus cascos. Eso sí, hasta lo hondo, y con tremendo impulso resultante de la gran velocidad de natación de estos cetáceos y el peso consiguiendo a su gran corpulencia.

Acerca de este extremo dice un explorador ártico—el Doctor Fisher, de la expedición del "Hecla" y el "Griper" a la Bahía de Baffin—: "Es un hecho y no invención de embusteros viajeros que estos poderosos colmillos han atravesado por completo las popas de más de un barco, quedando allí hincados, embutidos, tronchados."

* * *

Cuando los retornantes al Iberia salían del repliegue costero iba Eduardo al volante del timón, y un tanto ensimismado por las causas indicadas. Valdivia, que de no ir vuelto hacia la popa, charlando con Sandoval, habría sido el primero a quien su experta vista de marino avisara del viviente obstáculo que les cortaba el paso, no se enteró de él hasta oír a Ana

preguntar qué era un burbujeo con el que al frente y en extensión muy grande por derecha e izquierda parecía hervir el mar, y qué unas púas surgientes allí y allá, y más lejos, bruscamente del agua, brillantes un instante al sol, y en seguida apagadas al sumirse en el agua.

—Son narvales—contestó Valdivia, volviendo la cabeza para mirar adonde Ana indicaba—: narvales que suben a respirar a la superficie. Las burbujas, aire y vapor de agua expelidos en la espiración, y las púas que ve usted brillar, los blancos colmillos de esos animales, que mientras respiran sobresalen del agua.

Mientras hablaba se había el teniente puesto en pie para tender la vista por la gran extensión de mar burbujeante y rasgado por las armas de los narvales; y cuando estuvo bien enterado ya de cuán grande era la manada (a veces pasan de cuatro millares de individuos las formadas por estos cetáceos), se volvió a Arteijo, y empleando el castellano, para no alarmar a los polacos, dijo:

—Don Eduardo, pare, pare. En seguida, en seguida, que si no nos zampamos en el aviso.

Paró Arteijo el motor, y preguntó, también en castellano:

—¿No sería mejor virar en tanto pasan?

—No hay espacio ni tiempo: la vuelta de la virada nos metería entre ellos. Y ojalá que la arrancada que traemos no nos lleve hasta allí.

—Puedo dar contramarcha.

—Sí... No, no: ya es tarde, ya estamos en el aprieto, y el ruido del motor los asustaría. Ahora no hay sino estarnos lo más quietos que podamos hasta que acaben de pasar. Tú, muchacho, enchufa la bomba con las cámaras. Y tú, saca los baldes de achicar.

Las últimas órdenes dirigidas a los marineros respondían a necesidad de tomar precauciones en previsión de que uno de aquellos poderosos colmillos, equiparables a los del elefante, pero impulsados por fuerza mucho mayor que la de este animal, y que constantemente salían del agua, tan pronto a proa como a popa, o por una u otra banda de la falúa, subiera por debajo de ésta y perforara su casco. Contingencia no peligrosa para buques si quiera de mediano porte, en cuya robustez se quiebran por lo común estos venablos obteniendo el agujero, y en los cuales no tiene importancia una vía de agua del grosor del colmillo, que es en cambio muy temible para el débil casco de un barquichuelo como la falúa, cuya tablazón es rehundida por el encontronazo, que ensancha, con astillamientos, el bo-

quete de donde el animal puede retirar su arma.

Y no es que los narvales lo hagan a mal hacer, pues son mansos de suyo; mas como necesitan respirar y subir para ello con la cabeza vuelta a lo alto y el colmillo enhiesto; como su normal-velocidad, grande siempre, es acrecida por el ansia de buscar aire para sus pulmones, y como salen a la superficie dondequiera, su falta de intención y su inocencia no aminoran el daño. Además, navegando sobre ellos corre una embarcación menor el riesgo de asustarlos con el ruido o los movimientos de la propulsión, que haciéndoles creer sea aquélla un enemigo, los incita a veces a lanzarse contra ella.

Por todo esto dijo Valdivia a Arteijo que parara el motor y tuviera paciencia.

Los baldes de achique, ya se supone, se sacaban, para que de sobrevenir el accidente, los tuvieran a mano cuantos allí iban y con ellos echaran bordas afuera el agua que pudiesen de la entrada por la vía de ella. La bomba, inmediatamente puesta en marcha, henchía de aire una gran cámara, o neumático, semejante a los de las ruedas de automóviles, pero que con mayor robustez y resistencia rodeaba la falúa, exteriormente. Su diámetro, desinflado, era próximamente igual al de aquéllos; pero podía crecer hasta alcanzar grosor de medio metro, cuando era preciso aumentar la fuerza de flotación del barco, para evitar se hundiera totalmente.

Por no ser prudente dejar tal faena para última hora en la temida eventualidad, y por haber Arteijo comprendido cuanto recelaba su oficial, ordenó a los dos marineros que sin aguardar más se agarraran a los extremos del balancín de maniobra de la bomba y comenzaran el inflamiento de la cámara.

La cesación del resollar del motor, con la subsiguiente parada de la falúa, era ya suficiente para que quienes no entendían el castellano barruntaran algo anormal. A esto se juntaba la circunstancia de haberse comunicado en tal idioma el Comandante y Valdivia, con deseo evidente de no ser entendidos por quienes era natural lo atribuyeran al de no alarmarlos. Pero ignorando los últimos la existencia y la índole del peligro que los amenazaba, solamente se les ocurrió pensar en una avería del motor, que no los preocupó por tener a la vista y cercano El Iberia y saber que con sus irradiantes aparatos de energía electromecánica podía impulsar y gobernar la lancha hasta llevarla a su costado. Por ello preguntó Lubecki en muy tranquilo tono:

—Qué, ¿hay alguna avería? ¿Tendremos que pedirle al Iberia que nos vuelva a casa?

Con gusto habría Arteijo ocultado la situación; pero no era posible, pues sus amigos habrían de conocer que por algo y para algo se ponían a la mano los baldes, en aquel momento sacados por un marinero, y porque en cuanto éste y su compañero llevaron dos o tres minutos del trabajo durísimo de dar a la bomba, habrían de relevarlos sucesivamente Sandoval y Bopp y Valdivia y él. Era por tanto candidez pretender ocultar la existencia de un temor que obligaba a tales precauciones. Siendo lo más que cabía hacer, e hizo, atenuar la entidad del peligro al explicar cuál era, calificarlo de remoto, y de muy breve el tiempo de exposición a él; pues los narvales no tardarían probablemente sino pocos minutos en pasar.

Pero transcurrían éstos, y aquéllos no acababan de pasar. Ya los colmillos asomaban cada vez con mayor frecuencia y más cercanos unos a otros y al bote, pues sin duda pasaba entonces por debajo de éste el mayor golpe del enjambre. Ya cuatro o cinco veces habían emergido las temerosas púas casi al alcance de las manos de quienes las miraban con las ideas que puede suponerse. Ya Sandoval y Bopp, después de relevar a los marineros, lo habían sido a su vez por Valdivia y Arteijo, que cuando iban acabando de henchir el cordón neumático, fueron derribados por un violentísimo cabeceo de la falúa, ocasionado por un estrepitoso choque contra el fondo de aquélla, que, levantándola por babor, acaso más de un metro por cima de las aguas, hizo caer la banda de estribor hasta hundirla uno o dos pies por bajo de ellas. Cada uno de los tripulantes se aferró a lo que pudo para aguantar el durísimo vaivén; mas Lubecki, a quien le cogió éste con el cuerpo vencido sobre dicha banda para mejor ver un narval que muy cercano acababa de asomar, no pudo resistirlo y fué volcado afuera.

—¡Walter, Walter!—gritó aterrorizada su mujer—. Se ha caído, se ha caído... Y no sabe nadar.

Movido por generoso arranque, soltó Eduardo la bomba, a que de nuevo acababa de agarrarse; miró a Ana; le cruzó por la mente una fea idea que, paralizando aquel primer propósito, lo tuvo vacilante un segundo, hasta que prevaleciendo su inicial impulso se tiró a la mar.

“Tonto”, dijo Bopp para sí al verlo desaparecer entre las aguas para salvar al marido de la mujer a quien amaba.

Eduardo sí nadaba; pero aquel nadar sobre un bosque de lanzas, que amenazándolo con sus botes violentísimos se removían bajo él, no era menos peligroso que no saber nadar.

Todos los de la lancha miraban con doloroso

sa angustia al mar, no siendo la ansiedad de Bopp la menor de aquellas ansiedades. Pero en él procedía de inquieta esperanza de que su buena estrella le matara, de un tiro, los dos pájaros.

Que la precaución de la bomba había sido oportuna lo demostró, primero, el que la banda buceante en el agua subiera nuevamente sobre ésta, levantada por la fuerza de flotación del neumático, y después y muy pronto el agua invadiendo la barca y subiendo hasta llegarles a la rodilla a todos; mas sin pasar de allí gracias a la cámara de aire que, semi-sumergida ya, sostenía la falúa: como boya flotante, como inflado pellejo a merced de las olas, pero la sostenía. Por esto no dió orden Valdivia de achicar, pues tanto daba les llegara el mar a la rodilla o bajase al tobillo o a media pierna, que sería cuanto podría conseguirse, y porque lo esencial, no zozobrar, estaba ya logrado.

Qué minuto tan largo—acaso no transcurrió más—desde que Arteijo se arrojó al agua hasta su vuelta al costado de la falúa llevando a Lubecki sostenido con una mano y nadando él con el brazo libre y las piernas. El primero fué recogido por Sandoval y Ana. Eduardo se encaramó, por sí, sobre la cámara de aire y saltó al interior de aquélla.

—¡Gracias, gracias!—exclamó Ana llorando y apretando entre sus manos la de Arteijo, tan pronto estuvo cierta de que su viejecito venía vivo—. Dios se lo pagará.

En aquel momento, Maucelo, regresado hacía rato de la pesca, preguntaba desde el buque, por radiofonía, qué pasaba; pues desde el puente había observado que la falúa llevaba mucho tiempo sin moverse.

Contestósele que enviara una chalupa para transbordar. Llegó ésta diez minutos después, cuando ya hacía unos cuantos que los últimos narvales acabaron de pasar. En otros diez se hizo el transbordo; y cinco más tarde llegaban al Iberia los de la falúa.

Lubecki iba enfermo, más que de la poca agua tragada, y ya devuelta, con el aterimiento de intensísimo frío. En cuanto lo dejaron en su camarote se fueron todos a mudarse a los suyos: Arteijo de todas sus ropas y los demás de calzado y pantalones.

Sin cuidarse de hacer ella lo mismo, y ayudada de Segismundo, acostó Ana a su marido, medio atontado todavía, abrigándolo bien, después de darle unas fricciones de alcohol. Llamó en seguida a Don Julián, que no se hallaba a bordo por haberse ido con los de la segunda expedición de pesca; y en vista de ello se fué a la enfermería a buscar unas botellas de agua caliente y un reactivo enérgico, según,

al encontrárselo a la puerta del camarote, dijo a Bopp, que retornaba a enterarse de cómo seguía su amigo.

Bopp y el criado quedaron con Lubecki mientras duró la ausencia de ella.

A poco llegó Arteijo, y enterado de dónde estaba Ana, dijo que también él se iba a la enfermería, pues era fácil que allí no hallara en aquel día enfermero ninguno que la entendiera, ni en francés ni en inglés.

Cuando allá llegó ya iba Ana a salir con lo que había ido a buscar. Y no pudiendo Eduardo contenerse al verla, dijo:

—Ahora creo que estaré perdonado de veras.

—De corazón, de corazón. Pero aun sin esto, ya lo estaba.

—Pues para que conozca usted cuánto merezco ese perdón, sepa que al tirarme al agua iba pensando que si moría Lubecki se quedaría usted viuda; que al agarrarlo volvió el diablo a decirme que aflojara la mano, porque nadie sabría nunca si pude o no encontrarlo, ni usted creería sino que por salvarlo a él había yo arrojado la muerte.

Horrorizada y conmovida hasta lo más hondo de su alma exclamó Ana:

—Gracias, gracias... Dios se lo pagará. Dios se lo pagará...—Mas cambiando de pronto y con violencia de tono y actitud, lo miró intensamente cara a cara, y en un arranque de resolución valiente y de confianza en la nobleza de él, le dijo:

—Sí, sí, mejor es hablar de una vez claro. Usted es fuerte y lea!; yo, también; los dos somos creyentes: ayúdeme como le ayudaré yo.

—¿A qué?

—A cumplir nuestros deberes de cristianos, de caballero, de mujer honrada; a no agraviar ni con el pensamiento al esposo ni al amigo; a cumplir la Ley de Dios.

—Sí, sí... Pero esa ayuda...

—Rehuyamos toda ocasión de vernos que no sea inevitable; no intentemos mirarnos el fondo de las almas.

—Lo prometo.

—Pues cúmplalo.

—Lo cumpliré.

—Yo también.

* * *

Al mismo tiempo que en la enfermería sostenían Ana y Eduardo el anterior diálogo, reanimábase Walter, y viendo junto a sí a Bopp, le preguntaba:

—¿Y Ana?

—En la enfermería. Con el Señor Arteijo.

—¡Con Arteijo!—contestó sorprendido el anciano, acordándose en el mismo instante de cuán hermosas y parejas había visto a la ma-

ñana a las dos criaturas, cuando se las había mostrado el mismo Bopp, que ahora se las traía juntas también a la memoria.

—Sí, han ido a preparar una tisana para usted. *Ya creo vuelvan pronto, pues hace mucho rato que se fueron...* Como en la enfermería no hay nadie, porque hoy anda todo el mundo de bureo...

—Sí, sí—replicó Lubecki, mirando a Bopp con expresión entre medrosa y desconfiada. Hizo una breve pausa, y continuó:—No me acuerdo de nada desde que caí. ¿Quién me ha sacado del agua?

—El Comandante—contestó lívido de ira el otro, tascando su coraje de tener que ser él quien diera tal noticia al marido de Ana.

.....
Durante la tarde, y a la siguiente noche, dos o tres veces dijo Walter a su mujer: "¡Qué viejo soy, Ana, qué viejo!" Con tan honda amargura que no pudo pasarle a ella inadvertida. Entristeciéndola y haciéndole esforzarse en despreocuparlo, para lo cual puso en el empeño cuanto cariño pudo: no solamente por lo que en sí significara la triste observación, sino muy alarmada al pensar que, sumándose el trastorno físico del accidente a tal melancolía y decaimiento, no sería difícil, en quien como él decía bien era muy viejo, trajeran tales causas un funesto desenlace.

Pero ¡ca!: el viejecillo, tan duro como pe-

queño y flaco, estaba al día siguiente como si el remojón hubiese sido un baño a placer. Mas no se entienda más de lo que se dice; pues si la parte material de su organismo estaba como si tal cosa, sobre el espíritu pesaban preocupaciones hasta entonces no sentidas, recelos acabados de nacer.

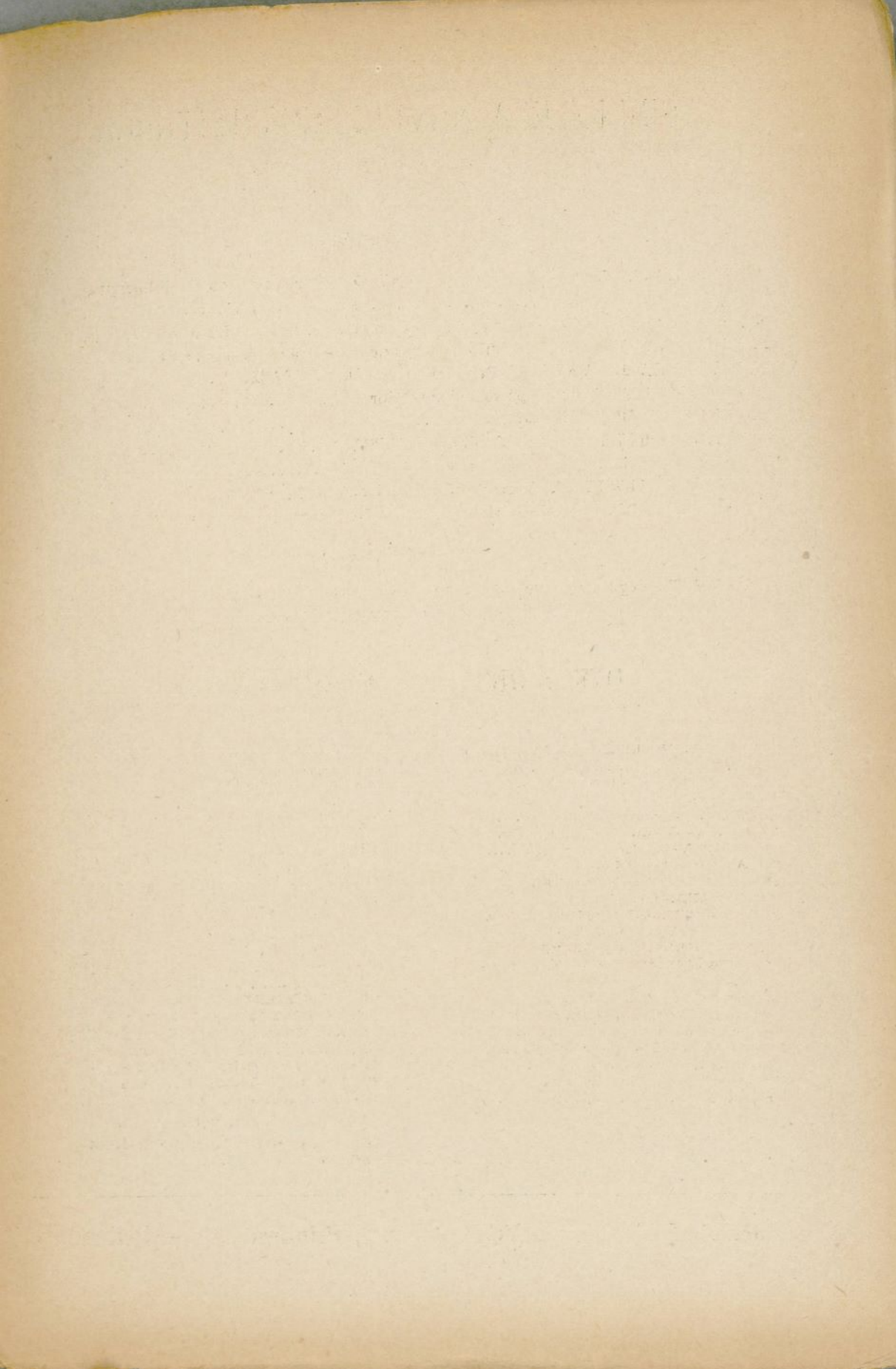
* * *

Aquel mismo día partió Eduardo en El América. Con él iban, además de los tripulantes del anfibio, Aranda, Sandoval y Mister Shifter, obligada sombra de Arteijo que no podía apartarse del inventor en expedición que había de prolongarse varios días, y en donde habría muchas cosas que testimoniar.

También debía haber ido Nussi-Tolo, pues al enterarse el notario de que las salidas del América habían en lo sucesivo de durar, no horas, sino días, manifestó al Comandante que en ellas no le sería posible pasarse sin los servicios de su ayuda de cámara, y pidió autorización, que le fué concedida, para ser por él acompañado en dichas excursiones. No pudiendo utilizarla en la primera a que salía porque a última hora se puso enfermo en apariencia el japonés, y en realidad por pensar que seguro ya con aquel permiso de poder en venideras salidas del América hacer en él lo que necesitaba, estimó que durante la primera eran más urgentes los quehaceres que tenía pendientes en El Iberia.

FIN DE ANA BATTORI (1)

(1) Seguirá «El Guardián de la Paz»



BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS»

PRIMERA ÉPOCA

Pesetas.

DE LOS ANDES AL CIELO.—Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición..	4
DEL OCEANO A VENUS.—Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
EL MUNDO VENUSIANO.—Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA.—Primera parte.—EL MUNDO-LUZ.....	4
EL MUNDO-SOMBRA.—Segunda parte de la anterior.....	4
EL AMOR EN EL SIGLO CIIEN.....	4
LA MAYOR CONQUISTA.—Primer episodio: LOS VENGADORES.....	4
POLICIA TELEGRÁFICA.—Segundo episodio de la anterior.....	4
LOS MODERNOS PROMETEOS.—Tercer y último episodio de la anterior	4
LOS NÁUFRAGOS DEL GLACIAR.—Primera jornada de Tierras Resucitadas...	4

SEGUNDA ÉPOCA

ANA BATTORI.—Segunda jornada de la anterior.....	3
--	---

Seguirá EL GUARDIÁN DE LA PAZ

OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

	Pesetas.
MODERNAS BRUJERÍAS DE LA CIENCIA.....	6
MÁS BRUJERÍAS CIENTÍFICAS.—En preparación.	
EUGENIA.—Novela.....	3
LA PRIMA JUANA.—Novela, dos tomos...	3
BOSQUEJOS.—Cuentos	3
CORAZONES BRAVÍOS.—Cuentos	1
CUENTOS ESTRAFALARIOS DE AYER Y MAÑANA.—(Agotada.)	
REMEDIO CONTRA LA CEGUERA.—Cuento en actos. (Agotada.)	
LA NIETECILLA.—I em en íd., íd.	
IN ARTÍCULO MORTIS.—dem en un acto, íd.	
PRECOCIDAD.—Idem en íd., íd.	
MACBETH.—Versión de la tragedia de este nombre, de William Shakespeare.....	2
OBRAS DRAMÁTICAS.— <i>El salvaje, Luz de belleza</i> ..	2
EL FIN DE LA GUERRA.—Con el seudónimo Ignotus.	3,50
EL CREDO Y LA RAZÓN.—Segunda edición.....	3

	Pesetas
LA VERDAD DE LA GUERRA.—Versión del inglés. (Agotada.)	
LAS CAUSAS DEL DESASTRE.—Con seudónimo Ignotus. (Agotada.)	
LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.—(Agotada.)	
EL PLEITO DEL REGIONALISMO.—Con seudónimo <i>Don Nuño</i> . (Agotada.)	
LA ENFERMEDAD DE LA PESETA..	2
LO QUE PUEDE ESPAÑA.....	1
PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN.—Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes	50
LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS.—De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes.....	30
AGENDA DEL TOPÓGRAFO.....	7
ESPAÑA EN MARRUECOS.—Mapa de la zona de influencia española.	3
EN PREENSA	
LAS HERRAMIENTAS DEL TOPÓGRAFO EN EL CAMPO.	

PEDIDOS POR MAYOR al autor, Princesa, 12.—MADRID